

André Malraux

LA CONDICIÓN HUMANA



André Malraux

LA CONDICIÓN HUMANA

La acción está situada en Shanghai en 1928, en la lucha de los comunistas contra Chiang-Kai-shek. Cada uno de los protagonistas, simbólicos pero dotados de un poderoso aliento humano, caracteriza una actitud diferente ante los problemas.

Maquetación actual:

Demófilo, 2018

ÍNDICE

Pág.

6	PARTE PRIMERA
6	21 de marzo de 1927
6	12 y media de la noche
11	Una de la mañana
49	4 de la mañana
61	4 y media de la mañana
67	PARTE SEGUNDA
67	22 de marzo
67	11 de la mañana
76	Una de la tarde
91	5 de la tarde
104	Al día, siguiente, a las 4
113	PARTE TERCERA
113	29 de marzo
136	PARTE CUARTA
136	11 de abril
136	12 y media
159	Las tres
175	3 y media
180	Las seis
199	10 y media
203	PARTE QUINTA
203	Las 11 y 15
213	Las 11 y 30
216	12 de la noche

220	Una y media
231	Las cinco
236	PARTE SEXTA
236	Las diez
248	Las cuatro
253	Las seis
266	Al día siguiente
270	PARTE SÉPTIMA
270	París, julio
282	Kobe

A Eddy Du Perron

PARTE PRIMERA

21 de marzo de 1927

12 y media de la noche

¿Intentaría Chen levantar el mosquitero? ¿Golpearía a través de él? La angustia le retorció el estómago. Conocía su propia firmeza; pero sólo era capaz, en aquel instante, de pensarlo con el embrutecimiento, fascinado por aquel montón de muselina blanca que caía desde el techo sobre un cuerpo menos visible que una sombra y de donde emergía sólo aquel pie medio inclinado por el sueño, vivo, no obstante, de la carne de hombre. La única luz procedía del *building* vecino; un gran rectángulo pálido de electricidad, cortado por los barrotes de la ventana, uno de los cuales rayaba el lecho precisamente por debajo del pie, como para acentuarle el volumen y la vida. Cuatro o cinco claxons sonaron a la vez. ¿Descubierto? ¡Combatir, combatir con enemigos que se defienden, con enemigos despiertos, qué liberación!

La ola de estruendo decreció: algún estrépito de carruajes —todavía había estrépito de carruajes allá, en el mundo de los hombres...—. Volvió a verse frente a la gran mancha blanca de la muselina y del rectángulo de luz, inmóviles en aquella noche en que el tiempo había dejado de existir.

Se repetía que aquel hombre debía morir. Tontamente, porque él sabía que lo mataría, capturado o no, ejecutado o no, poco importaba. Sólo existía aquel pie, aquel hombre al que debía herir sin que se defendiese, porque, si llegara a defenderse, llamaría.

Parpadeando, nauseado, Chen descubría en sí, no el combatiente que esperaba, sino a un sacrificador. Y no sólo ante los dioses que

había elegido; bajo su sacrificio a la revolución surgía un mundo de profundidades, ante el cual aquella noche agobiada de angustia no era más que claridad. «Asesinar no es sólo matar, ¡ay!...» En los bolsillos, sus manos vacilantes empuñaban, la derecha, una navaja de afeitar cerrada y, la izquierda, un puñal corto. Lo escondía lo más posible, como si la noche no bastase para ocultar sus movimientos. La navaja era más segura; pero Chen comprendía que no podría servirse de ella; el puñal le repugnaba menos. Soltó la navaja, cuyo dorso penetraba en sus dedos crispados; el puñal se hallaba desnudo en su bolsillo, sin vaina. Lo hizo pasar a su mano derecha, dejando caer la izquierda sobre la lana de su tricota, donde quedó adherida. Levantó ligeramente el brazo derecho, estupefacto ante el silencio que seguía rodeándole, como si su ademán hubiera debido soltar el resorte de una caída. Pero no; no pasaba nada: seguía siendo él quien tenía que obrar.

Aquel pie vivía, como un animal dormido. ¿Terminaba en él un cuerpo? «¿Pero es que me vuelvo loco?» Había que ver aquel cuerpo. Verlo; ver aquella cabeza; para ello entrar en la luz; dejar que pasase sobre el lecho su abultada sombra. ¿Cuál era la resistencia de la carne? Convulsivamente, Chen se hundió el puñal en el brazo izquierdo. El dolor (ya no era capaz de pensar en aquel brazo *suyo*), la idea del suplicio seguro si el durmiente despertaba, le libertaron por un segundo: el suplicio era preferible a aquella atmósfera de locura. Se acercó. Aquél era el hombre que había visto, dos horas antes, en plena luz. El pie, que casi rozaba el pantalón de Chen, giró de pronto, como una llave, y volvió a su primitiva posición en la noche tranquila. Quizá el durmiente presintiese aquella presencia, aunque no lo bastante para despertar... Chen se estremeció: un insecto corría sobre su piel. No; era la sangre de su brazo, que corría en un reguero. Y aquella sensación de mareo continuaba.

Un solo movimiento, y el hombre quedaría muerto. Matarlo no era nada: lo que resultaba imposible era tocarlo. Y había que herir con precisión. El durmiente, acostado sobre la espalda, en medio del lecho a la europea, sólo se hallaba vestido con unos calzoncillos cortos; pero, bajo la piel grasienta, las costillas no eran visibles. Chen tenía que orientarse por las puntas de las tetillas. Sabía cuan

difícil es herir de arriba abajo. Tenía, pues, el puñal con la hoja en el aire; pero la tetilla izquierda quedaba más alejada: a través del tul del mosquitero hubiera tenido que herir alargando el brazo, con un movimiento curvo, como el del *swing*. Cambió la posición del puñal: la hoja, horizontal. Tocar aquel cuerpo inmóvil era tan difícil como herir un cadáver, quizá por las mismas razones. Como atraído por aquella idea de cadáver, se elevó un estertor. Chen ya no podía retroceder; las piernas y los brazos se le habían aflojado por completo. Pero el estertor se regularizó: el hombre no jadeaba, roncaba. Se hizo vivo, vulnerable; y, al mismo tiempo, Chen se sintió burlado. El cuerpo resbaló, con un ligero movimiento hacia la derecha. ¡Despertaría ahora! Con un golpe capaz de atravesar una tabla, Chen lo detuvo, con un ruido de muselina desgarrada unido a un choque sordo. Sensible hasta el extremo de la hoja, sintió el cuerpo rebotar hacia él, rechazado por el colchón elástico. Endureció rabiosamente el brazo para retenerlo: las piernas retrocedían juntas hacia el pecho, como ligadas la una a la otra. Se distendieron de golpe. Habría que herir de nuevo; pero, ¿cómo arrancar el puñal? El cuerpo continuaba de costado, inestable, y, a pesar de la convulsión que acababa de sacudirlo, Chen recibía la impresión de tenerlo fijo en el lecho con su arma corta, sobre la cual pesaba toda su masa. Por el gran agujero del mosquitero, lo veía muy bien: los párpados se habían abierto —¿habría podido despertar?—, y los ojos estaban en blanco. A lo largo del puñal, la sangre comenzaba a brotar, negra en aquella falsa luz. Con su peso, el cuerpo, presto a caer hacia la derecha o hacia la izquierda, encontraba aún vida. Chen no podía soltar el puñal. A través del arma, de su brazo extendido y de su hombro dolorido, se establecía una comunicación, toda angustia, entre el cuerpo y él, hasta el fondo de su pecho, hasta su corazón convulso, única cosa que se movía en la estancia. Permanecía en absoluto inmóvil; la sangre que continuaba brotando de su brazo le parecía ser la del hombre acostado. Sin que nada exterior sobreviniese, tuvo la certidumbre de que aquel hombre estaba muerto. Respiraba apenas, y continuaba manteniéndose de costado, en la luz inmóvil y turbia, en la soledad de la habitación. Nada indicaba que hubiera habido lucha; ni siquiera el desgarrón de la muselina, que parecía dividida en dos: allí no había

más que silencio y una embriaguez abrumadora en la que él zozobraba, separado del mundo de los vivos, aferrado a su arma. Sus dedos se apretaban cada vez más; pero los músculos del brazo se aflojaban, y el brazo entero comenzó a temblar como una cuerda. Aquello no era miedo; era un espanto, a la vez atroz y solemne, que no había vuelto a conocer desde su infancia: estaba solo con la muerte, solo en un lugar sin hombres, muellemente aplastado, a la vez, por el horror y por el placer de la sangre.

Consiguió abrir la mano. El cuerpo se inclinó suavemente sobre el vientre. Quedando sesgado el mango del puñal, una mancha oscura comenzó a extenderse sobre la sábana y creció, como un ser vivo. Y, a su lado, creciendo como ella, apareció la sombra de dos orejas puntiagudas.

La puerta estaba próxima; el balcón, más alejado; pero era del balcón de donde venía la sombra. Aunque Chen no creía en los genios, estaba paralizado, incapacitado de darse vuelta. Se sobresaltó: un maullido. Medio repuesto, se atrevió a mirar. Era un gato de los tejados, que con patas silenciosas entraba por la ventana, los ojos fijos en él. Una rabia furiosa sacudía a Chen, a medida que avanzaba la sombra, no contra el animal mismo, sino contra esa presencia; nada vivo debía deslizarse en la hosca región donde estaba arrojado: aquello que lo había visto empuñar aquel cuchillo, lo imposibilitaba de volver entre los hombres. Abrió la navaja y dio un paso hacia adelante. El animal huyó por el balcón. Chen lo persiguió. Se encontró, de pronto, frente a Shanghai.

Sacudida por su angustia, la noche bullía como una enorme humareda negra, llena de chispas; al ritmo de su respiración, cada vez menos anhelante, se inmovilizó, y, en el desgarrón de las nubes, aparecieron las estrellas, con su movimiento eterno, que le invadió, con el aire más fresco de fuera. Una sirena se elevó y luego se perdió en aquella serenidad punzante.

Abajo, muy abajo, las luces de medianoche, reflejadas a través de una bruma amarilla por el macadam mojado, por las pálidas rayas de los rieles, palpitaban con la vida de los hombres que no matan. Eran millones de vidas, y todas ahora rechazaban a la suya; pero, ¿qué significaba su condenación miserable, al lado de la muerte

que se retiraba de él, que parecía deslizarse fuera de su cuerpo a grandes oleadas, como la sangre del otro? Toda aquella sombra, inmóvil o centelleante, era la vida, como el río, como el mar, invisible a lo lejos —el mar...—. Respirando, por fin, hasta lo más profundo de su pecho, le pareció unirse a aquella vida con un agradecimiento sin límite, al borde del llanto, tan trastornado como antes. «Hay que escapar...» Permaneció contemplando el movimiento de los autos y de los transeúntes, que corrían bajo sus pies por la calle iluminada, como un ciego curado mira, como un hambriento come. Ávidamente, insaciable de vida, hubiese querido tocar aquellos cuerpos. Una sirena llenó todo el horizonte, más allá del río: el relevo de los obreros de noche, en el arsenal. ¡Que los imbéciles obreros fuesen a fabricar las armas destinadas a matar a quienes combatían por ellos! ¿Aquella ciudad iluminada continuaría poseída como un campo por su dictador militar, vendida hasta la muerte, como un rebaño, a los jefes de guerra y a los comercios de Occidente? Su gesto criminal tenía el mismo valor que un prolongado trabajo de los arsenales de China: la insurrección inminente que pretendía entregar Shanghai a las tropas revolucionarias no poseía doscientos fusiles. Si poseyese las pistolas —unas trescientas— cuya venta con el gobierno acababa de negociar aquel intermediario —el muerto—, los rebeldes, cuyo primer acto debía consistir en desarmar a la policía para armar sus tropas, duplicarían sus posibilidades. Pero, desde hacía diez minutos, Chen no había pensado en ello ni siquiera una sola vez.

Y todavía no había cogido el papel por el cual había matado a aquel hombre. Entró de nuevo, como si hubiera entrado en la cárcel. Las ropas estaban colgadas al pie de la cama, bajo el mosquitero. Buscó en los bolsillos: pañuelos, cigarrillos... No tenía cartera. La habitación seguía siendo la misma: mosquitero, paredes blancas, nítido rectángulo de luz... El crimen, pues, no había cambiado nada... Metió la mano debajo de la almohada, cerrando los ojos. Tocó la cartera, muy pequeña, como un portamonedas. Por vergüenza o angustia, porque el ligero peso de la cabeza atravesada en la almohada se hacía más inquietante cada vez, volvió a abrir los ojos: no había sangre en la almohada, y el hombre no parecía muerto. ¿Debería, pues, matarle de nuevo? Pero ya su mirada, que

volvía a encontrar los ojos en blanco y la sangre sobre las sábanas, lo liberaba. Para registrar la cartera, retrocedió hacia la luz: era ésta la de un restaurante, lleno de jugadores. Encontró el documento, se guardó la cartera, atravesó la habitación casi corriendo, cerró con doble vuelta de llave y se guardó ésta en el bolsillo. En el extremo del corredor del hotel —se esforzaba por caminar despacio—, no estaba el ascensor. ¿Llamaría?... Descendió. En el piso inferior, el del dancing, el bar y los billares, unas diez personas esperaban el ascensor, que ya llegaba. Las siguió. «La *dancing-girl* roja está estupenda, maravillosa», le dijo, en inglés, su vecino, birmano o siamés, un poco borracho. Le dieron ganas, a la vez, de abofetearle para hacerle callar, y de abrazarlo, porque estaba vivo. Rezongó, en lugar de responder. El otro le golpeó en el hombro, con aire de cómplice. «Cree que yo estoy borracho también...» Pero el interlocutor abría de nuevo la boca. «Ignoro las lenguas extranjeras», dijo Chen, en pequinés. El otro se calló, miró, intrigado, a aquel hombre joven, sin cuello, aunque con una tricota de magnífica lana. Chen estaba frente a la luna interior del ascensor. El crimen no dejaba ninguna huella en su rostro... Sus facciones, más mongólicas que chinas —pómulos salientes y nariz muy aplastada, aunque con la arista ligeramente marcada, como un pico—, no habían cambiado: no expresaban más que fatiga. Hasta en sus sólidos hombros y en sus gruesos labios, de buen muchacho, parecía no pesar nada extraño. Sólo el brazo, pegajoso cuando lo doblaba, caliente... El ascensor se detuvo. Salió con el grupo.

Una de la mañana

Compró una botella de agua mineral y llamó a un taxi —un coche cerrado— donde se lavó el brazo y se lo vendó con un pañuelo. Los rieles desiertos y los charcos de los aguaceros de la tarde relucían débilmente. El cielo luminoso se reflejaba en ellos. Sin saber por qué, Chen lo contempló. ¡Cuánto más cerca de él había estado

antes, cuando había descubierto las estrellas! Se alejaba de él, a medida que su angustia se debilitaba y volvía a encontrar a los hombres... En el extremo de la calle, las autoametralladoras, tan grises como los charcos, y los trazos claros de las bayonetas, llevadas por sombras silenciosas; el puesto, el final de la concesión francesa. El taxi no podía ir más lejos. Chen mostró su pasaporte falso, de electricista empleado en la concesión. El funcionario examinó el papel con indiferencia («Decididamente lo que acabo de hacer no se nota») y lo dejó pasar. Delante de él, perpendicular, la avenida de las Dos Repúblicas, frontera de la ciudad china.

Abandono y silencio. Cargadas con todos los ruidos de la mayor ciudad de China, las ondas zumbadoras se perdían allí, como en el fondo de un pozo los sonidos procedentes de las profundidades de la tierra: todos los de la guerra, y las últimas sacudidas nerviosas de una multitud que no quiere dormir. Pero era lejos donde vivían los hombres; allí, nada quedaba del mundo, como no fuese una noche, en la cual Chen se ponía de acuerdo con su instinto, como adquiriendo una amistad súbita: aquel mundo nocturno, inquieto, no se oponía a su crimen. Mundo en que los hombres habían desaparecido; mundo eterno. ¿Volvería el día, acaso, sobre aquellas tejas podridas, sobre todas aquellas callejuelas, en el fondo de las cuales una linterna iluminaba un muro sin ventanas o un nido de hilos telegráficos? Existía un mundo del crimen, y él se hallaba en ese mundo, como en el calor. Ninguna vida; ninguna presencia; ningún ruido próximo. Ni siquiera los gritos de los modernos comerciantes; ni siquiera los ladridos de los perros abandonados...

Por fin, una tienda mugrienta: *Lu-Yu-Shuen* y *Hemmelrich*, *Fonos*. Había que volver entre los hombres... Esperó algunos minutos, sin entregarse por completo, y por fin golpeó un postigo. La puerta se abrió casi inmediatamente: era una tienda llena de discos alineados con cuidado, con un vago aspecto de biblioteca pobre; luego, la trastienda, grande, desnuda, y cuatro camaradas en mangas de camisa.

Al cerrarse de nuevo, la puerta hizo que oscilase la lámpara. Los semblantes desaparecieron y volvieron a aparecer. A la izquierda, muy orondo, Lu-Yu-Shuen y la cabeza de boxeador inutilizado de

Hemmelrich, rapado, con la nariz rota y los hombros hundidos. Detrás, en la sombra, Katow. A la derecha Kyo Gisors; al pasar por encima de su cabeza, la lámpara marcó exageradamente las comisuras caídas de su boca de estampa japonesa; al alejarse, apartó la sombra, y aquel rostro mestizo casi pareció europeo. Las oscilaciones de la lámpara se fueron haciendo cada vez más cortas. Los dos semblantes de Kyo fueron apareciendo alternativamente, cada vez menos diferentes el uno del otro.

Invadidos por la necesidad de interrogar, todos miraban a Chen con una intensidad idiota, pero no decían nada. Él contempló las baldosas, acribilladas de semillas de girasol. Podía informar a aquellos hombres; pero jamás podría explicarse. Le obsesionaba la resistencia opuesta por el cuerpo al cuchillo, mucho mayor que la de su brazo: sin el impulso de la sorpresa, el arma no habría penetrado profundamente. «Nunca hubiera creído que fuese tan duro...»
—Eso es —dijo.

En la habitación, ante el cuerpo, pasada la inconsciencia, no había dudado: había *sentido* la muerte.

Tendió la orden de la entrega de armas. Su texto era largo. Kyo lo leía.

—Sí; pero...

Todos esperaban. Kyo no aparecía impaciente ni irritado; no se había movido; apenas se había contraído su semblante. Sin embargo, todos comprendían que lo que acababa de descubrir lo trastornaba. Se decidió:

—Las armas no están pagadas. *Pagaderas a su entrega*. Chen sintió que la ira caía sobre él, como si hubiera sido estúpidamente robado. Se había asegurado de que aquel papel era el que buscaba; pero no había tenido tiempo de leerlo. Por otra parte, no hubiera podido hacer que cambiase nada. Sacó la cartera del bolsillo y se la entregó a Kyo: unas fotos y unos recibos, ningún otro documento.

—Creo que se podrá arreglar con los hombres de las secciones de combate —dijo Kyo.

—Con tal que podamos subir a bordo —respondió Katow—, todo marchará.

Silencio. La presencia de aquellos hombres arrancaba a Chen de su terrible soledad, suavemente, como una planta a la que se arranca de la tierra donde sus raíces más finas la retienen aún. Y al mismo tiempo que, poco a poco, volvía hacia ellos, parecíale que los reconociese —como a su hermana, la primera vez que había vuelto de una casa de prostitución—. Allí se sentía la tensión que se experimentaba en las salas de juego, al final de la noche.

—¿Qué tal? —preguntó Katow, dejando, por fin, su disco y avanzando hacia la luz.

Sin responder, Chen contempló aquella hermosa cabeza de Pierrot ruso —ojillos burlones y nariz al aire— que ni siquiera aquella luz podía hacer dramática. Él, sin embargo, sabía lo que era la muerte. Se levantaba. Fue a ver el grillo dormido en su jaula minúscula: Chen podría tener sus razones para callar. Éste observaba el movimiento de la luz, que le permitía no pensar: el grito tembloroso del grillo, despierto por su llegada, se unía a las últimas vibraciones de la sombra sobre los rostros. Siempre la obsesión de la dureza de la carne, aquel deseo de apoyar el brazo con fuerza sobre la primera cosa que encontrase. Las palabras sólo servían para turbar la familiaridad con la muerte, que se había albergado en su corazón.

—¿A qué hora saliste del hotel? —preguntó Kyo.

—Hace veinte minutos.

Kyo consultó su reloj; la una menos diez.

—Bien. Acabemos aquí, y larguémonos.

—Quiero ver a tu padre, Kyo.

—¿Sabes que *eso* será, sin duda, para mañana?

—Tanto mejor.

Todos sabían lo que era *eso*: la llegada de las tropas revolucionarias a las últimas estaciones del ferrocarril, que debía determinar la insurrección.

—Tanto mejor —repitió Chen. Como todas las sensaciones, la del crimen y el peligro, al alejarse, le dejaban completamente vacío. Aspiraba a recuperarlas—. Sin embargo, quiero verlo.

—Ve esta noche; nunca duerme antes del alba.

—Iré a eso de las cuatro.

Por instinto, cuando se trataba de ser comprendido, Chen se dirigía a papá Gisors. Que su actitud le era dolorosa a Kyo —tanto más dolorosa cuanto que ninguna vanidad intervenía en ella— lo sabía; pero no podía hacer nada; Kyo era uno de los organizadores de la insurrección; el comité central tenía confianza en él; Chen también, pero no mataría nunca a nadie, como no fuera combatiendo. Katow estaba más cerca de él; Katow, condenado a cinco años de presidio en 1905, cuando, siendo estudiante de medicina, había tratado de derribar la puerta de la cárcel de Odesa. Y, sin embargo...

El ruso comía caramelos, uno a uno, sin dejar de contemplar a Chen; y Chen, de pronto, comprendió su glotonería. Ahora que había matado, tenía derecho a sentir deseo de algo. Derecho. Aquello era hasta pueril... Extendió su mano cuadrada. Katow creyó que quería marcharse y se la estrechó. Chen se levantó. En efecto: quizá ya no tuviese que hacer nada allí; Kyo estaba prevenido, y a él le correspondía obrar. Y él, Chen, sabía lo que quería hacer ahora. Se dirigió a la puerta; volvió, no obstante.

—Dame unos caramelos.

Katow le dio la bolsa. Él quiso repartir el contenido. No tenía papel. Se llenó el hueco de la mano, tomó unos cuantos con la boca, salió.

—No ha debido ir completamente solo —dijo Katow.

Refugiado en Suiza desde 1905 a 1912, fecha de su regreso clandestino a Rusia, hablaba el francés sin ningún acento ruso, pero tragándose cierto número de vocales, como si hubiera querido compensar así la necesidad de articular rigurosamente cuando hablaba el chino. Casi debajo de la lámpara ahora, su rostro estaba poco iluminado. Kyo lo prefería así; la expresión de ingenuidad irónica que los ojillos y, sobre todo, la nariz saliente —pájaro de cuenta, le decía Hemmelrich— daban al semblante de Katow, era tanto más viva cuanto más se oponía a sus propias facciones, y le molestaba con frecuencia.

—Acabemos —dijo—: ¿Tienes los discos, Lu?

Lu-Yu-Shuen, sonriendo y como dispuesto a doblar mil veces el espinazo, colocó sobre dos «fonos» los dos discos examinados por Katow. Había que ponerlos en movimiento al mismo tiempo.

—Una, dos, tres —contó Kyo.

El silbido del primer disco cubrió al segundo. De pronto, se detuvo —se oyó: *enviar*—; luego, continuó. Otra palabra más: *treinta*. Nuevo silbido. Luego, *hombres*. Silbido.

—Perfectamente —dijo Kyo. Detuvo el movimiento, y puso en marcha el primer disco solo. Silbido: silencio; silbido. Parada. Bien. Etiqueta de los discos de desecho.

En el segundo: *Tercera lección. Correr, marchar, ir, venir, enviar, recibir. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez, veinte, treinta, cuarenta, cincuenta, sesenta, ciento. He visto correr a diez hombres. Veinte mujeres están aquí. Treinta...*

Aquellos falsos discos para la enseñanza de idiomas eran excelentes. La etiqueta estaba imitada a maravilla. Kyo se hallaba inquieto, sin embargo.

—¿Mi impresión era mala?

—Muy buena; perfecta.

Lu se esponjaba en una sonrisa. Hemmelrich parecía indiferente. En el piso de arriba, un niño gritó de dolor.

Kyo no comprendía.

—¿Entonces, por qué la han cambiado?

—No la han cambiado —dijo Lu—. Es la misma. Es raro que reconozca uno su propia voz, ¿sabe?, cuando se oye por primera vez.

—¿El «Fono» la desfigura?

—No es eso; es que todos reconocen sin trabajo la voz de los demás; pero uno, ¿sabe?, no está acostumbrado a oírse a sí mismo...

Lu se sentía lleno de júbilo chino de explicar una cosa a un espíritu distinguido que la ignora.

«Lo mismo ocurre en nuestro idioma...»

—Bueno. ¿Tienen que venir a buscar los discos esta noche?

—Los barcos partirán mañana, al amanecer, para Han-Kow...

Los discos silbadores eran expedidos por un barco; los discos de texto, por otro. Éstos eran franceses o ingleses, según que la misión de la región fuese católica o protestante. Los revolucionarios empleaban algunas veces verdaderos discos impresionados por ellos mismos.

«El día —pensaba Kyo—. ¡Cuántas cosas, antes de que llegue el día!...» Se levantó.

—Se necesitan voluntarios para las armas. Y algunos europeos, si es posible.

Hemmelrich se acercó a él. El niño arriba gritó de nuevo.

—Te responde el muchacho —dijo Hemmelrich—. ¿Basta eso?... ¿Qué harías tú, con el chico que va a reventar y la mujer que gime arriba... no lo bastante fuerte para molestamos?...

La voz, casi rencorosa, era precisamente la de aquel rostro de la nariz rota, de los ojos hundidos que la luz vertical sustituía por dos manchas negras.

—Cada uno a su trabajo —pronunció Kyo—. Los discos también son necesarios... Katow y yo, a lo nuestro. Pasemos a buscar los tipos (entonces sabremos si atacamos mañana o no); y yo...

—Pueden descubrir el cadáver en el hotel, ¿comprendes? —dijo Katow.

—Antes de que amanezca, no. Chen ha cerrado con llave. No hay rondas.

—Quizá el intermediario tuviese alguna cita.

—¿A estas horas? Es poco probable. Ocurra lo que ocurra, lo esencial es cambiar el anclaje del barco. Así, si tratan de alcanzarlo, perderán, por lo menos, tres horas antes de encontrarlo. Está en el límite del puerto.

—¿Adónde quieres hacerlo pasar?

—Al puerto mismo. No al muelle, naturalmente. Allí hay centenares de vapores. Tres horas perdidas, por lo menos. Por lo menos.

—El capitán desconfiará...

El semblante de Katow no expresaba casi nunca sus sentimientos: la alegría irónica subsistía en él. Sólo, en aquel instante, el tono de la voz traducía su inquietud, cada vez más intensa.

—Conozco a un especialista en negocios de armas —dijo Kyo—. Con él, el capitán adquirirá confianza. No tenemos mucho dinero; pero podemos pagar una comisión... Creo que estamos de acuerdo: nos servimos del papel para subir a bordo, y ya nos las arreglaremos después.

Katow se encogió de hombros, como ante la evidencia. Se puso su blusa, cuyo cuello no abotonaba nunca, y alargó a Kyo la chaqueta de sport, que estaba colgada en una silla. Ambos estrecharon fuertemente la mano a Hemmelrich. La lástima sólo conduciría a humillarle más. Salieron.

Abandonaron inmediatamente la avenida y entraron en la ciudad china.

Unas nubes muy bajas, pesadamente amontonadas, sólo dejaban ya aparecer las últimas estrellas en la profundidad de sus desgarraduras. Aquella vida de las nubes animaba la oscuridad, ora más ligera, ora más intensa, como si inmensas sombras llegasen, a veces, a profundizar la noche. Katow y Kyo llevaban calzado de sport, con suela de goma, y sólo oían sus pasos cuando se deslizaban por el barro. Del lado de las concesiones —el enemigo—, un resplandor bordeaba los tejados. Lentamente henchido por el prolongado grito de una sirena, el viento, que traía el rumor casi extinto de la ciudad en estado de sitio y el silbido de los vapores, que volvían hacia los barcos de guerra, pasó sobre las miserables bombillas eléctricas encendidas en el fondo de los callejones sin salida y de las callejuelas. En torno a ellas, unos muros en descomposición salían de la sombra desierta, develados con todas sus manchas por aquella luz a la que nada hacía vacilar y de donde parecía emanar una eternidad sordida. Oculto por aquellos muros, había medio millón de hombres: los de las hilanderías, que trabajaban durante dieciséis horas diarias, desde la infancia; el pueblo de la úlcera, de la escoliosis, del hambre. Los vidrios que protegían las bombillas se em-

pañaron, y, durante algunos minutos, la gran lluvia de China, furiosa, precipitada, tomó posesión de la ciudad.

«Un buen barrio», pensó Kyo. Desde hacía más de un mes, que, de comité en comité, preparando la insurrección, había dejado de ver las calles; no caminaba ya por el barro, sino sobre terreno llano. La agitación de los millones de modestas vidas cotidianas desaparecía, aplastada por otra vida. Las concesiones, los barrios ricos, con sus verjas lavadas por la lluvia al final de las calles, no existían ya más que como amenazas, como barreras, como los prolongados muros de una prisión sin ventanas. Aquellos barrios atroces, por el contrario —donde las tropas de encuentro eran más numerosas—, palpitaban con el estremecimiento de una multitud en acecho. Al volver una callejuela, su mirada se abismó de pronto en la profundidad de las luces de una ancha calle; velada por la copiosa lluvia, conservaba en su imaginación una perspectiva horizontal, pues habría sido preciso atacarla con los fusiles y las ametralladoras, que disparan horizontalmente. Después del fracaso de las sublevaciones de febrero, el comité central del partido comunista chino había encargado a Kyo la coordinación de las fuerzas insurrectas. En cada una de aquellas calles silenciosas, donde el perfil de las casas desaparecía bajo el aguacero con olor a humo, el número de los militantes se había duplicado. Kyo había pedido que se le facilitasen de 2 000 a 5 000, y la dirección militar los había conseguido en un mes. Pero no poseía doscientos fusiles. (Y había trescientos revólveres en aquel *Shang-Tung*, que dormía con los ojos abiertos en medio del río chapoteante.) Kyo había organizado ciento noventa y dos grupos de combate de unos veinticinco hombres, todos provistos de sus jefes. Sólo aquellos jefes estaban armados... Pasaron por delante de un garaje popular, lleno de camiones viejos transformados en autobuses. Todos los garajes estaban «registrados». La dirección militar había constituido un estado mayor y la asamblea del partido había elegido un comité central. Desde el comienzo de la insurrección, era preciso mantenerlos en contacto con los grupos de encuentro. Kyo había creado un primer destacamento de unión, de ciento veinte ciclistas.

A los primeros disparos, ocho grupos deberían ocupar los garajes y apoderarse de los autos. Los jefes de aquellos grupos habían visi-

tado ya los garajes, y no se equivocarían. Cada uno de los demás jefes, desde hacía diez días, estudiaba el barrio donde debían combatir. ¡Cuántos visitantes, aquel mismo día, habían penetrado en los edificios principales, habían preguntado por un amigo al que nadie conocía, y habían hablado y ofrecido el té, antes de irse! ¡Cuántos obreros, a pesar del aguacero copioso, reparaban los tejados! Todas las posiciones de algún valor para el combate en las calles estaban reconocidas; las mejores posiciones de tiro estaban señaladas con los trazos rojos en los planos, para la permanencia de los grupos de encuentro. Lo que Kyo sabía acerca de la vida subterránea de la insurrección alimentaba lo que ignoraba; algo que le sobrepasaba infinitamente venía de las grandes alas desgarradas de Tchapei y de Pootung, cubiertas de fábricas y de miseria, para hacer estallar los enormes ganglios del centro.

Una invisible multitud animaba aquella noche de juicio final.

—¿Mañana? —interrogó Kyo.

Katow vaciló y detuvo el balanceo de sus grandes manos. No; la pregunta no se dirigía a él. Ni a nadie.

Caminaba en silencio. Poco a poco, el chaparrón se transformaba en llovizna; el crepitar de la lluvia sobre los tejados se debilitaba, y la calle negra se llenó con el ruido entrecortado de los arroyos. Los músculos de sus semblantes se aflojaron. Al descubrir entonces la calle como aparecía ante su mirada —larga, negra, indiferente—, Kyo la percibió como un pasado: de tal modo la obsesión le impulsaba hacia adelante.

—¿Adónde crees tú que habrá ido Chen? —preguntó—. Dijo que no iría a casa de mi padre hasta eso de las cuatro... ¿A dormir?

Había en su pregunta una admiración incrédula.

—No sé... Al burdel, quizá... Él no se emborracha...

Llegaron a una tienda: *Shia, comerciante de lámparas*. Como en todas partes, los postigos estaban puestos. Abrieron. Un chinito horroroso quedó en pie delante de ellos, mal iluminado por detrás. Al menor movimiento, de la aureola de luz que rodeaba su cabeza le bajaba un reflejo oleoso sobre la enorme nariz, acribillada de granos. Los vidrios de unos centenares de lámparas, que aparecían

colgadas, reflejaban las llamas de dos linternas encendidas sobre el mostrador y se perdían en la oscuridad, hasta el fondo invisible del negocio.

—¿Qué hay? —pronunció Kyo.

Shia le contemplaba y se frotaba las manos con unción. Se volvió sin decir nada, dio algunos pasos y hurgó en algo oculto. El roce de su uña doblada sobre una hoja de lata hizo rechinar los dientes de Katow; pero ya volvía, con los tirantes a la izquierda y a la derecha... Leyó el papel que llevaba, con la cabeza iluminada por debajo, casi pegada a una de las lámparas. Era un informe de la organización militar que trabajaba con los obreros ferroviarios. Los refuerzos que defendían Shanghai contra los revolucionarios de Nankín: los obreros ferroviarios habían decretado la huelga, los guardias blancos y los soldados del ejército gubernamental obligaban a los que cogían a que condujesen los trenes militares, bajo pena de muerte.

—Uno de los obreros ferroviarios detenido ha hecho descarrilar el tren que conducía —leyó el chino—. Muerto. Otros tres trenes militares descarrilaron ayer; los rieles habían sido levantados.

—Que se generalice el sabotaje y se indique en los misinos informes el medio de reparar los daños en el plazo más breve —dijo Kyo.

—Por todo acto de sabotaje, los guardias blancos fusilan.

—El comité lo sabe. Nosotros fusilaremos también.

—Otra cosa: ¿no hay trenes de armas?

—No.

—¿Se sabe cuándo estarán los nuestros en Tcheng-Tcheu?¹

—No tengo aún las noticias de medianoche. El delegado del Sindicato cree que será esta noche o mañana...

La insurrección comenzaría, pues, al día siguiente o al otro. Había que esperar las informaciones del Comité Central. Kyo tenía sed. Salieron.

¹ La última estación, antes de Shanghai.

Ya no estaban lejos del sitio donde tenían que separarse. Una nueva sirena de barco llamó tres veces, a intervalos, y, luego, una vez más, prolongada. Parecía que su grito se esparciese en aquella noche saturada de agua. Por último, retumbó, como un cohete. «¿Comenzarían a inquietarse, en el *Shang-Tung*?» Absurdo. El capitán sólo atendería a sus clientes hacia las 8. Reanudaron la marcha, prisioneros de ese barco, anclado allá en las aguas verdosas y frías con sus cajas de pistolas. Ya no llovía.

—Con tal que encuentre a ese tipo —dijo Kyo—. Quedaría, no obstante, más tranquilo si el *Shang-Tung* cambiara de anclaje.

Sus rutas no eran ya las mismas. Se dieron cita y se separaron. Katow iba a buscar a los hombres.

Kyo llegó, por fin, a la puerta enrejada de las concesiones. Dos tiradores anamitas y un agente de la colonial llegaron para examinar sus papeles: tenía su pasaporte francés. Para tantear el puesto, un comerciante chino había ensartado unos pastelillos en las puntas de las alambradas. («Buen sistema para envenenar a un puesto, eventualmente», pensó Kyo.)

El agente le devolvió el pasaporte. Kyo encontró pronto un taxi y dio la dirección del *Black Cat*.

El auto, que el chófer conducía a toda velocidad, encontró algunas patrullas de voluntarios europeos. «Las tropas de ocho naciones vigilan aquí», decían los periódicos. Poco importaba; no entraba en las intenciones del Kuomintang atacar a las concesiones. *Boulevards* desiertos; sombras de modestos comerciantes, con sus tiendas en forma de balanza sobre los hombros... El auto se detuvo a la entrada de un jardín exiguo, alumbrado por el letrero luminoso del *Black Cat*. Al pasar por delante del guardarropa, Kyo miró la hora: las dos de la mañana. «Afortunadamente, aquí se admiten todos los trajes.» Bajo su chaqueta de sport, de tela de terciopelo gris oscuro, llevaba un *pullover*.

El *jazz* estaba en el colmo de la nerviosidad. Desde hacía cinco horas mantenía, no la alegría, sino una embriaguez salvaje a la que cada pareja se aferraba ansiosamente. De pronto, se detuvo, y la multitud se disgregó. En el fondo los clientes; a los lados las dan-

zarinas profesionales: chinas, con sus vestidos de brocados; rusas y mestizas, con su *ticket* para el baile o para la conversación. Un viejo con aspecto de *clergyman* aturdido permanecía en medio de la pista, esbozando con el codo movimientos de ganso. A los cincuenta y dos años, había trasnochado por primera vez, y, aterrorizado por su mujer, ya no se había atrevido a volver a su casa. Desde hacía ocho meses, se pasaba las noches en aquellos lugares; ignoraba dónde estaban los lavaderos, y se mudaba de ropa blanca en las camiserías chinas, entre dos biombos. Negociantes próximos a la ruina; danzarinas y prostitutas; cuantos se sabían amenazados —casi todos— mantenían sus miradas sobre aquel fantasma, como si sólo él los retuviese al borde de la nada. Irían a acostarse, anoadados, al amanecer —cuando el paseo del verdugo comenzase de nuevo en la ciudad china—. A aquella hora, no habría más que las cabezas cortadas en las jaulas, todavía oscuras, con los cabellos chorreando de lluvia.

—¡De talapuinós, querida amiga! ¡Los vestirán de ta-la-pui-nos!

La voz bufonesca, directamente inspirada por Polichinela, parecía llegar de una columna. Gangosa, aunque amarga, no evocaba mal el espíritu de aquel lugar, aislado en un silencio invadido por el entrechocarse de los vasos sobre el *clergyman* aturdido. El hombre que Kyo buscaba estaba presente.

Lo descubrió, en cuanto hubo rodeado la columna, en el fondo de la sala, donde, a algunas filas de profundidad, se hallaban dispuestas las mesas que no ocupaban las danzarinas.

Por encima de una confusión de espaldas y de pechos, en un montón de trapos sedosos, un Polichinela delgado y sin joroba, aunque con una voz muy apropiada, dirigía un discurso bufonesco a una rusa y a una mestiza filipina, sentadas a su mesa. De pie, con los codos pegados al cuerpo, gesticulando con las manos, hablaba con todos los músculos de su rostro en tensión, molesto por el cuadro de seda negra, estilo Pied-Nickelé, que protegía su ojo derecho, magullado, —sin duda. De cualquier manera que fuese vestido —llevaba un smoking, aquella noche—, el barón de Clappique parecía ir disfrazado. Kyo estaba decidido a no abordarle allí; a esperar a que saliese.

—¡Perfectamente, querida amiga, perfectamente! Chiang Kaishek entrará aquí con sus revolucionarios y gritará, en estilo clásico, le digo, ¡clá-si-co!, como cuando se toman las ciudades: «¡Que me vistan de talapuinios a esos negociantes y de leopardos a estos militares (como cuando se sientan en los bancos recién pintados)!» Semejante al último príncipe de la dinastía Leang, perfectamente, subamos sobre los juncos imperiales y contemplemos a nuestros sujetos vestidos, para distraemos, a cada uno del color de su profesión, azul, rojo, verde, con trenzas y pompones. ¡Ni una palabra, querida amiga, ni una palabra le digo!

Y confidencial:

—La única música permitida será la del sombrero chino.

—¿Y usted, qué hará allá?

Quejumbroso, sollozando:

—¿Cómo, querida amiga? ¿No lo adivina? Seré el astrólogo de la corte, y moriré al ir a coger la luna en un estanque, una noche en que esté borracho... ¿Esta noche?...

Científico:

—... como el poeta Thu-Fu, cuyas obras *seguramente* encantan (¡Ni una palabra, estoy seguro!) sus jornadas desocupadas. Además...

La sirena de un buque de guerra llenó el salón. Inmediatamente, un golpe furioso de platillos se unió a ella, y se reanudó la danza. El barón se había sentado. A través de las mesas y de las parejas, Kyo ocupó una mesa libre, un poco detrás de la suya. La música había cubierto todos los ruidos; pero, ahora que se había aproximado a Clappique, oía su voz de nuevo. El barón toqueteaba a la filipina; pero continuaba hablando hacia el rostro demacrado, todo ojos, de la rusa.

—... la desgracia, querida amiga, consiste en que ya no hay fantasía. De vez en cuando...

Índice levantado:

—... un ministro europeo envía a su mujer un paquetito postal; ella lo abre... ¡Ni una palabra!...

Con el índice sobre la boca:

—... es la cabeza de su amante. ¡Todavía se habla de ello, después de tres años!

Desconsolado:

—¡Lamentable, querida amiga, lamentable! ¡Míreme! ¿Ve usted mi cabeza? He aquí a dónde conducen veinte años de fantasía hereditaria. Se parece a la sífilis... ¡Ni una palabra!

Pleno de autoridad:

—¡Mozo! Champaña para estas dos señoras y para mí...

De nuevo confidencial:

—... un pequeño Martini...

Severo:

—... muy seco.

(«Admitiendo lo peor, aun con esa política, tengo una hora por delante —pensó Kyo—. Sin embargo, ¿durará esto mucho tiempo?»)

La filipina reía o lo aparentaba. La rusa, abriendo mucho los ojos, trataba de comprender. Clappique continuaba gesticulando, con el dedo índice vivo, estirado, con expresión de autoridad, llamando la atención hacia la confidencia. Pero Kyo apenas le escuchaba; el calor le entorpecía, y, además, una preocupación que aquella noche había rondado en su camino se expandía en un confuso cansancio: aquel disco; *su* voz que no había reconocido antes, en casa de Hemmelrich. Pensaba en esto con la misma compleja inquietud con que había contemplado, cuando niño, las amígdalas que el cirujano acababa de cortarle. Pero imposible seguir su pensamiento.

—... en una palabra —gañía el barón, guiñando el ojo que llevaba al descubierto y volviéndose hacia la rusa—: tenía un castillo en Hungría del Norte...

—¿Es usted húngaro?

—De ningún modo. Soy francés. (¡Y me fastidia, por cierto, querida amiga, lo-ca-men-te!) Pero mi madre era húngara.

»Pues bien, mi bisabuelo vivía allí en un castillo, con unos salones grandes (muy grandes), con unos cofrades muertos debajo y unos abetos alrededor; muchos a-be-tos. Viudo. Vivía solo, con un gigante-co cuerno de caza colgando de la chimenea. Pasa un circo ambulante. Con una amazona. Preciosa...

Doctoral:

—Ya digo: pre-cio-sa.

Guiñando de nuevo el ojo:

—... La rapta... No es difícil... La conduce a una de aquellas grandes habitaciones...

Llamando la atención, con la mano levantada:

—¡Ni una palabra! Vive allí. Continúa. Se aburre. Tú también, pequeña mía —haciendo cosquillas a la filipina—; pero, paciencia... Él no se divertía tampoco, por cierto: se pasaba la mitad de la tarde haciendo que le arreglase su pedicuro las uñas de las manos y de los pies (además había un barbero contratado en el castillo), y mientras su secretario, hijo de un siervo asqueroso, le leía (y le releía) en voz alta la historia de la familia. ¡Encantadora ocupación, querida amiga; vida perfecta! Por otra parte, generalmente estaba borracho... Ella...

—¿Ella se enamoró del secretario? —preguntó la rusa.

—¡Magnífica! ¡Esta pequeña es magnífica! ¡Querida amiga, es usted magnífica! ¡Notable perspicacia!

Le besó la mano.

—... pero se acostó con el pedicuro, no estimando tanto como ustedes las cosas del espíritu. Entonces se dio cuenta de que mi bisabuelo le pegaba. ¡Ni una palabra! Fue inútil. Se escaparon.

»El abandonado, que era muy malo, recorre sus vastos salones (siempre con sus cofrades debajo), se declara burlado por los dos galopines, que se dislocaban los riñones en la capital, en una posada a lo Gogol, con un cacharro de agua desportillado y unas berlinas en el patio. Descuelga el gigante-co cuerno de caza, no para soplar en él, y encarga al intendente que haga un llamamiento a sus campesinos. (Entonces se tenía derecho a hacerlo, en aquellos

tiempos.) Las armas: cinco escopetas de caza y dos pistolas. ¡Pero, querida amiga, eran demasiados!

»Entonces, mudanza del castillo: he aquí a mis harapientos en marcha (imagíneselos; i-ma-gí-ne-se-los, le digo), armados de floretes, arcabuces, mosquetes... ¡qué sé yo...!, espadones y otras zarrandajas, el abuelo a la cabeza, hacia la capital: la venganza persiguiendo al crimen. Los anuncian. Llega el guardia rural, con los gendarmes... ¡Magnífica plancha!

—¿Y después?

—Nada. Les habían ganado la partida. El abuelo llegó a la ciudad; pero los culpables habían abandonado la posada Gogol en una de las berlinas polvorientas. Sustituyó a la amazona por una campesina y al pedicuro por otro y se emborrachó en compañía del secretario. De vez en cuando, trabajaba en uno de sus pequeños testamentos...

—¿A quién le dejó el dinero?

—Cuestiones sin interés, querida amiga. Pero, cuando murió...

Con los ojos desorbitados:

—... se supo todo; todo lo que había ido cociendo, a fuego lento, el noble ebrio... Se le obedeció; se le enterró debajo de la capilla, en una inmensa bóveda, de pie sobre su caballo muerto, como Atila...

El barullo del *jazz* cesó. Clappique continuó, mucho menos en Polichinela, como si sus payasadas se hubieran suavizado con el silencio:

—Cuando murió Atila, le irguieron sobre su caballo encabritado por encima del Danubio; el sol poniente proyectó tal sombra sobre la llanura, que los caballeros se hicieron humo, espantados..

Desvariaba, invadido por sus sueños, por el alcohol y por la calma súbita. Kyo sabía qué proposiciones debía hacerle; pero lo conocía mal, aunque su padre lo conocía bien; y peor aún en aquel papel. Le escuchaba con impaciencia (hasta que se encontrara libre una mesa delante del barón, donde se instalaría y le haría seña de que saliese; no quería abordarlo ni llamarlo ostensiblemente), pero no

sin curiosidad. Era la rusa la que hablaba ahora, con voz lenta, desgarrada —ebria, tal vez, de insomnio:

—Mi bisabuelo tenía también muchas tierras... Nos marchamos a causa de los comunistas, ¿verdad? Para no estar con todo el mundo; para ser respetadas. ¡Y aquí somos dos por mesa y cuatro por habitación! Cuatro por habitación... Y hay que pagar el alquiler. Respetadas... ¡Y si el alcohol no me pusiera enferma!...

Clappique miró su vaso: la rusa apenas había bebido. La filipina, por el contrario... Tranquilamente, se calentaba como un gato al calor de la semiembriaguez. Inútil contar con ella. Se volvió hacia la rusa:

—¿No tiene usted dinero?

Ella se encogió de hombros. El barón llamó al camarero, pagó con un billete de cien dólares. Cuando recibió el cambio, tomó diez dólares y dio el resto a la mujer. Ella le miró, con una precisión cansada.

—Bien.

Se levantaba.

—No —dijo él.

Tenía un aspecto lamentable, de buen perro.

—No, esta noche la aburriría.

Le tenía cogida la mano. Ella le miró otra vez.

—Gracias.

Vaciló.

—Sin embargo... Si le causa placer...

—Me causaría más placer un día que no tenga dinero...

Polichinela reapareció:

—Que no tardará...

Le juntó las manos y se las besó varias veces. Kyo, que ya había pagado, le alcanzó en el pasillo vacío.

—¿Quiere que salgamos juntos?

Clappique le miró y le reconoció.

—¿Usted aquí?... ¡Es inaudito! Pero...

Aquel balido fue detenido por el levantarse de su índice:

—¡Se pervierte usted, joven!

—¡Bah!...

Ya salían. Aunque la lluvia había cesado, el agua estaba tan presente como el aire. Dieron algunos pasos por la arena del jardín.

—En el puerto —dijo Kyo— hay un vapor cargado de armas.

Clappique se había detenido. Kyo había dado un paso más; tuvo que volverse. El rostro del barón apenas era visible; pero el gran gato luminoso, insignia del *Black Cat*, Ir rodeaba como una aureola.

—El *Shang-Tung* —dijo.

La oscuridad y su posición —a contraluz— le permitían no expresar nada; y no añadía nada.

—Hay una proposición —prosiguió Kyo—, a 30 dólares por revólver, del gobierno. Todavía no tiene respuesta. Yo tengo comprador a 35 dólares, más 3 de comisión. Entrega inmediata, en el puerto. Donde el capitán quiera, pero en el puerto. Que recoja el ancla en seguida. Se recibirá la entrega esta noche mediante el dinero. De acuerdo con su delegado: aquí está el contrato.

Le alargó el papel y encendió su mechero, protegiéndolo con la mano.

«Quiere raspar al otro comprador —pensaba Clappique, contemplando el contrato—. *Piezas destacadas...* y cobrar 5 dólares por arma. Está claro. ¡A mí qué! Quedan 3 para mí.»

—Bueno —dijo, en voz alta—. Por supuesto, me dejará usted el contrato.

—Sí. ¿Conoce usted al capitán?

—Amigo mío, hay otros a quienes conozco mejor; pero, en fin, lo conozco.

—Podría desconfiar (y más aún, desde luego por el sitio donde está la garantía). El gobierno puede hacer que se recojan las armas, en vez de pagar. ¿No?

—¡Ni mucho menos!

Otra vez polichinela. Pero Kyo esperaba la continuación: ¿de qué disponía el capitán para impedir que los suyos (y no los del gobierno) se apoderaran de las armas? Clappique continuó, con voz más sorda:

—Esos objetos son enviados por un proveedor regular. Lo conozco.

Irónico:

—Es un traidor...

Voz regular en la oscuridad, cuando ya no la acompañaba ninguna expresión del rostro. Subió, como si hubiese pedido un cocktail.

—¡Un verdadero traidor, muy seco! Porque todo esto pasa por una legación que... ¡Ni una palabra! Voy a ocuparme de eso. Pero, desde luego, va a costarme un gasto serio de taxi: el barco está lejos... Y me queda...

Se registró el bolsillo, sacó un solo billete y se volvió, para que la insignia lo iluminase.

—... Diez dólares, amigo mío. No hay bastante. Sin duda, pronto compraré los cuadros de su tío Kama para Ferral; pero, mientras...

—¿Habrás bastante con cincuenta?

—Es más de lo que necesito.

Kyo se los dio.

—Me avisará usted a mi casa cuando eso quede terminado.

—Entendido.

—¿Dentro de una hora?

—Más tarde, supongo; pero en cuanto pueda.

Y con el mismo tono con que la rusa había dicho: «Si el alcohol no me pusiera enferma...»; casi con la misma voz, como si todos los seres de aquel lugar se encontrasen sumidos en el mismo abismo de desesperación, dijo:

—Todo esto no tiene maldita la gracia...

Se alejó, con la nariz baja, la espalda encorvada, la cabeza al descubierto y las manos en los bolsillos del smoking.

Kyo llamó un taxi y se hizo conducir al límite de las concesiones, a la primera callejuela de la ciudad china, donde había citado a Katow.

Diez minutos después de haber abandonado a Kyo, Katow, una vez atravesados los corredores y pasadas las rejas, había llegado a una habitación blanca, desnuda, bien iluminada por unas lámparas de tormenta. No había ventana. Bajo el brazo del chino que le abrió la puerta, cinco cabezas que estaban inclinadas sobre la mesa dirigieron la mirada hacia él, hacia la elevada silueta conocida de todos los grupos de encuentro: piernas separadas, brazos colgantes, blusa sin abrochar, nariz prominente, cabellos mal peinados. Manejaban granadas de diferentes modelos. Era un *tchon* —una de las organizaciones de combate comunistas que Kyo y él habían creado en Shanghai.

—¿Cuántos hombres hay inscritos? —preguntó en chino.

—Ciento treinta y ocho —respondió el chino más joven, un adolescente de cabeza pequeña, con la nuez muy marcada y los hombros caídos, vestido de obrero.

—Necesito imprescindiblemente doce hombres para esta noche.

«Imprescindiblemente» pasaba a todos los idiomas que hablaba Katow.

—¿Cuándo?

—Ahora.

—¿Aquí?

—No; delante del pontón Yen Tang.

El chino dio instrucciones. Uno de los hombres salió.

—Estarán allí antes de las tres —dijo el jefe.

Por sus mejillas hundidas, su gran cuerpo delgado, parecía muy débil; pero la resolución del tono, la fijeza de los músculos del rostro denotaban una voluntad apoyada sobre los nervios.

—¿La instrucción? —preguntó Katow.

—Respecto a las granadas, se conseguirá. Todos los camaradas conocen ahora nuestros modelos. En cuanto a los revólveres (los Nagan y los Máuser, al menos) se conseguirá también. Los hago trabajar con los cartuchos vacíos; pero convendría, por lo menos, poder tirar al blanco... Me han propuesto facilitarnos una cueva completamente segura. En cada una de las cuarenta habitaciones donde se preparaba la insurrección se había presentado el mismo problema.

—No hay pólvora. Quizá se reciba. Por lo pronto, no hablemos de eso. ¿Y los fusiles?

—Se manejarán. Lo que me inquieta es la ametralladora, si no se ejercita un poco el tiro al blanco.

Su nuez ascendía y descendía bajo la piel, a cada una de las respuestas. Continuó:

—Además, ¿no habría medio de conseguir unas cuantas armas más? ¡Siete fusiles, trece revólveres, cuarenta y dos granadas cargadas! De cada dos hombres, uno no tiene arma de fuego.

—Iremos a tomárselas a los que las tienen. Quizá tengamos revólveres muy pronto. Si fuera para mañana, ¿cuántos hombres no sabrían servirse de sus armas de fuego en su sección?

El hombre reflexionó. La atención le dio una actitud de ausencia. «Un intelectual», pensó Katow.

—¿Cuándo nos hayamos apoderado de los fusiles de la policía?

—Indudablemente.

—Más de la mitad.

—¿Y las granadas?

—Todos sabrán servirse de ellas, y muy bien. Aquí tengo treinta hombres, parientes de los supliciados de febrero... A menos, no obstante...

Vaciló, y terminó la frase con un ademán confuso. Mano deformada, pero fina.

—¿A menos?...

—Que esos cochinos no empleen los tanques contra nosotros.

Los seis hombres miraron a Katow.

—Eso no importa —respondió—. Tomas tus granadas, unidas de seis en seis, y las colocas bajo el tanque: a partir de cuatro, salta. En rigor, podéis abrir unos fosos. ¿Tenéis herramientas?

—Muy pocas. Pero yo sé dónde tomarlas.

—Procura también tomar bicicletas: en cuanto se comience será preciso que cada sección tenga su agente de unión, además del centro.

—¿Tú estás seguro de que los tanques saltarán?

—¡En absoluto! Pero no te preocupe eso: los tanques no abandonarán el frente. Si lo abandonan, acudiré con un equipo especial. De eso me encargo yo.

—¿Y si somos sorprendidos?

—Los tanques se ven: tenemos observadores al lado. Coges tú mismo un paquete de granadas, se las das a cada uno de los tres o cuatro individuos de quienes estés seguro...

Todos los hombres de la sección sabían que Katow, condenado, a causa del asunto de Odesa, a permanecer en uno de los presidios menos duros, había solicitado, para instruirlos, acompañar voluntariamente a los desdichados enviados a las minas de plomo. Confían en él, pero estaban inquietos. No tenían miedo a los fusiles ni a las ametralladoras, pero tenían miedo a los tanques: se consideraban desarmados contra ellos. Hasta en aquella habitación, adonde no habían ido más que voluntarios, casi todos parientes de suplicados, el tanque heredaba el poder de los demonios.

—Si llegan los tanques, no hagan nada; nosotros iremos allá —pronunció Katow.

¿Cómo salir de aquella vana promesa? Por la tarde, había inspeccionado una quincena de secciones, pero no había encontrado el miedo. Aquellos hombres no eran menos valerosos que los otros, sino más calculadores. Sabía que no los sustraería a su temor, que, con excepción de los especialistas que él mandaba, las formaciones revolucionarias huirían ante los tanques. Era probable que los tanques no abandonasen el frente; pero si llegaban a la ciudad,

sería imposible detenerlos a todos por medio de fosos en los barrios donde se entrecruzaban tantas callejuelas.

—Los tanques no abandonarán, ni mucho menos, el frente —dijo.

—¿Cómo hay que unir las granadas? —preguntó el chino más joven.

Katow se lo enseñó. La atmósfera quedó algo menos pesada, como si aquella manipulación hubiese sido el presagio de una acción futura. Katow aprovechó la ocasión para irse, muy inquieto. La mitad de los hombres no sabría servirse de sus armas. Al menos, podría contar con aquellos con quienes había formado los grupos de combate, encargados de desarmar a la policía. Al día siguiente. Pero ¿y al otro?... El ejército avanzaba, se aproximaba de hora en hora. Quizá estuviese tomada ya la última estación. Cuando Kyo estuviese de regreso, sin duda lo sabrían ya en alguno de los centros de información. El comerciante de lámparas no había recibido información desde las diez.

Katow esperó algún tiempo en la callejuela, sin dejar de andar. Por fin llegó Kyo. Cada uno dio a conocer al otro lo que había hecho. Reanudaron la marcha por el lodo, sobre sus suelas de goma, al paso; Kyo, menudo y flexible, como un gato japonés; Katow, balanceando los hombros, pensando si las tropas que avanzaban con los fusiles brillantes de lluvia, hacia Shanghai, rojizo en el fondo de la noche... También Kyo hubiera querido saber si aquel avance se habría detenido.

La callejuela por donde caminaban —la primera de la ciudad china— era, a causa de la proximidad de las casas europeas, la de los comerciantes de animales. Todas las tiendas estaban cerradas: ni un animal fuera, ni un solo grito turbaba el silencio entre las llamadas de las sirenas y las últimas gotas que caían de los cuernos de los tejados en los charcos. Las bestias dormían. Entraron, después de haber llamado, en una de las tiendas: la de un comerciante de peces. Por única luz, una bujía colocada en una guindola se reflejaba en las vasijas fosforescentes, alineadas como las de Alí Baba y donde dormían, invisibles, los ilustres cípridos chinos.

—¿Mañana? —preguntó Kyo.

—Mañana; a la una.

En el fondo de la estancia, detrás de un mostrador, dormía, sobre su codo replegado, un personaje indistinto. Apenas había levantado la cabeza para responder. Aquel almacén era una de las ochenta pertenencias del Kuomintang por las que se transmitían las noticias.

—¿Oficial?

—Sí. El ejército está en Tcheng-Tcheu. Huelga general a las doce.

Sin que nada cambiase en la sombra; sin que el comerciante, adormilado en el fondo de su alvéolo, hiciese un movimiento, la superficie fosforescente de todas las vasijas comenzó a agitarse débilmente: blandas oleadas negras, concéntricas, se levantaban en silencio. El ruido de las voces despertaba a los peces. De nuevo se perdió, a lo lejos, una sirena.

Salieron y reanudaron la marcha. Otra vez por la avenida de las Dos Repúblicas.

Un taxi. El coche arrancó a una velocidad de film. Katow, sentado a la izquierda, se inclinó y contempló al chófer con atención.

—Está *nghien*². Qué lástima. De ningún modo quisiera morir antes de mañana por la noche. ¡Calma, amigo!

—Pues Clappique va a hacer venir el barco —dijo Kyo—. Los camaradas que están en el almacén de ropas del gobierno pueden suministrarnos unos trajes de policías.

—No hace falta. Tengo más de quince en la permanencia.

—Tomaremos el vapor con tus doce individuos.

—Sería mejor sin ti...

Kyo le miró sin decir nada.

—No es muy peligroso, aunque tampoco en extremo fácil, ¿sabes? Más peligroso resulta que este endemoniado chófer se halla dispuesto a reanudar la velocidad. Y no es este el momento de hacer que te apees.

² En estado de necesidad (a propósito de los opiómanos). Literalmente: poseído por una costumbre.

—Ni a ti tampoco.

—No es lo mismo... A mí se me puede sustituir ahora, ¿comprendes?... Preferiría que tú te ocupases del camión, que estará esperando, y de la distribución.

Vacilaba, preocupado, con la mano sobre el pecho. «Hay que dejarle que se dé cuenta», pensaba. Kyo no decía nada. El coche continuaba deslizándose por entre las líneas de luz esfumadas en la bruma. Que él fuese más sutil que Katow, era indudable; el Comité Central conocía al detalle todo cuanto él había organizado, aunque en fichas, y él lo vivía; tenía la ciudad en la piel, con sus puntos débiles como heridas. Ninguno de sus camaradas podía reaccionar tan de prisa como él ni con tanta seguridad.

—Bien —dijo.

Luces, cada vez más numerosas... De nuevo los camiones blindados de las concesiones, y luego, una vez más, la sombra.

El auto se detuvo. Kyo se apeó.

—Voy a buscar los trastos —dijo Katow—; te los entregaré cuando todo esté dispuesto.

* * *

Kyo vivía con su padre en una casa china de un solo piso: cuatro naves alrededor de un jardín. Atravesó la primera, luego el jardín, y entró en el *hall*: a derecha e izquierda, sobre las blancas paredes, unos cuadros de Song, unos fénix azules Chandin; en el fondo, un Buda de la dinastía Wei, de un estilo casi romano. Divanes limpios, una mesa de opio. Detrás de Kyo, las vidrieras, desnudas, como las de un estudio de pintor. Su padre, que lo había oído, entró: desde hacía algunos años, sufría de insomnio; no dormía más que algunas horas, durante el amanecer, y acogía con júbilo todo cuanto pudiera ocuparle las horas de la noche.

—Buenas noches, padre. Chen va a venir a verte.

—Bien.

Las facciones de Kyo no eran las de su padre. Parecía, sin embargo, que había bastado la sangre japonesa de su madre para dulcificar la máscara de abate ascético del viejo Gisors —máscara cuyo carácter acentuaba aquella noche una bata de pelo de camello— para crear la cara de samurai de su hijo.

—¿Le ha ocurrido algo?

—Sí.

No le hizo otra pregunta. Ambos se sentaron. Kyo no tenía sueño. Relató el espectáculo que Clappique acababa de proporcionarle, sin hablar de las armas. No, por cierto, porque desconfiase de su padre, sino porque se consideraba demasiado ser el único responsable de su vida para hacerle conocer algo más que el conjunto de sus actos. Aunque el antiguo profesor de sociología de la Universidad de Pekín, sustituido por Chang-Solin, a causa de sus enseñanzas, había formado el mejor de los grupos revolucionarios de la China del Norte, no participaba en la acción. Desde que Kyo hubo entrado allí, su voluntad se transformaba en inteligencia, lo cual no le agradaba mucho: se interesaba por los seres, en lugar de interesarse por las fuerzas. Y, cuando hablaba de Clappique a su padre, que lo conocía bien, el barón le pareció más misterioso que antes, cuando lo contemplaba.

—... acabó sacándome cincuenta dólares...

—Es desinteresado, Kyo...

—Pues acababa de gastar cien dólares: yo lo vi. La mitomanía es siempre una cosa bastante inquietante.

Quería saber hasta dónde podía continuar sirviéndose de Clappique. Su padre, como siempre, buscaba lo que había en aquel hombre de profundo, de singular. Pero lo que hay de más profundo en un hombre, rara vez es aquello por lo cual se le puede hacer obrar inmediatamente, y Kyo pensaba en sus pistolas.

—Si tiene necesidad de considerarse rico, ¿qué no intentará para enriquecerse?

—Ha sido el primer anticuario de Pekín...

—¿Para qué se gasta todo su dinero en una noche, si no es para hacerse la ilusión de que es rico?

Gisors entornó los ojos y se echó hacia atrás los cabellos, algo largos; su voz de hombre entrado en años, a pesar de su timbre debilitado, adquirió la claridad de una línea:

—Su mitomanía es un medio de negar la vida, ¿no?; de negar y no de olvidar. Desconfía de la lógica, en estas materias...

Extendió confusamente la mano; sus ademanes angostos casi nunca se dirigían hacia la derecha o hacia la izquierda, sino hacia el frente; sus movimientos, cuando prolongaban una frase, no parecían apartar, sino asir algo.

—Es como si hubiese querido demostrarte ayer que, aunque haya vivido durante dos horas como un hombre rico, la riqueza no existe. Porque entonces *la pobreza no existe tampoco*. Que es lo esencial. Nada existe: todo es un sueño. No olvida el alcohol, que le ayuda...

Gisors sonrió. La sonrisa de sus labios, de comisuras abatidas, adelgazadas ya, expresaba las ideas con más complejidad que sus palabras. Desde hacía veinte años dedicaba su inteligencia a hacerse querer de los hombres justificándolos, y ellos le estaban reconocidos ante una bondad cuyas raíces no adivinaban nacidas en el opio. Se le atribuía la paciencia de los budistas; era la de los intoxicados.

—Ningún hombre vive de negar la vida —respondió Kyo.

—Se vive mal... Necesita vivir mal.

—Y está obligado a ello.

—La parte de la necesidad está determinada por los corretajes de las antigüedades y quizá de las drogas y por el tráfico de armas... De acuerdo con la policía, a la que detesta, sin duda, pero con la que colabora en esos pequeños trabajos, a cambio de una justa retribución...

Poco importaba; la policía sabía que los comunistas no tenían dinero bastante para comprar armas a los importadores clandestinos.

—Todo hombre se parece a su dolor —dijo Kyo—. ¿Qué es lo que le hace sufrir?

—Su dolor no tiene importancia, ni tampoco sentido, ¿no?; no roza nada más profundo que su mentira o su goce; no tiene verdadera profundidad, y eso es, quizá, lo que le retrata mejor, porque es raro. Hace lo que puede para conseguirlo, pero le faltan facultades... Cuando tú no estás ligado a un hombre, Kyo, piensas en él para prever sus actos. Los actos de Clappique...

Señaló el acuarium, donde los cípridos negros, blandos y dentados como oriflomas, subían y bajaban.

—Ahí los tienes... Bebe, pero estaba hecho para el opio; se engaña, también, respecto al vicio; muchos hombres no encuentran el que los salvaría. Lástima, porque está lejos de carecer de valor. Pero su dominio no te interesa.

Era verdad. Si Kyo, aquella noche, no pensaba en su acción, no podía pensar más que en sí mismo. El calor le penetraba poco a poco, como antes en el *Black Cat*; y de nuevo le invadía la obsesión del disco, como el ligero calor del descanso le invadía las piernas. Refirió su asombro ante los discos, pero como si se tratase de uno de los registros de voz que habían tenido lugar en los almacenes ingleses. Gisors le escuchaba, acariciándose el mentón anguloso con la mano izquierda. Sus manos, de delgados dedos, eran muy bellas. Había inclinado la cabeza hacia adelante; los cabellos le cayeron sobre los ojos, aunque su frente estaba desprovista de ellos. Se los apartó con un movimiento de cabeza, pero su mirada siguió perdida.

—Me ha ocurrido encontrarme de improviso ante un espejo y no reconocirme.

Su pulgar frotaba suavemente los otros dedos de su mano derecha, como si deshiciese un polvo de recuerdos. Hablaba para sí; proseguía un pensamiento que suprimía su hijo.

—Es sin duda una cuestión de medios: oímos la voz de los demás con los oídos.

—¿Y la nuestra?

—Con la garganta; porque, con los oídos tapados, tú oyes tu voz. El opio también encierra un mundo que no oímos con nuestros oídos...

Kyo se levantó. Apenas le vio su padre.

—Tengo que volver a salir en seguida.

—¿Puedo serte útil cerca de Clappique?

—No. Gracias. Buenas noches.

—Buenas noches.

* * *

Acostado, para tratar de debilitar su cansancio, Kyo esperaba. No había encendido la luz, no se movía. No era *él* quien pensaba en la insurrección; era la insurrección viva en tantos cerebros como el sueño en tantos otros, la que pensaba sobre él, hasta el punto de que ya no era más que inquietud y espera. Menos de cuatrocientos fusiles, en total. Victoria; o tiroteo, con algunos perfeccionamientos. Al día siguiente. No: en seguida. Cuestión de rapidez: desarmar en todas partes a la policía, y, con los quinientos Máusers, armar los grupos de combate, antes de que los soldados del tren blindado gubernamental entrasen en acción. La insurrección debía comenzar a la una —la huelga general, por tanto, a las doce—, y era preciso que la mayor parte de los grupos de combate estuviesen armados antes de las cinco. Las masas se hallaban dispuestas. La mitad de la policía, abrumada por la miseria, se pasaría, sin duda, a los insurrectos. Quedaba lo otro. «La China soviética», pensaba. Conquistar aquí la dignidad de los suyos. Y la URSS aumentaba a seiscientos millones de hombres. Victoria o derrota, el destino del mundo, aquella noche, vacilaba allí. A menos que el Kuomintang, después de tomada Shanghai, no tratase de aplastar a sus aliados, los comunistas... Se sobresaltó: la puerta del jardín se abrió. El recuerdo recubrió la inquietud. ¿Su mujer? Escuchaba: la puerta de la casa se volvió a cerrar. May entró. Su capuchón de cuero azul, de un corte casi militar, acentuaba lo que había de viril en su andar

y hasta en su semblante —boca grande, nariz corta, pómulos abultados, propios de las alemanas del Norte.

—¿Es eso para ahora mismo, Kyo?

—Sí.

May era médica de uno de los hospitales chinos, pero venía de la sección de mujeres revolucionarias, cuyo hospital clandestino dirigía.

—Siempre la misma cosa, ¿sabes? Acabo de ver a una muchacha de dieciocho años que ha intentado suicidarse con una hoja de afeitar en el palanquín del matrimonio. La obligaban a casarse con un bruto respetable... La han llevado con su vestido rojo de novia, todo él manchado de sangre. La madre iba detrás: una sombra minúscula, desmirriada, que sollozaba como es natural... Cuando le hice saber que la muchacha no se moriría me dijo: «¡Pobrecilla! Sin embargo, casi sería una suerte para ella que se muriera...» Una suerte... Eso dice más que nuestros discursos acerca del estado de las mujeres aquí...

Alemana, aunque nacida en Shanghai; doctora en Heidelberg y de París, hablaba el francés sin acento extranjero. Arrojó su boina sobre la cama. Sus cabellos ondulados estaban echados hacia atrás, para que fuese más fácil peinarlos. Él sintió deseos de acariciarlos. La frente, muy despejada, tenía también algo de masculino; pero, desde que había cesado de hablar, se feminizaba —Kyo no apartaba de ella los ojos—, a la vez porque el abandono de la voluntad dulcificaba sus facciones, porque el cansancio las distendía, y porque estaba sin boina. Aquel rostro vivía por su boca sensual y por sus ojos muy grandes, transparentes y lo bastante claros para que la intensidad de la mirada no pareciese producida por la pupila, sino por la sombra de la frente en las órbitas alargadas.

Llamado por la luz, entró un pequinés blanco, corriendo. Ella lo llamó, con voz fatigada.

—¡Perro velloso, perro musgoso, perro peludo!

Lo cogió con la mano izquierda y lo levantó hasta su rostro, acariciándolo.

—Conejo —dijo, sonriendo—; conejo, conejovich...

—Se parece a ti —pronunció Kyo.

—¿No es verdad?

Contemplaba en el espejo la cabeza blanca, arrimada a la suya, por encima de las patitas unidas. La encantadora semejanza nacía de sus altos pómulos germánicos. Aunque ella no era muy bonita, él pensó, modificándola, en la frase de Otelo; «¡Oh querida guerrera mía!...»

Soltó el perro y se levantó. El capuchón, a medio abrir, ponía de manifiesto, a la sazón, los senos, muy altos, que hacían pensar en los pómulos. Kyo le contó lo que había hecho aquella noche.

—En el hospital —dijo ella— han entrado esta noche unas treinta mujeres jóvenes de la propaganda, escapadas de las tropas blancas... Heridas. Cada vez ocurre esto con más frecuencia. Dicen que el ejército está muy cerca. Y que hay muchos muertos...

—Y la mitad de las heridas morirán... El sufrimiento no puede tener sentido más que cuando no conduce a la muerte, y conduce a ella casi siempre.

May reflexionó.

—Sí —dijo, al fin—. Y, sin embargo, quizá sea ésa una idea masculina. En mi opinión, para la mujer, el sufrimiento (resulta extraño) más hace pensar en la vida que en la muerte... A causa de los partos, quizá...

Reflexionó de nuevo.

—Cuanto más heridos hay, cuanto más se aproxima la insurrección, más se copula.

—Se comprende.

—Es preciso que te diga una cosa que acaso te moleste un poco...

Apoyado en el codo, él la interrogó con la mirada. May era inteligente y valiente; pero, con frecuencia, torpe.

—Acabé por acostarme con Langlen, esta tarde.

Kyo se encogió de hombros, como para decir: «¡Allá tú!» Pero su gesto y la expresión violenta de su rostro se compaginaban mal con aquella indiferencia. Ella le contemplaba, extenuada, con los

pómulos acentuados por la luz vertical. También él contemplaba sus ojos sin mirada, sumidos en la sombra, y no decía nada. Se preguntaba si la expresión de sensualidad de su semblante vendría de lo que aquellos ojos ahogados y la ligera hinchazón de sus labios acentuaban con violencia por, contraste con sus facciones, con su feminidad... Ella se sentó en la cama y luego le tomó una mano. A él le faltó poco para retirarla, pero la dejó. May notó, sin embargo, su movimiento.

—¿Te disgusto?

—Ya te he dicho que eres libre... No pido demasiado —añadió, con amargura.

El perrito saltó sobre el lecho. Él retiró su mano para acariciarlo quizá.

—Eres libre —repitió—. Lo demás, poco importa.

—En fin, *yo debía decírtelo*. Hasta por mí.

—Sí.

Que ella debiera decírselo, no hacía al caso, ni para el uno ni para el otro. Kyo quiso, de pronto, levantarse: así acostado, y ella sentada sobre el lecho, como un enfermo cuidado por ella... Pero, ¿para qué? Todo era igualmente inútil. Continuaba, sin embargo, contemplándola, para darle a entender que ella podía hacerle sufrir, pero que, desde hacía unos meses, la contemplase o no, ya no la veía; algunas expresiones, a veces... Aquel amor, frecuentemente crispado, que los unía como un niño enfermo; aquel sentido común de su vida y de su muerte; aquella correspondencia camal entre ambos, nada de todo aquello existía frente a la fatalidad que decolora las formas de que están saturadas nuestras miradas. «¿La amaré menos de lo que creo?», pensó. No. Hasta en aquel momento estaba seguro de que, si ella muriese, él no serviría ya a su causa con esperanza, sino con desesperación, como un muerto. Nada, no obstante, prevalecía contra la decoloración de aquel rostro sepultado en el fondo de su vida común como en la bruma, como en la tierra. Se acordó de un amigo que había visto morir la inteligencia de la mujer que amaba, paralizada durante unos meses; le parecía ver morir a May así; ver desaparecer absurdamente, como una nu-

be que se reabsorbe en el cielo gris, la forma de su felicidad. Como si hubiese muerto dos veces: por efecto del tiempo y de lo que le decía.

May se levantó y fue hasta la ventana. Andaba con soltura, a pesar de su cansancio. Decidiendo, por temor y pudor sentimental mezclados, no volver a hablar de lo que acababa de decir puesto que él callaba; deseando huir de aquella conversación, a la que ella, no obstante, comprendía que no escaparía, trató de expresar su ternura diciendo cualquier cosa, y recurrió, por instinto, a un animismo que a él le agradaba: frente a la ventana, uno de los árboles de Marte se había cubierto de brotes durante la noche; la luz de la habitación iluminaba sus hojas, todavía abarquilladas, de un verde tierno sobre el fondo oscuro.

—Ha ocultado sus hojas en el tronco durante el día —dijo—, y las descubre esta noche, mientras no se le ve.

Parecía hablar para sí misma; pero, ¿cómo Kyo habría podido sustraerse al tono de su voz?

—Hubieras podido elegir otro día —pronunció, no obstante, entre dientes.

También él se veía en el espejo, apoyado sobre el codo; con máscara tan japonesa entre sus sábanas blancas. «Si yo no fuese mestizo...» Hacía un esfuerzo intenso para rechazar los pensamientos odiosos o bajos, listos para justificar y alimentar su cólera. Y la miraba; la miraba, como si aquel semblante hubiera debido volver a encontrar, por el sufrimiento que infligía, toda la vida que él había perdido.

—Pero, Kyo, precisamente era hoy cuando eso no tenía importancia... y...

Iba a añadir: «él lo deseaba tanto». Frente a la muerte, aquello suponía tan poco... Pero solamente dijo:

—... yo también, mañana, puedo morir...

Tanto mejor. Kyo sufría con el dolor más humillante: el que se desprecia experimentar. Realmente, ella era libre para acostarse con quien quisiese. ¿De dónde procedía, pues, aquel sufrimiento

sobre el cual no se reconocía ningún derecho y que se reconocía tantos derechos sobre él?

—Cuando tú comprendiste que yo... contaba contigo, Kyo, me preguntaste un día, no en serio (un poco, no obstante), si yo creía que iría contigo a la cárcel, y yo te respondí que no sabía nada; que lo difícil, sin duda, era permanecer en ella. Sin embargo, tú pensaste que sí, puesto que me poseíste a mí también. ¿Por qué no creerlo ahora?

—Siempre son los mismos los que van a la cárcel. Katow iría, aunque no me quisiera profundamente. Iría por la idea que tiene de la vida y de sí mismo. No es por alguien por lo que se va a la cárcel.

—Kyo, cómo son de hombre esas ideas...

Él pensaba.

—Y, sin embargo —dijo—, amar a los que son capaces de hacer eso y ser amado por ellos, quizá, ¿qué más esperar del amor? ¡Qué rabia que le pregunten a uno semejantes cosas!... Hasta si lo hacen por su... moral.

—No es por moral —dijo ella, con lentitud—. Por moral seguramente yo no sería capaz de ello.

—Pero —él también hablaba con lentitud— ese amor no te impediría el acostarte con un tipo, cuando tú pensabas (acabas de decirlo) que eso... me molestaría...

—Kyo, voy a decirte algo singular, y que es verdadero, sin embargo... Hasta hace cinco minutos, creí que te sería igual. Quizá eso me hacía creerlo... Hay llamadas, sobre todo cuando se está tan cerca de la muerte (es de las otras de las que yo tengo costumbre, Kyo...) que no tienen nada que ver con el amor...

Sin embargo los celos existían, tanto más turbios cuanto que el deseo sexual que ella le inspiraba descansaba sobre la ternura. Con los ojos cerrados, todavía apoyado sobre el codo, trataba —triste oficio— de comprender. No oía más que la respiración oprimida de May y el roce de las patas del perrito. Su herida venía en primer lugar (luego las consecuencias, ¡ay!, las sentía emboscadas en él, como sus camaradas detrás de las puertas, aún cerradas) de que

atribuía al hombre que acababa de acostarse con May (¿sin embargo, no puedo llamarle su amante!) desprecio hacia ella. Era uno de los antiguos camaradas de May; apenas él lo conocía. Pero conocía la misoginia fundamental de casi todos los hombres. «La idea de que, habiéndose acostado con ella, porque se ha acostado con ella, pueda pensar: “Esta gallinita”, me dan ganas de pegarle. ¿No se estará siempre celoso, sino de lo que se supone que supone el otro? Triste humanidad...» Para May, la sexualidad no comprometía a nada. Era preciso que aquel tipo lo supiese. Que se acostase con ella, bueno; pero que no se imaginara que la poseía. «Estoy hecho una calamidad...» Pero no podía hacer nada, y aquello no era lo esencial: lo sabía. Lo esencial; lo que le trastornaba hasta producirle angustia, era que, de pronto, se había separado de ella, no por odio —aun cuando existiese el odio en él—; no por los celos (¿o es que, precisamente, aquello eran celos?), sino por un sentimiento sin nombre, tan destructor como el tiempo o la muerte: no acertaba con ello. Había vuelto a abrir los ojos. ¿Qué ser humano era ese cuerpo deportivo y familiar, ese perfil perdido: un ojo amplio, que comenzaba en la sien, hundido entre la frente despejada y el pómulo?... ¿La que acababa de copular?... Pero, ¿no era, también, la que soportaba sus debilidades, sus dolores, sus irritaciones; la que había cuidado con él a sus camaradas heridos, velado con él a sus amigos muertos?... La suavidad de su voz todavía en el aire... No se olvida lo que se quiere. Sin embargo, aquel cuerpo recobraba el misterio punzante del ser conocido, transformado de pronto —o mudo o ciego o loco—. Y era una mujer. No una especie de hombre. Otra cosa...

Se le escapaba por completo. Y, a causa de ello, quizá, la llamada rabiosa de un contacto intenso con ella le cegaba; cualquiera que fuese; espanto, gritos, golpes. Se levantó, se acercó a ella. Sabía que se hallaba en un estado de crisis; que al día siguiente, tal vez, ya no comprendería nada de cuanto experimentaba; pero estaba frente a ella como ante una agonía; y, como hacia una agonía, el instinto le impulsaba hacia ella: tocar, palpar, retener a los que nos abandonan, aferrarse a ellos... ¡Con qué angustia le contemplaba ella, detenido a dos pasos!... La revelación de lo que quería cayó, por fin, sobre él; acostarse con ella; refugiarse allí, contra aquel

vértigo, en el cual la perdía toda entera; no tenían que conocerse cuando empleaban todas sus fuerzas en apretar sus brazos sobre sus cuerpos.

Ella se volvió de pronto: acababan de llamar. Demasiado pronto para Katow. ¿Estaría descubierta la insurrección? Lo que habían dicho, sentido, amado, odiado, zozobraba brutalmente. Llamaron de nuevo. Kyo extrajo su revólver de debajo de la almohada, atravesó el jardín y fue a abrir, en pijama. No era Katow; era Clappique que continuaba vestido de smoking. Se quedaron en el jardín.

—¿Qué hay?

—Ante todo le devuelvo su documento: aquí está. Todo marcha bien. El barco ha salido. Va a anclar a la altura del consulado de Francia. Casi al otro lado del río.

—¿Dificultades?

—Ni una palabra. Antigua confianza; si no, se pregunta cómo hay que hacerlo. En estos asuntos, joven, la confianza es tanto mayor cuanto menos razón de ser tiene...

—¿Alusión?

Clappique encendió un cigarrillo. Kyo no vio más que la mancha del cuadro de seda negra sobre el rostro confuso. Fue a buscar la cartera —May esperaba—, volvió, pagó la comisión convenida. El barón se guardó los billetes en el bolsillo, arrugados, sin contarlos.

—La bondad da felicidad —dijo—. Amigo mío, la historia de mi noche es una no-ta-ble historia moral: ha comenzado por la limosna y acaba con la fortuna. ¡Ni una palabra!

Con el índice levantado, se inclinó hacia el oído de Kyo.

—¡Fantomas le saluda!

Dio media vuelta y salió. Como si Kyo sintiese temor de entrarse, le contemplaba irse, con el smoking agitándose a lo largo del muro blanco. «Mucho se parece a Fantomas, en efecto, con ese traje. ¿Habrá adivinado, o supuesto, o...?» Tregua de lo pintoresco: Kyo oyó una tos, y la reconoció tanto más pronto cuanto que la esperaba: Katow. Todos se apresuraban, esa noche.

Tal vez para hacerse menos visible, caminaba por en medio de la calzada. Kyo adivinaba su blusa, más que verla, en alguna parte, arriba, en la sombra, una nariz saliente... Sobre todo, apreciaba el balanceo de sus manos. Salió a su encuentro.

—¿Qué hay? —le preguntó, como había preguntado a Clappique.

—Todo va bien. ¿Y el barco?

—Frente al consulado de Francia. Lejos del muelle. Dentro de media hora.

—El vapor y los hombres están a cuatrocientos metros de allí. ¿Vamos?

—¿Y los trajes?

—No se necesitan. Los tipos están completamente listos.

Volvió a entrar y se vistió en un instante: pantalón y tricota. Alpargatas (quizá hubiera que trepar). Estaba listo. May le tendió los labios. El espíritu de Kyo quería besarla; su boca, no —como si, independiente, ella le guardase rencor—. La besó, por fin, mal. Ella le miró con tristeza, con los párpados abatidos; sus ojos plenos de sombra, se tornaban poderosamente expresivos, puesto que la expresión procedía de los músculos. Kyo salió.

Caminaba al lado de Katow, una vez más. No podía, sin embargo, librarse de ella. «Ahora mismo, me parecía una loca o una ciega. No la conozco. No la conozco. No la conozco más que en la medida en que la amo, en el sentido en que la amo. No se posesiona uno de un ser, sino de lo que cambia en él, dice mi padre... ¿Y después?» Se sumergía en sí mismo, como en aquella callejuela, cada vez más oscura, donde hasta los aisladores del telégrafo no brillaban ya sobre el cielo. Volvía a experimentar angustia y se acordó de los discos. «Se oye la voz de los demás con los oídos; la de uno mismo, con la garganta.»

Sí. La vida de uno también se oye con la garganta. ¿Y la de los demás?... En primer término, allí había soledad; soledad inmutable, tras la multitud mortal, como la gran noche primitiva detrás de aquella noche densa y pesada, bajo la cual acechaba la ciudad desierta, llena de desesperación y de odio. «Pero yo, para mí, por la garganta, ¿qué soy? Una especie de afirmación absoluta, de afir-

mación de loco: una intensidad más grande que la de todo el resto. Para los demás, yo soy lo que he hecho.» Sólo para May no era lo que había hecho; sólo para él, ella era otra cosa completamente distinta de su biografía. El abrazo, mediante el cual el amor mantiene a los seres unidos el uno al otro contra la soledad, no era al hombre al que proporcionaba su ayuda; era al loco, al monstruo incomparable, preferible a todo, que todo ser es para sí mismo y al que elige en su corazón. Desde que su madre había muerto, May era el único ser para quien él no era Kyo Gisors, sino la más estricta complicidad. «Una complicidad consentida, conquistada, elegida», pensó, extraordinariamente de acuerdo con la noche, como si su pensamiento ya no estuviese hecho para la luz. «Los hombres no son mis semejantes; son los que me ven y me juzgan; mis semejantes son aquellos que me aman y no me miran; los que me aman contra todo; los que me aman contra la decadencia, contra la baja-za, contra la traición; a mí, y no lo que yo haya hecho o haga; quienes me amen tanto como yo me amo a mí mismo; hasta el suicidio, incluso... Sólo con ella tengo en común este amor, desgarrado o no, como otros, juntos, tienen hijos enfermos y que pueden morir...» Aquello no era, por cierto, la felicidad; era algo primitivo que concordaba con las tinieblas y hacía subir hasta él un calor que acababa en una opresión inmóvil, como de una mejilla contra otra mejilla —la única cosa en él que era fuerte como la muerte.

Sobre los tejados, ya había sombras en su puesto.

4 de la mañana

El viejo Gisors arrugó el trozo de papel mal cortado en que Chen había escrito su nombre con lápiz, y se lo guardó en el bolsillo. Estaba impaciente por volver a ver a su antiguo alumno. Su mirada se dirigió de nuevo a su interlocutor presente, un chino muy viejo, con la cabeza de mandarín de la Compañía de las Indias, vestido con túnica; se dirigía hacia la puerta, con menudos pasos y con el índice levantado, y hablaba inglés: «Es bueno que existan la sumi-

sión absoluta de la mujer, el concubinato y la institución de las cortesanas. Continuaré la publicación de mis artículos. Porque nuestros antepasados pensaron así, es por lo que existen esas bellas pinturas —mostraba con la mirada el fénix azul, sin mover el rostro, como si le hubiese guiñado el ojo—, de las que usted está orgulloso, y yo también. La mujer está sometida al hombre, como el hombre está sometido al Estado; y servir al hombre es menos duro que servir al Estado. ¿Vivimos para nosotros? No somos nada. Vivimos para el Estado, en el presente; para el orden de los muertos, a través de la duración de los siglos...»

¿Se iría por fin? Aquel hombre, aferrado a su pasado, aun hoy (las sirenas de los navíos de guerra no bastaban para llenar la noche...), frente a la China roída por la sangre como sus bronce de los sacrificios, adquiriría la poesía de algunos locos. ¡El orden! Multitudes de esqueletos con túnicas bordadas, perdidos hacia el fondo del tiempo en asambleas inmóviles: enfrente, Chen, los doscientos mil obreros de las hilanderías, la multitud aplastante de los *coolies*. ¿La sumisión de las mujeres? Todas las noches, May refería los suicidios de las novias... El viejo salió, con el índice levantado; «¡El orden, señor Gisors!...» Después, un postrer saludo, brincándole la cabeza y los hombros.

En cuanto oyó que se había vuelto a cerrar la puerta, Gisors llamó a Chen y volvió con él al salón de los fénix.

Chen comenzó a pasear. Cada vez que pasaba por delante de él, que era con frecuencia, Gisors, sentado en uno de los divanes, recordaba a un gavilán de bronce egipcio cuya fotografía había conservado Kyo por simpatía hacia Chen, «a causa de su parecido». Era verdad, a pesar de que los gruesos labios aparentaban expresar bondad. «En definitiva, un gavilán convertido por Francisco de Asís», pensó.

Chen se detuvo delante de él.

—Yo he sido quien ha matado a Tang-Yen-Ta —dijo.

Había visto en la mirada de Gisors algo casi afectuoso. Despreciaba los afectos, y los temía. Su cabeza, empotrada entre los hombros, y que la marcha inclinaba hacia adelante, con la arista corta

de la nariz, acentuaba el parecido con el gavilán, a pesar de su cuerpo rechoncho; y hasta sus ojos pequeños, casi sin pestañas, hacían pensar en un pájaro.

—¿Era de eso de lo que querías hablarme?

—Sí.

Gisors reflexionaba. Puesto que no quería responder por medio de prejuicios, no podía hacer otra cosa que aprobarlo. Le costaba, no obstante, algún trabajo hacerlo. «He envejecido», pensó.

Chen renunció a caminar.

—Estoy extraordinariamente solo —dijo, mirando por fin, de frente a Gisors.

Éste estaba turbado. Que Chen recurriese a él, no le extrañaba: había sido, durante algunos años, su maestro, en el sentido chino de la palabra —un poco menos que su padre, más que su madre; desde que ambos habían muerto, Gisors era, sin duda, el único hombre del que tenía necesidad Chen—. Lo que no comprendía era que Chen, que sin duda había vuelto a ver a los terroristas aquella noche, puesto que él acababa de ver a Kyo, pareciese tan lejos de ellos.

—¿Y los demás? —preguntó.

Chen volvió a verlos, en la trastienda del vendedor de discos, hundiéndolos en la sombra o sacándolos de ella el balanceo de la lámpara, mientras cantaba el grillo.

—No saben.

—¿Que has sido tú?

—Eso, lo saben: no tiene importancia.

Calló de nuevo. Gisors se guardaba de volver a preguntar.

Chen prosiguió, al fin.

—... Que es la primera vez.

Gisors experimentó, de pronto, la impresión de comprender. Chen lo notó.

—No. Usted no comprende.

Hablaba el francés con una acentuación de garganta sobre las palabras de una sola sílaba nasal, cuya mezcla con ciertos idiotismos que había aprendido de Kyo sorprendía. Su brazo derecho, instintivamente, había caído a lo largo de la cadera: sentía de nuevo el cuerpo herido que el colchón elástico rechazaba contra el cuchillo. Aquello no significaba nada. Se encontraba dispuesto a repetirlo. Pero, sin embargo, anhelaba un refugio. Aquella afección profunda, que no tenía necesidad de explicar nada, Gisors no la atribuía más que a Kyo. Chen lo sabía. ¿Cómo explicarse?

—Usted nunca ha matado a nadie, ¿verdad?

—Demasiado lo sabes.

Aquello le parecía evidente a Chen; pero, a la sazón, desconfiaba de tales evidencias. Sin embargo, le pareció, de pronto, que algo le faltaba a Gisors. Alzó los ojos. Aquél le contemplaba de arriba abajo, pareciendo más largos sus cabellos blancos a causa del movimiento de su cabeza hacia atrás, intrigado por su ausencia de ademanes. Ésta procedía de su herida, de la que Chen no le había dicho nada; no porque le doliese (un compañero enfermero se la había desinfectado y vendado), pero le molestaba. Como siempre cuando reflexionaba, Gisors daba vueltas entre sus dedos a un invisible cigarrillo.

—Quizá...

Se detuvo, con los claros ojos fijos en su máscara de templario afeitado. Chen esperaba. Gisors prosiguió, casi brutalmente:

—No creo que sea bastante el recuerdo de un crimen para que te alteres así.

«Se ve que no sabe de qué habla», intentó pensar Chen. Pero Gisors había acertado en lo justo. Chen se sentó y miró los pies.

—No —dijo—; yo no creo, tampoco, que el recuerdo baste. Hay otra cosa, esencial. Quisiera saber qué.

¿Era para saber eso, para lo que había ido?

—¿La primera mujer con quien te acostaste fue una prostituta, como es natural? —preguntó Gisors.

—Soy chino —respondió Chen con rencor.

No —pensó Gisors—. Salvo por sexualidad, quizá, Chen no era chino. Los emigrados de todos los países, de que rebosaba Shanghai, habían enseñado a Gisors hasta qué punto el hombre se separa de su nación, de una manera nacional; pero Chen no pertenecía ya a China, ni aun por la manera como la había abandonado: una libertad total le entregaba totalmente a su idea.

—¿Qué experimentaste después? —preguntó Gisors.

Chen crispó los dedos.

—Orgullo.

—¿De ser un hombre?

—De no ser una mujer.

Su voz ya no expresaba rencor, sino un desprecio completo.

—Me parece que quiere usted decir —prosiguió— que he debido sentirme... separado.

Gisors se guardaba de responder.

—... Sí. Terriblemente. Y tiene usted razón para hablar de mujeres. Quizá se desprecia mucho a aquel a quien se mata. Pero menos que a los otros.

—¿Que a los que no matan?

—Que a los que no matan: los vírgenes.

Caminaba de nuevo. Las dos últimas palabras habían caído como una carga arrojada al suelo, y el silencio se ensanchaba alrededor de ambos. Gisors comenzaba a experimentar, no sin tristeza, la separación de que Chen hablaba. Recordó, de pronto, que Chen le había dicho tener horror a la caza.

—¿No has sentido horror ante la sangre?

—Sí; pero no *solamente* horror.

Pronunció aquella frase mientras se alejaba de Gisors. Se volvió, de pronto, y, contemplando el fénix, aunque tan directamente como si hubiese mirado a Gisors a los ojos, preguntó:

—¿Entonces? Yo sé lo que se hace con las mujeres, cuando quieren continuar poseyéndonos: se vive con ellas. ¿Y la muerte, entonces?

Y más amargamente aún, pero sin cesar de contemplar al fénix:

—¿Un concubinato?

La pendiente de la inteligencia de Gisors le inclinaba siempre a acudir en ayuda de sus interlocutores; sentía afecto hacia Chen. Pero comenzaba a ver claro: la acción en los grupos de encuentro ya no bastaba al joven; el terrorismo constituía para él una fascinación. Sin dejar de dar vueltas a su cigarrillo imaginario; con la cabeza tan inclinada hacia adelante, como si contemplase la alfombra; con la afilada nariz batida por su mechón blanco, dijo, esforzándose por dar a su voz una entonación de despego:

—Crees que ya no saldrás de eso...

Pero, ganado por los nervios, terminó tartamudeando:

—... y es contra esa... angustia, contra lo que vienes a... defenderte junto a mí.

Silencio.

—Una angustia, no —dijo, por fin, Chen entre dientes—. ¿Una fatalidad?

Nuevo silencio. Gisors comprendía que ningún gesto era posible; que no podía tomarle la mano, como hacía en otro tiempo. Se decidió, a su vez, y dijo, con desfallecimiento, como si hubiese adquirido, de pronto, el hábito de la angustia:

—Entonces, hay que pensar en ella y llevarla al extremo. Y, si quieres vivir con ella...

—Pronto me matarán.

«¿No es eso, sobre todo, lo que quiere? —se preguntó Gisors—. No aspira a ninguna gloria, a ninguna felicidad. Capaz de vencer, pero no de vivir en su victoria, ¿qué puede desear, sino la muerte? Sin duda, pretende darle el sentido que otros dan a la vida. Morir lo más alto posible. ¿Alma de ambicioso, lo bastante lúcida, lo bastante separada de los hombres o lo bastante para despreciar todos los objetos de su ambición y hasta su ambición misma?»

—Si quieres vivir con esa... fatalidad, no hay más que un recurso: transmitirla.

—¿Quién sería digno de ella? —preguntó Chen, también entre dientes.

El aire se hacía cada vez más pesado, como si todo lo que aquellas frases evocaban de muerte violenta estuviese allí. Gisors ya no podía decir nada: cada palabra habría tenido un sonido falso, frívolo, imbécil.

—Gracias —dijo Chen.

Se inclinó ante él, con todo el busto, a la usanza china (lo que no hacía nunca), como si prefiriese no tocarle, y salió.

Gisors volvió a sentarse y comenzó de nuevo a darle vueltas a su cigarrillo. Por primera vez, se encontraba, no frente al combate, sino ante la sangre. Y, como siempre, pensaba en Kyo. Kyo habría encontrado irrespirable aquel universo en que se movía Chen... ¿Estaba muy seguro de ello? Chen también detestaba la caza; Chen también tenía horror a la sangre —antes—. En esa profundidad, ¿qué sabía él de su hijo? Cuando su amor no podía desempeñar ningún papel; cuando no podía referirse a muchos recuerdos, sabía muy bien que dejaba de conocer a Kyo. Un intenso deseo de volver a verle le invadió —el que se siente por volver a ver a los familiares muertos—. Sabía que se había ido.

¿Adónde? La presencia de Chen animaba aún la habitación. Aquél se había arrojado en el mundo del crimen, y ya no saldría de él: con su encarnizamiento, entraba en la vida terrorista como en una cárcel. Antes de diez años, a lo sumo, sería apresado y torturado o muerto; hasta entonces, viviría como un obseso decidido, en el mundo de la decisión y de la muerte. Sus ideas le hacían vivir; ahora, iban a matarle.

Y precisamente por eso era por lo que Gisors sufría. Que Kyo impulsara a matar, estaba en su papel. Y si no, poco importaba: lo que hacía Kyo estaba bien hecho. Pero se hallaba espantado ante aquella sensación súbita, ante aquella certidumbre de la fatalidad del crimen, de una *intoxicación*, tan terrible, que la suya apenas lo era. Comprendía qué mal había prestado a Chen la ayuda que éste le pedía, cuán solitario es el crimen —y cuánto, con aquella angustia, Kyo se alejaba de él—. Por primera vez, la frase que había

repetido con tanta frecuencia: «No existe conocimiento de los seres», se aferró en su imaginación al semblante de su hijo.

¿A Chen lo conocía? Apenas creía que los recuerdos permitiesen comprender a los hombres. Conocía la primera educación de Chen, que había sido religiosa; cuando había comenzado a interesarse por aquel adolescente huérfano —los padres habían muerto en el saqueo de Kalgan—, silenciosamente insolente. Chen procedía del colegio tísico, llegado tarde al pastorado, que se esforzaba con paciencia, a los cincuenta años, por vencer, mediante la caridad, una inquietud religiosa intensa. Obsesionado por la vergüenza del cuerpo, que atormentaba a san Agustín; del cuerpo caído en el cual hay que vivir con el Cristo —por el horror de la civilización ritual de la China que le rodeaba y le hacía más imperiosa aún la llamada de la verdadera vida religiosa—, aquel pastor había elaborado con su angustia la imagen de Lutero, del que a veces hablaba a Gisors: «No hay vida más que en Dios; porque el hombre, a causa del pecado, ha caído hasta tal punto; se ha manchado tan irremediablemente, que llegar hasta Dios es una especie de sacrilegio. De aquí el Cristo; de aquí su crucifixión eterna.» Quedaba la Gracia, es decir, el amor ilimitado o el terror, según la fuerza o la debilidad de la esperanza; y este terror era un nuevo pecado. Quedaba también la caridad; pero la caridad no siempre basta para agotar la angustia.

El pastor había tomado cariño a Chen. No sospechaba que el tío de éste, que se había encargado de él, sólo lo había enviado con los misioneros para que aprendiese el inglés y el francés, y le había puesto en guardia contra su enseñanza, contra la idea del infierno, sobre todo, de que desconfiaba aquel confucionista. El niño, que reconocía a Cristo, y no a Satanás ni a Dios —la experiencia del pastor le había enseñado que los hombres no se convierten nunca más que a los mediadores—, se abandonaba al amor con el rigor que ponía en todo. Pero experimentaba bastante respeto hacia el maestro —la única cosa que China le había inculcado con fuerza—, para que a pesar del amor aprendido volviese a encontrar la angustia del pastor, y le pareciese un infierno más terrible y más convincente que aquel contra el cual se había intentado prevenirle.

Llegó el tío. Espantado ante la clase de sobrino que encontraba, manifestó una delicada satisfacción y envió unos arbolillos de jade y de cristal al director, al pastor y a algunos otros. Al cabo de ocho días, llamaba a Chen a su casa, y a la semana siguiente lo enviaba a la Universidad de Pekín.

Gisors, dando vueltas, como siempre, a su cigarrillo entre las rodillas, con la boca entreabierta y absorto ante lo que reflexionaba, se esforzaba por recordar al adolescente de entonces. Pero, ¿cómo separarlo, cómo aislarlo de aquel en el cual se había convertido? «Pienso en su espíritu religioso, porque Kyo jamás lo tuvo, y porque, en este momento, toda diferencia profunda entre ambos me libera... ¿Por qué tendré la impresión de conocerle mejor que a mi hijo?» Era que veía mucho mejor en qué lo había modificado; esta modificación capital, obra suya, era precisa, limitable, y no conocía nada, en los demás seres, mejor que lo que él le había suministrado. Desde que había observado a Chen, había comprendido que aquel adolescente no podría vivir de una ideología que no se transformase inmediatamente en actos. Privado de caridad, no podría ser conducido, por la vida religiosa, más que a la contemplación o a la vida interior; pero odiaba la contemplación, y no había soñado más que con un apostolado al que le impulsaba precisamente su ausencia de caridad. Para vivir, era preciso, pues, en primer término, que se sustrajese a su cristianismo. (Por semiconfidencias, parecía que el trato con las prostitutas y los estudiantes había hecho desaparecer el único pecado, siempre más fuerte que la voluntad de Chen: la masturbación; y, con él, un sentimiento ininterrumpido de angustia y de caída.) En cuanto al cristianismo, su nuevo maestro había opuesto, no argumentos, sino otras formas de grandeza; la fe se le había desvanecido entre los dedos a Chen, poco a poco, sin crisis, como si fuese arena. Apartado por ella de la China; acostumbrado por ella a separarse del mundo, en lugar de someterse a él, había comprendido, a través de Gisors, que todo había pasado como si aquel período de su vida no hubiese sido más que una iniciación en el sentido heroico: ¿qué hacer de un alma, no existiendo ni Dios ni Cristo?

Aquí Gisors volvía a encontrar a su hijo, indiferente al cristianismo, pero a quien la educación japonesa (Kyo había vivido en el

Japón desde los ocho hasta los diecisiete años) había impuesto también la convicción de que las ideas no debían ser pensadas, sino vividas. Kyo había elegido la acción de una manera grave y premeditada, como otros eligen las armas o el mar: había abandonado a su padre, y vivido en Cantón y en Tientsin la vida de las maniobras y de la excitación de los *coolies* para organizar los sindicatos. Chen —habiendo sido apresado su tío en rehenes, y no habiendo podido pagar su rescate, por lo que fue ejecutado en la toma de Swteu— se había encontrado sin dinero y provisto de unos diplomas sin valor, ante sus veinticuatro años y en la China, chófer de camión, mientras las pistas del Norte habían sido peligrosas; luego, ayudante de químico; luego, nada. Todo le precipitaba hacia la acción política: la esperanza de un mundo diferente; la posibilidad de comer, aunque fuera miserablemente (era naturalmente austero, quizá por orgullo); la satisfacción de sus odios, de sus ideas y de su carácter. Daba un sentido a su soledad. En cambio, en Kyo todo era más simple. El sentido heroico le había dado como una disciplina, no como una justificación de la vida. No era inquieto. Su vida tenía un sentido, y él lo conocía: poner a cada uno de aquellos hombres, a quienes el hambre, en aquel mismo momento, hacía morir como una peste lenta, en posesión de su propia dignidad. Él era uno de ellos: tenían los mismos enemigos. Mestizo, fuera de casta, desdeñado por los blancos, y más aún por las blancas, Kyo no había intentado seducirlas: había buscado a los suyos, y los había encontrado. «No hay dignidad posible ni vida real para un hombre que trabaja doce horas al día, sin saber para qué trabaja.» Era preciso que aquel trabajo adquiriese un sentido, se convirtiese en una patria. Las cuestiones individuales no existían para Kyo más que en su vida privada.

Todo esto Gisors lo sabía. «Y, sin embargo, si Kyo entrase y me dijese, como Chen hace poco: “yo he sido quien ha matado a Tang-Yen-Ta”; si lo dijese, yo pensaría que “ya lo sabía”. Todo cuanto hay de posible en él resuena en mí con tanta fuerza, que cualquier cosa que me dijese, yo pensaría que “ya lo sabía...” » Contempló por la ventana la noche inmóvil e indiferente. «Pero, si verdaderamente lo supiera, y no de esta manera incierta y pavoro-

sa, lo salvaría...» Dolorosa afirmación, en la que él no creía, en absoluto. ¿Qué confianza tenía en su pensamiento?

Desde la partida de Kyo, no había servido más que para justificar la acción de su hijo, aquella acción entonces íntima, que comenzaba en cualquier parte (con frecuencia, durante tres meses, no sabía siquiera dónde), en la China central o en las provincias del Sur. Si los estudiantes, inquietos, comprendían que aquella inteligencia acudía en su ayuda con tanto calor y con tanta penetración, no era, como creían entonces los idiotas de Pekín, porque se distrajese en jugar con la procuración de las vidas, de las que le separaba su edad; era porque, en todos aquellos dramas semejantes, encontraba el de su hijo. Cuando enseñaba a sus estudiantes, casi todos modestos burgueses, que estaban obligados a unirse a los jefes militares o al proletariado; cuando decía a aquellos a quienes había elegido: «El marxismo no es una doctrina; es una voluntad; es, para el proletariado y los suyos, vosotros, la voluntad de conocerse, de sentirse como tales, de vencer como tales; no debéis ser marxistas para tener razón, sino para vencer sin traicionarnos», hablaba para Kyo, lo defendía. Y, si sabía que no era el alma rigurosa de Kyo la que le respondía, cuando al final del curso encontraba, según la costumbre china, su habitación abarrotada de flores blancas por los estudiantes, al menos sabía que aquellas manos que se preparaban para matar, al llevarle unas camelias, estrecharían mañana las de su hijo, que tendría necesidad de ellas. Porque la fuerza del carácter le atraía hasta aquel punto, se había interesado por Chen. Pero, cuando se amistó con él, ¿previo aquella noche lluviosa en la que el joven, hablando de la sangre apenas coagulada, iría a decirle: «No tengo solamente horror...»?

Se levantó, abrió el cajón de la mesa baja donde guardaba su platillo de opio, encima de una colección de pequeños cactus. Debajo del platillo, una foto: Kyo. La sacó, la contempló, sin pensar en nada preciso, sumido ásperamente en la certidumbre de que, allí, donde estaba, nadie conocía ya a nadie, y de que la presencia del mismo Kyo, que tanto había anhelado hacía poco, no habría cambiado nada; sólo habría tornado más desesperada su separación, como la de los amigos a quienes se abraza en sueños y que murieron hace años. Contemplaba la foto entre sus dedos: estaba tibia,

como una mano. La dejó caer de nuevo dentro del cajón, sacó el platillo, apagó la luz eléctrica y encendió la lámpara.

Dos pipas. En otro tiempo, cuando su avidez comenzaba a saciarse, miraba a los seres con benevolencia y consideraba al mundo como una infinidad de posibilidades. Ahora, en lo más profundo de sí mismo, las posibilidades no encontraban cabida: tenía sesenta años, y sus recuerdos estaban llenos de tumbas. Su sentido tan puro del arte chino, de aquellas pinturas azuladas que apenas iluminaba la lámpara, de toda la civilización de sugestión de que la China le rodeaba y que, treinta años antes, había sabido tan finamente aprovechar *son sens du bonheur*, no era más que una delgada cubierta bajo la cual despertaban, como perros ansiosos que se agitaran al final del sueño, la angustia y la obsesión de la muerte.

Su pensamiento vagaba, sin embargo, en torno al mundo y en torno a los hombres con una áspera pasión y que la edad no había extinguido. Que en todo ser, y en él, desde luego, había un paranoico, hacía mucho tiempo que estaba seguro de ello. Había creído, en otro tiempo —tiempo pasado... —, que se soñaba héroe. No. Aquella fuerza, aquella furiosa imaginación subterránea que llevaba en sí mismo (me volvería loco —había pensado— y sólo ella quedaría de mí...) se hallaba dispuesta a adoptar todas las formas, como también la luz. Como Kyo, y casi por las mismas razones, pensó en los discos de que éste le había hablado, y casi de la misma manera, porque las modalidades del pensamiento de Kyo habían nacido de las suyas. Del mismo modo que Kyo no había reconocido su propia voz porque la había oído con la garganta, así la conciencia que él, Gisors, tenía de sí mismo, era, sin duda, irreducible a la que él pudiera adquirir de otro ser, porque no era adquirida por los mismos medios. No debía nada a los sentidos. Se sentía penetrar, con su conciencia intrusa, en un dominio que le pertenecía más que cualquier otro y poseer con angustia una soledad vedada, donde nadie vendría nunca a unírsele. Durante un segundo, experimentó la sensación de que era *aquello* lo que debía escapar a la muerte... Sus manos, que preparaban una nueva bolita, temblaban ligeramente. Aquella soledad total y aun el amor que tenía a Kyo, no le libraban. Pero si no sabía refugiarse en otro ser, sabía liberarse: tenía opio.

Cinco bolitas. Desde hacia algunos años, se limitaba a ellas, no sin pena; no sin dolor, a veces. Raspó la cabeza de su pipa; la sombra de su mano pasó de la pared al techo. Apartó la lámpara algunos centímetros; los contornos de la sombra se perdieron. Los objetos también se perdían: sin cambiar de forma, dejaban de ser claros para él, le unían al fondo de un mundo familiar en que una benevolente indiferencia confundía todas las cosas —un mundo más verdadero que el otro, por ser más constante, más semejante a sí mismo; seguro como una amistad, siempre indulgente y siempre recuperado: formas, recuerdos, ideas—. Todo se sumergía con lentitud hacia un universo liberado. Se acordó de una tarde de septiembre en que el gris perfecto del cielo tornaba lechosa el agua de un lago, en los claros de vastos campos de nenúfares; desde los cuernos carcomidos de un pabellón abandonado hasta el horizonte magnífico y sombrío, no le llegaba ya más que un mundo penetrado de una melancolía solemne. Sin agitar su campanilla, un bonzo se había acodado en la rampa del pabellón, abandonando su santuario al polvo, al perfume de las maderas olorosas que ardían; los campesinos pasaban en barcas recogiendo los granos de nenúfar sin producir el menor ruido; cerca de las últimas flores, nacieron del timón dos prolongados pliegues, y fueron a perderse en el agua gris, con una extrema indolencia. Se perdían ahora en él mismo, recogiendo en su abanico todo el agobio del mundo, pero un agobio sin amargura, llevado por el opio a una pureza suprema. Con los ojos cerrados, transportados por las grandes alas inmóviles, Gisors contemplaba su soledad: una desolación que se unía a lo divino, al mismo tiempo que se ensanchaba hasta lo infinito aquella estela de serenidad que recubría suavemente las profundidades de la muerte.

4 y media de la mañana

Vestidos ya como soldados del gobierno, con los capotes sobre las espaldas, los hombres descendían, uno a uno, al vapor, balanceados por los remolinos del río.

—Dos de los marinos son del partido. Habrá que interrogarlos: deben de saber dónde están las armas —dijo Kyo a Katow.

Con excepción de las botas, el uniforme modificaba poco el aspecto de Katow. Su blusa militar aparecía tan mal abrochada como la otra; pero la gorra, que era nueva y a la cual no estaba acostumbrado, dignamente colocada sobre el cráneo, le daba un aspecto idiota. «¡Sorprendente conjunto, el de una gorra de oficial chino y una nariz semejante!», pensó Kyo. Era de noche...

—Ponte el capuchón del capote —dijo, no obstante.

El vapor se separó del muelle, tomó finalmente impulso en la noche. Bien pronto desapareció, detrás de un junco. De los cruceros, los haces de proyectores dirigidos en bandada desde el cielo sobre el puerto confuso, se entrecruzaban como sables.

Mientras avanzaban, Katow no apartaba la vista del *Shang-Tung*, que parecía aproximarse poco a poco. Al mismo tiempo que le invadía el olor del agua corrompida, del pescado y del humo del puerto (estaba casi a ras del agua) que sustituía poco a poco el del carbón del desembarcadero, el recuerdo que acudía a él al aproximarse cada combate tomaba posesión una vez más de su espíritu. Sobre el frente de Lituania, su batallón había sido apresado por los blancos. Los hombres desarmados estaban alineados en la inmensa llanura de nieve, apenas visible al ras del alba verdosa. «¡Que los comunistas salgan de las filas!» La muerte; lo sabían. Los dos tercios del batallón habían avanzado. «Quitaos las túnicas.» «Cavad la fosa.» La habían cavado. Con lentitud, porque estaba helado el suelo. Los guardias blancos, con un revólver en cada mano (las palas podían convertirse en armas), inquietos e impacientes, esperaban, a derecha e izquierda —el centro vacío a causa de que las ametralladoras estaban dirigidas hacia los prisioneros—. El silencio no tenía límites; tan vasto como aquella nieve, que se perdía de vista. Sólo los trozos de tierra helada caían produciendo un ruido seco, cada vez más precipitado: a pesar de la muerte, los hombres se daban prisa para entrar en calor. Varios habían comenzado a estornudar. «Bueno. ¡Alto!» Se habían vuelto. Detrás de ellos, más allá de sus camaradas, mujeres, niños, viejos de la aldea estaban amontonados, a medio vestir, envueltos en unas mantas, moviliza-

dos para que presenciaran aquel ejemplo, agitando las cabezas como si se sintiesen obligados a no mirar, pero fascinados por la angustia. «¡Quitaos los pantalones!» Porque eran escasos los uniformes. Los condenados vacilaban, a causa de las mujeres. «¡Quitaos los pantalones!» Las heridas habían aparecido, una a una, vendadas con harapos: las ametralladoras habían disparado muy hacia abajo, y casi todos estaban heridos en las piernas. Muchos doblaban los pantalones, aunque habían arrojado el capote. Se habían alineado de nuevo, al borde de la fosa esta vez, frente a las ametralladoras, destacados sobre la nieve: carne y camisas. Invadidos por el frío, estornudaban sin cesar, unos después de otros, y aquellos estornudos eran tan intensamente humanos, en aquel amanecer de ejecución, que los ametralladores, en lugar de disparar, habían esperado —esperado a que la vida fuese menos indiscreta—. Por fin, se habían decidido. Al día siguiente por la tarde, los rojos recuperaban la aldea: diecisiete, mal ametrallados, entre ellos Katow, fueron salvados. Aquellas sombras, claras sobre la nieve verdosa del alba, transparentes, sacudidas por los estornudos convulsos frente a las ametralladoras, estaban allí, en la lluvia y en la noche china, frente a la sombra del *Shang-Tung*.

El vapor continuaba avanzando: el vaivén era lo bastante fuerte para que la silueta, baja y turbia, del barco pareciese balancearse lentamente sobre el río; apenas iluminada, sólo se distinguía como una masa más sombría sobre el cielo cubierto. Sin duda alguna, el *Shang-Tung* estaba guardado. El proyector de un crucero alcanzó al vapor, lo observó por un instante y lo abandonó. Había descrito una curva profunda y se dirigía hacia el barco por la popa, derivando ligeramente hacia la derecha, como si fuese hacia el barco vecino. Todos los hombres llevaban el capote de los marinos, con el capuchón bajado sobre el uniforme. Por orden de la dirección del puerto, las escalas de saltillo de todos los barcos estaban echadas; Katow contempló la del *Shang-Tung*, a través de sus gemelos, ocultos bajo su capote: se detenía a un metro del agua, apenas iluminada por tres luces. Si el capitán pedía el dinero, que ellos no tenían, antes de autorizarlos para subir a bordo, los hombres deberían saltar uno a uno del vapor; sería difícil detenerlos bajo la escala de saltillo. Todo dependería, pues, de aquella pequeña pasarela

oblicua. Si desde el barco intentaban recogerla, podría disparar sobre los que manejaban el cordaje: bajo las poleas nada los protegía. Pero el barco se pondría en estado de defensa.

El vapor viró 90 grados, llegó sobre el *Shang-Tung*. La corriente, poderosa a aquella hora, le cogía de través; el vapor, muy alto (estaba al pie de él), parecía partir a toda velocidad en la noche, como un buque fantasma. El maquinista impulsó al motor toda su fuerza: el *Shang-Tung* pareció aminorar la marcha, inmovilizarse, retroceder. Se acercaron a la escala de saltillo. Katow la agarró al pasar; de un salto, se encontró sobre la escalera.

—¿El documento? —preguntó el hombre del saltillo.

Katow se lo entregó. El hombre lo transmitió y permaneció en su puesto, con el revólver empuñado. Era preciso, pues, que el capitán reconociese su propio documento; era probable que lo hubiese hecho, cuando Clappique se lo había comunicado. Sin embargo... Bajo el saltillo, el vapor, sombrío, subía y bajaba con el movimiento del río.

Volvió el mensajero. «Puede usted subir.» Katow no se movió; uno de sus hombres, que llevaba galones de teniente (el único que hablaba inglés), abandonó el vapor subió y siguió al marinero mensajero, que le condujo adonde estaba el capitán.

Éste, un noruego rapado, de mejillas barrosas, le esperaba en su camarote, detrás de su pupitre. El mensajero salió.

—Venimos a recoger las armas —dijo el teniente en inglés.

El capitán le miró sin responder, estupefacto. Los generales habían pagado siempre las armas; la venta de éstas había sido negociada clandestinamente, hasta el envío del intermediario Tang-Yen-Ta por el agregado de su consulado, contra una justa retribución. Si no cumplían ya sus compromisos respecto de los importadores clandestinos, ¿quiénes los iban a abastecer? Pero, puesto que no había negocio más que en el gobierno de Shanghai, podía tratarse de salvar las armas.

—*Well!* Aquí está la llave.

Se registró el bolsillo interior de la americana, tranquilamente, sacó, de pronto, su revólver y lo asestó a la altura del pecho del

teniente, del que no le separaba más que la mesa. En el mismo instante, oyó detrás de él: «¡Arriba las manos!» Katow, por la ventana abierta que daba al callejón de combate, le apuntaba. El capitán ya no comprendía nada, porque aquél era un blanco: pero, por lo pronto, no había que insistir. Las cajas de armas no valían lo que su vida. «Un viaje que habrá de pasar a pérdidas y ganancias.» Vería lo que podía intentar con su equipo. Dejó su revólver, que recogió el teniente.

Katow entró y lo registró: no tenía otra arma.

—No valía la pena, absolutamente, tener tantos revólveres a bordo para no llevar más que uno solo consigo —dijo, en inglés. Seis hombres de los suyos entraban detrás de él, uno a uno, en silencio. El andar pesado, el aspecto recio, la nariz al aire de Katow y sus cabellos, de un rubio claro, eran los de un ruso. ¿Escocés? Pero aquel acento...

—Usted no es del gobierno, ¿verdad?

—No te ocupes de eso.

Llevaban al segundo, debidamente atado por la cabeza y por los pies, sorprendido durante su sueño. Los hombres ataron fuertemente al capitán. Dos de ellos se quedaron para vigilarle. Los otros descendieron con Katow. Los hombres del equipo que eran del partido les enseñaron dónde estaban escondidas las armas; la única precaución de los importadores de Macao había consistido en escribir sobre las cajas: «*Piezas sueltas.*» Empezaron a trasladarlas. Con la escala de saltillo echada, se hizo con facilidad, pues las cajas eran pequeñas. Cuando estuvo la última caja en el vapor, Katow fue a destruir el puesto de T.S.H.; luego pasó adonde estaba el capitán.

—Si tiene usted demasiada prisa por bajar a tierra, le prevengo que lo bajaremos del todo al volver la primera esquina de una calle. ¡Buenas noches!

Pura fanfarronería; pero las cuerdas, que se introducían en los brazos de los prisioneros, le daban fuerza.

Los revolucionarios, acompañados por los hombres del equipo que les habían informado, volvieron al vapor; éste se apartó del saltillo,

se dirigió hacia el muelle sin desviarse esta vez. Sacudidos por el vaivén, los hombres se cambiaban de traje, encantados pero ansiosos: hasta que llegasen a la orilla, nada estaba seguro.

Allí los esperaba un camión, con Kyo sentado al lado del chófer.

—¿Qué hay?

—Nada. Negocios de principiantes.

Terminado el trasbordo, el camión partió, llevándose a Kyo, Kato y cuatro hombres, uno de los cuales había conservado el uniforme. Los demás se dispersaron.

Corría a través de las calles de la ciudad china, con un ronquido que a cada sacudida ahogaba un estrépito de latas: los costados, cerca de los enrejados, estaban provistos de tambores de petróleo. Se detenían en cada *tchon* importante: tienda, bodega, departamento. Una caja era descargada; fija en un lado, una nota cifrada de Kyo determinaba el reparto de armas, algunas de las cuales debían ser distribuidas a las organizaciones de combate secundarias. Apenas si el camión se detenía unos cinco minutos. Pero tenía que visitar más de veinte puestos.

No tenían que temer más que la traición: aquel camión ruidoso, conducido por un chófer con uniforme del ejército gubernamental, no despertaba desconfianza alguna. Encontraron una patrulla. «Soy el lechero que hace su reparto», pensó Kyo.

El día llegaba.

PARTE SEGUNDA

22 de marzo

11 de la mañana

«Esto marcha mal», pensó Ferral. Su auto —el único Voisin de Shanghai, pues el presidente de la Cámara de Comercio francesa no podía emplear un coche americano— corría a lo largo del muelle. A la derecha, bajo los estandartes verticales cubiertos de rótulos: «No más doce horas de trabajo al día.» «No más trabajo para los niños menores de ocho años», millares de obreros de las hilanderías estaban en pie, acurrucados sobre la acera, en un desorden completo. El auto pasó por delante de un grupo de mujeres, reunidas bajo un cartel en que se leía: «Derecho de asiento para las obreras.» Hasta el arsenal estaba vacío: los metalúrgicos se hallaban en huelga. A la izquierda millares de marineros en harapos azules, sin banderas, esperaban, acurrucados, a lo largo del río. La multitud de los manifestantes se perdía, por el lado del muelle, hasta el fondo de las calles perpendiculares; por la parte del río, se agarraba a los pontones y ocultaba el límite del agua. El coche abandonó el muelle y entró en la avenida de las Dos Repúblicas. Apenas avanzaba, empotrado, ahora, en el movimiento de la multitud china, que se volcaba de todas las calles hacia el refugio de la concesión francesa. Como un caballo de carrera adelanta a otro con la cabeza, el pescuezo, el pecho, la multitud «adelantaba» el auto lentamente, constantemente. Carretillas de una rueda, con cabezas de bebé que colgaban entre unos tazones; carretas de Pekín; *pousse-pousse*; caballitos peludos; coches de mano; camiones cargados con sesenta personas; colchones monstruosos, poblados de todo un mobiliario, erizados de patas de mesa; gigantes que

protegían con sus brazos extendidos, de cuyo extremo pendía una jaula con un mirlo, a mujeres pequeñas, con las espaldas cubiertas de niños... El chófer pudo, por fin, volver a introducirse en una de las calles, también llena de gente, pero donde el estruendo del claxon rechazaba a la multitud a algunos metros delante del auto. Llegó a los vastos edificios de la policía francesa. Ferral subió la escalera casi corriendo.

A pesar de sus cabellos echados hacia atrás, de su indumentaria chinesca, casi de sport, y de su camisa de seda gris, su semblante conservaba algo de 1900, de su juventud. Se sonreía de las gentes «que se disfrazan de capitanes de industria», lo que le permitía disfrazarse de diplomático: no había renunciado más que al monóculo. El bigote caído, casi gris, que parecía prolongar la línea abatida de la boca, daba al perfil una expresión de fina brutalidad; la fuerza estaba en cómo concordaban la nariz respingona y el mentón medio bolsudo, mal afeitado aquella mañana: los empleados de los servicios de distribución de agua estaban en huelga, y el agua calcárea, llevada por los *coolies*, disolvía mal el jabón. Desapareció en medio de los saludos.

En el fondo del despacho de Martial, director de policía, un indicador chino, hércules paternal, preguntaba:

—¿Nada más, señor jefe?

—Trabaje también para desorganizar el sindicato —respondía Martial, vuelto de espaldas—. ¡Y hágame el favor de acabar con ese trabajo estúpido! Merecería usted que se le pusiese en la calle: ¡la mitad de sus hombres revientan de complicidad! Yo no le pago para mantener cuadrillas de revolucionarios que no se atreven a decir francamente que lo son: la policía no es una fábrica de facilitar coartadas. A todos los agentes que trafiquen con el Kuomintang, échelos usted a la calle, y que yo no tenga que volver a decírselo. ¡Y procure usted comprender, en lugar de mirarme como un idiota! ¡Si yo no conociera la psicología de mi gente mejor que usted la de la suya, estaríamos frescos!

—Señor...

—Arreglado. Entendido. Clasificado. Lárguese cuanto antes. Buenos días, señor Ferral.

Acababa de volverse: una carita militar de amplias facciones regulares e impersonales, menos significativas que sus hombros.

—Buenos días, Martial. ¿Qué hay?

—Para guardar la vía férrea, el gobierno se ve obligado a inmovilizar millares de hombres. No se puede hacer nada contra un país entero, ¿sabe?, a menos que se disponga de una policía como la nuestra. La única cosa con la cual el gobierno puede contar es con el tren blindado y con sus instructores blancos. Es una cosa seria.

—Una minoría soporta aún a una mayoría de imbéciles. En fin; bien está.

—Todo depende del frente. Aquí van a tratar de sublevarse. Y tal vez les cueste caro, porque apenas están armados.

Ferral no podía hacer más que escuchar y esperar, que era lo que más detestaba en el mundo. Las negociaciones entabladas por los jefes de los grupos anglosajones y japoneses, por él y por algunos consulados, con los intermediarios de que rebosan los grandes hoteles de las concesiones, continuaban sin conclusión. Aquella tarde, quizá...

En manos del ejército revolucionario Shanghai, sería preciso que el Kuomintang eligiese al fin entre la democracia y el comunismo. Las democracias tienen siempre buenos clientes. Y una sociedad puede obtener beneficios sin apoyarse en los tratados. Por el contrario, soviética la ciudad, el Consorcio Francoasiático —y con él todo el comercio francés de Shanghai— se derrumbaría; Ferral suponía que las potencias abandonarían a sus nacionales, como había hecho Inglaterra en Han-Kow. Su objeto inmediato consistía en que la ciudad no fuese tomada antes de la llegada del ejército; en que los comunistas no pudiesen hacer nada solos.

—¿Cuántas tropas hay además del tren blindado?

—Dos mil hombres de policía y una brigada de infantería, señor Ferral.

—¿Y de revolucionarios capaces de hacer otra cosa que no sea charlar?

—Armados, algunos centenares apenas... En cuanto a los demás, no creo que merezca la pena hablar de ellos. Como aquí no hay servicio militar, no saben servirse de un fusil: no lo olvide usted. Esos muchachos, en febrero, eran dos o tres mil, contando a los comunistas... Son, sin duda, un poco más numerosos ahora.

Pero, en febrero, el ejército del gobierno no estaba destruido.

—¿Cuántos le seguirán? —continuó Martial—. Porque, vea usted, señor Ferral, que con eso no adelantamos mucho. Hay que conocer la psicología de los jefes... La de los hombres la conozco un poco. El chino, ya ve usted...

Algunas veces —pocas— Ferral miraba al director como lo hacía en aquel momento, lo que bastaba —para hacerle callar. Expresión menos de desprecio y de irritación que de juicio: Ferral no decía con su voz cortante y un poco mecánica: «¿Va a durar esto mucho tiempo?»; pero lo expresaba. No podía soportar que Martial atribuyese a su perspicacia los informes de sus indicadores.

Si Martial se hubiese atrevido a ello, él habría respondido: «¿Qué es lo que eso puede importarle?» Estaba dominado por Ferral, y sus relaciones con él habían sido establecidas mediante órdenes a las que no tenía más remedio que someterse; humanamente, incluso, lo consideraba más fuerte que él; pero no podía soportar aquella insolente indiferencia, aquella manera de reducirle al estado de máquina, de negárselo todo en cuanto pretendía hablar como un individuo, y no transmitirle los informes. Los parlamentarios en misión le habían hablado de la acción de Ferral, antes de su caída, en los Comités de la Cámara. Con cualidades que prestaban a sus discursos su claridad y su fuerza, hacía en las sesiones tal empleo de ellas, que sus colegas le detestaban más cada año: tenía un talento único para refutarles su existencia. Cuando un Jaurès o un Briand le conferían una vida personal de la que ellos estaban tan frecuentemente privados, le daban la ilusión de hacer llamada a cada uno de ellos, de querer convencerlos, de atraerlos a una complicidad en la que los hubiese reunido una común experiencia de la vida y de los hombres. Ferral levantaba toda una arquitectura de

hechos y terminaba con: «Frente a tales condiciones, señores, sería, pues, de toda evidencia absurdo...» Obligaba o pagaba. Martial comprobaba que aquello no habría cambiado.

—¿Y por la parte de Han-Kow? —preguntó Ferral.

—Hemos recibido informaciones esta noche. Allí hay 220 000 obreros sin trabajo, con los cuales se puede hacer un nuevo ejército rojo...

Desde hacía semanas las existencias de tres de las compañías que Ferral controlaba se pudrían al lado del suntuoso muelle: los *colies* se negaban a realizar todo transporte.

—¿Qué noticias hay acerca de las relaciones de los comunistas con Chiang Kaishek?

—Ahí está su último discurso —contestó Martial—. Yo apenas creo en los discursos, ¿sabe?

—Yo, sí. En éste, al menos. Poco importa.

El timbre del teléfono. Martial cogió el receptor.

—Es para usted, señor Ferral.

—¿Quién es?... Sí.

—...

—Le tienden un lazo para desorientarle. Es hostil a la intervención; esta convencido. Sólo se trata de saber si es preferible atacarle como pederasta o afirmar que está pagado. Eso es todo.

—...

—Bien entendido que no es ni lo uno ni lo otro. Además, no me gusta que uno de mis colaboradores me crea capaz de atacar a un hombre a propósito de una tara sexual que realmente presentase. ¿Me toma usted por un moralista? Adiós.

Martial no se atrevía a preguntarle nada. Que Ferral no le pusiese al corriente de sus proyectos, no dijese lo que esperaba de sus conciliábulos con los miembros más activos de la cámara de comercio internacional y con los jefes de las grandes asociaciones de comerciantes chinos, le parecía a la vez insultante y frívolo. Sin embargo, si es vejatorio para un director de policía no saber lo que hace,

lo es más aún perder el puesto. Ahora bien: Ferral, nacido en la República como en una reunión de familia, con la memoria repleta de los semblantes benevolentes de los antiguos señores que eran Renan, Berthelot y Victor Hugo; hijo de un gran jurisconsulto; catedrático, por oposición, de historia a los veintisiete años; director a los veintinueve, de la primera historia colectiva de Francia, diputado muy joven (servido por la época que había hecho a Poincaré y a Barthou ministros antes de los cuarenta años); presidente del Consorcio Francoasiático; Ferral, a pesar de su caída política, poseía en Shanghai una potencia y un prestigio por lo menos iguales a los del cónsul general de Francia, del cual era, además, amigo. El director, pues, era con él respetuoso y cordial. Le tendió el discurso.

He gastado 18 millones de piastras en todo, y he tomado seis provincias en cinco meses. Que los descontentos busquen, si quieren, otro general en jefe que gaste tan poco y haga tanto como yo...

—Con toda evidencia, la cuestión del dinero estaría resuelta mediante la toma de Shanghai —dijo Ferral—. Las aduanas le darían 7 millones de piastras al mes, casi lo que hace falta para cubrir el déficit del ejército.

—Sí, pero se dice que Moscú ha transmitido a los comisarios políticos la orden de que hagan batirse a sus tropas delante de Shanghai. La insurrección aquí podría entonces acabar mal...

—¿Para qué esas órdenes?

—Para hacer derrotar a Chiang Kaishek, destruir su prestigio y sustituirle por un general comunista, a quien correspondería entonces el honor de la toma de Shanghai. Es casi seguro que la campaña contra Shanghai ha sido emprendida sin el asentimiento del Comité Central de Han-Kow.

Los mismos informadores afirman que el estado mayor rojo protesta contra ese sistema...

Ferral era interesado, aunque escéptico. Continuó la lectura del discurso:

Abandonado por gran número de sus miembros; muy incompleto, el Comité Central ejecutivo de Han-Kow entiende, sin embargo, que es la autoridad suprema del Partido Kuomintang... Sé que Sun-Yat-Sen ha admitido a los comunistas como auxiliares del Partido. No he hecho nada contra ellos, y con frecuencia he admirado sus bríos. Pero ahora, en lugar de contentarse con ser auxiliares, se las dan de maestros y pretenden gobernar el Partido con violencia e insolencia. Les advierto que me opondré a esas pretensiones exageradas, que sobrepasan cuanto fue estipulado al admítirseles...

Emplear a Chiang Kaishek resultaba posible. El gobierno presente no *significaba* nada, sino a causa de su fuerza (la perdía con la derrota de su ejército) y del miedo que los comunistas del ejército revolucionario inspiraban a la burguesía. Muy pocos hombres tenían interés en su mantenimiento. Detrás de Chiang estaba un ejército victorioso y toda la pequeña burguesía china.

—¿Nada más? —preguntó en voz alta.

—Nada, señor Ferral.

—Gracias.

Bajó la escalera, se encontró a la mitad con una Minerva castaña en traje de sport, con una soberbia máscara inmóvil. Era una rusa del Cáucaso, que pasaba por ser la querida de Martial.

«Quisiera saber la cara que pones cuando gozas», pensó.

—Perdón, señora.

Siguió adelante, con una inclinación subió en su auto, que comenzó a hundirse entre la multitud, contra la corriente, esta vez. El claxon aullaba en vano, impotente contra la fuerza del éxodo, contra el bullir milenario que levantan ante sí las invasiones. Modestos comerciantes, como balanzas, con los dos platillos al aire y los balancines enloquecidos, calesines y carretillas dignas de los emperadores de Tang, enfermos y jaulas. Ferral avanzaba contra todos los ojos a los que la angustia hacía mirar hacia adentro; si su

vida agrietada debía derrumbarse que fuera en aquella baraúnda, entre aquellas desesperaciones despavoridas que llegaban a golpear los cristales de su auto. Como si, herido, hubiese meditado sobre el sentido de su vida, amenazado en sus empresas, meditaba sobre ellas, y sentía, además, en qué punto era vulnerable. Ni por pienso había elegido el combate; se había visto obligado a emprender sus negocios chinos para facilitar salidas nuevas a su producción de la Indochina. Jugaba aquí una partida de espera: apuntaba a Francia. Y ya no podía esperar mucho tiempo.

Su mayor debilidad procedía de la ausencia de Estado. El desarrollo de tan vastos negocios era inseparable de los gobiernos. Desde su juventud —todavía en el Parlamento había sido presidente de la Sociedad de Energía Eléctrica y de Aparatos, que fabricaba el material eléctrico del Estado francés; después había organizado la transformación del puerto de Buenos Aires—, siempre había trabajado para ellos. Integro, con esa integridad orgullosa que rechaza las comisiones y recibe los pedidos, había esperado de las colonias de Asia el dinero que necesitaba después de su caída; porque no quería jugar de nuevo, sino cambiar las reglas del juego. Apoyado en la situación personal de su hermano, superior a su función de director del Movimiento General de Fondos; habiendo permanecido a la cabeza de uno de los poderosos grupos financieros franceses, Ferral había hecho aceptar al Gobierno General de la Indochina —sus mismos adversarios no tenían inconveniente en suministrarle medios para que abandonase Francia— la ejecución de 400 millones de trabajos públicos. La República no podía rehusar al hermano de uno de sus más altos funcionarios la ejecución de aquel programa civilizador; éste fue excelente, y sorprendió en aquel país, donde hasta la combinación reina en unión de la indolencia. Ferral sabía obrar. Una buena acción nunca se pierde: el grupo pasó a la industrialización de la Indochina. Poco a poco, fueron apareciendo: dos establecimientos de crédito (financiero y agrícola); cuatro sociedades de cultura: *heveas*, culturas tropicales, algodonerías y azucareras, controlando la transformación inmediata de sus materias primas en productos manufacturados; tres sociedades mineras: carbón de hulla, fosfatos y minas de oro, y un anexo de «explotación de salinas»; cinco sociedades industriales:

alumbrado y energía, electricidad, fábricas de vidrio, fábrica de papel e imprentas; tres sociedades de transportes: en caballería, de remolque y tranvías. En el centro, la sociedad de trabajos públicos, reina de aquel pueblo de esfuerzos, de rencor y de papel, madre o comadrona de casi todas aquellas sociedades hermanas, ocupadas en vivir mediante provechosos incestos, supo hacerse adjudicar la construcción del ferrocarril del Centro de Annam, cuyo trazado — ¿quién lo hubiera creído?— atravesó la mayor parte de las concesiones del grupo Ferral. «Esto no iba mal», decía el vicepresidente del consejo de administración a Ferral, quien callaba, ocupado en colocar sus millones formando escala para subir a ella y vigilar París.

Hasta con el proyecto de una nueva sociedad china en cada bolsillo, no pensaba más que en París. Volver a Francia lo bastante rico para comprar la agencia Havas o tratar con ella; reanudar el juego político, y, una vez llegado prudentemente al ministerio, jugarse la unión del ministerio y de una opinión pública comprada contra el Parlamento. Allí estaba el poder. Pero ahora ya no se trataba de tales sueños: la proliferación de sus empresas indochinas había embargado por completo al grupo Ferral en la penetración comercial de la cuenca del Yang-Tsé; Chiang Kaishek marchaba sobre Shanghai con el ejército revolucionario; la multitud, cada vez más densa, se aglomeraba a sus puertas. No había ni una de las sociedades poseídas o intervenidas en China por el Consorcio Franco-asiático que no fuera afectada; las de construcciones navales, en Hong-Kong, por la inseguridad de la navegación; todas las demás —trabajos públicos, construcciones, electricidad, seguros y bancos—, por la guerra y por la amenaza comunista. Lo que importaban se quedaba en sus almacenes de Hong-Kong o de Shanghai; lo que exportaban, en los de Han-Kow y, a veces, en el muelle.

El auto se detuvo. El silencio —la multitud china es, de ordinario, una de las más ruidosas— anunciaba como un fin del mundo. Un cañonazo. ¿El ejército revolucionario, tan cerca? No; era el cañón de las doce. La multitud se apartó; el auto no arrancó. Ferral agarró el tubo acústico. No obtuvo respuesta: ya no tenía chófer ni ayudante.

Permanecía inmóvil, estupefacto, en aquel auto inmóvil, que la multitud rodeaba pesadamente. El tendero más próximo salió, con un enorme postigo sobre los hombros; se volvió, y faltó poco para que rompiera el cristal del auto: cerraba su almacén. A la derecha, a la izquierda y al frente, otros tenderos, otros artesanos salieron con un postigo cubierto de caracteres sobre los hombros: la huelga general comenzaba.

Aquello no era ya la huelga de Hong-Kong, puesta en marcha lentamente, épica y lúgubre: era una maniobra del ejército. A una distancia tan grande como su vista podía alcanzar, no quedaba ya ni un solo almacén abierto. Había que marcharse cuanto antes; se apeó y llamó a un *pousse*. El *coolie* no le respondió; corría a grandes zancadas hacia su coche de alquiler, tan solo, a la sazón, sobre la calzada, como el auto abandonado: la multitud iba a refluir hacia las aceras. «Temen a las ametralladoras», pensó Ferral. Los niños, dejando de jugar, huían por entre las piernas de la gente, a través de la actividad pululante de las aceras. Silencio, lleno de vidas, a la vez lejanas y muy próximas, como el de un bosque saturado de insectos; la llamada de un crucero ascendió, se perdió después. Ferral caminaba hacia su casa tan de prisa como podía con las manos en los bolsillos y los hombros y el mentón echados hacia adelante. Dos sirenas reanudaron juntas, una octava más alto, el grito de la que acababa de extinguirse, como si un animal enorme, envuelto en aquel silencio, hubiese anunciado así su proximidad. La ciudad entera estaba en acecho.

Una de la tarde

—Menos cinco —dijo Chen.

Los hombres de su grupo esperaban. Eran todos obreros de las hilanderías, vestidos de azul. Él llevaba su traje. Todos afeitados, todos delgados, todos vigorosos: antes de Chen, la muerte había hecho su selección. Dos tenían sus fusiles bajo el brazo, con el cañón hacia el suelo. Siete llevaban revólveres de los del *Shang-Tung*; uno, una granada; algunos otros las ocultaban en los bolsillos. Unos treinta llevaban cuchillos, mazas y bayonetas; ocho o diez, sin arma alguna, permanecían agachados junto a un montón

de trapos, de latas de petróleo y de rollos de alambre. Un adolescente examinaba, como si fuesen granos, grandes clavos de ancha cabeza que extraía de un saco. «Seguramente, más grandes que los de las herraduras de los caballos...» La corte de los Milagros, pero bajo el uniforme del odio y de la decisión.

No era de los suyos. A pesar del asesinato; a pesar de; su presencia. Si moría aquel día moriría solo. Para ellos, todo era sencillo: iban a la conquista de su pan y de su dignidad. Para él... Salvo de su dolor y de su combate común, no sabía siquiera hablarles. Por lo menos, sabía que el más fuerte de los lazos es el combate. Y el combate estaba allí.

Se levantaron con los sacos sobre la espalda, las latas en las manos y el alambre debajo del brazo. No llovía aún; la tristeza de aquella calle vacía, que un perro atravesó en dos saltos, como si algún instinto le previniera lo que se preparaba, era tan profunda como el silencio. Cinco tiros de fusil sonaron en una calle próxima: tres a un tiempo; luego otro, y otro más. «Esto comienza», dijo Chen. Se estableció el silencio, pero parecía que ya no fuese el mismo. Lo llenó un ruido de pisadas de caballos, precipitado, cada vez más próximo. Y como, después de un trueno prolongado, sobreviene el desgarramiento vertical del rayo, siempre sin que vieses nada, un tumulto llenó de golpe la calle, producido por gritos entremezclados, disparos de fusil, relinchos furiosos, caídas; luego, mientras los clamores producidos se ahogaban pesadamente bajo el indestructible silencio, ascendió el grito de un perro, que aulló, recortadamente, a la muerte: un hombre degollado.

A todo correr, ganaron en algunos minutos una calle más importante. Todos los almacenes estaban cerrados. En el suelo, tres cuerpos; arriba, acribillado de hilos telegráficos, el cielo inquieto, por el que atravesaban negros humos; al final de la calle, unos veinte jinetes (había muy poca caballería en Shanghai) se revolían, vacilantes, sin ver a los insurgentes, adosados al muro con sus instrumentos, con la mirada fija en el movimiento vacilante de los caballos. Chen no podía pensar en atacarlos; sus hombres estaban demasiado mal armados. Los jinetes se volvieron hacia la de-

recha y ellos llegaron, por fin, al puesto; los centinelas penetraron tranquilamente detrás de Chen.

Los agentes jugaban a los naipes, con los fusiles y los máuseres en el armero. El suboficial que los mandaba abrió una ventana y gritó, hacia un patio muy sombrío:

—Todos los que me escuchan son testigos de la violencia que se nos ha hecho. ¡Ya veis que somos injustamente obligados a ceder ante la fuerza!

Iba a cerrar de nuevo la ventana; Chen la mantuvo abierta, miró: nadie en el patio. Pero las apariencias estaban cubiertas y la justificación teatral se había hecho en un buen momento. Chen conocía a sus compatriotas: puesto que aquél «aceptaba el papel», no obraría. Distribuyó las armas. Los amotinados salieron, todos armados esta vez: inútil que se ocupasen de los pequeños puestos de policía desarmados. Los policías vacilaron. Tres se levantaron y quisieron seguirlos. (Quizá hubiese saqueo...) A Chen le costó trabajo desembarazarse de ellos. Los demás recogieron los naipes y comenzaron a jugar de nuevo.

—Si resultan vencedores —dijo uno—, quizá se nos pague este mes.

—Tal vez —respondió el suboficial. Y distribuyó las cartas.

—En cambio, si son vencidos, acaso nos digan que hemos hecho traición.

—¿Qué habríamos podido hacer? Hemos cedido ante la fuerza. Todos somos testigos de que no hemos hecho traición.

Reflexionaban, con el cuello recogido, como cormoranes aplastados por el pensamiento.

—No somos responsables —dijo uno.

Todos aprobaron. Se levantaron, sin embargo, y fueron a continuar su juego en una tienda próxima, cuyo propietario no se atrevió a echarlos. Un montón de uniformes quedó solo, en medio del puesto.

Alegre y desconfiado, Chen caminaba hacia uno de los puestos centrales: «Todo va bien —pensaba—, pero éstos son casi tan pobres como nosotros...» Los rusos blancos y los soldados del tren blindado se batirían. Los oficiales, también. Detonaciones lejanas, sordas, como si el cielo bajo las hubiese debilitado, sacudían el aire hacia el centro de la ciudad.

En una plazuela, la tropa —todos los hombres iban armados ya, incluso los portadores de latas— vaciló un instante, buscó algo con la mirada. De los cruceros y de los paquebotes, que no podían descargar sus mercancías, ascendían las masas oblicuas de humo que el viento pesado disipaba en la misma dirección en que corrían los insurrectos, como si el cielo participase de la insurrección. El nuevo puesto era un antiguo hotel de ladrillo rojo, de un solo piso; dos centinelas, uno a cada lado de la puerta, con la bayoneta calada. Chen sabía que la policía especial estaba alerta desde hacía tres días, y sus hombres destrozados a causa de aquella guardia perpetua. Allí había algunos oficiales, unos cincuenta mauseristas de la policía, bien pagados, y diez soldados. ¡Vivir, vivir, por lo menos durante los ocho días siguientes! Chen se había detenido en la esquina de la calle. Las armas se encontraban, sin duda, en los armeros del piso bajo, en la habitación de la derecha —el cuerpo de guardia—, que precedía al despacho de un oficial. Chen y dos de sus hombres se habían introducido allí varias veces, durante aquella semana. Eligió diez hombres sin fusil, les hizo que ocultasen los revólveres en las blusas y avanzó con ellos. Pasada la esquina de la calle, los centinelas los vieron acercarse; desconfiando de todos, no se defendían ya; las delegaciones obreras iban con frecuencia a entrevistarse con el oficial, de ordinario para llevarle propinas, operación que requería muchas garantías y personas.

—¿El teniente Shuei-Tun? —dijo Chen.

Mientras ocho hombres pasaban, los dos últimos, como empujados por la ligera aglomeración, se deslizaban entre los centinelas y el muro. En cuanto los primeros estuvieron en el corredor, los centinelas sintieron contra las costillas los cañones de los revólveres. Se

dejaron desarmar; aunque mejor pagados que sus miserables colegas, no lo estaban lo bastante para arriesgar sus vidas. Cuatro hombres de Chen, que no se habían unido al primer grupo y parecían pasar por la calle, los condujeron a lo largo del muro. Nada había sido visible desde las ventanas.

Desde el corredor, Chen distinguió los armeros, provistos de sus fusiles. En el cuerpo de guardia no había más que seis policías armados con pistolas automáticas, y éstas se hallaban a sus lados, encerradas en sus fundas. Se lanzó hacia los armeros con el revólver levantado.

Si los policías hubieran sido decididos, el ataque habría fracasado. A pesar de su conocimiento de los lugares, Chen no había tenido tiempo de designar a cada uno de sus hombres a quiénes debían amenazar; uno o dos policías habrían podido disparar. Pero todos levantaron las manos. Inmediatamente fueron desarmados. Entraba un nuevo grupo de hombres de Chen. Comenzó una nueva distribución de armas.

«En este momento —pensó Chen—, doscientos grupos, *en* la ciudad, obran como nosotros. Si tienen suerte...» Apenas tomaba el tercer fusil, cuando oyó venir desde la escalera el ruido de una carrera precipitada: alguien subía corriendo. Salió. En el instante en que franqueaba la puerta, partió un disparo desde el primer piso. Pero, después, nada *más*. Uno de los oficiales, al bajar, había visto a los insurrectos, había disparado desde la escalera y había vuelto inmediatamente al descanso.

El combate iba a comenzar. Una puerta, en medio del descanso del primer piso, dominaba las gradas. ¿Enviar un parlamento a la asiática? Todo el buen sentido que encontraba en sí, Chen lo odiaba. Intentar tomar la escalera por asalto era tanto como suicidarse: los policías poseían, sin duda, granadas de mano. Las instrucciones del comité militar, transmitidas por Kyo a todos los grupos, consistían en que, en caso de fracaso parcial, prendiesen fuego, turnasen posiciones en las casas vecinas y pidiesen ayuda a los equipos especiales. Ninguna otra cosa se podía hacer.

—¡Prended fuego!

Los hombres con las latas de nafta trataron de arrojarlas a voleo, como el agua de un cubo; pero las estrechas aberturas no dejaban salir más que unos chorros irrisorios. Tuvieron que dejarla correr con lentitud sobre los muebles y a lo largo de los muros. Chen miró por la ventana: enfrente, almacenes cerrados, unas ventanas estrechas que daban a la salida del puesto; arriba, los tejados podridos y alabeados de las casas chinas y la calma infinita del cielo gris, que no empañaba ningún humo, del cielo Intimo y bajo sobre la calle vacía. Todo combate era absurdo; nada existía enfrente de la vida; se repuso, justamente en el momento en que vio bajar unos ladrillos y unos vidrios, en un estruendo cristalino unido al ruido de una descarga: disparaban sobre ellos desde fuera.

Segunda descarga. A la sazón se hallaban entre los policías, prevenidos y dueños del piso, y los nuevos asaltantes a quienes no veían, en aquella habitación por donde corría la nafta. Todos los hombres de Chen estaban echados boca abajo y tenían a los prisioneros atados en un rincón. Que estallase una granada, y arderían. Uno de los hombres que estaban echados rezongó señalando con el dedo: un francotirador en un tejado y, en el extremo izquierdo de la ventana, deslizándose con un hombro hacia atrás en el campo de la visión, surgían prudentemente otros irregulares. Eran unos insurrectos; de los suyos.

«Esos idiotas disparan antes de haber enviado un explorador», pensó Chen. Tenía en el bolsillo la bandera azul del Kuomintang. La sacó y se precipitó hacia el corredor. En el instante en que salía, recibió en los riñones un golpe a la vez furioso y envuelto, al mismo tiempo que un estruendo formidable le penetraba hasta el vientre. Abrió los brazos hacia atrás, hasta donde daban, para sostenerse, y se encontró en el suelo, molido. Cesó el ruido; luego, cayó un objeto de metal, e inmediatamente entraron en el corredor unos gemidos con el humo. Se levantó: no estaba herido. Volvió a cerrar a medias la puerta, abierta por la incomprensible explosión, y tendió su bandera azul hacia afuera, con el brazo izquierdo, por el espacio libre: un balazo en la mano no le habría sorprendido. Pero no; gritaban de júbilo. El humo que salía con lentitud por la ventana impedía ver a los insurrectos de la izquierda; pero los de la derecha le llamaban.

Faltó poco para que una segunda explosión le derribase de nuevo. Desde las ventanas del primer piso, los policías sitiados les lanzaban granadas de mano. (¿Cómo podrían abrir sus ventanas sin ser alcanzados desde la calle?) La primera, la que le había arrojado al suelo, había estallado delante de la casa, y los cascos habían entrado por la puerta abierta y por la ventana, pulverizados, como si hubiesen explotado en el cuerpo de guardia mismo; aterrorizados por la explosión aquellos de sus hombres que no habían quedado muertos habían saltado afuera, mal protegidos por el humo. Bajo los disparos de los policías desde las ventanas, dos habían caído en medio de la calle, con las rodillas en el pecho, como conejos, hechos una bola; otro, con la cara convertida en una mancha roja, parecía sangrar por la nariz. Los irregulares habían reconocido a los suyos; pero la actitud de los que llamaban a Chen había hecho comprender a los oficiales que alguien iba a salir, y habían arrojado su segunda granada. Había estallado en la calle, a la izquierda de Chen: el muro lo había protegido.

Desde el corredor, examinó el cuerpo de guardia. El humo volvía a bajar del techo, con un movimiento corvo y lento. Había unos cuerpos en el suelo: unos gemidos llenaban la estancia, a ras del suelo, como ladridos. En el rincón, uno de los prisioneros, con una pierna arrancada, aullaba a los suyos: «¡No tiréis más!» Sus gritos anhelantes parecían horadar el humo, que continuaba, por encima del sufrimiento su curva indiferente, como una fatalidad visible. Aquel hombre que aullaba, con la pierna arrancada, no podía continuar atado; era imposible. Sin embargo, ¿iría a estallar una nueva granada, de un momento a otro? «Eso a mí no me importa —pensó Chen—; es un enemigo.» Pero estaba allí, con un agujero en la carne más allá del muslo, en lugar de la pierna, y además atado. El sentimiento que experimentaba era mucho más fuerte que la lástima: era él mismo, aquel hombre atado. «Si la granada estalla afuera, me arrojaré al suelo boca abajo; si llega hasta aquí, será preciso que la rechace inmediatamente. Hay una probabilidad contra veinte para que me disparen. ¿Qué cuerno hago aquí? ¿Qué cuerno hago aquí?» Muerto, poco importaba. Su angustia era ser herido en el vientre; sin embargo, le era aquello menos intolerable que la presencia de aquel torturado y atado, de aquella impotencia huma-

na en el dolor. Sin poder obrar de otro modo, fue hacia el hombre, con el cuchillo en la mano para cortar la cuerda. El prisionero creyó que iba a matarlo; quiso aullar más: su voz debilitada se convirtió en un silbido. Saturado de horror, Chen le palpaba con su mano izquierda, a la que se le adherían las ropas, llenas de sangre pegajosa, incapaz, no obstante, de apartar su mirada de la ventana rota, por donde podía caer la granada. Encontró, por fin, las cuerdas, deslizó su cuchillo por debajo, y las cortó. El hombre ya no gritaba, estaba muerto, o desvanecido. Chen, siempre con la mirada fija en la ventana destrozada, volvió al corredor. El cambio de olor le sorprendió; como si sólo hubiese comenzado a entender, comprendió que los gemidos de los heridos se habían cambiado, también, en aullidos: en la habitación, los restos impregnados de nafta, encendidos por las granadas, comenzaban a arder.

No había agua. Antes de la toma del puesto por los insurrectos, los heridos (ahora ya no contaba con los prisioneros: no pensaba más que en los suyos) quedarían carbonizados... ¡Salir, salir! Primero, reflexionar, para hacer después los menores gestos posibles. Aunque temblaba, con la imaginación fascinada por la fuga, no había perdido la lucidez: era preciso ir hacia la izquierda, donde le protegería un porche. Abrió la puerta con la mano derecha, haciendo seña con la izquierda de que se guardase silencio. Los enemigos, arriba, no podían verle; sólo la actitud de los insurrectos hubiera podido informarles. Sentía todas las miradas de los suyos fijas en aquella puerta abierta, sobre su abultada silueta, azul sobre el fondo sombrío del corredor. Comenzó a deslizarse hacia la izquierda, adosado al muro, con los brazos en cruz y el revólver en la mano derecha. Mientras avanzaba, paso a paso, miraba a las ventanas, hacia arriba: una estaba protegida por una placa de blindaje, colocada en forma de cobertizo. «Si tratan de disparar debo ver la granada y sin duda el brazo —pensó Chen, sin dejar de avanzar—. Si la veo, es preciso que la atrape, como si fuera un paquete, y la vuelva a arrojar lo más lejos posible...» No cesaba en su marcha de cangrejo. «No podré lanzarla lo bastante lejos; si no quedo protegido, recibiré unos cuantos cascos en el vientre...» Seguía avanzando. El intenso olor a quemado y la ausencia súbita de apoyo detrás de él (no se volvía) le hicieron comprender que pasaba por

delante de la ventana del piso bajo. «Si atrapo la granada, la arrojó al cuerpo de guardia antes de que estalle. Con el espesor del muro, una vez pasada la ventana, estoy salvado.» ¿Qué importaba que el cuerpo de guardia no estuviese vacío, que se encontrase allí aquel hombre cuyas cuerdas había cortado, y sus propios heridos? No veía a los insurrectos, ni aun por entre los claros del humo, porque no podía apartar del cobertizo los ojos; pero continuaba sintiendo las miradas que le buscaban a él: a pesar de los disparos contra las ventanas, que molestaban a los policial, estaba estupefacto de que no comprendiesen que algo pasaba por allí. Pensó, de pronto, que poseerían pocas granadas y que observarían, antes de arrojarlas; inmediatamente, como si aquella idea hubiera nacido de una sombra, apareció una cabeza bajo el cobertizo —oculta para los insurrectos, pero no para él—. Frenéticamente, abandonando su actitud de funámbulo, disparó al azar, dio un salto hacia adelante, y alcanzó su porche. Una descarga partió de las ventanas, una granada explotó en el sitio que él acababa de abandonar: el policía, sobre el cual había errado el tiro, había vacilado antes de pasar por debajo del cobertizo la mano en que tenía la granada, temiendo un segundo disparo. Chen había recibido un golpe en el brazo izquierdo; algún desplazamiento de aire, al que la herida que se había hecho con el puñal, antes de matar a Tan-Yen-Ta, era sensible. Sangraba de nuevo, pero no le dolía. Apretándose más el apósito con un pañuelo, se unió a los insurrectos atravesando los patios.

Los que dirigían el ataque se hallaban reunidos en un pasadizo muy oscuro.

—¿No podríais enviar unos exploradores, no!

El jefe del *tchon*, un chino afeitado, grande, con las mangas muy cortas, contempló aquella sombra que se le aproximaba y levantó lentamente las cejas, resignado.

—He mandado telefonar —respondió, sencillamente—. Ahora esperamos un camión blindado.

—¿Dónde están las otras secciones?

—Hemos tomado la mitad de los puestos.

—¿Nada más?

—Ya es bastante...

Todas aquellas descargas lejanas eran de los suyos, que convergían hacia la estación del Norte.

Chen resoplaba, como si hubiese salido del agua a pleno viento. Se adosó al muro, cuyo ángulo los protegía a todos, recobrando poco a poco su respiración, pensando en el prisionero cuyas ligaduras había cortado. «No había más que dejar a aquel tipo. ¿Para qué haber ido a cortarle las cuerdas, lo cual no podía hacer que cambiase nada?» Todavía, ahora, ¿hubiera podido no ver a aquel hombre, que se debatía, atado, con la pierna arrancada? A causa de su herida pensó en Tan-Yen-Ta. ¡Qué idiota había sido durante toda aquella noche y aquella mañana! Nada más sencillo que matar.

En el puesto los escombros continuaban ardiendo y los heridos aullando ante la proximidad de las llamas; su clamor repetido, constante, resonaba en aquel pasadizo bajo, que se tomaba extraordinariamente próximo por el alejamiento de las detonaciones, de las sirenas, de todos los ruidos de guerra perdidos en el aire lúgubre. Un sonido lejano de herrajes se acercó, los cubrió: el camión llegaba. Había sido blindado durante la noche, aunque muy mal: todas las planchas se movían. A causa de haber echado el freno, cesó el ruido de los hierros y se oyeron de nuevo los gritos.

Chen, que era el único que había penetrado en el puesto, expuso la situación al jefe del equipo de socorro. Era un antiguo cadete de Whampoo; a su equipo de jóvenes burgueses, Chen hubiera preferido uno de los grupos de Katow. Si, ante aquellos compañeros, muertos en medio de la calle, con las rodillas en el vientre, no llegaba a unirse totalmente a sus hombres, sabía que, en todo tiempo, odiaba a la burguesía china; el proletariado era, al menos, la forma de su esperanza.

El oficial conocía su oficio. «No se puede disparar desde el camión —dijo—; ni siquiera tiene techo. Basta con que arrojen dentro una granada para que todo salte; pero también traigo granadas.» Los hombres de Chen que las llevaban estaban en el cuerpo de guardia —¿muertos?— y los del segundo grupo no habían podido procurárselas.

—Probemos por arriba.

—De acuerdo —dijo Chen.

El oficial le miró con irritación: no le había pedido su opinión; pero no dijo nada.

Ambos —el militar, a pesar de su traje civil, con los cabellos hirsutos, su bigote recortado y su blusa ajustada por el cinturón del revólver, y Chen, rechoncho y cárdeno— examinaron el puesto. A la derecha de la puerta, el humo de las llamas, que se aproximaban a los cuerpos de sus camaradas heridos, salía con una regularidad mecánica ordenada, como los gritos que su constancia habría hecho pueriles, sin su sonido atroz. A la izquierda, nada. Las ventanas del primer piso habían volado. De vez en cuando, unos asaltantes disparaban aún sobre una de las ventanas y algunos escombros iban a engrosar sobre la acera una elevada polvareda de cascote, de astillas, de molduras, en la que brillaban los trozos de vidrio, a pesar de que el día estaba oscuro. El puesto no disparaba ya más que cuando alguno de los insurrectos abandonaba su escondite.

—¿Dónde están las otras secciones? —preguntó, de nuevo Chen.

—Casi todos los puestos están tomados. El principal, por sorpresa, a la una y media. Allí hemos cogido ochocientos fusiles. Ya podemos enviar refuerzos contra los que se resisten: ustedes forman el tercer equipo a quienes socorremos. Ellos no reciben ya refuerzos; nosotros estamos bloqueando ahora los cuarteles, la estación del Sur, el arsenal. Pero es preciso acabar con esto: necesitamos el mayor número de hombres posible para el asalto. Y quedará el tren blindado.

La idea de los doscientos grupos que operasen como el suyo exaltaba y turbaba a la vez a Chen. A pesar del tiroteo, que el viento blando traía desde toda la ciudad, la violencia le daba la sensación de una acción solitaria.

Un hombre sacó del camión una bicicleta y partió. Chen le reconoció en el momento en que saltaba sobre el sillín: Ma, uno de los principales agitadores. Tipógrafo, había consagrado toda su vida, desde hacía doce años, a crear en todas partes uniones de obreros impresores, con la esperanza de agrupar a todos los tipógrafos chi-

nos; después de perseguido, condenado a muerte y evadido, continuaba organizando. Unos gritos de júbilo: al mismo tiempo que Chen, los hombres lo habían reconocido y le aclamaban. Él los miró. El mundo que preparaban juntos le condenaba a él, a Chen, tanto como el de sus enemigos. ¿Qué haría él en la fábrica futura, emboscado tras de sus trajes azules?

El oficial distribuyó granadas, y diez hombres se fueron por los tejados para tomar posiciones sobre el del puesto. Se trataba de emplear contra los policías su propia táctica, de hacer entrar los explosivos por las ventanas: éstas daban a la calle, pero no al tejado, y una sola estaba protegida por un cobertizo. Los insurrectos avanzaron de tejado en tejado, menudos sobre el cielo. El puesto no modificaba su tiro. Como si sólo los moribundos hubieran adivinado aquella proximidad, los gritos cambiaron de pronto y se convirtieron en gemidos. Apenas se los oía. Ahora eran gritos ahogados, casi mudos. Las siluetas llegaban al caballete del tejado inclinado del puesto y fueron descendiendo poco a poco; Chen los vio con más dificultad en cuanto dejaron de recortarse sobre el cielo. Un aullido gutural, como de una mujer que da a luz, atravesó los gemidos, que se reanudaron, como un eco, y luego se detuvieron. A pesar del ruido, la ausencia súbita de los gritos dio la impresión de un feroz silencio: ¿habían alcanzado las llamas a los heridos? Chen y el oficial se miraron, cerraron los ojos para escuchar mejor. Nada. Cada uno, al volver a abrir los ojos, se encontró de nuevo con la mirada silente del otro.

Uno de los hombres, agarrado a la cornisa del tejado, adelantó el brazo libre por encima de la calle y arrojó su granada hacia la ventana del primer piso, sobre la cual se hallaba: demasiado baja. Estalló sobre la acera. Arrojó una segunda: ésta penetró en la habitación donde se encontraban los heridos. Salieron unos gritos por la ventana; no ya los gritos de antes, sino un aullido entrecortado por la muerte, por el sobresalto de un sufrimiento aún no agotado.

El hombre arrojó su tercera granada y se equivocó, otra vez, de ventana.

Era uno de los hombres conducidos por el camión. Se hallaba hábilmente echado hacia atrás, por temor a las explosiones. Se incli-

nó de nuevo, con el brazo levantado, terminado por una cuarta granada. Detrás de él, uno de los hombres de Chen descendía. No se abatió el brazo: todo el cuerpo quedó destrozado como por una enorme bala de cañón.

Una explosión intensa resonó sobre la acera; a pesar del humo, una mancha de sangre de un metro apareció sobre el muro. El humo se apartó: el muro estaba constelado de sangre y de carne. El segundo insurrecto, por falta de apoyo y deslizándose con todo su peso a lo largo del tejado, había arrancado al primero. Ambos habían caído sobre sus propias granadas, cuyas alegrías habían desprendido.

* * *

Por el otro lado del tejado, a la derecha, unos hombres de los dos grupos burgueses Kuomintang y obreros comunistas llegaban con prudencia. Ante la caída, se habían detenido: ahora comenzaban a descender de nuevo. La represión de febrero había sido hecha mediante demasiadas torturas para que en la insurrección faltasen hombres resueltos. Por la derecha, otros hombres se aproximaban. —¡Haced la cadena! —gritó Chen, desde abajo. Muy cerca del puesto, unos insurrectos repitieron el grito. Los hombres se dieron unos a otros las manos, rodeando fuertemente, el más alto, con su brazo izquierdo, un sólido ornamento del tejado. Se reanudó el lanzamiento de las granadas. Los sitiados no podían responder.

En cinco minutos, entraron tres granadas por las dos ventanas a las que se había apuntado; otra hizo que saltase el cobertizo. Sólo la del centro no era alcanzada. «¡La del medio!», gritó el cadete. Chen lo miró. Aquel hombre experimentaba en el mando el júbilo de un deporte perfecto. Apenas se protegía. Era valiente, sin duda alguna; pero no se hallaba compenetrado con sus hombres. Chen estaba compenetrado con los suyos, aunque no lo bastante.

No lo bastante.

Abandonó al cadete y atravesó la calle, hasta ponerse fuera del radio de acción de los sitiados. Subió al tejado. El hombre que se

agarraba al saliente se debilitaba: lo sustituyó. Con su brazo herido replegado sobre aquel adorno de cemento y de yeso, sosteniendo con su mano derecha la del primer hombre de la cadena, no escapaba a su soledad. El peso de tres hombres que se deslizaban quedaba suspendido de su brazo y pasaba a través de su pecho, como una barra. Las granadas estallaban en el interior del puesto, que ya no disparaba. «Estamos protegidos por el desván —pensó—; pero no por mucho tiempo. El tejado saltará.» A pesar de la intimidad con la muerte; a pesar de aquel peso fraternal que le descuartizaba, no era de los suyos. «¿Acaso la misma sangre es vana?»

El cadete, desde abajo, le miraba sin comprender. Uno de los hombres, que había subido detrás de Chen, le propuso sustituirle.

—Bien, lanzaré también yo.

Pasó aquella cadena de cuerpos. Por sus músculos extenuados, subía una desesperación sin límite. Su semblante de lechuza, de ojos menudos, estaba en tensión, absolutamente inmóvil; sintió con estupefacción que una lágrima le corría a lo largo de la nariz. «La nerviosidad», pensó. Sacó una granada del bolsillo y comenzó a descender, agarrándose a los brazos de los hombres de la cadena. Pero la cadena tenía su apoyo sobre el adorno en que terminaba el tejado a los lados. Desde allí era casi imposible alcanzar la ventana del medio. Cuando llegó a ras del tejado, Chen abandonó el brazo del lanzador, se suspendió de una pierna y luego del canalón y descendió por el tubo vertical: estaba demasiado alejado de la ventana para poder tocarla, y lo bastante cerca para poder disparar. Sus camaradas no se movían ya. Por encima del piso bajo un saliente le permitió detenerse. Que le doliera tan poco la herida le extrañaba. Agarrado con la mano izquierda a uno de los ganchos que sujetaban el canalón, sopesó su primera granada: «Si cae a la calle, debajo de mí, estoy muerto.» La lanzó con tanta fuerza como se lo permitió su posición: entró y estalló en el interior.

Abajo, se reanudaba el tiroteo.

Por la puerta del puesto que había quedado abierta, los policías, expulsados de la última habitación, dispararon al azar, se lanzaban afuera atropellándose, como ciegos espantados. Desde los tejados, desde los porches, desde las ventanas, disparaban los insurrectos.

Uno tras otro, los cuerpos cayeron, muchos cerca de la puerta, y luego, cada vez más dispersados.

El fuego cesó. Chen descendió, siempre agarrándose al canalón: no veía lo que había a sus pies, y saltó sobre un cuerpo.

El cadete entraba en el puesto. Le siguió, sacando del bolsillo la granada que no había lanzado. A cada paso que daba, adquiría más violentamente conciencia de que las quejas de los heridos habían cesado. En el cuerpo de guardia no había más que muertos. Los heridos aparecían carbonizados. En el primer piso había más muertos y algunos heridos.

—Ahora, a la estación del Sur —dijo el oficial—. Cojamos todos los fusiles: otros grupos los necesitarán.

Las armas fueron llevadas al camión; cuando todas estuvieron recogidas, los hombres subieron al coche, de pie, apretados unos contra otros, sentados sobre los capotes, agarrados a los estribos, montados en la trasera. Los que quedaban se fueron por las callejuelas, corriendo a paso gimnástico. La gran mancha de sangre abandonada resultaba inexplicable, en medio de la calle desierta; por la esquina, desaparecía el camión, erizado de hombres, con su estrépito de hierro viejo, hacia la estación del Sur y hacia los cuarteles.

Bien pronto tuvo que detenerse: la calle estaba interceptada por cuatro caballos muertos y tres cadáveres, ya desarmados. Eran los de los jinetes que Chen había visto al comienzo de la jornada: el primer auto blindado había llegado a tiempo. En el suelo, unos cristales rotos, y nadie más que un chino viejo, con la barba terminada en punta, que gemía. Habló con toda claridad, en cuanto Chen se aproximó:

—¡Esto es una cosa injusta y muy triste! ¡Cuatro! ¡Cuatro! ¡Ay!

—Tres solamente —dijo Chen.

—¡Cuatro! ¡Ay!

Chen miró de nuevo: no había más que tres cadáveres; uno de lado, como si hubiera sido arrojado de voleo, y dos boca abajo, entre las casas muertas también, bajo el cielo pesado.

—Me refiero a los caballos —dijo el viejo, con desprecio y temor: Chen llevaba revólver.

—Yo, a los hombres. ¿Alguno de los caballos te pertenecía?

Sin duda, habían sido requisados aquella mañana.

—No; pero yo era cochero. Las bestias me interesan. ¡Cuatro muertas!... ¡Y para nada! El chófer intervino:

—¿Para nada?

—No perdamos tiempo —dijo Chen.

Ayudado por dos hombres, apartó los caballos. El camión pasó. En el extremo de la calle, Chen, sentado en uno de los estribos, miró hacia atrás: el anciano cochero continuaba entre los cadáveres, gimiendo sin duda, negro en la calle gris.

5 de la tarde

«La estación del Sur ha sido tomada.»

Ferral colgó de nuevo el receptor. Mientras daba unas citas (una parte de la Cámara de Comercio Internacional era hostil a toda intervención, pero él disponía del periódico más importante de Shanghai), los progresos en la insurrección le alcanzaban, uno después de otro. Había pretendido telefonar solo. Volvió a su estudio donde Martial, que acababa de llegar, discutía con el enviado de Chiang Kaishek: éste no había accedido a recibir al jefe de la policía, ni en la dirección de Seguridad ni en su casa. Antes de abrir la puerta, Ferral oyó, a pesar del tiroteo:

—Comprenderá usted, yo represento aquí algo muy importante. Los intereses franceses...

—Pero, ¿qué apoyo puedo prometerle? —respondía el chino, con una entonación de insistencia indolente—. El mismo señor cónsul general me dice que espera de usted datos precisos. Porque usted conoce muy bien a nuestro país y a sus hombres.

El teléfono del estudio sonó.

—El Consejo Municipal se ha rendido —dijo Martial.

Y, cambiando de tono:

—No niego que tengo cierta experiencia psicológica de este país y de los hombres en general. Psicología y acción: tal es mi oficio; y, respecto a...

—Pero si unos individuos tan peligrosos para su país como para el nuestro, peligrosos para la paz de la civilización, se refugian, como siempre, en la concesión... La policía internacional...

«Ya estamos —pensó Ferral, que entraba—. Pretende saber si Martial, en caso de ruptura, dejaría que los comunistas se refugiasen entre nosotros.»

—... nos ha prometido toda su benevolencia... ¿Qué hará la policía francesa?

—Todo se arreglará. Presten ustedes atención solamente a esto: nada de líos con las mujeres blancas, salvo las rusas. Sobre eso tengo instrucciones muy firmes. Pero ya se lo he dicho: nada oficial. Nada oficial.

En el estudio moderno —en las paredes, Picassos del período rosa y un boceto erótico de Fragonard— los interlocutores, de pie, se hallaban a ambos lados de una enorme Kwannyn de piedra negra, de la dinastía Tang, comprada por consejo de Clappique y que Gisors consideraba falsa. El chino, un coronel joven, con la nariz encorvada, vestido de paisano, abotonado de abajo arriba, miraba a Martial y sonreía, con la cabeza inclinada hacia atrás.

—Doy a usted las gracias, en nombre de mi partido... Los comunistas son unos solemnes traidores, nos traicionan a nosotros, sus fieles aliados. Se convino en que colaboraríamos juntos, y la cuestión social se plantearía cuando China quedase unificada. Y ya la plantean. No respetan nuestro contrato. No quieren restablecer la China, sino los soviets. Los muertos del ejército no han muerto por los soviets, sino por la China. Los comunistas son capaces de todo. Por eso es por lo que le pregunto, señor director, si la policía francesa consideraría oportuno pensar en la seguridad personal del general.

Estaba claro que había pedido el mismo favor a la policía internacional.

—Con mucho gusto —respondió Martial—. Envíeme al jefe de su policía. ¿Sigue siendo König?

—Sí. Dígame, señor director, ¿usted ha estudiado historia romana?

—Naturalmente.

«En la escuela nocturna», pensó Ferral.

El teléfono, de nuevo. Martial tomó el receptor.

—*Los puentes están tomados* —dijo, con calma—. Dentro de un cuarto de hora la insurrección ocupará la ciudad.

—Mi opinión —prosiguió el chino, como si no hubiera oído nada— es que la corrupción de las costumbres perdió al Imperio romano. ¿No cree usted que una organización técnica de la prostitución y una organización occidental como la de la policía podrían acabar con los jefes del Han-Kow, que no valen lo que valían los del Imperio romano?

—Es una idea... Pero no creo que sea aplicable. Habría que reflexionar mucho sobre eso...

—Los europeos no comprenden nunca a la China, sino por lo que se les asemeja.

Un silencio. Ferral se divertía. El chino intrigaba: aquella cabeza echada hacia atrás, casi desdeñosa, y, al mismo tiempo, aquella dificultad... «Han-Kow, sumergido bajo los trenes de prostitutas...

—pensó—. Conoce a los comunistas. Y de que tenga un conocimiento exacto de la economía política, no cabe duda. ¡Asombroso!...» Acaso los soviets se preparasen en la ciudad, y aquél pensaba en las sagaces enseñanzas del Imperio romano. «Gisors tiene razón; siempre buscan los trucos.»

Otra vez el teléfono.

—Los cuarteles están bloqueados —dijo Martial—. Los refuerzos del gobierno no llegan más.

—¿Y la estación del Norte? —preguntó Ferral.

—Todavía no ha sido tomada.

—¿Pero el gobierno puede traer tropas del frente?

—Tal vez, señor —dijo el chino—; sus tropas y sus tanques se repliegan sobre Nankín. Puede enviarlas aquí. El tren blindado puede combatir todavía seriamente.

—Sí; alrededor del tren y de la estación, desde luego —pronunció Martial—. Todo cuanto se ha tomado está organizado poco a poco. Seguramente, la insurrección tiene cuadros rusos y europeos; los empleados revolucionarios de cada administración guían a los insurrectos. Hay un comité militar que lo dirige todo. La policía entera está ya desarmada. Los rojos tienen puntos de reunión, desde donde las tropas son dirigidas contra los cuarteles.

—Los chinos tienen un gran sentido de la organización —dijo el oficial.

—¿Cómo está protegido Chiang Kaishek?

—Su auto siempre va precedido del de su guardia personal. Y nosotros tenemos nuestros indicadores.

Ferral comprendió, por fin, la razón de aquella actitud desdeñosa de la cabeza, que comenzaba a excitarle (al principio le parecía siempre que el oficial, por encima de la cabeza de Martial, miraba su boceto erótico): una nube en el ojo derecho obligaba al oficial a mirar de arriba abajo.

—No basta —respondió Martial—. Hay que arreglar eso. Lo mejor será cuanto antes. Ahora, tengo que salir volando: se trata de elegir el comité ejecutivo que tomará el gobierno en sus manos. Allí quizá pueda hacer algo. También se trata de la elección del prefecto, que no es poco...

Ferral y el oficial se quedaron solos.

—Entonces, señor —dijo el chino, con la cabeza hacia atrás—, ¿podemos, desde ahora, contar con usted?

—Liu-Ti-Yu espera —respondió.

Jefe de la asociación de los banqueros shanghayeses; presidente honorario de la Cámara de Comercio china; aliado con todos los jefes de *guildas*, aquél podía obrar en aquella ciudad china que, sin duda, comenzaban a ocupar las secciones insurrectas mejor aún que Ferral las concesiones. El oficial se inclinó y se despidió. Fe-

rral subió al primer piso. En un rincón de un despacho moderno, adornado por todas partes con esculturas de remotas épocas chinas; con un traje blanco, sobre un chaleco de punto, blanco también, como sus cabellos hirsutos; sin cuello; con las manos adheridas a los tubos niquelados de su sillón, Liu-Ti-Yu esperaba, en efecto. Toda su fisonomía estaba en la boca y en las mandíbulas: una enérgica rana vieja.

Ferral no se sentó.

—Usted está decidido a acabar con los comunistas —no interrogaba, afirmaba—. Nosotros también, evidentemente. —Comenzó a pasearse por el cuarto, con los hombros hacia adelante—. Chiang Kaishek está dispuesto a la ruptura.

Ferral nunca había encontrado la desconfianza en el semblante de un chino. ¿Aquél le creía? Le tendió una caja con cigarrillos. Aquella caja, desde que había decidido no volver a fumar, estaba siempre abierta sobre su mesa, como si, viéndola sin cesar, afirmase la fuerza de su carácter, confirmando así su decisión.

—Hay que ayudar a Chiang Kaishek. Para usted, eso constituye una cuestión de vida o muerte. No es cosa de que la situación actual se mantenga. En la retaguardia del ejército y en el campo, los comunistas comienzan a organizar las uniones campesinas. El primer decreto de las uniones será la desposesión de los prestamistas. —Ferral no decía los usureros—. La enorme mayoría de sus capitales están en los campos; el más saneado de los depósitos de sus bancos está garantizado por sus tierras. Los soviets campesinos...

—Los comunistas no se atreverán a formar soviets en China.

—No juguemos con las palabras, señor Liu. Uniones o soviets, las organizaciones comunistas van a nacionalizar la tierra y a declarar ilegales los créditos. Estas dos medidas suprimen lo esencial de las garantías, en nombre de las cuales les han sido concedidos los créditos extranjeros. Más de mil millones, contando a mis amigos japoneses y americanos. No es cosa de garantizar esta suma con un comercio paralizado. Y aun sin hablar de nuestros créditos, esos decretos bastan para que quiebren todos los bancos chinos. Evidente.

—El Kuomintang no dejará que se haga eso.

—No hay Kuomintang. Hay azules y rojos. Hasta aquí han colaborado, aunque mal, porque Chiang Kaishek no tenía dinero. Tomada Shanghai mañana, Chiang Kaishek casi puede pagar su ejército con las aduanas. No por completo. Cuenta con nosotros. Los comunistas han predicado por todas partes la vuelta a la posesión de las tierras. Se dice que se esfuerzan por retrasarlo: demasiado tarde. Los campesinos han oído sus discursos, y no son miembros de su partido. Harán lo que quieran.

—Nada puede detener a los campesinos, como no sea la fuerza. Ya se lo he dicho al señor cónsul general de la Gran Bretaña.

Encontrando casi el tono de su voz en el de su interlocutor, Ferral recibió la impresión de que le ganaba.

—Ya han tratado de recuperar las tierras. Chiang Kaishek está dispuesto a no dejarlos obrar. Ha dado orden de que no se toque ninguna de las tierras que pertenecen a oficiales o a parientes de oficiales. Es preciso...

—Todos nosotros somos parientes de oficiales. Liu sonrió.

«¿Existe una sola tierra en China cuyo propietario no sea pariente de un oficial?...»

Ferral conocía el parentesco chino.

Otra vez el teléfono.

—*El arsenal está bloqueado* —dijo Ferral—. Todos los establecimientos gubernamentales están tomados. El ejército revolucionario entrará en Shanghai mañana. Es preciso que la cuestión quede resuelta *ahora*. Compréndame bien. A consecuencia de la propaganda comunista, numerosas tierras les han sido tomadas a sus propietarios; Chiang Kaishek debe aceptarlo o dar la orden de que se fusile a los que las han cogido. El gobierno rojo de Han-Kow no puede aceptar semejante orden.

—Contemporizará.

—Ya sabe usted en lo que se convirtieron las acciones de las sociedades inglesas, después de la toma de la concesión de Han-Kow. Ya sabe en lo que se convertirá su situación cuando las tie-

rras, cualesquiera que sean, hayan sido arrancadas legalmente a sus poseedores. Chiang Kaishek sabe y dice que está obligado a romper *ahora*. ¿Quiere usted ayudarlo? ¿Sí o no?

Liu escupió, con la cabeza hundida entre los hombros. Cerró los ojos; los volvió a abrir, y contempló a Ferral con la mirada desplegada del viejo usurero de no importa qué lugar sobre la tierra:

—¿Cuánto?

—Cincuenta millones de dólares.

Escupió de nuevo.

—¿Para nosotros solos?

—Sí.

Volvió a cerrar los ojos. Por encima del ruido desgarrador del tiroteo, de minuto en minuto, el tren blindado disparaba.

Si los amigos de Liu se decidían, todavía habría que luchar; si no se decidían, el comunismo triunfaría, sin duda, en China. «He aquí uno de los instantes en que el destino del mundo cambia...», pensó Ferral, con un orgullo en el que había exaltación e indiferencia. No quitaba la mirada de su interlocutor. El viejo, con los ojos cerrados, parecía dormir; pero, sobre el dorso de sus manos, las venas azules, enmarañadas, temblaban como nervios. «Será preciso, también, un argumento individual», pensó Ferral.

—Chiang Kaishek —dijo— no puede dejar que se despoje a sus oficiales. Y los comunistas están decididos a asesinarlo. Lo sabe.

Se decía eso desde hacía algunos días; pero Ferral lo dudaba.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —preguntó Liu.

E inmediatamente, con un ojo cerrado y el otro abierto, astuto el derecho, vergonzoso el izquierdo:

—¿Está usted seguro de que no tomará el dinero sin ejecutar sus promesas?

—También existe *nuestro* dinero, y no es de promesas de lo que se trata. *No puede obrar* de otro modo. Y, compréndame bien: no es porque usted lo pague por lo que debe destruir a los comunistas: porque debe destruir a los comunistas es por lo que usted le paga.

—Voy a reunir a mis amigos.

Ferral conocía la costumbre china y la influencia del que habla.

—¿Cuál será su consejo?

—Chiang Kaishek puede ser combatido por la gente de Han-Kow. Allí hay doscientos mil obreros sin trabajo.

—Si no le ayudamos, lo será, seguramente.

—Cincuenta millones... Es... mucho...

Por fin miró de frente a Ferral.

—Menos de lo que usted se verá obligado a dar a un gobierno comunista.

El teléfono.

—*El tren blindado está aislado* —pronunció Ferral—. Aunque el gobierno quisiera enviar nuevas tropas del frente, ya no podría hacer nada.

Tendió la mano.

Liu se la estrechó y abandonó el aposento. Desde la alta ventana, cubierta de jirones de nubes, Ferral vio alejarse el auto, cubriendo por un momento el ruido del motor al de las descargas. Aunque resultase vencedor, el estado de sus empresas le obligaría quizá a solicitar la ayuda del gobierno francés, que rehusaba tan a menudo, que acababa de rehusar al Banco Industrial de China; pero ahora era de aquéllos a través de los cuales se jugaba la suerte de Shanghai. Todas las fuerzas económicas, casi todos los consulados hacían el mismo juego que él: Liu pagaría. El tren blindado continuaba disparando. Sí; por primera vez, había una organización del otro lado. Le hubiera gustado conocer a los hombres que la dirigían. Y mandarlos fusilar también.

La tarde de guerra se perdía en la noche. A ras del suelo se encendían las luces, y el río invisible llamaba hacia sí como siempre la poca vida que quedaba en la ciudad. Venía de Han-Kow, aquel río. Liu tenía razón, y Ferral lo sabía: allí estaba el peligro. Allí se formaba el ejército rojo. Allí, los comunistas dominaban. Desde que las tropas revolucionarias, como las máquinas quitanieves, rechazaban a los nordistas, toda la izquierda soñaba con aquella

tierra prometida: la patria de la Revolución estaba en la sombra vercosa de aquellas fundiciones, de aquellos arsenales, aun antes de que los hubieran tomado; ahora, la poseían, y aquellos mercaderes miserables, que se perdían en la bruma pegajosa donde las linternas se hacían cada vez más numerosas, avanzaban en dirección al río, como si todos hubiesen llegado también de Han-Kow con sus fauces de derrota, como presagios expulsados hacia él por la noche amenazadora.

Las once. Desde la salida de Liu, antes y después de la comida, los jefes de *guildas*, los banqueros, los directores de las compañías de seguros y de transportes fluviales, los importadores y los jefes de las hilanderías. Todos dependían, en alguna medida, del grupo Ferral o de uno de los grupos extranjeros que habían unido su política a la del Consorcio Francoasiático: Ferral no contaba más que con Liu. Corazón viviente de la China, Shanghai palpitaba al paso de todo cuanto le hacía vivir; hasta de lo último de los campos —la mayor parte de los propietarios terratenientes dependían de los bancos—, los vasos sanguíneos confluían, como canales, hacia la capital donde se jugaba el destino chino. El tiroteo continuaba. Ahora, había que esperar.

Al lado, Valeria estaba acostada. Aunque era su querida desde hacía una semana, nunca había pretendido amarla: ella habría sonreído, con insolente complicidad. Tampoco ella le había dicho nada, por la misma razón, quizá. Los obstáculos de que estaba hecha su vida presente la lanzaban hacia el erotismo, no hacia el amor. Él sabía que ya no era joven, y se esforzaba por persuadirse de que su leyenda suplía a la juventud. Él era Ferral y conocía a las mujeres. A tal punto, en efecto, que no creía una palabra de cuanto se decía. Se acordaba de uno de sus amigos, inteligente, enfermizo, al que había envidiado sus queridas. Un día en que, a tal respecto, había interrogado a Valeria, ésta le había dicho: «No hay nada más atractivo en un hombre que la unión de la fuerza y la debilidad.» Persuadido de que ningún ser se explica simplemente por medio de su vida, retenía esta frase con mayor intensidad que todo cuanto ella le había confiado acerca de la suya.

Aquella gran modista rica no era venal (todavía, al menos). Afirmaba que el erotismo de muchas mujeres consistía en ponerse desnudas delante de un hombre escogido, y no actuaba plenamente más que una vez. ¿Pensaba en sí misma? Era aquélla, no obstante, la tercera vez que se acostaba con él. Ferral apreciaba en ella un orgullo semejante al suyo. «Los hombres tienen los viajes, y las mujeres tienen a sus amantes», había dicho Valeria la víspera. ¿Le gustaba, como a muchas mujeres, por el contraste entre su dureza y las atenciones que le prodigaba? No ignoraba que comprometía en aquel juego su orgullo —lo esencial de su vida—. No dejaba de haber peligro en una compañera que decía: «Ningún hombre puede hablar de las mujeres, querido, porque ningún hombre comprende que todo nuevo maquillaje, todo nuevo vestido y todo nuevo amante proponen una alma nueva...», con la sonrisa necesaria.

Entró en la habitación. Acostada, con los cabellos en el hueco del brazo, bien torneado, le contempló sonriendo.

La sonrisa le proporcionaba la vida, a la vez intensa y abandonada, que proporciona el placer. Durante el descanso, la expresión de Valeria era de tristeza tierna, y Ferral recordaba que la primera vez que la había visto había dicho que tenía un semblante turbio —el semblante que convenía a lo que sus ojos grises tenían de dulces—. Pero cuando la coquetería entraba en juego, la sonrisa que entreabría su boca en forma de arco, más en las comisuras que en el centro, armonizando de una manera imprevista con sus cabellos, cortos y ondulados a trozos, y con sus ojos, entonces menos tiernos, le daba, a pesar de la fina regularidad de sus facciones, la expresión compleja del gato en el abandono. A Ferral le gustaban los animales, como a todos aquellos cuyo orgullo es demasiado grande para acomodarse a los hombres; los gatos, sobre todo.

La besó. Ella tendió la boca. ¿Por sensualidad o por horror a la ternura? —se preguntaba él, mientras se desnudaba en el cuarto de baño—. La bombilla se había roto y los objetos del tocador aparecían rojizos, iluminados por los incendios. Miró por la ventana: en la avenida, una multitud en movimiento, millones de peces bajo el temblor de un agua negra; le pareció, de pronto, que el alma de aquella multitud la había abandonado, como el pensamiento a los

durmientes que sueñan, y que ardían con una energía alegre en aquellas llamas abundantes que iluminaban los límites de los edificios.

Cuando volvió, Valeria soñaba y no sonreía ya. Aunque estaba acostumbrado a aquella diferencia de expresión, le pareció, una vez más, salir de una locura. ¿No quería más que ser amado de la mujer, en la sonrisa que aquella mujer sin sonrisa le deparaba, como una extraña? El tren blindado disparaba de minuto en minuto, como para un triunfo: estaba aún en manos de los gubernamentales, con el cuartel, el arsenal y la iglesia rusa.

—Querido —preguntó ella—, ¿ha vuelto usted a ver al señor Clappique?

Toda la colonia francesa de Shanghai conocía a Clappique. Valeria había vuelto a encontrarle durante una cena, la antevíspera; su fantasía la encantaba.

—Sí. Le he encargado que me compre algunas aguadas de Kama.

—¿Se encuentran en las casas de los anticuarios?

—No. Pero Kama vuelve de Europa; pasará por aquí dentro de unos quince días. Clappique estaba cansado, y no ha contado más que dos lindas historias: la de un ladrón chino que fue absuelto por haberse introducido por un agujero en forma de lira en el Monte Pío, que se puso a desvalijar, y esta otra: Ilustre Virtud, desde hacía veinte años, domesticaba a unos conejos. A un lado de la aduana interior, estaba su casa; al otro, sus cabañas. Los aduaneros, sustituidos una vez más, se olvidaron de prevenir a sus sucesores acerca de su paso cotidiano. Llega él con su cesta, llena de hierba debajo del brazo. «¡Eh! Enseñe usted su cesta.» Debajo de la hierba, relojes, cadenas, lámparas eléctricas, aparatos fotográficos. «¿Es esto lo que da usted de comer a los conejos?» «Sí, señor director de aduanas. Y (como dirigiéndose a los citados conejos) si no les gusta eso, no tendrán otra cosa.»

—¡Oh! —exclamó ella—. Es una historia científica; ahora lo comprendo todo. Los conejos-campanilla, los conejos-tambor, ¿sabe usted?, todos esos lindos animalitos que viven tan bien en la luna y en sitios semejantes, y tan mal en las habitaciones de los niños; de

ahí es de donde vienen... Constituye una dolorosa injusticia, esa triste historia de Ilustre Virtud. Y me parece que los periódicos revolucionarios van a protestar mucho: porque, en verdad, tenga usted la seguridad de que los conejos comían aquellas cosas.

—¿Ha leído usted *Alicia en el país de las maravillas*, querida?

Despreciaba bastante a las mujeres, sin las cuales no podía pasar, para llamarlas «querida».

—Cómo, ¿lo duda usted? Me lo sé de memoria.

—Su sonrisa me hace pensar en el fantasma del gato que no se materializa nunca y del que no se veía más que una encantadora sonrisa de gato flotante en el aire. ¡Ah! ¿Por qué la inteligencia de las mujeres quiere siempre elegir otro objeto distinto al suyo?

—¿Cuál es el suyo, querido?

—El encanto y la comprensión, con toda evidencia.

Ella reflexionó.

—Lo que los hombres nombran así es la sumisión del espíritu. Usted no reconoce en una mujer más que la inteligencia que le aprueba. Eso es tan descansado...

—Entregarse, para una mujer, y poseer, para un hombre, son los dos únicos medios de que los seres puedan comprenderlo todo, sea lo que sea...

—¿No cree usted, querido, que las mujeres no se entregan nunca (o casi nunca), y que los hombres no poseen nada? Se trata de un juego: «Creo que la poseo, puesto que ella cree que es poseída...» ¿Sí? ¿Verdaderamente? Lo que voy a decir está muy mal, pero ¿no cree usted que ésa es la historia del corcho, que se creía mucho más importante que la botella?

La libertad de costumbres, en una mujer, excitaba a Ferral; pero la libertad de espíritu le irritaba. Se sintió ávido de hacer que renaciese el único sentimiento que le prestaba superioridad sobre una mujer: la vergüenza cristiana, el reconocimiento ante la vergüenza sufrida. Si Valeria no lo adivinó, adivinó que se separaba de ella, y, sensible, por otra parte, a un deseo físico que veía aumentar, recreada en la idea de que podría recuperarlo a voluntad, le miró

con la boca entreabierta (puesto que le gustaba su sonrisa...), ofreciéndole la mirada, segura de que, como casi todos los hombres, tomaría el deseo que abrigaba de seducirle por el de un abandono.

Se reunió con ella en el lecho. Las caricias prestaban a Valeria una expresión hermética que él quiso ver transformarse. Llamaba a la otra expresión con demasiada pasión para no esperar que la voluptuosidad la fijase en el semblante de Valeria, creyendo que destruía una máscara, y que lo que tenía de más profundo, de más secreto, era necesariamente lo que prefería en ella: nunca había copulado con Valeria más que en la sombra. Pero apenas, con la mano, le apartaba suavemente las piernas, ella apagó la luz. Él volvió a encenderla.

Había buscado el interruptor a tientas, y ella tomó aquello por un desprecio. Apagaba de nuevo. Él volvió a encenderla inmediatamente. Como tenía los nervios muy sensibles, Valeria se sintió a la vez muy cerca de la risa y de la cólera; pero volvió a encontrar su mirada. Ferral había apartado el interruptor, y ella adquirió la seguridad de que él esperaba lo más claro de su placer en la transformación sensual de sus facciones. Sabía que no era verdaderamente dominada por su sexualidad sino al comienzo de una unión y en la sorpresa; cuando vio que no encontraba el interruptor, le invadió la tibieza que conocía y le subió a lo largo del torso hasta las puntas de los senos y hasta los labios, de los que adivinó, ante la mirada de Ferral, que se henchían insensiblemente. Aprovechó aquella tibieza, y oprimiéndole entre los muslos y los brazos, se sumergió, entre prolongadas pulsaciones, lejos de una playa adonde sabía que sería arrojado al punto, con ella misma, la resolución de no perdonarle.

Valeria dormía. La respiración regular y la dejadez del sueño henchían sus labios con dulzura y también con la expresión perdida que le suministraba el goce. «Un ser humano —pensó Ferral—; una vida individual, aislada, única, como la mía...» Se la imaginó habitando en su cuerpo, experimentando en su lugar aquel goce que él no podía volver a sentir más que como una humillación; se veía él también humillado por aquella voluptuosidad pasiva, por aquel sexo de mujer. «Eso es idiota; ella siente en función de su

sexo, como yo en función del mío; ni más ni menos. Siente como un nudo de deseos, de tristeza, de orgullo; como un destino... Evidentemente.» Pero no en aquel momento: el sueño y sus labios la entregaban a una sensualidad perfecta, como si hubiese aceptado el no ser ya un ser vivo y libre, sino solamente aquella expresión de reconocimiento de una conquista física. El gran silencio de la noche china, con su olor a alcanfor y a hojas, adormecido él también hasta el Pacífico, la recubría fuera del tiempo: ni un navío llamaba; ni un tiro de fusil. No encerraba Valeria en su sueño los recuerdos y las esperanzas que él no poseería nunca: ella no era nada más que el otro polo de su propio placer. Jamás había vivido: nunca había sido una niña.

El cañón, de nuevo: el tren blindado comenzaba otra vez a disparar.

Al día, siguiente, a las 4

Desde una relojería, transformada en puesto, Kyo observaba el tren blindado. A 200 metros hacia adelante y hacia atrás, los revolucionarios habían hecho saltar los rieles y arrancado el paso a nivel. Del tren que obstruía la calle —inmóvil, muerto—, Kyo no veía más que dos vagones, uno cerrado, como un vagón para ganado, y el otro aplastado, como bajo un receptáculo de petróleo, bajo su torrecilla, de donde salía un cañón de pequeño calibre. No había hombres: ni sitiados ocultos tras de sus rejas cerradas como las de una cárcel, ni asaltantes dentro de las casas que dominaban la vía. Detrás de Kyo, hacia la iglesia rusa o hacia la imprenta comercial no cesaban las descargas. Los soldados dispuestos a dejarse desarmar no entraban en cuenta; los otros iban a morir. Todas las secciones insurrectas estaban armadas ahora; las tropas gubernamentales, con el frente deshecho, huían hacia Nankín en los trenes saboteados y por los barrancos fangosos de las carreteras, bajo el viento lluvioso. El ejército del Kuomintang llegaría a Shanghai dentro de algunas horas: de momento en momento, venían los co-reos.

Entró Chen, como siempre, vestido de obrero; se sentó al lado de Kyo, y contempló el tren. Sus hombres estaban de guardia detrás de una barricada a cien metros de allí, aunque no debían atacar.

El cañón del tren, de perfil, se movía. Como nubes muy bajas, unos velos de humo, última vida del incendio extinto, se deslizaban por delante de él.

—No creo que tengan ya muchas municiones —dijo Chen.

El cañón salía de la torrecilla como el telescopio de un observatorio, y se movía con una movilidad prudente; a pesar de los blindajes, la vacilación de aquel movimiento le hacía parecer frágil.

—En cuanto nuestros propios cañones estén allá... —dijo Kyo.

El que contemplaba dejó de moverse y disparó. En respuesta, una descarga crepitó contra el blindaje. Un claro apareció en el cielo gris y blanco precisamente por encima del tren.

Un correo llevó algunos documentos a Kyo.

—No tenemos mayoría en el comité —dijo éste.

La asamblea de delegados, reunida clandestinamente por el partido Kuomintang, antes de la insurrección, había elegido un comité central de 26 miembros, 15 de ellos comunistas; pero este comité acababa de elegir, a su vez, el comité ejecutivo, que iba a organizar el gobierno municipal. Allí estaba la eficacia; allí, los comunistas ya no tenían mayoría.

Un segundo correo con uniforme entró y se detuvo junto al marco de la puerta.

—El arsenal está tomado.

—¿Y los tanques? —preguntó Kyo.

—Han salido para Nankín.

—¿Tú vienes del ejército?

Era un soldado de la 1.^a División, la que contaba mayor número de comunistas. Kyo le interrogó. El hombre estaba amargado: se preguntaba para qué servía la Internacional. Todo se había entregado a la burguesía del Kuomintang; los parientes de los soldados, campesinos casi todos, se veían obligados a hacer efectiva la crecida

cotización de los fondos de guerra, en tanto que la burguesía sólo estaba gravada con moderación. Si pretendían apoderarse de las tierras, las órdenes superiores se lo impedían. La toma de Shanghai iba a cambiar todo aquello —pensaban los soldados comunistas—; el mensajero no estaba muy seguro de ello. Informado de una sola parte, exponía malos argumentos; pero era fácil deducirlos mejores. La guardia roja —respondía Kyo— y la milicia obrera iban a ser creadas en Shanghai; en Han-Kow había más de doscientos mil obreros sin trabajo. Ambos, de minuto en minuto, se detenían y escuchaban.

—Han-Kow —dijo el hombre—; sé muy bien lo que hay en Han-Kow...

Sus voces ensordecidas parecían permanecer junto a ellos, retenidas por el aire estremecido, que parecía esperar también el cañón. Ambos pensaban en Han-Kow, «la ciudad más industrial de toda China». Allí se organizaba un nuevo ejército rojo; a aquella misma hora, las secciones obreras aprendían allí a manejar los fusiles...

Con las piernas separadas, los puños en las rodillas, la boca entreabierta, Chen contemplaba a los correos y no decía nada.

—Todo va a depender del prefecto de Shanghai —prosiguió Kyo—. Si éste es de los nuestros, poco importa la mayoría. Si es de la derecha...

Chen consultó la hora. En aquella relojería, por lo menos treinta relojes, en marcha o parados, señalaban horas diferentes. Descargas precipitadas se reunieron, en un alud. Chen dudó si miraría o no hacia afuera: no podía apartar los ojos de aquel universo de movimientos de relojería, impasibles ante la Revolución. El movimiento de los correos que salían le repuso; se decidió, por fin, a consultar su propio reloj.

—Las cuatro. Se puede saber...

Hizo funcionar el teléfono de campaña, soltó rabiosamente el receptor y se volvió hacia Kyo.

—El prefecto es de la derecha.

—Extender por ahora la Revolución, y después profundizarla... —dijo Kyo, más como una pregunta que como una respuesta—. La

línea de conducta de la Internacional parece consistir en dejar aquí el poder a la burguesía. Provisionalmente... seremos robados. He visto a unos correos del frente: todo movimiento obrero está prohibido en la retaguardia. Chiang Kaishek ha mandado disparar sobre los huelguistas, adoptando algunas precauciones.

Entró un rayo de sol. Allí arriba, la mancha azul del claro se agrandaba. La calle se llenó de sol. A pesar de las descargas, el tren blindado, bajo aquella luz, parecía abandonado. Disparó de nuevo. Kyo y Chen lo observaban, con menos atención ahora: quizá el enemigo estuviese más cerca de ellos. Muy inquieto, Kyo miraba confusamente a la acera, que brillaba bajo el sol provisional. Una gran sombra se extendió. Levantó la cabeza: era Katow.

—Antes de quince días —prosiguió—, el gobierno Kuomintang suprimirá nuestras secciones de asalto. Acabo de ver a unos oficiales azules, enviados del frente para sondearnos e insinuarnos astutamente que las armas estarían mejor entre ellos que entre nosotros. Desarmar a la guardia obrera: tendrán a la policía, al comité, al prefecto, el Ejército y las armas. Y habremos hecho la insurrección para eso. Debemos abandonar el Kuomintang, aislar el partido comunista y, si es posible, entregarle el poder. No se trata de jugar al ajedrez, sino de pensar seriamente en el proletariado, en todo esto. ¿Qué le aconsejaremos?

Chen se miraba los pies, finos y sucios, desnudos dentro de unos zuecos.

—Los obreros *tienen razón* al declararse en huelga. Nosotros les ordenamos que cesen en la huelga. Los campesinos quieren apoderarse de las tierras. Tienen razón. Nosotros se lo prohibimos.

Su acento no subrayaba las palabras más largas.

—Nuestras contraseñas son las de los azules —continuó Kyo—, con unas cuantas promesas más. Pero los azules dan a los burgueses lo que les prometen, y nosotros no damos a los obreros lo que prometemos a los obreros.

—Basta —dijo Chen, sin levantar siquiera los ojos—. En primer término, hay que matar a Chiang Kaishek.

Katow escuchaba en silencio.

—Eso, para lo futuro —dijo, por fin—. Ahora, están matando a los nuestros. Sí. Y, sin embargo, Kyo, no estoy seguro de ser de tu opinión: ya ves. Al comienzo de la Revolución, cuando no era todavía socialista revolucionario, todos estábamos en contra de la táctica de Lenin en Ucrania. Antonov, comisario allá, había detenido a los propietarios de las minas y los había condenado a diez años de trabajos forzados, por sabotaje. Sin juicio. Por su propia autoridad de comisario de la Cheka, Lenin le felicitó; todos protestamos. Eran unos verdaderos explotadores los propietarios, ¿sabes?, y varios de nosotros fuimos a las minas, como condenados; porque creíamos que había que ser particularmente justos con ellos; nada menos. Sin embargo, si los hubiéramos puesto en libertad, el proletariado no habría comprendido nada. Lenin tenía razón. La justicia estaba de nuestra parte; pero Lenin tenía razón. Y nosotros estábamos también contra los poderes extraordinarios de la Cheka. Hay que prestar atención. La contraseña actual es buena: extender la Revolución, y después profundizarla. Lenin nos dijo, de pronto: «Todo el poder para los soviets.»

—Pero nunca dijo: el poder para los mencheviques. Ninguna situación puede obligarnos a que entreguemos nuestras armas a los azules. Ninguna. Porque, entonces, no hay duda alguna, la Revolución está perdida, y no existe...

Entraba un oficial del Kuomintang, bajito, estirado, casi japonés. Saludó.

—El ejército estará aquí dentro de media hora —dijo—. Nos faltan armas. ¿Cuántas pueden ustedes proporcionarnos?

Chen se paseaba por la habitación. Katow esperaba.

—Las milicias obreras deben permanecer armadas —dijo Kyo.

—Mi pedido ha sido hecho de acuerdo con el gobierno de Han-Kow —declaró el oficial.

Kyo y Chen sonrieron.

—Les ruego que se informen —agregó.

Kyo utilizó el teléfono.

—Hasta con la orden... —comenzó Chen, entre dientes.

—¡Bueno! —exclamó Kyo.

Escuchaba. Katow cogió el segundo receptor. Lo colgaron de nuevo.

—Bien —dijo Kyo—. Pero los hombres están aún en las filas.

—La artillería estará allí muy pronto —dijo el oficial—. Acabaremos con estas cosas... —señaló el tren blindado, encallado en el sol—... nosotros mismos. ¿Podrán ustedes entregar las armas a las tropas mañana por la tarde? Tenemos una urgente necesidad de ellas. Continuamos avanzando hacia Nankín.

—Dudo que sea posible recuperar más de la mitad de las armas.

—¿Por qué?

—Todos los comunistas no se avendrán a entregarlas.

—¿Ni aun con la orden de Han-Kow?

—Ni aun con la orden de Moscú. Por lo menos, inmediatamente.

Apreciaban la exasperación del oficial, aunque éste no la manifestaba.

—Vea usted lo que puede hacer —dijo—. Enviaré a uno, a eso de las siete.

Salió.

—¿Eres tú de la opinión que se entreguen las armas? —preguntó Kyo a Katow.

—Trato de comprender. Es preciso, ante todo, ir a Han-Kow, ¿sabes? ¿Qué quiere la Internacional? Desde luego, servirse del ejército del Kuomintang para unificar China. Desarrollar después por medio de la propaganda y demás, esa Revolución que debe, por sí misma, transformarse de Revolución democrática en Revolución socialista.

—Hay que matar a Chiang Kaishek —dijo secamente Chen.

—Chiang Kaishek no nos dejará ya que llegemos a eso —respondió Kyo—. No puede. No puede mantenerse aquí más que apoyándose en las aduanas y en las contribuciones de la burguesía, y la burguesía no pagará nada: será preciso que le devuelva la moneda en comunistas degollados.

—Todo eso —dijo Chen— es hablar para no decir nada.

—Déjanos en paz —dijo Katow—. No pienses que vas a poder matar a Chiang Kaishek sin el acuerdo del Comité Central, o, por lo menos, del delegado de la Internacional.

Un rumor lejano iba llenando, poco a poco, el silencio.

—¿Vas a ir a Han-Kow? —preguntó Chen a Kyo.

—Desde luego.

Chen se paseaba por la habitación, bajo todos los péndulos de los despertadores y de los relojes de cuclillo, que continuaban llevando el compás.

—Lo que he dicho es muy sencillo —pronunció al fin—. Lo esencial. La única cosa que hay que hacer. Avísalos.

—¿Tú esperarás?

Kyo sabía que, si Chen, en lugar de responder, vacilaba, no era porque Katow le hubiera convencido. Era porque ninguna de las órdenes presentes de la Internacional satisfacía la pasión profunda que le había hecho revolucionario; si, por disciplina, las aceptaba, ya no podía obrar. Kyo contemplaba, bajo los relojes, aquel cuerpo hostil que había hecho a la Revolución el sacrificio de sí mismo y de los demás, y al que la Revolución iba tal vez a lanzar a su soledad con el recuerdo de sus asesinatos. A la vez de los suyos y contra él, ya no podía unírsele ni separársele. Bajo la fraternidad de las armas en el instante mismo en que contemplaba aquel tren blindado al que quizá atacasen juntos, sentía la ruptura posible como hubiese sentido la amenaza de la crisis en un amigo epiléptico o loco, en el momento de su mayor lucidez.

Chen había reanudado sus paseos. Sacudió la cabeza, como para protestar, y dijo, por fin: «Bueno», encogiéndose de hombros, como si hubiese respondido así para satisfacer a Kyo, en un deseo pueril.

Volvió el rumor más fuerte, aunque tan confuso, que tuvieron que escuchar con mucha atención para distinguir qué era lo que producía. Parecía que subía del suelo.

—No —dijo Kyo—; son gritos.

Se acercaban y se hacían más precisos.

—¿Tomarán la iglesia rusa? —interrogó Katow.

Muchos gubernamentales estaban atrincherados allá. Pero los gritos se aproximaban, como si viniesen de los arrabales hacia el centro. Eran cada vez más fuertes. Resultaba imposible distinguir las palabras. Katow echó una ojeada al tren blindado.

—¿Les llegarán refuerzos?

Los gritos, siempre sin palabras, se producían cada vez más cerca, como si alguna noticia capital hubiese sido transmitida de multitud en multitud. Luchando con ellos, otro ruido se sobrepuso y se hizo distinto, por fin: la conmoción regular del suelo bajo los pasos.

—El ejército —dijo Katow—. Son los nuestros.

Sin duda. Los gritos eran aclamaciones. Siendo aún imposible distinguirlos de los aullidos del miedo: Kyo había oído aproximarse así los de la multitud fugitiva a causa de la inundación. El martilleo de los pasos se cambió en un chapaleo y luego se reanudó: los soldados se habían detenido y volvían a partir en otra dirección.

—Se les ha avisado que el tren blindado está aquí —dijo Kyo.

Los del tren oirían, sin duda, los gritos peor que ellos, pero mucho mejor el martilleo, transmitido por la resonancia de los blindajes.

Un estruendo formidable sorprendió a los tres: por cada pieza, por cada ametralladora y por cada fusil, el tren disparaba. Katow había formado parte de uno de los trenes blindados de Siberia; más fuerte que él, su imaginación le hacía seguir la agonía de éste. Los oficiales habían ordenado el fuego a discreción. ¿Qué podrían hacer en sus torrecillas, con el teléfono en una mano y el revólver en la otra? Cada soldado adivinaba, sin duda, lo que significaba aquel martilleo. ¿Se preparaban a morir juntos, o arrojarlos los unos sobre los otros, en aquel enorme submarino que no volvería a elevarse jamás?

El tren mismo entraba en un ansia furiosa. Disparando por todas partes: conmovido por su frenesí mismo, parecía querer arrancarse de los rieles, como si la rabia desesperada de los hombres que albergaba hubiese pasado a aquella armadura prisionera y se deba-

tiese ella también. Lo que en aquel desencadenamiento fascinaba a Katow no era la mortal embriaguez en que zozobraban los hombres del tren; era el estremecimiento de los rieles, que contenía todos aquellos aullidos como una camisa de fuerza: un movimiento con el brazo hacia adelante, para convencerse de que no se le había paralizado. Treinta segundos, y el estruendo cesó. Por encima de la conmoción sorda de los pasos y del tictac de todos los relojes de la tienda, se estableció un fragor de pesados hierros: la artillería del ejército revolucionario.

Detrás de cada blindaje, un hombre del tren escuchaba aquel ruido como la voz misma de la muerte.

PARTE TERCERA

29 de marzo

Han-Kow estaba muy cerca: el movimiento de los sampanes casi llenaba el río. Las chimeneas del arsenal se fueron destacando poco a poco de una colina, casi invisible bajo su enorme humareda: a través de una luz azulada, de tarde de primavera, la ciudad apareció, por fin, con todos sus bancos, de columnas, en los huecos de un primer plano liso y negro —los buques de guerra de las naciones de Occidente—. Desde hacía seis días, Kyo ascendía por el río, sin noticias de Shanghai.

Al pie del barco, silbó un vapor extranjero. Los papeles de Kyo se hallaban en regla, y él estaba acostumbrado a la acción clandestina. Llegó sólo hasta la proa, por prudencia.

—¿Qué quieren? —preguntó a un mecánico.

—Quieren saber si tenemos arroz o carbón. Está prohibido transportarlo.

—¿En nombre de quién?

—Un pretexto. Si llevamos carbón, no se nos dice nada, pero se las arreglan de manera que puedan desarmar el barco en el puerto. Es imposible abastecer la ciudad.

A lo lejos, chimeneas, elevadores, depósitos: los aliados de la Revolución. Pero Shanghai había enseñado a Kyo lo que es un puerto activo. El que veía, sólo estaba lleno de juncos y de torpederos. Tomó sus gemelos: un vapor mercante, dos, tres. Algunos otros... El suyo atracaba por la parte de U-Chang; debería tomar el transbordador para ir a Han-Kow.

Descendió. En el muelle, un oficial vigilaba el desembarco.

—¿Por qué hay tan pocos barcos? —preguntó Kyo.

—Las compañías han hecho desalojar todo: tienen miedo a la requisición.

Todos, en Shanghai, creían que la requisición estaba hecha desde hacía mucho tiempo.

—¿Cuándo sale el transbordador?

—Cada media hora.

Había que esperar veinte minutos. Caminó al azar. Las lámparas de petróleo se encendían en el fondo de las tiendas; aquí y allá, algunas siluetas de árboles y de los ángulos de las casas ascendían por el cielo del Oeste, donde persistía una luz sin origen que parecía emanar de la suavidad misma del cielo y reunirse, en lo más alto, al apaciguamiento de la noche. A pesar de los soldados y de las uniones obreras, en el fondo de sus tenderetes los médicos que ostentaban un sapo como insignia, los vendedores de hierbas y de monstruos, los escribanos públicos, los echadores de suertes, los astrólogos y los que decían la buena ventura continuaban sus oficios lunares en la luz turbia en que desaparecían las manchas de sangre.

Las sombras se perdían en el suelo, más bien que alargarse, bañadas de una azulada fosforescencia; el último resplandor de aquella tarde única, que se iba muy lejos, a cualquier parte del mundo, y cuyo único reflejo acababa de bañar la tierra, lucía débilmente en el fondo de un arco enorme, que remataba una pagoda cubierta de hiedra, ya negra. A lo lejos, un batallón se perdía en la noche cargada de niebla a ras del río, más allá de una baraúnda de campanillas y de fonógrafos, acribillado todo por la iluminación. Kyo descendió también hasta una cantera de bloques enormes: los de las murallas derruidas en señal de liberación de la China. El transbordador estaba muy cerca.

Un cuarto de hora más sobre el río, para ver ascender la ciudad en la noche. Por fin Han-Kow.

Unos *pousses* esperaban en el muelle; pero la ansiedad de Kyo era demasiado grande para que pudiese permanecer inmóvil. Prefirió caminar: la concesión británica, que Inglaterra había abandonado

en enero, y los grandes bancos mundiales cerrados pero no ocupados... «Extraña sensación la de la angustia: sentimos en el ritmo del corazón que se respira mal, como si respirásemos con el corazón...» Cada vez se hacía más fuerte que la lucidez. En la esquina de una calle, en el claro de un gran jardín, lleno de árboles en flor, grises en la bruma de la noche, aparecieron las chimeneas de las manufacturas del Oeste. Sin humo. De todas cuantas veía, sólo las del arsenal se hallaban en actividad. ¿Era posible que Han-Kow, la ciudad de la cual los comunistas del mundo entero esperaban la salvación de China, estuviese en huelga? El arsenal trabajaba; ¿se podría contar, al menos, con el ejército rojo? Ya no se atrevía a correr. Si Han-Kow no era lo que todo el mundo creía que era, todos los suyos, en Shanghai, estaban condenados a muerte. Y May también. Y él mismo.

Por fin, la Delegación de la Internacional.

La ciudad entera estaba iluminada. Kyo sabía que en el último piso trabajaba Borodin; en el piso bajo, funcionaba la imprenta, con su estruendo de enorme ventilador en mal estado.

Un guardia examinó a Kyo, vestido con una tricota gris, con gran cuello. Creyéndole japonés, le señalaba ya con el dedo al ordenanza encargado de conducir a los extranjeros, cuando su mirada encontró los papeles que Kyo le tendía; por la entrada abarrotada de gente, lo condujo, pues, a la sección de la Internacional encargada de Shanghai. Del secretario que lo recibió, Kyo sólo sabía que había organizado las primeras insurrecciones en Finlandia; un camarada, con la mano extendida por encima de la mesa, mientras pronunciaba su propio nombre: Vologuin. Parecía grueso, más bien como una mujer madura que como un hombre; ¿se debía aquello a la finura de facciones, a la vez aguileñas y mofletudas, ligeramente levantinas a pesar de tener la tez muy clara, o a los largos mechones casi grises, cortos para estar echados hacia atrás, y que caían sobre sus mejillas como crenchas tiesas?

—Erramos el camino en Shanghai —dijo Kyo.

Su frase le sorprendió: su pensamiento iba más rápido que él. Sin embargo, decía lo que hubiera querido decir: si Han-Kow no podía

suministrar el socorro que las secciones esperaban, entregar las armas era un suicidio.

Vologuin se hundió las manos en las mangas caqui de su uniforme e inclinó la cabeza hacia adelante, arrellanado en su sillón.

—¡Todavía!... —murmuró.

—En primer término, ¿qué pasa aquí?

—Continúa: ¿en qué erramos el camino de Shanghai?

—Pero, ¿por qué, por qué las manufacturas no trabajan?

—Espera. ¿Qué camaradas protestan?

—Los de los grupos de combate. Los terroristas.

—Los terroristas, al diablo. Los otros...

Miró a Kyo.

—¿Qué es lo que quieren?

—Salir del Kuomintang. Organizar un Partido Comunista independiente. Entregar el poder a las uniones. Y, sobre todo, no entregar las armas. Eso, ante todo.

—Siempre la misma cosa.

Vologuin se levantó y miró por la ventana, hacia el río y las colinas, sin la menor expresión de pasión o de voluntad: una intensidad fija, semejante a la de un sonámbulo, prestaba vida sólo a aquel rostro inexpresivo. Era bajito, y su espalda, tan abultada como su vientre, casi le hacía aparecer jorobado.

—Voy a decirte. Suponte que hubiéramos salido del Kuomintang. ¿Qué hacemos?

—En primer término, una milicia para cada unión de trabajo, para cada sindicato.

—¿Con qué armas? Aquí el arsenal está en las manos de los generales. Chiang Kaishek tiene ahora el de Shanghai. Y nosotros estamos separados de la Mongolia: no tenemos, pues, armas rusas.

—En Shanghai, las hemos cogido del arsenal.

—Con el ejército revolucionario detrás de vosotros. No delante. ¿A quiénes armaríamos aquí? A diez mil obreros, quizá. Además

del núcleo comunista del «ejército de hierro». ¡Diez balas para cada uno! Contra ellos, más de 75 000 hombres solamente aquí. Sin hablar, en fin... de Chiang Kaishek ni de los demás. Demasiado afortunados para hacer alianzas contra nosotros, ante la primera medida realmente comunista. ¿Y con qué abasteceríamos nuestras tropas?

—¿Y las fundiciones? ¿Y las manufacturas?

—Las materias primas no llegan ya.

Inmóvil, con el perfil perdido entre las greñas, frente a la ventana, ante la noche que ascendía, Vologuin continuaba:

—Han-Kow no es la capital de los trabajadores; es la capital de los obreros sin trabajo. No tenemos armas, y quizá sea esto lo mejor. Hay momentos en que pienso: si los armásemos, dispararían sobre nosotros. Y, sin embargo, están todos los que trabajan quince horas al día sin presentar reivindicaciones, porque «nuestra revolución está amenazada...»

Kyo naufragaba, como el que se sumerge en un sueño cada vez más profundo.

—El poder no es nuestro —continuaba Vologuin—; es de los generales del «Kuomintang de izquierda», como ellos dicen. No aceptarían ya a los soviets, como no los acepta Chiang Kaishek. Eso es seguro. Podemos servirnos de ellos y nada más. Prestándoles mucha atención.

Si Han-Kow fuese sólo un escenario ensangrentado... Kyo no se atrevería a llevar más lejos su pensamiento: «Es preciso que vea a Possoz, cuando salga», se decía. Era el único camarada de Han-Kow en quien tenía confianza. «Es preciso que vea a Possoz...»

—No abras la boca con ese gesto, así... atontado —dijo Vologuin—. Si la gente cree que Han-Kow es comunista, tanto mejor. Eso hace honor a nuestra propaganda. Pero no es una razón para que sea verdad.

—¿Cuáles son las instrucciones actuales?

—Reforzar el núcleo comunista del ejército de hierro. No podemos ayudar a un platillo de la balanza en contra del otro. No constitui-

mos una fuerza por nosotros mismos. Los generales que combaten aquí con nosotros odian tanto a los soviets y al comunismo como Chiang Kaishek. Lo sé y lo veo, en fin... todos los días. Toda contraseña comunista los lanzará contra nosotros. Y, sin duda, los conducirá a una alianza con Chiang. La única cosa que podríamos hacer es derribar a Chiang sirviéndonos de ellos. Luego, a Fen-Yu-Shiang, de la misma manera, si fuese preciso. Como hemos derribado, en fin, a los generales a quienes hemos combatido hasta ahora, sirviéndonos de Chiang. Porque la propaganda nos proporciona tantos hombres como la victoria les reporta a ellos. Ascenderemos al par que ellos. Por eso, lo esencial es ganar tiempo. La Revolución no puede mantenerse, en fin, bajo su forma democrática. Por su naturaleza misma, debe hacerse socialista. Hay que dejarla obrar. Se trata de hacerla parir. Y no de hacerla abortar.

—Sí; pero, en el marxismo, existe el sentido de una fatalidad y la exaltación de una voluntad. Cada vez que la fatalidad pasa por delante de la voluntad, desconfío.

—Una contraseña puramente comunista, hoy, conduciría a la unión, en fin, inmediata de todos los generales contra nosotros: 200 000 hombres contra 20 000. Por eso, tenéis que arreglaros en Shanghai con Chiang Kaishek. Si no hay otro medio, entregad las armas.

—Para eso, no merecía la pena intentar la Revolución de octubre. ¿Cuántos eran los bolcheviques?

—La contraseña de «la paz» nos facilitó las masas.

—Hay otras contraseñas.

—Prematuras. ¿Y cuáles?

—Supresión total, inmediata, de los arrendamientos y de los créditos. La revolución campesina, sin combinaciones ni reticencias.

Los seis días que había empleado en remontar el río habían confirmado a Kyo en su pensamiento: en aquellas ciudades de arcilla, fijadas sobre los confluents desde milenios, los pobres seguirían tan bien al campesino como al obrero.

—El campesino sigue siempre —dijo Vologuin— o al obrero, o al burgués. Pero sigue.

—No; un movimiento campesino no *dura* más que aferrándose a las ciudades, y está visto que los campesinos solos no pueden hacer más que una sublevación popular. Pero no se trata de separarlos del proletariado: la supresión de los créditos es una contraseña de combate, la única que puede movilizar a los campesinos.

—En una palabra: el reparto de tierras —dijo Vologuin.

—Más concretamente: muchos campesinos muy pobres son propietarios, pero trabajan para el usurero. Todos lo saben. Por otra parte, es preciso, en Shanghai, atraerse lo más pronto posible los guardias de las uniones obreras. No dejarlos desarmar bajo ningún pretexto. Crear *nuestra fuerza* frente a la de Chiang Kaishek.

—En cuanto esa contraseña sea conocida, quedamos aplastados.

—Entonces lo seremos de todas maneras. Las contraseñas comunistas siguen su camino, incluso cuando las abandonamos. Bastan unos discursos para que los campesinos deseen las tierras, y no bastarán unos discursos para que no las deseen. O debemos aceptar el participar en la represión con las tropas de Chiang Kaishek, ¿no te parece?, y comprometernos *definitivamente*, o deberán aplastarnos, quieran o no.

—Todo el mundo en Moscú está de acuerdo en que será preciso romper, al fin. Pero no tan pronto.

—Entonces, si, ante todo, se trata de ser astutos, no hay que entregar las armas. Entregarlas es entregar a los compañeros.

—Si siguen las instrucciones, Chiang no se moverá.

—Que las sigan o no, eso no cambiará nada. El Comité, Katow y yo mismo hemos organizado la guardia obrera. Si pretendéis disolverla, todo el proletariado de Shanghai creará en la traición.

—Entonces, dejadla desarmar.

—Las Uniones obreras se organizan en todas partes por sí mismas, en los barrios pobres. ¿Vais a suprimir los sindicatos en nombre de la Internacional?

Vologuin había vuelto a la ventana. Incluyó sobre el pecho la cabeza, que se rodeó de un doble mentón. Venía la noche, llena de estrellas, todavía pálidas.

—Romper, supone una derrota segura. Moscú no tolerará que salgamos del Kuomintang ahora. Y el Partido comunista chino es más favorable aún a la espera que Moscú.

—Solamente arriba: abajo, los camaradas no entregarán todas las armas, aunque se lo ordenemos. Nos sacrificaríais sin dar la tranquilidad a Chiang Kaishek. Borodin puede decirlo en Moscú.

—Moscú lo sabe: la orden de entregar las armas fue dada anteayer. Estupefacto, Kyo no respondió, al pronto.

—¿Y las secciones, las han entregado?

—La mitad, apenas...

La antevíspera, mientras reflexionaba o dormía en el barco... Él sabía, también, que Moscú mantendría su norma de conducta. La conciencia de la situación dio, de pronto, un confuso valor al proyecto de Chen.

—Otra cosa (quizá la misma): Chen-Ta-Eul, de Shanghai, quiere ejecutar a Chiang.

—¡Ah! ¡Es para eso!

—¿El qué?

—Me ha mandado unas palabras, diciéndome que quería verme cuando tú estuvieses de vuelta.

Tomó un mensaje de encima de la mesa. Kyo no había reparado aún en sus manos eclesiásticas.

«¿Por qué no le ha hecho subir en seguida?», se preguntó.

—... Cuestión grave... —Vologuin leía el mensaje—. Todos dicen: cuestión grave...

—¿Está aquí?

—¿No tenía que venir? Todos hacen lo mismo. Casi siempre terminan por cambiar de opinión. Está aquí, en fin, desde hace dos o tres horas: tu barco se ha detenido mucho.

Telefoneó que se hiciese venir a Chen. No gustaba mantener entrevistas con los terroristas, a quienes consideraba limitados, orgullosos y desprovistos de sentido político.

—Peor marchaba lo de Leningrado —dijo— cuando Yudenich se hallaba ante la ciudad, y hubo modo de zafarse, sin embargo...

Chen entró, también de tricota; pasó por delante de Kyo, se sentó enfrente de Vologuin. Sólo el ruido de la imprenta llenaba el silencio. En la gran ventana, perpendicular a la mesa de despacho, la noche, a la sazón completa, separaba a los dos hombres, de perfil. Chen, con los codos sobre la mesa, el mentón entre las manos, tenaz, tenso, no se movía. «La extrema densidad de un hombre adquiere algo de inhumano —pensó Kyo, contemplándole—. ¿Es porque nos sentimos fácilmente en contacto por nuestras debilidades?...» Pasada la sorpresa consideraba inevitable que Chen estuviese allí; que hubiese ido él mismo a afirmar (porque no pensaba que discutiría) su decisión. Al otro lado de la noche, acribillada de estrellas, Vologuin, en pie, con los mechones sobre el rostro, las manos abultadas cruzadas sobre el pecho, esperaba también.

—¿Te lo ha dicho? —preguntó Chen, indicando a Kyo con la cabeza.

—Ya sabes lo que piensa la Internacional de los actos terroristas —respondió Vologuin—. En fin, no voy a pronunciarte un discurso a este respecto.

—El caso presente es particular. Sólo Chiang Kaishek es lo bastante popular y lo bastante fuerte para mantener a la burguesía unida contra nosotros. ¿Os oponéis a esta ejecución? ¿Sí o no?

Estaba siempre inmóvil, acodado sobre la mesa, con el mentón entre las manos. Kyo sabía que la discusión no tenía valor esencial para Chen aunque se hubiera producido. Sólo la destrucción le ponía de acuerdo consigo mismo.

—La Internacional no va a aprobar ese proyecto. —Vologuin hablaba con una entonación de evidencia—. Sin embargo, desde tu mismo punto de vista... —Chen continuaba sin moverse—... El momento, en fin, ¿está bien elegido?

—¿Preferís esperar a que Chiang haya hecho asesinar a los nuestros?

—Expedirá decretos, nada más. Su hijo está en Moscú; no lo olvidés. Los oficiales rusos de Gallen, en fin, no han podido abandonar

a su estado mayor. Serán torturados, si él es muerto. Ni Gallen ni el estado mayor rojo lo admitirán...

«Así pues, la cuestión se ha discutido aquí mismo», pensó Kyo. En aquella discusión encontraba no sabía qué de vano, de vacío, que le turbaba: encontraba singularmente más firme a Vologuin cuando ordenaba que se entregasen las armas que cuando hablaba de la muerte de Chiang Kaishek.

—Si los oficiales rusos son torturados —dijo Chen—, lo serán. Yo también lo seré. Eso no tiene interés alguno. Unos millones de chinos valen por cierto más que quince oficiales rusos. Bueno. Y Chiang abandonará a su hijo.

—¿Qué sabes tú de eso?

—¿Y tú? Y, sin duda, ni siquiera os atreveríais a matarlo.

—Sin duda, quiere a su hijo menos que a sí mismo —dijo Kyo—. Y si no intenta aniquilarnos, está perdido. Si no contiene la acción campesina, sus propios oficiales le abandonarán. Temo, pues, que no abandone al muchacho, después de las promesas de los cónsules europeos y de otras zarandajas. Y toda la pequeña burguesía a la que tú quieres conquistar, Vologuin, le seguirá, al día siguiente a aquel en que nos tenga desarmados: se pondrá de parte de la fuerza. Lo conozco.

—Evidentemente, no. No tiene más que Shanghai.

—Dices que os morís de hambre. Perdidó Shanghai, ¿quién nos abastecerá? Fen-Yu-Shiang os ha separado de la Mongolia, y os traicionará, si somos aniquilados. Así pues, nada por el Yang-Tsé y nada de Rusia. ¿Creéis que los campesinos, a quienes habéis prometido el programa del Kuomintang (25 % de reducción en el arriendo, ¡sin bromas, pero sin bromas!), se morirán de hambre por mantener el ejército rojo? Os pondréis en las manos del Kuomintang, más aún de lo que estáis. Intentar ahora la lucha contra Chiang, con verdaderas contraseñas revolucionarias, apoyándose en los campesinos el proletariado de Shanghai, es aventurado, pero no imposible: la primera división es comunista casi por completo, comenzando por su general, y combatirá con nosotros. Y tú dices

que hemos conservado la mitad de las armas. No intentarlo es aguardar con tranquilidad nuestro degüello.

»El Kuomintang está ahí. Nosotros no lo hemos hecho. Ahí está, Y más fuerte que nosotros provisionalmente. Podemos conquistarlo por la base, introduciendo en él todos los elementos comunistas de que disponemos. Sus miembros son, en una inmensa mayoría, extremistas.

—Tú sabes, tan bien como yo, que el número no supone nada, en una democracia, contra el organismo dirigente.

—Demostremos que el Kuomintang puede ser empleado, empleándolo. No discutiendo. No hemos dejado de emplearlo, desde hace dos años. Todos los meses; todos los días.

—Mientras, habéis aceptado sus fines; ni una sola vez, cuando se trató de que él aceptase los vuestros. Le habéis conducido a aceptar los presentes por conseguir los cuales ardía en deseos: oficiales, voluntarios, dinero, propaganda. Los soviets de soldados, las uniones campesinas, ya es otra cosa.

—¿Y la exclusión de los elementos anticomunistas? Chiang Kai-shek no poseía Shanghai.

—Antes de un mes, habremos obtenido del Comité Central del Kuomintang que sea puesto fuera de la ley.

—Cuando nos haya aniquilado. ¿Qué mierda les puede importar a esos generales del Comité Central que se mate o no a los militantes comunistas? ¡Otro tanto habrán ganado! ¿Es que crees, verdaderamente, que la obsesión de las fatalidades económicas impidan al Partido comunista chino, y quizá a Moscú, ver la necesidad elemental que tenemos delante de nuestras narices?

—Es cuestión de oportunismo.

—¡Claro! En tu opinión, Lenin no debía considerar el reparto de tierras como consigna (figuraba, por otra parte, en el programa de los socialistas revolucionarios, que no ha tenido inconveniente en aplicarla, mucho más que en el de los bolcheviques). El reparto de tierras suponía la constitución de la pequeña propiedad; hubiera debido, pues, hacerse, no el reparto, sino la colectivización inmediata, los *sovkhoses*. Como triunfo, sabéis ver que fue a causa de la

táctica. ¡Tampoco se trata, para nosotros, más que de la táctica! Estáis perdiendo la confianza de las masas...

—¿Te imaginas que Lenin la conservó de febrero a octubre?

—La perdió *por instantes*. Pero siempre conservó su sentido. Vosotros, vuestras consignas van contra la corriente. No se trata de un broche, sino de direcciones que irán siempre alejándose, cada vez más. Para obrar sobre las masas como vosotros pretendéis hacerlo, sería preciso estar en el poder. Y no es precisamente ése el caso.

—No se trata de nada de eso —dijo Chen.

Se levantó.

—No detendréis la acción campesina —prosiguió Kyo—. Ahora, nosotros, los comunistas, damos instrucciones a las masas que no pueden considerar más que como traiciones. ¿Creéis que comprenderán vuestras consignas de espera?

—Hasta si fuera yo un *coolie* del puerto de Shanghai, pensaría que la obediencia al partido es la única actitud lógica, en fin, de un militante comunista. Y que todas las armas deben ser entregadas.

Chen se levantó.

—No es por obediencia por lo que se hace matar. Ni que se mata. Salvo a los cobardes.

Vologuin se encogió de hombros.

—No hay que considerar el asesinato, en fin, como la vía principal de la verdad política. Chen salía.

—Propondré, en la primera reunión del Comité Central, el reparto inmediato de tierras —dijo Kyo, tendiendo la mano a Vologuin—, la destrucción de los créditos.

—El Comité no los votará —respondió Vologuin, sonriendo por primera vez.

Chen, abultada sombra sobre la acera, esperaba. Kyo se unió a él, después de haber obtenido la dirección de su amigo Possoz: estaba encargado de la dirección del puerto.

—Escucha... —dijo Chen.

Transmitido por tierra, el estremecimiento de las máquinas de imprenta, regulado, dominado, como el del motor de un navío, los penetraba, de los pies a la cabeza; en la ciudad adormecida, la delegación velaba, con todas sus ventanas iluminadas por las que atravesaban unos bustos negros. Caminaron, con sus dos sombras semejantes delante de ellos: el mismo tamaño y el mismo efecto del cuello de la tricota. Los *paillottes* que se divisaban en la perspectiva de las calles, con sus siluetas de purgatorio, se perdían en el fondo de la noche calma y casi solemne, en el olor a pescado y a grasas quemadas: Kyo no podía sustraerse a aquella conmoción de las máquinas, transmitida a sus músculos por el suelo —como si aquella máquina de fabricar la verdad hubiese reunido en él las vacilaciones y las afirmaciones de Vologuin—. Mientras subían por el río, no había cesado de experimentar cuan débil era su información, cuan difícil le era fundar su acción, si ya no se sometía a obedecer, pura y simplemente, las instrucciones de la Internacional. Pero la Internacional se equivocaba. Ganar tiempo, ya no era posible. La propaganda comunista había anegado las masas, como una inundación, porque era suya. Cualquiera que fuese la prudencia de Moscú, ya no se detendría; Chiang lo sabía, y ahora debía aniquilar a los comunistas. Allí estaba la única certidumbre. Acaso la Revolución hubiera podido ser conducida de otro modo; pero ya era demasiado tarde. Los campesinos comunistas tomarían las tierras; los obreros comunistas exigirían otro régimen de trabajo; los soldados comunistas no combatirían ya sino sabiendo por qué, quisiese o no quisiese Moscú. Moscú y las capitales de Occidente enemigas podrían organizar, allá en la noche, sus pasiones opuestas e intentar la creación de un mundo. La Revolución había llevado a término su preñez: ahora era preciso que diese a luz o muriese. Al mismo tiempo que le aproximaba a Chen la camaradería nocturna, una gran dependencia penetraba a Kyo: la angustia de no ser más que un hombre, de no ser más que él mismo; se acordó de los musulmanes chinos, a quienes había visto, en noches semejantes, prosternados en las estepas de espliego quemado, aullar esos cantos que desgarran desde hace miles de años al hombre que sufre y sabe que morirá. ¿Qué había ido a hacer en Han-Kow? A poner a la Internacional al corriente de la situación de Shanghai. La Inter-

nacional estaba tan resuelta como él había llegado a estarlo. Lo que había oído era, más bien que los argumentos de Vologuin, el silencio de las máquinas, la angustia de la ciudad que moría, abrumada de gloria revolucionaria, si bien no por eso moría menos. Se podía legar aquel cadáver a la próxima oleada insurreccional, en lugar de dejar que se licuase en la astucia. Sin duda, todos estaban condenados: lo esencial era que no fuese en vano. Estaba seguro de que también Chen se unía en aquel instante a él con amistad de prisionero.

—No saber... —dijo éste—. Se trata de matar a Chiang Kaishek, ya lo sé. A ese Vologuin, le da lo mismo; pero él, en lugar de representar al crimen, representa a la obediencia. Cuando se vive como nosotros, es preciso tener certidumbre. Creo que, para él, aplicar las órdenes es seguro, como para mí lo es matar. Es preciso que algo sea seguro. Es preciso.

Calló.

—¿Sueñas mucho? —continuó.

—No. O, por lo menos, no me acuerdo de los sueños.

—Yo sueño casi todas las noches. Hay también distracción, hay el ensueño. Cuando me dejo llevar de él, veo, a veces, la sombra de un gato, en el suelo: más terrible que cualquier cosa verdadera. Pero no hay nada peor que los sueños.

—¿Que cualquier cosa verdadera?...

—No tengo facha de sentir remordimiento. En el crimen, lo difícil no es matar. Es no decaer. Ser más fuerte que... lo que pasa en uno, durante ese momento.

¿Amargura? Imposible juzgar por el tono de voz, y Kyo no veía su semblante. En la soledad de la calle, el estruendo ahogado de un auto lejano se perdió con el viento, cuya recaída abandonó entre los olores alcanforados de la noche el perfume de los vegetales.

—... Si no hubiese más que eso... No. Es peor. Bestias.

Chen repitió:

—Bestias. Pulpos, sobre todo. Y me acuerdo siempre.

Kyo, a pesar de los grandes espacios de la noche, se sintió junto a él como si se encontrara en una habitación cerrada.

—¿Hace mucho tiempo que dura eso?

—Mucho. Tan lejano está como puede alcanzar mi imaginación. Desde hace algún tiempo, es menos frecuente. Y no me acuerdo más que de... esas cosas. Detesto el recordar, en general. Y no recuerdo: mi vida no está en el pasado; está delante de mí.

Silencio.

—... Lo único que me da miedo —miedo— es dormirme. Y me duermo todos los días.

Dieron las diez. Alguna gente disputaba, con los breves chillidos chinos, en el fondo de la noche.

—... O volverme loco. Esos pulpos, de día y de noche, durante toda una vida... Y no se les mata nunca, cuando se está loco, al parecer... Nunca.

—¿El matar cambia tus sueños?

—Ya no sé. Te lo diré después... de Chiang.

Kyo había admitido, de una vez para siempre, que se jugaba su propia vida, y vivía entre hombres conscientes de que la suya estaba todos los días amenazada: el valor no le asombraba. Pero era aquélla la primera vez que encontraba la fascinación de la muerte, en aquel amigo apenas visible que hablaba con voz distraída — como si sus palabras hubiesen sido suscitadas por la misma fuerza de la noche que su propia angustia, por la intimidad todopoderosa de la ansiedad, del silencio y del cansancio... Sin embargo, su voz acababa de cambiar.

—¿Piensas en ello... con inquietud?

—No. Con...

Vaciló.

—Busco una palabra que sea más fuerte que gozo. No la hay. Una especie de... ¿cómo diríamos?... de... no sé. No hay más que una cosa que sea aún más profunda. Más lejos del hombre y más cerca de... ¿Conoces el opio?

—Apenas.

—Entonces, mal puedo explicártelo. Más cerca de lo que vosotros llamáis... éxtasis. Sí, un éxtasis, pero espeso. Profundo. No ligero. Un éxtasis hacia... hacia abajo.

—¿Y es una idea lo que te da eso?

—Sí: mi propia muerte.

Siempre aquella voz distraída. «Se matará», pensó Kyo. Había escuchado bastante a su padre para saber que el que busca tan áspidamente lo absoluto no lo encuentra más que en la sensación. Sed de absoluto, sed de inmortalidad, por consiguiente, miedo a morir. Chen debiera haber sido cobarde; pero comprendía, como todo místico, que su absoluto no podía ser apresado más que en el instante. De ahí, sin duda, su desdén hacia todo lo que no tendiese al instante que le uniese a sí mismo en una posición vertiginosa. De aquella forma humana, que Kyo no veía siquiera, emanaba una fuerza ciega que la dominaba, la informe materia de que se hace la fatalidad. Aquel camarada, entonces silencioso, perdido en sus familiares visiones de espanto, tenía algo de loco, pero también algo de sagrado —lo que siempre tiene de sagrado la presencia de lo inhumano—. Quizá no matase a Chiang sino para matarse a sí mismo. Procurando volver a ver en la oscuridad aquel semblante agudo de bondadosos labios, Kyo sentía temblar en sí mismo la angustia primordial, la que lanzaba a Chen, a la vez, hacia los pulpos del sueño y hacia la muerte.

—Mi padre cree —dijo, lentamente, Kyo— que el fondo del hombre es la angustia, la conciencia de su propia fatalidad, de donde nacen todos los temores, incluso el de la muerte... pero que el opio emancipa de eso, y que ése es su sentido.

—Siempre encuentra uno el espanto en sí mismo. Basta con buscarlo lo suficientemente profundo: afortunadamente, se puede obrar; si Moscú me aprueba, me da igual. Si Moscú me desaprubaba, lo más sencillo es no saberlo. ¿Quieres quedarte?

—Quiero, ante todo, ver a Possoz. Y tú no podrás marcharte: no tienes refrendo.

—Me iré. Seguramente.

—¿Cómo?

—No sé. Pero me iré. Estoy seguro. *Era preciso* que matase a Tan-Yen-Ta, y ahora es *preciso* que me vaya. Seguramente, me iré.

En efecto: Kyo sentía que la voluntad de Chen desempeñaba un papel en los acontecimientos. Si el destino vivía en alguna parte, era allí, aquella noche, a su lado.

—¿Consideras importante ser tú quien organice el atentado contra Chiang?

—No... Y, sin embargo, no quisiera dejar que lo hiciese otro...

—¿Porque no tendrías confianza?

—Porque no me gusta que las mujeres a quienes amo sean besadas por los demás.

La frase hizo brotar en Kyo todo el sufrimiento que había olvidado: se sintió, de pronto, separado de Chen. Habían llegado al río. Chen cortó la cuerda de una de las canoas amarradas, y abandonó la orilla. Kyo no le veía ya; pero oía el chapoteo de los remos, que dominaba, a intervalos regulares, la ligera resaca del agua contra las márgenes. Conocía a los terroristas. No se planteaban problemas. Formaban parte de un grupo: insectos matadores, vivían de su unión en una estrecha colectividad trágica. Pero, Chen... Continuando su pensamiento, sin cambiar de paso, Kyo caminaba en dirección al puerto. «Su barca será detenida a la salida...» Llegó hasta unos grandes edificios guardados por el ejército, casi vacíos en comparación con el de la Internacional. En los corredores, los soldados dormían o jugaban a *les trente-six bêtes*. Encontró sin trabajo a su amigo. Buena cabeza en forma de manzana, llena de granos, con bigotes grises a lo galo —con traje caqui de paisano—, Possoz era un antiguo obrero anarco-sindicalista de Chaux-de-Fonds, que había ido a Rusia después de la guerra y se había hecho bolchevique. Kyo le había conocido en Pekín y tenía confianza en él. Se estrecharon tranquilamente la mano: en Han-Kow, ya de regreso, era el más normal de los visitantes.

—Los descargadores están ahí —decía un soldado.

—Hazlos venir.

El soldado salió. Possoz se volvió hacia Kyo.

—Ya ves que no me preocupo de nada, muchacho. Se ha previsto la dirección del puerto para trescientos barcos, y no hay ni diez...

El puerto dormía, bajo las ventanas abiertas; no se oían las sirenas; nada más que la constante resaca del agua contra las orillas y las estacas. Un gran resplandor pálido pasó sobre las paredes de la habitación: los faros de las cañoneras lejanas acababan de barrer aquella parte del río. Ruido de pasos.

Possoz sacó su revólver de la funda y lo puso sobre la mesa.

—Han atacado a la guardia roja con unas barras de hierro —dijo Kyo.

—La guardia roja está armada.

—El peligro no estaba en que mataran a los guardias, muchacho, sino en que los guardias se pasasen a su bando.

Volvió la luz del faro, reflejó en el muro blanco del fondo sus sombras enormes, y volvió a la noche, en el instante mismo en que los descargadores entraban: cuatro, cinco, seis, siete. Con el traje azul del trabajo, uno con el torso desnudo. Maniatados. Unos semblantes diferentes, poco visibles en la sombra; pero, en común, un magnífico odio. Con ellos, dos guardias chinos, con pistolas Nagan al costado. Los descargadores permanecían aglutinados, en enjambre. Odio; pero también miedo.

—Los guardias rojos son obreros —dijo Possoz en chino.

Silencio.

—Si son guardias, es para la Revolución, no para ellos.

—Y para comer —dijo uno de los descargadores.

—Justo es que tengan sus raciones los que combaten. ¿Qué queréis hacer con ellas? ¿Jugároslas a *les trente-six bêtes*?

—Dárnoslas a todos.

—Ya no hay más que para algunos. El gobierno está decidido a emplear la mayor indulgencia con los proletarios, incluso cuando se equivocan. Si en todas partes se mata a la guardia roja, los gene-

rales y los extranjeros volverán a ocupar el poder, como antes, y ya sabéis bien lo que es eso. ¿Qué? ¿Es que es eso lo que queréis?

—Antes, se comía.

—No —dijo Kyo a los obreros—, antes no se comía. Lo sé, he sido *docker*. Y es preferible morir, siempre que sea para convertirse en hombres.

Lo blanco de todos aquellos ojos, donde se reflejaba la débil luz, se agrandó imperceptiblemente; trataban de ver mejor a aquel tipo de aspecto japonés, con tricota, que hablaba con el acento de las provincias del Norte y que pretendía y se jactaba de haber sido *coolie*.

—Promesas —respondió uno de ellos, a media voz.

—Sí —dijo otro—. Sobre todo, tenemos derecho a declaramos en huelga y a morirnos de hambre. Mi hermano está en el ejército. ¿Por qué se ha echado de su división a los que han pedido la formación de las uniones de soldados?

El tono de voz subía.

—¿Creéis que la Revolución rusa se hizo en un solo día? —preguntó Possoz.

—Los rusos han hecho lo que han querido.

Inútil discutir: sólo se trataba de saber cuál era la profundidad de la sublevación.

—El ataque a la guardia roja es un acto contrarrevolucionario, punible con la pena de muerte. Ya lo sabéis.

Una pausa.

—Si se os dejase en libertad, ¿qué haríais?

Se miraron unos a otros. La sombra no permitía ver la expresión de los semblantes. A pesar de las pistolas y de las esposas, Kyo presentía que se aproximaba la atmósfera de la porfía china, que con tanta frecuencia había encontrado en la Revolución.

—¿Con trabajo? —preguntó uno de los prisioneros.

—Cuando lo haya.

—Entonces, entretanto, si la guardia roja nos impide que comamos, atacaremos a la guardia roja. Yo no había comido, desde hacía tres días, absolutamente nada.

—¿Es verdad que se come en la cárcel? —preguntó uno de los que no habían dicho nada.

—Ya lo verás.

Possoz llamó, sin añadir nada, y los milicianos se llevaron a los detenidos.

—Es estúpido —pronunció, en francés esta vez—; comienzan a creer que en la cárcel se los alimenta con peritas en dulce.

—¿Por qué no has insistido más en tratar de convencerlos, puesto que los habías hecho subir?

Possoz se encogió de hombros abrumado.

—Muchacho, los he hecho subir porque siempre espero que me digan alguna otra cosa. Y, sin embargo, están los otros, los mozos que trabajan quince y dieciséis horas al día, sin presentar una sola reivindicación, y que lo harán hasta que estemos tranquilos, *comme que comme*.

La expresión suiza sorprendió a Kyo. Possoz sonrió, y sus dientes, como los ojos de los descargadores antes, brillaron en la luz turbia, bajo la línea confusa del bigote.

—Tienes la suerte de haber conservado unos dientes como éstos, con la vida que se hace en campaña.

—No, muchacho, ni mucho menos: no es más que un aparato que me pusieron en Chang-Cha. Los dentistas no parecen haber sido perjudicados por la Revolución. ¿Y tú? ¿Eres delegado? ¿Qué es lo que haces aquí?

Kyo se lo explicó, sin hablar de Chen. Possoz le escuchaba, cada vez más inquieto.

—Todo eso, muchacho, es muy posible, y, además, es una lástima. He trabajado en los relojes durante quince años: sé lo que es eso de los engranajes, que dependen unos de otros. Si no se tiene confianza en la Internacional, no hay para qué ser del Partido.

—La mitad de la Internacional opina que debemos crear los soviets.

—Hay una línea general que nos dirige; es preciso seguir.

—¡Y entregar las armas! Una línea de conducta que nos obliga a disparar sobre el proletariado es, necesariamente, mala. Cuando los campesinos se apoderan de las tierras, los generales tratan ahora de comprometer algunas tropas comunistas en la represión. ¿Sí o no? ¿Aceptarías tú el disparar contra los campesinos?

—Muchacho, eso no es perfecto: dispararía al aire, y es probable que sea eso lo que hagan los compañeros. Preferiría que eso no ocurriera. Pero la cosa no es primordial.

—Comprendo, querido: es como si yo viese a un individuo que te estuviese apuntando, y mientras se discutiese el peligro de las balas de revólver... Chiang Kaishek no puede hacer otra cosa que asesinarnos. Y pasará, después, como con los generales de aquí, nuestros «aliados». Y serán lógicos. Nos dejaremos asesinar todos, sin mantener siquiera la dignidad del Partido, al que llevamos todos los días al burdel, con un montón de generales, como si fuese ése su puesto...

—Si cada uno obra a su gusto, todo se va al diablo. Si la Internacional tiene éxito gritarán: ¡bravo!; y, sin embargo, no se tendría razón. Pero si le tiramos de las piernas, fracasará seguramente, y lo esencial es que triunfe... Y que se haya hecho a los comunistas que disparen sobre los campesinos, sé muy bien que se dice. Pero, ¿estás seguro de eso, lo que se llama verdaderamente seguro? No lo has visto por ti mismo, y, a pesar de todo (ya sé que no lo haces a propósito, pero sin embargo...), eso justifica tu teoría de creerlo...

—Que se pudiera decir entre nosotros bastaría. No es éste el momento de abrir informaciones que duren seis meses.

¿Para qué discutir? No era Possoz a quien Kyo quería convencer, sino a los de Shanghai; y, sin duda, ahora estaban ya convencidos, como lo había confirmado en su decisión por Han-Kow mismo, por la escena a la cual acababa de asistir. No tenía más que un deseo: marcharse.

Entró un suboficial chino, con todas las facciones alargadas y el cuerpo ligeramente encorvado hacia adelante, como los personajes de marfil que se adaptan a la curva de los colmillos.

—Se ha detenido a un hombre embarcado clandestinamente.

Kyo no respiraba.

—Pretende haber obtenido de usted autorización para abandonar Han-Kow. Es un comerciante.

Kyo recobró la respiración.

—Yo no he dado ninguna autorización —dijo Possoz—. Eso no me incumbe. Mándalo a la policía.

Los ricos detenidos reclamaban ante cualquier funcionario; a veces, iban a visitarle a solas y le ofrecían dinero. Era más prudente que dejarse fusilar sin tentar nada.

—¡Espera!

Possoz sacó una lista de su carpeta y murmuró unos nombres.

—Eso es. Aquí está. Estaba señalado. ¡Que la policía se las entienda con él!

El suboficial salió. La lista —una hoja de cuaderno— continuaba sobre la carpeta. Kyo seguía pensando en Chen.

—Es la lista de las personas señaladas —dijo Possoz, al ver que la mirada de Kyo permanecía fija en el papel—. Los últimos son los denunciados por teléfono, antes de la salida de los barcos (cuando salen barcos...).

—¿Puedo verla?

Possoz se la alargó. Catorce nombres. Chen no estaba inscrito. Era imposible que Vologuin no hubiera comprendido que intentaría abandonar Han-Kow cuanto antes. Y, aun así, avisar su salida como posible hubiera constituido una simple prudencia. «La Internacional no quiere cargar con la responsabilidad de hacer matar a Chiang Kaishek —pensó Kyo—; pero quizá acepte sin desesperación que esa desgracia se produzca... Por eso las respuestas de Vologuin parecían tan inseguras...» Devolvió la lista.

—Me iré —había dicho Chen. Era fácil de explicar aquella partida; la explicación no bastaba. La llegada imprevista de Chen; las reticencias de Vologuin; la lista... Kyo comprendía todo aquello, pero cada uno de los gestos de Chen le acercaba de nuevo al crimen, y las cosas mismas parecían arrastradas por su destino. Unas luciérnagas zumbaban alrededor de la lamparilla. «Quizá Chen sea una luciérnaga que segrega su propia luz, en la cual se va a destruir... Tal vez el hombre mismo...» ¿No se verá nunca sino la fatalidad de los demás? Él mismo, ¿no quería ahora, como una luciérnaga, volver a Shanghai cuanto antes y mantener las secciones a toda costa? Volvió el oficial, lo que le permitió abandonar a Possoz.

Tornó a encontrar la paz nocturna. Ni una sirena; sólo el ruido del agua. A lo largo de las orillas, junto a los reverberos, crepitantes de insectos, los *coolies* dormían en actitudes de pestíferos. Aquí y allá, sobre las aceras, pequeños carteles rojos, redondos como las placas de los sumideros. Una sola palabra figuraba en ellos: *Hambre*. Como le había ocurrido poco antes con Chen, comprendió que aquella misma noche, en toda la China y a través del Oeste, hasta la mitad de Europa, unos hombres vacilaban como él, desgarrados por el mismo tormento entre su disciplina y la mortandad de los suyos. Aquellos descargadores que protestaban no comprendían. Pero, aun comprendiendo, ¿cómo elegir el sacrificio, allí, en aquella ciudad de la que el Occidente esperaba el destino de cuatrocientos millones de hombres y quizá el suyo, y que dormía a la orilla del río, con un sueño inquieto de hambriento; en la impotencia, en la miseria, en el odio?

Parte Cuarta

11 de abril

12 y media

Clappique, casi solo, en el bar del hotelito Grosvenor —nogal pulido, botellas, níquel, banderas—, hacía girar un cenicero sobre su índice extendido. El conde Chpilewski, a quien esperaba, entró. Clappique arrugó un papel, en el cual acababa de hacer a cada uno de sus amigos un regalo imaginario.

—¿Esta aldea soleada ve prosperar sus negocios, amigo mío?

—Poco. Pero irán bien a últimos de mes. Colocaré unos comestibles. Entre los europeos solamente, como es natural.

A pesar del traje blanco, muy sencillo, de Chpilewski, su nariz curva y delgada, su frente calva, sus cabellos grises echados hacia atrás y sus pómulos le daban siempre el aspecto de estar disfrazado de águila. El monóculo acentuaba la caricatura.

—Ya ve usted, querido amigo; la cuestión consistiría, naturalmente, en encontrar unos veinte mil francos. Con esta suma se puede obtener un puesto muy honroso en el ramo de la alimentación.

—¡Un abrazo, amigo! ¿Quiere usted un puestecito, no, un puesto *honroso* en la alimentación? ¡Bravo!...

—No le creía a usted tan... lleno de... este... prejuicios.

Clappique miraba al águila con el rabillo del ojo: antiguo campeón de sable de Cracovia, sección de oficiales.

—¿Yo? ¡Vuélvase bajo tierra! ¡Estallo! Figúrese que, si yo tuviese ese dinero, lo emplearía en imitar a un alto funcionario holandés de Sumatra, que se paseaba todos los años, cuando volvía a acariciar sus tulipanes, ante la costa de Arabia. Amigo mío, eso le sugi-

rió la idea (conviene decir que esto pasaba hacia 1860) de ir a hurgar los tesoros de La Meca. Parece que son considerables, y, dorados, dorados, están en grandes cuevas oscuras, donde siempre los han escondido los peregrinos. En una de esas cuevas es donde yo quisiera vivir... Por fin, mi tulipanista tuvo una herencia y se fue a las Antillas para reclutar un equipo de piratas, a fin de conquistar La Meca por sorpresa con una porción de armas modernas: fusiles de dos caños, bayonetas de tornillo, ¡qué sé yo! Las embarca... ¡Ni una palabra!... Se las lleva para allá...

Se llevó el índice a los labios, gozando con la nerviosidad del polaco, que parecía una complicidad.

—¡Bueno! Se sublevan; lo degüellan meticulosamente y se entregan con el barco y una piratería nada poética, en un mar cualquiera. Es una historia verdadera; y, además, moral. Pero, le decía yo, es una locura, una locura que usted cuente conmigo para encontrar los veinte mil. ¿Quiere usted que vea a algunos sujetos, o algo por el estilo? Lo haré. Por otra parte, puesto que, por cada combinación, debo pagar a su bendita policía, prefiero que sea a usted, y no a otro. Pero a esos sujetos, mientras las casas arden, les interesa más el opio y la cocaína.

Comenzó otra vez a hacer girar el cenicero.

—Le hablo a usted —dijo Chpilewski— porque, si quiero obtener éxito, como es natural, tengo que hablar a todos. Hubiera debido, al menos, esperar. Pero sólo quería hacerle un favor, cuando le rogué que viniese a ofrecerme el alcohol (es una falsificación). Es éste: abandone Shanghai mañana.

—¡Ah, ah, ah! —exclamó Clappique, en escala ascendente. Como un eco, la bocina de un auto sonó fuera en arpegio—. ¿Por qué?

—Porque... Mi policía, como usted dice, para algo sirve. Váyase.

Clappique sabía que no podía insistir. Por un segundo se preguntó si acaso encerraría aquello una maniobra para obtener los veinte mil francos. ¡Oh, locura!

—¿Y será preciso que me vaya mañana?

Miraba aquel bar, sus *shakers*, su barra niquelada, como viejas cosas amigables.

—Lo más tarde. Pero no se irá usted. Lo veo. Por lo menos, ya le habré prevenido.

Un agradecimiento vacilante (menos combatido por la desconfianza que por el carácter del consejo que se le daba, por la ignorancia de lo que le amenazaba) penetraba a Clappique.

—¿Tendré más suerte de lo que yo creía? —continuó el polaco. Le cogió el brazo—. Váyase. Hay la historia de un barco...

—¡Pero yo no figuro en ella para nada!

—Váyase.

—¿Puede decirme si Gisors padre corre peligro?

—No lo creo. El hijo, más bien.

Decididamente, el polaco estaba informado. Clappique puso la mano en la suya.

—Lamento vivamente no tener ese dinero para pagarle su mercancía, amigo mío: quizá me salve usted... Pero todavía tengo algunos restos, dos o tres estatuas: lléveselas.

—No...

—¿Por qué?

—¡Ah!... ¡Ni una palabra! Bien. Sin embargo, me gustaría saber por qué no quiere usted llevarse mis estatuas.

Chpilewski le miró.

—Cuando se ha vivido como yo, ¿cómo podría hacerse... ese... este... oficio, si no se... compensase algunas veces?

—Dudo que existan muchos oficios que no obliguen a compensar...

—Sí. Por ejemplo, imagínese hasta qué punto están mal guardados los almacenes...

¿Qué relación? —iba a preguntar Clappique—. Pero consideraba, por experiencia, que las frases así encadenadas son siempre interesantes. Y quería favorecer, en absoluto, a su interlocutor, aunque no fuese más que dejándole hablar. Sin embargo, se sentía preocupado hasta el malestar.

—¿Vigila usted los almacenes?

Para él la policía era una mezcla de combinaciones y de chantaje, un cuerpo encargado de cobrar impuestos clandestinos sobre el opio y las casas de juego. Los policías con los cuales tenía que vérselas (y particularmente Chpilewski) eran siempre unos adversarios semicómplices. Por el contrario, tenía repugnancia y miedo a la delación. Pero Chpilewski respondía:

—¿Vigilar? No; ni mucho menos. Este... Lo contrario.

—¡Calle! ¿Reparos individuales?

—Sólo para los juguetes, ¿sabe usted? No tengo bastante dinero para comprar juguetes a mi chico. Es muy lamentable. Tanto más cuanto que, a decir verdad, no quiero a ese chico más que cuando le causo... ese... placer. Y no sé producírselo de otro modo. Es muy difícil.

—Pues ya ve; llévese mis estatuas. No todas, si no quiere.

—Le ruego, le ruego... Voy a los almacenes, y digo... —Echó la cabeza hacia atrás y crispó los músculos de su frente y de su mejilla izquierda, alrededor del monóculo, sin ironía—. «Soy inventor. Inventor y constructor, naturalmente. Vengo a ver sus modelos.» Me dejan mirar. Llevo uno, nunca más de uno. A veces, se me vigila; pero pocas.

—¿Y si fuese usted descubierto?

Sacó su cartera del bolsillo y la entreabrió ante Clappique, por donde estaba su tarjeta de policía. La volvió a cerrar e hizo con la mano un ademán de los más imprecisos.

—A veces, llevo dinero... También podrían echarme... Pero todo llega...

Muy extrañado, Clappique se manifestaba de pronto como hombre formal y de peso. Como no se consideraba nunca responsable de sí mismo, quedó sorprendido.

«Es preciso que prevenga al joven Gisors», pensó.

Entretanto, Chen caminaba a lo largo del muelle con una cartera debajo del brazo, cruzándose con los europeos uno a uno, cuyas fisonomías conocía: a aquella hora, casi todos iban a beber y a reunirse en el bar de Shanghai-Club o en los de los hoteles vecinos. Una mano se apoyó suavemente sobre su hombro, por detrás. Se sobresaltó, echó mano al bolsillo interior, donde llevaba el revólver.

—Hace mucho tiempo que no nos hemos visto, Chen... ¿Quiere usted...?

Se volvió; era el pastor Smithson, su primer maestro. Reconoció en seguida su hermoso rostro de americano, un poco piel-roja, tan estragado ahora.

—¿... que caminemos juntos?

—Sí.

Chen prefería, para mayor seguridad e ironía, caminar en compañía de un blanco: llevaba una bomba en su cartera. La americana correcta que vestía aquella mañana le daba la impresión de que hasta su pensamiento estaba cohibido; la presencia de un acompañante completaba aquel disfraz —y, por una oscura superstición, no quería al pastor—. Había contado los coches durante un minuto, aquella mañana, para saber (par o impar) si obtendría éxito: respuesta favorable. Estaba exasperado contra sí mismo. Por lo tanto, hablar con Smithson era sustraerse a su irritación.

Ésta no escapaba al pastor; pero se hizo el desentendido:

—¿Sufre usted, Chen?

—No.

Guardaba afecto a su antiguo maestro, aunque no exento de rencor. El viejo pasó el brazo por debajo del suyo.

—Rezo por usted todos los días, Chen. ¿Qué ha encontrado, en lugar de la fe que abandonó?

Le miraba con una afección profunda, que, sin embargo, no tenía nada de paternal, como si se ofreciese. Chen vaciló.

—... No soy de esos de quienes se ocupa la felicidad.

—No sólo existe la felicidad, Chen; existe también la paz.

—No. Para mí, no.

—Para todos...

El pastor cerró los ojos, y Chen recibió la impresión de tener debajo de su brazo el de un ciego.

—Yo no busco la paz. Busco... lo contrario.

Smithson le miró, sin dejar de andar.

—Tenga cuidado con la soberbia.

—¿Quién le dice que yo no haya encontrado mi fe?

—¿Qué fe política acabará con el sufrimiento del mundo?

—Prefiero disminuirlo a buscarle explicación. El tono de su voz está lleno de... humanitarismo. No me gusta el humanitarismo que está hecho con la contemplación del sufrimiento.

—¿Está usted seguro de que hay otro, Chen?

—Aguarde. Eso es difícil de explicar... Hay otro, que, al menos, no sólo está hecho de él.

—Qué fe política destruirá la muerte...

El tono del pastor no era de interrogación; de tristeza, más bien. Chen se acordó de su entrevista con Gisors, al que no había vuelto a ver. Gisors había puesto su inteligencia a su propio servicio, y no al de Dios.

—Ya le he dicho que no busco la paz.

—La paz...

El pastor calló. Caminaban.

—Mi pobre muchacho —continuó luego—, cada uno conoce sólo su propio dolor. —Su brazo oprimía el de Chen—. ¿Cree usted que toda la vida, realmente religiosa, no es una conversión cada día?...

Ambos miraban a la acera y parecían no estar ya en contacto más que por los brazos, «... de cada día...», repitió el pastor, con una fuerza cansada, como si aquellas palabras no fueran más que el eco de una obsesión. Chen no respondía. Aquel hombre hablaba de sí mismo y decía la verdad. Como él, aquél vivía su pensamiento; era otra cosa que un andrajo ávido. Bajo el brazo izquierdo, la cartera con la bomba; bajo el brazo derecho, aquel brazo opresor. «... una conversión de cada día...»

Aquella confidencia de índole secreta prestaba al pastor una perspectiva súbita y patética. Tan próximo al crimen, Chen se sentía acorde con toda angustia.

—Todas las noches, Chen, rezaré para que Dios le libre de la soberbia. (Rezo, sobre todo, de noche; ésta es favorable al rezo.) Si le concede la humildad, estará usted salvado. Ahora encuentro y sigo su mirada, que no podía encontrar antes...

Era con su sufrimiento, y no con sus palabras, con lo que Chen había entrado en comunión: aquella última frase; aquella frase de pescador que cree oler el pescado producía en él una cólera que subía penosamente, sin suprimir por completo una furtiva piedad. Ya no comprendía, en absoluto, sus sentimientos.

—Escuche usted bien —dijo—. Dentro de dos horas, mataré.

Fijó la mirada en los ojos de su acompañante, esta vez. Sin motivo, elevó hacia su rostro la mano derecha, que temblaba, y la crispó junto a la solapa de su americana correcta.

—¿Sigue usted encontrando mi mirada?

No. Estaba solo. Todavía solo. Su mano abandonó la americana y se aferró a la solapa de la del pastor, como si hubiera querido sacudirle; éste puso la mano sobre la suya. Permanecían así, en medio de la acera, inmóviles, como dispuestos a luchar. Un transeúnte se detuvo: un blanco, y creyó que era un altercado.

—Eso es una atrocidad —dijo el pastor, a media voz.

El brazo de Chen volvió a caer. Ni siquiera podía reír. «¡Una mentira!», gritó al transeúnte. Éste se encogió de; hombros y se alejó. Chen se volvió, de pronto, y se fue, casi corriendo.

Encontró, por fin, a sus dos compañeros, a menos de dos kilómetros. «Muy buena facha», con sus sombreros hendidos y sus trajes de empleados, elegidos para justificar sus carteras, una de las cuales contenía una bomba y la otra unas granadas. Suen —nariz aguileña, chino con tipo de piel-roja— pensaba; no miraba nada; Pei... Nunca se había dado cuenta Chen, antes, hasta qué punto aquel semblante parecía el de un adolescente. Las gafas redondas de concha le acentuaban, quizá, la juventud. Partieron y llegaron a la avenida de las Dos Repúblicas; con todas las tiendas abiertas, recuperada su vida, bajo el cielo turbio.

El auto de Chiang Kaishek llegaría a la avenida por una estrecha calle perpendicular. Disminuiría la velocidad para dar la vuelta. Había que verlo venir y arrojar la bomba cuando aminorara la marcha. Pasaba todos los días, de una a una y cuarto: el general comía a la europea. Era preciso, pues, que el que vigilase la calle, en cuanto viese el auto, hiciese seña a los otros dos. La presencia de un comerciante de antigüedades, cuyo almacén se abría precisamente enfrente de la calle, le ayudaría, a no ser que el hombre perteneciese a la policía. Chen quería vigilar por sí mismo. Situó a Pei en la avenida, muy cerca del sitio donde el auto terminaría la curva, antes de reanudar la velocidad: a Suen, un poco más lejos. Él, Chen, avisaría y arrojaría la primera bomba. Si el auto no se detenía, alcanzado o no, los otros dos arrojarían sus bombas, a su vez. Si se detenía, irían hacia él: la calle era demasiado estrecha para que diese la vuelta. Allí, el fracaso era posible: si erraban el golpe, los guardias, que iban de pie en el estribo, harían fuego para impedir que alguien se acercase.

Chen y sus compañeros debían ya separarse. Seguramente, habría espías entre la multitud, sobre todo, en el camino seguido por el auto. Desde un pequeño bar chino, Pei iba a acechar la seña de Chen; desde más lejos, Suen esperaba a que Pei saliese. Quizá uno de los tres, por lo menos, quedase muerto. Chen, sin duda. No se atrevían a decirse nada. Se separaron sin estrecharse siquiera la mano.

Chen entró en la tienda del anticuario y pidió que le enseñasen unos bronce pequeños de las excavaciones. El comerciante sacó

de un cajón un gran puñado de cajitas de raso violeta, colocó sobre la mesa su mano erizada de cubos y empezó a ordenarlos. No era un shanghayano, sino un chino del Norte o del Turquestán: su bigote y su barba eran ralos y flojos; sus ojos embridados eran los de un musulmán de la clase baja, y su boca era obsequiosa; pero no así su semblante sin aristas, de macho cabrío, con la nariz achata-da.

El que denunciase a un hombre encontrado al paso del general con una bomba recibiría una fuerte suma de dinero y muchas consideraciones entre los suyos. Y aquel burgués rico quizá fuese un partidario sincero de Chiang Kaishek.

—¿Hace mucho tiempo que está usted en Shanghai? —preguntó a Chen. ¿Quién podría ser aquel cliente singular? Su cortedad, su ausencia de abandono, de curiosidad hacia los objetos expuestos, le inquietaban. Acaso aquel joven no tuviese costumbre de llevar los trajes europeos. Los gruesos labios de Chen, a pesar de su perfil agudo, le hacían simpático. ¿Sería hijo de algún campesino rico del interior? Pero los grandes colonos no coleccionaban bronce antiguos. ¿Compraría para algún europeo? No era un *boy* ni un corredor —y, si era aficionado, miraba los objetos que se le enseñaban con muy poco interés: parecía que estuviese pensando en otra cosa.

Porque ya Chen vigilaba la calle. Desde aquella tienda, podía distinguir a doscientos metros de distancia. ¿Durante cuánto tiempo vería el auto? Pero, ¿cómo calcular, bajo la curiosidad de aquel imbécil? Ante todo, había que responder. Permanecer silencioso, como había hecho hasta entonces, era estúpido.

—Vivía en el interior —dijo—, y he sido echado por la guerra.

El otro iba a preguntar de nuevo. Chen comprendía que le inquietaba. El comerciante se preguntaba ahora si sería un ladrón que había ido a examinar su almacén para saquearlo durante los próximos desórdenes. Sin embargo, aquel joven no deseaba ver los mejores objetos. Sólo bronce o hebillas de zorro, y de un precio moderado. A los japoneses les gustaban los zorros; pero aquel cliente no era japonés. Había que continuar interrogándole con habilidad.

—¿Habitaba usted, sin duda, en el Hupé? Dicen que la vida se ha hecho muy difícil en las provincias del centro.

Chen se preguntó si le convendría hacerse algo el sordo. No se atrevió, por temor a parecer más extraño aún.

—Ya no vivo ahí —respondió solamente. Su tono y la estructura de sus frases, aun en chino, tenían no se sabía qué de breves: expresaban directamente su pensamiento, sin emplear los giros usuales. Pero pensó en la compra.

—¿Cuánto? —preguntó, señalando con el dedo uno de esos broches de zorro que se encuentran en gran número dentro de las tumbas.

—Quince dólares.

—Ocho me parecería un buen precio...

—¿Por un objeto de esta calidad? ¿Cómo puede usted creer eso?... Tenga en cuenta que yo he pagado diez... Fije usted mismo mi beneficio.

En lugar de responder, Chen miraba a Pei, que estaba sentado ante una mesita, en el bar abierto, con un juego de luces sobre los cristales de sus gafas. Éste no le veía, sin duda a causa del cristal del almacén de antigüedades. Pero lo vería salir.

—No pagaría más si fuese nuevo —dijo, como si hubiese expresado la resolución de una meditación—. Y, aun así, lo pensaría mucho.

Las fórmulas, en aquel dominio, eran rituales, y las empleaban sin trabajo.

—Ésta es mi primera venta de hoy —respondió el anticuario—. Quizá deba aceptar esa pequeña pérdida de un dólar, porque cerrar el primer trato emprendido es un presagio favorable...

La calle estaba desierta. Un *pousse* la atravesó, a lo lejos. Otro. Aparecieron dos hombres. Un perro. Una bicicleta. Los hombres volvieron hacia la derecha; el *pousse* había atravesado. La calle quedaba desierta, de nuevo; sólo el perro...

—¿No dará usted, siquiera, 9 dólares y medio?

—Sólo por expresarle la simpatía que usted me inspira.

Otro zorro de porcelana. Nuevo regateo. Chen, después de su compra, inspiraba más confianza. Había adquirido el derecho a reflexionar: pagaba el precio que ofrecía, el que correspondía sutilmente a la calidad del objeto; su respetable meditación de ningún modo debía ser turbada. «El auto, en esta calle, avanza a 40 kilómetros por hora; más de un kilómetro en dos minutos. Lo veré durante poco menos de un minuto. Es poco. Es preciso que Pei no quite ya los ojos de esta puerta...» Ningún auto pasaba por aquella calle. Algunas bicicletas... Preguntó por una hebilla de cinturón, de jade; no aceptó el precio del vendedor, y dijo que volvería sobre el asunto más tarde. Uno de los dependientes llevó té. Chen compró una cabecita de zorro, de cristal, por la que el comerciante no pedía más que tres dólares. Sin embargo la desconfianza del tendero no había desaparecido por completo.

—Tengo otros objetos preciosos, muy auténticos, con unos zorros muy bonitos. Pero son unos objetos de gran valor, y no los guardo en el almacén. Podríamos convenir una cita.

Chen no decía nada.

—... en rigor, enviaría a mis dependientes, para que fueran a buscarlos...

—No me interesan los objetos de gran valor. Desgraciadamente no soy lo bastante rico.

No era, pues, un ladrón; ni siquiera quería verlos. El anticuario le enseñaba de nuevo la hebilla de cinturón de jade, con una delicadeza de manipulador de momias; pero, a pesar de las palabras, que pasaban, una a una, por entre sus labios de terciopelo gelatinoso, a pesar de sus ojos codiciosos, su cliente permanecía indiferente, lejano... Era él, sin embargo, quien había elegido aquella hebilla. La compra es una colaboración, como el amor; el comerciante hacía el amor con una hebilla. ¿Por qué compraría aquel hombre? De pronto, lo adivinó: era una de esas personas pobres que se dejan seducir puerilmente por las prostitutas japonesas de Tchapei. Ellas rinden culto a los zorros. Aquel cliente los compraba para alguna camarera o falsa geisha; si le resultaban tan indiferentes, era por-

que no los compraba para él. (Chen no cesaba de imaginarse la llegada del auto y la rapidez con que debía abrir su cartera, sacar de ella la bomba y arrojarla.) Pero bien sabía que a las geishas no les gustan los objetos de las excavaciones... Quizá hiciesen una excepción, tratándose de zorritos. El joven había comprado también un objeto de cristal y otro de porcelana...

Abiertas o cerradas, las cajas minúsculas estaban diseminadas sobre la mesa. Los dos dependientes miraban, acodados en ella. Uno de ellos, muy joven, se había apoyado sobre la cartera de Chen; como se balancease con una pierna sobre la otra, la echaba hacia fuera de la mesa. La bomba estaba en la parte derecha, a tres centímetros del borde.

Chen no podía moverse. Por fin extendió el brazo y atrajo la cartera hacia sí, sin la menor dificultad. Ninguno de aquellos hombres había sentido la muerte ni el atentado frustrado; nada: una cartera que un dependiente balancea y que su propietario atrae hacia sí... Y, de pronto, todo le pareció extraordinariamente fácil a Chen. Ni las cosas, ni siquiera los actos existían: todo son sueños que se oprimen, porque les damos nuestra fuerza, aunque también podemos muy bien negársela... En aquel instante, oyó la bocina del auto: Chiang Kaishek.

Cogió la cartera como un arpa, pagó, se introdujo los dos paquetitos en el bolsillo y se dispuso a salir.

El comerciante le seguía, con la hebilla de cinturón, que, no había querido comprar, en la mano.

—Éstos son los objetos de jade que particularmente gustan a las señoras japonesas.

¡Le dejaría tranquilo ese imbécil!

—Ya volveré.

¿Qué comerciante no conoce la fórmula? El auto se acercaba, mucho más de prisa que de ordinario, según le pareció a Chen, precedido del Ford de la guardia.

Avanzando hacia ellos, el auto sacudía sobre los adoquines a los dos pesquisantes, agarrados a sus estribos. El Ford pasó. Chen, detenido, abrió su cartera y dejó caer la mano sobre la bomba, en-

vuelta en un periódico. El comerciante, deslizó, sonriendo, la hebilla de cinturón en el bolsillo vacío de la cartera abierta. Era el más alejado de él. Entorpeció así los dos brazos de Chen.

—Pagará usted por él lo que quiera.

—¡Váyase!

Estupefacto ante aquel grito, el anticuario miró a Chen, también con la boca abierta.

—¿No estará usted un poco enfermo? —Chen ya no veía nada, blanco como si fuera a desvanecerse: el auto pasaba.

No había podido sustraerse a tiempo al movimiento del anticuario. «Este cliente se va a poner malo», pensó el comerciante. Se esforzó por sostenerlo. De un golpe, Chen abatió los dos brazos que se extendían hacia él, y echó a andar hacia adelante. El dolor detuvo al comerciante. Chen iba casi corriendo.

—¡Mi placa! —gritó el comerciante—. ¡Mi placa!

Continuaba dentro de la cartera. Chen no comprendía nada. Cada uno de sus músculos y hasta el más fino de sus nervios esperaban una detonación que llenaría la calle, que se perdería pesadamente bajo el cielo tan próximo. Nada. El auto había dado la vuelta, y hasta, sin duda alguna, había dejado atrás ya a Suen. Y aquel bruto continuaba allí. ¿Qué habían hecho los otros? Chen comenzaba a correr. «¡A ése!», gritó el anticuario. Aparecieron otros comerciantes. Chen comprendió. De rabia, sintió deseos de huir con aquella placa y abandonarla en cualquier parte. Pero de nuevo se acercaban más curiosos. La arrojó al rostro del anticuario, y se dio cuenta de que no había vuelto a cerrar su cartera. Después de haber pasado el auto, había quedado abierta, ante los ojos de aquel cretino y de los transeúntes, con la bomba visible, no protegida ya por el papel, que se había deslizado. Volvió a cerrar, por fin, la cartera con prudencia (habría sido preciso cerrarla con fuerza; luchaba enérgicamente contra sus nervios). El comerciante volvía apresuradamente a su almacén. Chen reanudó su carrera.

—¿Qué? —dijo a Pei, en cuanto lo hubo alcanzado.

—¿Y tú?

Se miraron, anhelantes, queriendo cada uno escuchar primero al otro. Suen, que se acercaba, los veía así, trabados en una inmovilidad llena de vacilaciones y de veleidades, de perfil Sobre las cosas borrosas; la luz, muy fuerte a pesar de las nubes, destacaba el perfil de gavilán bonachón de Chen y la cabeza redonda de Pei; aislaba a aquellos dos personajes de manos temblorosas, plantados sobre sus sombras cortas de comienzo de la tarde, entre los transeúntes atareados e inquietos. Los tres continuaban con sus carteras: era prudente no permanecer allí durante mucho tiempo. Los restaurantes no eran seguros. Y ellos se habían reunido y separado demasiadas veces en aquella calle, ya. ¿Por qué? No había pasado nada...

—A casa de Hemmelrich —dijo, sin embargo, Chen. Se introdujeron en unas callejuelas.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Suen.

Chen se lo explicó. Pei también se había aturcido cuando había visto que Chen no abandonaba solo el almacén del anticuario. Se había dirigido hacia su puesto de lanzamiento, a algunos metros de la esquina. En Shanghai hay la costumbre de conducir por la izquierda; de ordinario, el auto daba la vuelta acortando, y Pei se había situado en la acera de la izquierda para arrojar su bomba desde cerca. Ahora bien, el auto iba de prisa; no había coches en aquel momento en la avenida de las Dos Repúblicas. El chófer había dado la vuelta por el camino más largo; se había aproximado, pues, a la otra acera, y Pei se había encontrado separado de él por un *pousse*.

—Tanto peor para el *pousse* —dijo Chen—. Hay otros millares de *coolies* que no pueden vivir más que de la muerte de Chiang Kaishek.

—Habría errado el golpe.

Suen no había arrojado sus granadas porque la abstención de sus camaradas le había hecho suponer que el general no iba en el coche.

Avanzaban en silencio entre los muros, que el cielo amarillento y cargado de bruma tomaba pálidos, en una soledad miserable, acribillada de detritus y de hilos telegráficos.

—Las bombas están intactas —dijo Chen, a media voz—. Comenzaremos ahora de nuevo.

Pero sus dos compañeros estaban abrumados; los que han frustrado su suicidio rara vez lo intentan de nuevo. La tensión de sus nervios, que había sido extrema, se tornaba demasiado débil. A medida que avanzaban, el aturdimiento cedía el puesto en ellos a la desesperación.

—La culpa ha sido mía —dijo Suen.

Pei repitió:

—La culpa ha sido mía.

—Basta —dijo Chen, fatigado. Reflexionaba, mientras seguía aquella marcha miserable. No había que intentarlo otra vez de la misma manera. Aquel plan era malo; pero resultaba difícil imaginar otro. Había pensado que... Llegaban a casa de Hemmelrich.

Desde el fondo de su tienda, Hemmelrich oía una voz que hablaba en chino, otras dos que respondían. Sus timbres; sus ritmos inquietos le habían hecho prestar atención. «Ya ayer —pensó— vi pasearse por aquí a dos tipos que tenían cara como de padecer hemorroides tenaces, y que, seguramente, no estaban ahí por su gusto...» Le era difícil oír con claridad: por encima de las voces, no cesaba de gritar el niño. Pero las voces callaron, y unas sombras breves, sobre la acera, pusieron de manifiesto que allí había tres cuerpos. ¿La policía?... Hemmelrich se levantó, pensó en el poco temor que inspirarían a un agresor su nariz aplastada y sus hombros inclinados hacia adelante, de boxeador inutilizado, y fue hacia la puerta.

Antes de que su mano hubiese llegado al bolsillo, había reconocido a Chen. Se la tendió, en lugar de sacar el revólver.

—Vamos a la trastienda —dijo Chen.

Los tres pasaron delante de Hemmelrich. Éste los examinaba. Iban con una cartera cada uno, no negligentemente sostenida, sino oprimida por los músculos crispados del brazo.

—Aquí estamos —dijo Chen, en cuanto la puerta estuvo cerrada de nuevo—. ¿Puedes darnos hospitalidad por algunas horas? ¿A nosotros y a lo que traemos en nuestras carteras?

—¿Unas bombas?

—Sí.

—No.

El chico, arriba, continuaba gritando. Sus gritos más dolorosos se habían convertido en sollozos, y a veces profería débiles cloqueos, como si gritase por distraerse —tanto más conmovedores—. Discos, sillas, grillo, eran hasta tal punto los mismos cuando Chen había ido allá después de matar a Tan-Yen-Ta, que Hemmelrich y él se acordaron a un tiempo de aquella noche. Chen no dijo nada, pero Hemmelrich lo adivinó.

—Las bombas —prosiguió—, no puedo en este momento. Si encuentran bombas aquí, matarán a la mujer y al chico.

—Bueno. Vámonos a casa de Shia. —Era el comerciante de lámparas al que había visitado Kyo la víspera de la insurrección—. A estas horas, no está allí más que el mozo.

—Compréndeme, Chen: el muchacho está muy malo, y la madre no está nada buena...

Miraba a Chen con las manos temblorosas.

—¡Tú no puedes saber, Chen; tú no puedes saber la felicidad que tienes con ser libre!...

—Sí; lo sé.

Los tres chinos salieron.

«¡Dios santo, Dios santo, Dios santo! —pensaba Hemmelrich—. ¿No estaré nunca en su lugar?» Juraba para sí mismo con calma, como en *ralentí*. Y volvía a subir con lentitud a la habitación. Su china estaba sentada, con la mirada fija en el lecho, y ni siquiera se volvió.

—La señora ha sido muy buena hoy —dijo el niño—; casi no me ha hecho daño...

La señora era May. Hemmelrich se acordaba: «Mastoiditis, pobre amigo mío, habrá que romper el hueso...» Aquel muchacho, casi un nene, no tenía más vida que la que se necesita para sufrir. Harbía que «explicárselo». ¿Explicarle qué? ¿Que era provechoso

dejarse romper los huesos de la cara para no morir, para ser recompensado con una vida tan preciosa y delicada como la de su padre? «¡Puñetera juventud!», había dicho, durante veinte años. ¿Cuánto tiempo pasaría aún, antes de decir: «¡Puñetera vejez!», y para que le llegasen a aquel desdichado chico estas dos perfectas expresiones de la vida? El mes anterior, el gato se había dislocado una pata; había habido que sujetarlo, mientras el veterinario chino volvía a colocarle el miembro en su sitio, y el animal aullaba y se debatía; no comprendía nada; Hemmelrich sentía que el gato se creía torturado. Y el gato no era un niño, ni decía: «Casi no me ha hecho daño...» Volvió a bajar. El olor de los cadáveres, en los cuales se encarnizaban sin duda los perros, muy cerca, en aquellas callejuelas, entraba en el almacén, con un sol confuso. «No es sufrimiento lo que falta», pensó.

No se perdonaba su negativa. Como un hombre torturado que ha confesado secretos, sabía que volvería a obrar como había obrado, pero no se lo perdonaba. Había traicionado su juventud; traicionado sus deseos y sus sueños. ¿Cómo no traicionarlos? «Lo importante sería querer lo que se puede...» No quería más que lo que no podía: dar asilo a Chen y salir con él. Salir. Compensar, con no importaba qué violencia, por medio de las bombas, aquella vida atroz que le envenenaba desde que había nacido, que envenenaría del mismo modo a sus hijos. A sus hijos, sobre todo. Su sufrimiento, le era posible aceptarlo: estaba acostumbrado... El de los chicos, no. «Se ha vuelto muy inteligente, desde que está enfermo», había dicho May. Como por casualidad...

Salir con Chen; coger una de las bombas ocultas en la cartera, arrojarla. Era el buen sentido. Y hasta la única cosa que, en su vida actual, hubiera tenido un sentido. Treinta y siete años. Todavía viviría otros treinta años, quizá. ¿Cómo viviría? Aquellos discos en depósito, cuya miseria compartía con Lu-Yu-Shuen, y de los que ni uno ni otro podían vivir; y, cuando fuese viejo... Treinta y siete años; tan lejos como se remonta el recuerdo, según dice la gente; su recuerdo no tenía que remontarse: de un extremo al otro, no era más que miseria.

Mal alumno en la escuela: ausente un día de cada dos —su madre, para emborracharse tranquila, le obligaba a hacer su trabajo—. La fábrica: peón. Testarudo; en el regimiento, siempre en el calabozo. Y la guerra. Víctima de los gases. ¿Por quién? ¿Por qué? ¿Por su país? Él no era belga; era un miserable. Pero en la guerra, se comía. Luego, desmovilizado, a la Indochina, por fin, de paso. «El clima apenas permite aquí las profesiones manuales...» Pero permitía que se reventase de disentería, muy particularmente a las personas conocidas por su testarudez. Había fracasado en Shanghai. ¡Las bombas, Dios santo, las bombas!

Tenía a su mujer; ninguna otra cosa le había dado la vida. Había sido vendida por doce dólares. Abandonada por el comprador, a quien no le gustaba ya, había ido a su casa con terror, para comer y para dormir; pero al principio no dormía, esperando de él la maldad de los europeos, de la que siempre le habían hablado. Él había sido bueno para ella. Volviendo poco a poco del fondo de su espanto, ella le había cuidado cuando había estado enfermo, había trabajado para él y soportado sus crisis de odio impotente. Se había aferrado a él con un amor de perro ciego y martirizado, sospechando que él era otro perro ciego y martirizado. Y ahora, estaba el chico. ¿Qué podía hacer con él? Apenas alimentarlo. No conservaba fuerzas más que para el dolor que le podía infligir; existía más dolor en el mundo que estrellas en el cielo; pero el peor de todos podía imponérselo a aquella mujer; abandonarla muriendo. Como aquel ruso hambriento, casi vecino suyo, que, después de hacerse obrero, se había suicidado, un día de excesiva miseria, y cuya mujer, loca de rabia, había abofeteado el cadáver que la abandonaba, con cuatro chicos en los rincones de la habitación, uno de los cuales preguntaba: «¿Por qué os pegáis?»... Su mujer, su chico le impedirían morir a él. Aquello no era nada. Menos que nada. Si hubiera poseído dinero; si hubiera podido dejárselo, habría sido libre para dejarse matar. Como si el universo no le hubiese tratado, a lo largo de la vida, dándole puntapiés en el vientre, le despojaba de la única dignidad que poseía, que hubiera podido poseer —su muerte—. Respirando, con la rebelión de toda cosa viviente, a pesar de la costumbre, el olor de los cadáveres que cada soplo del viento transportaba bajo el sol inmóvil, se penetraba de él con un horror

satisfecho, obsesionado por Chen como por un amigo agonizante, y buscando —como si ello tuviera importancia— lo que dominaba en él: vergüenza, fraternidad o una envidia atroz.

Chen y sus compañeros habían abandonado de nuevo la avenida. Las plazas y las callejuelas estaban poco vigiladas: el auto del general no pasaba por allí. «Hay que cambiar de plan, pensaba Chen con la cabeza baja, mirándose sus zapatos, sufridos, que avanzaban bajo su vista, uno después del otro. ¿Amarrar el auto de Chiang Kaishek a otro auto, conducido en sentido inverso? Pero todo auto podía ser requisado por el ejército. Tratar de emplear la bandera de una legación para proteger el coche de que se sirvieran era inseguro, porque la policía conocía a los chóferes de los ministros extranjeros. ¿Interceptar el camino con una carreta? Chiang Kaishek iba siempre precedido del Ford de su guardia personal. Ante una detención sospechosa, los guardias y los policías de los estribos dispararían sobre cualquiera que intentara acercarse. Chen escuchó: desde hacía algunos instantes, sus compañeros hablaban.

—Muchos generales abandonarán a Chiang Kaishek, si saben que realmente corren el peligro de ser asesinados —decía Pei—. No hay fe más que entre nosotros.

—Sí —dijo Suen—; se hacen buenos terroristas con los hijos de los suplicados.

Ambos lo eran.

—Y, en cuanto a los generales que quedasen —añadió Pei—, aunque pudieran rehacer la China contra nosotros, la harían grande, porque la harían con su propia sangre.

—¡No! —dijeron, a la vez, Chen y Suen. Ni el uno ni el otro ignoraban cuánto había aumentado el número de nacionalistas entre los comunistas, entre los intelectuales, sobre todo.

Pei escribía en una revista, que pronto sería suspendida, unos cuentos de una amargura dolorosamente satisfecha de sí misma, y unos artículos, el último de los cuales comenzaba así: «Hallándose amenazado el imperialismo, la China piensa solicitar su benevolencia una vez más y pedirle que sustituya por un anillo de níquel el anillo de oro que le ha remachado en la nariz...» Preparaba,

además, una ideología del terrorismo. Para él, el comunismo era únicamente el verdadero medio de hacer que reviviese China.

—No quiero hacer una China —dijo Suen—; quiero hacer a los míos, con o sin ella. Los pobres. Por ellos es por quienes acepto el morir y el matar. Por ellos solamente...

Fue Chen el que respondió:

—Mientras tratemos de arrojar la bomba, no adelantaremos nada. Demasiadas probabilidades de fracaso. Y es preciso que acabemos hoy.

—Obrar de otro modo no es fácil —dijo Pei.

—Hay un medio.

Las nubes bajas y pesadas avanzaban en el mismo sentido que ellos, bajo la luz amarillenta del día, con un movimiento inseguro y, sin embargo, imperioso de destinos. Chen había cerrado los ojos para reflexionar, aunque continuaba caminando; sus camaradas esperaban, contemplando aquel a perfil curvo, que avanzaba, como de ordinario, a lo largo de los muros.

—Hay un medio. Y creo que no hay más que uno. No se debe arrojar la bomba, sino arrojarse uno debajo del auto con ella.

Continuaban la marcha, a través de las plazoletas, cubiertas de baches, donde los niños no jugaban ya. Los tres reflexionaban.

Llegaron. El dependiente los introdujo en la trastienda. Permanecían de pie, en medio de las lámparas, con las carteras debajo del brazo. Acabaron por dejarlas, prudentemente. Suen y Pei se agacharon, a la usanza china.

—¿Por qué te ríes, Chen?

No reía; sonreía, muy lejos de la ironía que le atribuía la inquietud de Pei: estupefacto, descubría la euforia. Todo se volvía sencillo. Su angustia se había disipado. Sabía qué molestias turbaban a sus camaradas, a pesar de su valor: arrojar las bombas, aun de la manera más peligrosa, suponía obrar a la ventura; la resolución de morir era otra cosa; lo contrario, quizá. Comenzó a pasearse por la habitación. La trastienda sólo estaba iluminada por la luz del día que penetraba a través del almacén. Como el cielo estaba gris, reinaba

allí una luz plúmbea, como la que precede a las tormentas; en aquella bruma sucia, sobre las panzas de las lámparas, unos efectos de luz brillaban como signos de interrogación invertidos y paralelos. La sombra de Chen, demasiado confusa para ser una silueta, avanzaba por encima de los ojos inquietos de los otros.

—Kyo tiene razón: lo que más nos falta es el sentido del hara-kiri. Pero el japonés que se mata corre el riesgo de convertirse en un dios, lo cual es el comienzo de la porquería. No: es preciso que la sangre recaiga sobre los hombres, y quede en ellos.

—Prefiero tratar de realizar —dijo Suen—, de realizar varios atentados, a decidir no intentar más que uno, puesto que después quedaría muerto.

Sin embargo, por debajo de aquellas palabras de Chen, vibrantes por su timbre de voz, más que por su sentido —cuando Chen expresaba su pasión en chino su voz adquiría una intensidad extrema—, una corriente atraía a Suen, con toda la atención embargada, sin que supiese hacia qué.

—Es preciso que me arroje debajo del auto —pronunció Chen.

Con el cuello inmóvil, seguíanle con la mirada, mientras él se alejaba y volvía. Chen no los miraba ya. Tropezó con una de las lámparas que había en el suelo y se agarró a la pared. La lámpara cayó, y se rompió, resonando. Pero no era, aquélla, oportunidad para reír. Su sombra, erguida de nuevo, se destacaba confusamente por encima de su cabeza, sobre las últimas hileras de las lámparas. Suen comenzaba a comprender lo que Chen esperaba de él. Sin embargo, por desconfianza en sí mismo o por defenderse contra lo que preveía, dijo:

—¿Qué es lo que quieres?

Chen se dio cuenta de que no lo sabía. Le parecía luchar, no contra Suen, sino contra su pensamiento, que se le escapaba. Por fin:

—Que esto no se pierda.

—¿Quieres que Pei y yo nos comprometamos a imitarte? ¿Es eso?

—No es una promesa lo que espero. Es una necesidad.

Los reflejos se desvanecían sobre las lámparas, en la habitación sin ventana; sin duda, las nubes se amontonaban fuera. Chen se acordó de Gisors: «Cerca de la muerte, una pasión semejante aspira a transmitirse...» De pronto, comprendió. Suen también comprendía.

—¿Quieres hacer del terrorismo una especie de religión?

La exaltación de Chen se hacía cada vez mayor. Todas las palabras estaban vacías, eran absurdas y demasiado débiles para expresar lo que quería de ellos.

—Una religión, no. El sentido de la vida. La...

Hacía con la mano un movimiento convulso, como si amasase, y su pensamiento parecía jadear, como una respiración.

—... La posesión completa de sí mismo. Total. Absoluta. La única. Saber. No buscar, buscar durante todo el tiempo, las ideas y los deberes. Dentro de una hora, no sentiré ya nada de cuanto pesaba sobre mí. ¿Lo oís? Nada.

Tal exaltación le invadía, que ya no trataba de convencerlos sino hablándoles de él.

—Me poseo a mí mismo. Pero no como una amenaza o una angustia, como siempre. Poseído; oprimido, como esta mano oprime a la otra —se la oprimía con toda su fuerza—; no es bastante. Como...

Recogió uno de los trozos de vidrio de la lámpara rota. Un amplio fulgor triangular, lleno de reflejos. De un golpe se lo hundió en el muslo. Su voz entrecortada estaba penetrada de una certidumbre salvaje; pero parecía más; bien poseer su exaltación que ser poseído por ella. No era un loco. Apenas si los otros dos le veían ya, y, sin embargo, llenaba toda la habitación. Suen comenzó a sentir miedo.

—Yo soy menos inteligente que tú, Chen; pero, por mí... por mí, no. He visto a mi padre colgado de las manos, molido a garrotazos en el vientre, para que confesase dónde había ocultado su maestro el dinero que no poseía. Es por los nuestros por quienes combato; no es por mí.

—Por los nuestros no puedes hacer otra cosa mejor que decidirte a morir. La eficacia de ningún hombre puede ser comparada a la del

hombre que ha elegido eso. Si lo hubiéramos decidido, no habríamos perdido ahora a Chiang Kaishek. Tú lo sabes.

—Quizá tú tengas necesidad de eso. Yo, no sé... —Se debatía—. Si estuviese de acuerdo, ¿comprendes?, me parecería que no me dejaba matar por todos, sino...

—¿Sino...?

Casi por completo, ensombrecida, la escasa luz de la tarde continuaba allí, sin desaparecer por completo, eterna.

—Por ti.

Un fuerte olor a petróleo recordó a Chen las latas de nafta del incendio del puesto el primer día de la insurrección. Pero todo se sumergía en el pasado; hasta Suen, puesto que no quería seguirle. Sin embargo, la única voluntad que su pensamiento presente no transformaba en nada era la de crear aquellos Jueces condenados, aquella raza de vengadores. Aquel nacimiento se realizaba en él como todos los nacimientos, desgarrándole y exaltándole —sin que fuese dueño de sí—. Ya no podía soportar ninguna presencia. Se levantó.

—Tú que escribes —dijo a Pei— lo explicarás.

Cogieron de nuevo las carteras. Pei limpiaba sus gafas. Chen se levantó el pantalón y se vendó el muslo con un pañuelo, sin lavarse la herida —¿para qué? No tendría tiempo de infectarse—, antes de salir. «Siempre se hace lo mismo», se dijo, turbado, pensando en el cuchillo que se había hundido en el brazo.

—Iré solo —pronunció—. Y sufriré solo, esta noche.

—Organizaré, sin embargo, algo —respondió Suen.

—Será demasiado tarde.

Delante de la tienda, Chen dio un paso hacia la izquierda. Pei le seguía. Suen permaneció inmóvil. Un segundo paso. Pei le siguió también. Chen se dio cuenta de que el adolescente, con las gafas en la mano —resultaba mucho más humano aquel semblante de muchacho, sin cristales sobre los ojos—, lloraba en silencio.

—¿Adónde vas?

—Vengo.

Chen se detuvo. Lo había creído de la opinión de Suen. Señaló a éste con el dedo.

—Iré contigo —insistió Pei.

Se esforzaba por hablar lo menos posible, con la voz alterada y la nuez sacudida por los sollozos silenciosos.

—Como testigo, desde luego.

Crispó un dedo en el brazo de Pei.

—Como testigo —repitió.

Se apartó. Pei se quedó en la acera, con la boca abierta, limpiando los cristales de las gafas, en una actitud cómica. Jamás hubiera creído que se pudiera estar tan solo.

Las tres

Clappique había creído que encontraría a Kyo en su casa. Pero no: en la gran habitación alfombrada de croquis, que recogía un discípulo vestido con un kimono, Gisors hablaba con su cuñado, el pintor Kama.

—¡Buenos días, amigo! ¡Un abrazo!

Se sentó tranquilamente.

—¡Qué lástima que su hijo no esté aquí!

—¿Quiere usted esperarle?

—Esperaré. Tengo una endiablada necesidad de verlo. ¿Qué clase de cacto diminuto es ese que hay debajo de la mesa de opio? La colección se hace digna de respeto. ¡Encantador, querido amigo, en-can-ta-dor! Es preciso que yo compre uno. ¿Dónde lo ha encontrado usted?

—Es un regalo. Me lo han enviado poco antes de la una.

Clappique leía los caracteres chinos escritos sobre el rodrigón plano de la planta. Uno grande: Fidelidad; tres muy pequeños, una firma: Chen-Ta-Eul.

—Chen-Ta-Eul... Chen... No lo conozco. ¡Qué lástima! Es un muchacho que sabe de cactus.

Recordó que al día siguiente debería haberse ido. Tenía que buscar dinero para el viaje, y no para comprar cactus. Imposible vender con rapidez objetos de arte en la ciudad, ocupada militarmente. Sus amigos eran pobres. Y Ferral no se dejaba sablear bajo ningún pretexto. Le había encargado que le comprase unas aguadas de Kama cuando el pintor japonés llegase. Algunas decenas de dólares, de comisión...

—Kyo debería estar ahí —dijo Gisors—. Tenía muchas citas hoy, ¿no es verdad?

—Acaso hiciera mejor faltando a ellas —gruñó Clappique.

No se atrevió a añadir nada más. Ignoraba lo que Gisors conocía acerca de la actividad de Kyo. Pero la ausencia de toda pregunta le humilló.

—Ya ve usted que se trata de una cosa muy seria.

—Todo lo que se refiere a Kyo es serio para mí.

—¿No tendrá usted una idea de los medios de ganar o de encontrar inmediatamente cuatrocientos o quinientos dólares?

Gisors sonrió tristemente. Clappique sabía que era pobre; y sus obras de arte, aunque hubiese aceptado el venderlas...

«Ganemos, pues, nuestras moneditas», pensó el barón. Se acercó, contempló las aguadas esparcidas en el diván. Aunque lo bastante fino para no juzgar el arte japonés tradicional en función de sus relaciones con Cézanne o Picasso, lo detestaba hoy: el gusto de la serenidad es débil en los hombres perseguidos. Fuegos perdidos en la montaña; calles de aldea que disolvía la lluvia; vuelos de aves zancudas sobre la nieve; todo ese mundo en que la melancolía preparaba para la felicidad... Clappique imaginaba —¡ay!— sin trabajo los paraísos a cuyas puertas debía quedar; pero le irritaba su existencia.

—La mujer más hermosa del mundo —dijo—, desnuda, excitada, pero con un cinturón de castidad. Para Ferral; no para mí. ¡Volver bajo tierra!

Elegió cuatro, dictó la dirección al discípulo.

—Porque piensa usted en nuestro arte —dijo Gisors—; éste no sirve para lo mismo.

—¿Por qué pinta usted, Kama-San?

Con quimono también él —Gisors estaba vestido siempre con su bata, solamente Clappique llevaba pantalón—, con un efecto de luz sobre su cráneo calvo, el viejo maestro contemplaba a Clappique con curiosidad.

El discípulo soltó el dibujo, tradujo, respondió:

—El maestro dice: «En primer término, por mi mujer, porque la quiero...»

—No digo para quién, sino por qué.

—El maestro dice que eso es difícil de explicarlo. Dice: «Cuando he estado en Europa, he visto los museos. Cuantas más manzanas y hasta líneas que no representan nada hacen sus pintores, más hablan de sí mismos. Para mí, es la gente lo que interesa.»

Kama dijo una frase más; apenas una expresión de dulzura pasó por su semblante de indulgente señora anciana.

—El maestro dice: «Nuestra pintura sería para ustedes la caridad.»

Un segundo discípulo, cocinero, trajo unos tazones de *sake*, luego se retiró. Kama habló de nuevo.

—El maestro dice que si no pintara ya, le parecería que se había quedado ciego. Y más que ciego: solo.

—¡Un minuto! —dijo el barón, con un ojo abierto, el otro cerrado, el índice extendido—. Si un médico le dijese: «Está usted atacado de una enfermedad incurable y morirá dentro de tres meses», ¿seguiría usted pintando?

—El maestro dice que si supiera que iba a morir, cree que pintaría mejor, pero no de otro modo.

—¿Por qué mejor? —preguntó Gisors.

No cesaba de pensar en Kyo. Lo que había dicho Clappique al entrar bastaba para inquietarse: hoy, la serenidad era casi un insulto.

Kama respondió. Gisors mismo lo tradujo.

—Dice: «Hay dos sonrisas (la de mi mujer y la de mi hija) que yo creería entonces que no volvería a ver, y me agradecería más la tristeza. El mundo es como los caracteres de nuestra escritura. Lo que el signo es a la flor, la flor misma, ésta —mostró una de las agudadas—, lo es a alguna cosa. Todo es signo. Ir del signo a la cosa significada es profundizar el mundo, es ir hacia Dios.» Cree que la proximidad de la muerte... Espere...

Interrogó de nuevo a Kama, continuó su traducción:

—Sí; eso es. Cree que la proximidad de la muerte le permitiría, quizá, poner en todas las cosas bastante fervor, tristeza, para que todas las formas que pintara se convirtieran en signos comprensibles; para que lo que ellos significan (lo que ocultan también) se revelara.

Clappique experimentaba la sensación atroz de sufrir frente a un ser que niega el dolor. Escuchaba con atención, sin apartar la mirada del semblante de asceta indulgente de Kama, mientras Gisors traducía. Con los codos pegados al cuerpo, las manos juntas, Clappique, cuando su rostro expresaba inteligencia, tomaba el aspecto de un mono triste y friolento.

—Quizá no plantee usted bien la cuestión —dijo Gisors.

Pronunció en japonés una frase breve, muy breve. Kama, hasta entonces, había respondido casi en seguida. Reflexionó.

—¿Qué pregunta acaba usted de hacerle? —interrogó Clappique, a media voz.

—Lo que haría si el médico desahuciase a su mujer.

—El maestro dice que no creería al médico.

El discípulo cocinero volvió y se llevó los tazones en una bandeja. Su traje europeo, su sonrisa, sus gestos que el júbilo hacía extravagantes, hasta su deferencia, todo en él parecía extraño, aun para Gisors. Kama dijo, a media voz, una frase que el otro discípulo no tradujo.

—En el Japón, estos jóvenes no beben nunca vino —dijo Gisors—. Se siente ofendido de que su discípulo esté borracho.

Su mirada se perdió: la puerta exterior se abría. Ruido de pasos. Pero no era Kyo. La mirada volvió a hacerse precisa y se fijó con firmeza en la de Kama.

—¿Y si ella hubiese muerto?

¿Habría proseguido aquel diálogo con un europeo? Pero el viejo pintor pertenecía a otro universo. Antes de responder, esbozó una prolongada sonrisa triste, no con los labios, sino con los párpados.

—Se puede comulgar hasta con la muerte... Es lo más difícil, pero quizá sea ése el sentido de la vida...

Se despedía, volvía a su habitación, seguido del discípulo. Clap-pique se sentó.

—¡Ni una palabra!... ¡Notable, amigo mío, notable! Se ha ido como un fantasma bien educado; sepa usted que los fantasmas jóvenes están muy mal educados, y que a los viejos les cuesta mucho enseñarles a que atemoricen a la gente, porque los citados jóvenes ignoran todos los idiomas, y no saben decir más que: *Zip-zip...* Ese...

Se detuvo: otra vez la puerta. En el silencio, comenzaron a sonar las notas de una guitarra; bien pronto se organizaron en una caída lenta, que se espació al descender hasta las más graves, prolongadamente mantenidas, y perdidas, al fin, en una serenidad solemne.

—¿Qué es eso? ¿Qué quiere decir eso?

—Toca el *shamisen*. Siempre lo hace, cuando alguna cosa le ha turbado. Fuera del Japón, ésa es su defensa... Me dijo, al volver de Europa: «Ahora sé que puedo encontrar en cualquier parte mi silencio interior...»

—¿Aspavientos?

Clap-pique había formulado distraídamente su pregunta: escuchaba. A aquella hora, en que su vida quizá se hallase en peligro (aunque rara vez se interesaba lo bastante por sí mismo para sentirse realmente amenazado), aquellas notas tan puras y que hacían refluir en él, con el amor a la música, del que había vivido en su juventud,

esta juventud misma y toda la felicidad destruida con ella, le turbaban también.

Ruido de pasos, una vez más: ya entraba Kyo.

Condujo a Clappique a su habitación. Diván, silla, pupitre, paredes blancas: una austeridad premeditada. Hacía calor. Kyo arrojó la americana sobre el diván y se quedó en *pullover*.

—He aquí —dijo Clappique— que acaban de darme un datito, y haría usted muy mal si no fijase en ello toda su atención: si no hemos salido de aquí antes de mañana por la noche, estamos muertos.

—¿De qué origen viene esa confidencia? ¿De la policía?

—Bravo. Inútil decirle que no puedo informarle más. Pero en serio. La historia del barco está descubierta. Esté usted tranquilo y escápese antes de cuarenta y ocho horas.

Kyo iba a decir: «Eso no constituye ya un delito, puesto que hemos triunfado.» Calló. Esperaba demasiado de la represión del movimiento obrero para ser sorprendido. Se trataba de la ruptura, lo que Clappique no podía adivinar; y, si éste era perseguido, lo era porque, habiendo sido asaltado el *Shang-Tung* por los comunistas, se le creía adicto a ellos.

—¿Qué piensa usted hacer? —preguntó Clappique.

—Reflexionar, lo primero.

—¡Penetrante idea! ¿Y tiene usted moneda para largarse?

Kyo se encogió de hombros, sonriendo.

—No tengo la intención de largarme. Su noticia no tiene una máxima importancia para mí —continuó, después de un instante.

—¡No tiene la intención de largarse! ¿Prefiere dejarse cortar el gañote?

—Tal vez. ¿Pero usted quiere marcharse?

—¿Para qué iba a quedarme?

—¿Cuánto necesita?

—Trescientos, cuatrocientos...

—Quizá pueda proporcionarle una parte. Me agradecería ayudarlo. No crea que me figuro pagarle así el favor que usted me hizo...

Clappique sonrió, tristemente. No se daba cuenta bien de la delicadeza de Kyo, pero era sensible a ella.

—¿Dónde estará usted esta noche? —preguntó Kyo.

—Donde usted quiera.

—No.

—Entonces, en el *Black-Cat*. Es preciso que busque mis dineritos de diversas maneras.

—Bueno: la caja está en el territorio de las concesiones; así, pues, no hay policía china. Y el *kidnappage*³ es aún menos de temer allí que aquí: demasiada gente... Pasaré por allí de once a once y media; pero no más tarde. Tengo después una cita...

Clappique desvió la mirada.

—... a la que estoy decidido a no faltar. ¿Está usted seguro de que *Cat* no estará cerrado?

—¡Locura! Estará lleno de oficiales de Chiang Kaishek; sus uniformes gloriosos se anudarán en las danzas a los cuerpos de las mujeres perdidas. ¡En graciosas guirnaldas, le digo! Le esperaré, pues, contemplando con atención ese espectáculo necesario hasta las once y media.

—¿Cree usted que podrá estar mejor informado esta noche?

—Lo intentaré.

—Quizá me haga usted un gran favor. Mayor de lo que usted pueda suponer. ¿Se me señala expresamente?

—Sí.

—¿Y a mi padre?

—No. Le habría prevenido. No figuraba para nada en el asunto del *Shang-Tung*.

Kyo sabía que no era en el *Shang-Tung* en lo que había que pensar, sino en la represión. ¿Y May? Su papel era demasiado poco impor-

³ Término shanghayés: del Inglés, Kidnapped, secuestrado.

tante para que diese lugar a que interrogase acerca de ella a Clappique. En cuanto a sus compañeros, si él estaba amenazado, todos lo estaban.

—Gracias.

Volvieron juntos. En la habitación de los fénix, May decía a Gisors:

—Es muy difícil: si la Unión de Mujeres concede el divorcio a las mujeres maltratadas, los maridos abandonan la Unión revolucionaria; y, si no se lo concedemos, ellas pierden toda confianza en nosotros. No les falta razón.

—Temo que, para organizar —dijo Kyo—, sea demasiado pronto o demasiado tarde.

Clappique salía, sin escuchar.

—Sea usted, como de ordinario, munificente —dijo a Gisors—: déme su nuevo cacto.

—Tengo afecto al muchacho que me lo ha enviado... Si se tratase de cualquier otro, con mucho gusto...

Era un minúsculo cacto hirsuto.

—Tanto peor.

—Hasta pronto.

—Hasta... No. Quizá. Adiós, amigo. El único hombre de Shanghai que no existe (ni una palabra: ¡que no existe en absoluto!) le saluda.

Salió.

May y Gisors miraban a Kyo con angustia; éste explicó al punto:

—Ha sabido que estoy fichado por la policía; me aconseja que no me mueva de aquí, como no sea para escapar antes de dos días. Por otra parte, la represión es inminente. Y las últimas tropas de la primera división han abandonado la ciudad.

Era la única división con la cual podían contar los comunistas. Chiang Kaishek lo sabía; había ordenado a su general que se uniese al frente con sus tropas. Éste había propuesto al Comité Central comunista detener a Chiang Kaishek. Se le había aconsejado que

transigiese y se hiciese sustituir por enfermo: pronto se había encontrado ante un ultimátum. Y, no atreviéndose a combatir sin la aquiescencia del Partido, había abandonado la ciudad, intentando sólo dejar en ella algunas tropas. Éstas acababan de marchar, a su vez.

—No está lejos aún —continuó Kyo—; y hasta la división entera puede volver, si continuamos en la ciudad durante mucho tiempo.

La puerta se abrió de nuevo; pasó una nariz, y una voz cavernosa dijo: «El barón de Clappique no existe.»

La puerta se volvió a cerrar.

—¿No se sabe nada de Han-Kow? —preguntó Kyo.

—Nada.

Desde su regreso, organizaba clandestinamente unos grupos de combate contra Chiang Kaishek, como los había organizado contra los nordistas. La Internacional había rechazado todas las consignas de oposición; pero había aceptado el mantenimiento de los grupos comunistas de encuentro; de los nuevos grupos militantes, Kyo pretendía hacer los organizadores de masas que todos los días se dirigían entonces hacia las uniones, pero los discursos oficiales del Partido Comunista chino, toda la propaganda de unión con el Kuomintang le paralizaban. Sólo el comité militar se había adherido a él; todas las armas no habían sido entregadas: pero Chiang Kaishek exigía aquel mismo día la entrega de las que retenían aún los comunistas. Un último requerimiento de Kyo y del comité militar se había teleografiado a Han-Kow.

El viejo Gisors —al corriente esta vez— estaba inquieto. Veía demasiado en el marxismo la forma de una fatalidad para afrontar sin desconfianza las cuestiones de táctica. Como Kyo, estaba seguro de que Chiang Kaishek intentaría aniquilar a los comunistas; como Kyo, pensaba que la muerte del general habría herido a la reacción allí donde era más vulnerable. Pero detestaba el carácter de complot de su acción presente. La muerte de Chiang Kaishek, y aun la toma del gobierno de Shanghai, no conducía más que a la aventura. Con algunos de los miembros de la Internacional, anhelaba el regreso a Cantón del ejército de hierro y de la fracción comunista

del Kuomintang: allí, apoyados por una ciudad revolucionaria y un arsenal activo y bien provisionado, los rojos podrían establecerse y esperar el momento propicio a una nueva campaña del Norte, que preparaba profundamente la reacción inminente. Los generales de Han-Kow, ávidos de tierras que conquistar, apenas lo estaban en el Sur de la China, donde las uniones, fieles a los que representaban la memoria de Sun-Yat-Sen, los habrían obligado a una constante y poco fructuosa guerrilla. En lugar de tener que combatir a los nordistas, luego a Chiang Kaishek, el ejército rojo había dejado así a éste el cuidado de combatir a aquéllos; cualquiera que fuese el enemigo que encontrase después de Cantón, sólo lo habría encontrado debilitado. «Los asnos están demasiado fascinados por su zanahoria —decía Gisors de los generales—, para que nos muerdan en este momento, si no nos ponemos de su parte...» Pero la mayoría del Partido Comunista chino, y quizá Moscú, consideraban aquel punto de vista como «liquidador».

Kyo pensaba, como su padre, que la mejor política era la del regreso a Cantón. Hubiera querido preparar, además, mediante una propaganda intensa, la emigración en masa de los obreros —no poseían nada— de Shanghai a Cantón. Era muy difícil, no imposible: como las salidas de las provincias del Sur estaban aseguradas, las masas obreras habrían llevado a Cantón una industrialización rápida. Táctica peligrosa para Shanghai: los obreros de las hilanderías son más o menos calificados, e instruir a nuevos obreros era formar nuevos revolucionarios, a menos de que se elevasen los salarios, «hipótesis excluida» —hubiera dicho Ferral—, en razón del estado actual de las industrias chinas. Vaciar Shanghai en provecho de Cantón, como Hong-Kong en 1925... Hong-Kong está a cinco horas de Cantón, y Shanghai a cinco días: difícil empresa; más difícil, quizá, que la de dejarse matar; más difícil, pero menos imbécil.

Desde su regreso de Han-Kow, estaba convencido de que la reacción se preparaba; aunque Clappique no le hubiera prevenido, habría considerado la situación, en caso de ataque a los comunistas por el ejército de Chiang Kaishek, tan desesperada, que todo acontecimiento, incluso el asesinato del general (cualesquiera que fuesen las consecuencias), se habría tornado favorable. Las uniones, si

se las armaba, podían, en rigor, tratar de combatir a un ejército desorganizado.

Otra vez la campanilla; Kyo corrió hacia la puerta: era, por fin, el correo, que portaba la respuesta de Han-Kow. Su padre y May le vieron volver, sin decir nada.

—Orden de enterrar las armas —dijo.

El mensaje, desgarrado, se había convertido en una bola en el hueco de la mano. Cogió los trozos de papel, los extendió sobre la mesa de opio, los juntó unos con otros y se encogió de hombros ante su puerilidad: era, en efecto, la orden de ocultar o enterrar las armas.

—Es preciso que vaya en seguida allá.

Allá era el Comité Central. Debía, pues, abandonar las concesiones. Gisors sabía que no podía decir nada. Quizá su hijo fuese hacia la muerte; no era aquélla la primera vez: tal era la razón de ser de su vida. No había otro remedio que sufrir y callarse. Tomaba muy en serio el aviso de Clappique: éste había salvado, en Pekín, previniéndole de que el cuerpo de cadetes de que formaba parte iba a ser destrozado, a König, el alemán que dirigía a la sazón la policía de Chiang Kaishek. Gisors no conocía a Chpilewski. Como la mirada de Kyo encontrara la suya trató de sonreír; Kyo también, y sus miradas no se separaron: ambos sabían que mentían, y que aquella mentira constituía, quizá, su más afectuosa comunión.

Kyo volvió a su habitación, donde había dejado la americana. May se ponía su abrigo.

—¿Adónde vas?

—Contigo, Kyo.

—¿Para qué?

May no respondió.

—Es más fácil que nos conozcan juntos que separados —dijo Kyo.

—No. ¿Por qué? Si tú estás fichado, es igual...

—Tú no servirás para nada.

—¿Para qué serviré aquí, mientras tanto? Los hombres no saben lo que es tener que esperar...

Kyo dio unos pasos, se detuvo, se volvió hacia ella.

—Escucha, May: cuando tu libertad ha estado en juego, yo lo he reconocido.

May comprendió a qué hacía alusión, y sintió miedo: lo había olvidado. En efecto: Kyo añadía, con una entonación más sorda:

—... y tú supiste recobrarla. Ahora, se trata de la mía.

—Pero, Kyo, ¿qué tiene que ver eso con lo de ahora?

—Reconocer la libertad de cualquiera es darle una razón contra su propio sufrimiento; lo sé por experiencia.

—¿Soy yo «una cualquiera», Kyo?

Él se calló de nuevo. Sí; en aquel momento, ella era otra. Algo entre ellos había cambiado.

—Entonces —prosiguió May—, porque yo... En fin, ¿a causa de aquello, ya no podemos siquiera arrostrar juntos un peligro?... Reflexiona, Kyo: diríase, casi, que te vengas...

—No poder hacerlo ya, y procurarlo cuando es inútil, nos convierte en dos seres distintos.

—Pero si tú me tuvieras tanto rencor, no tendrías más que tomar una querida... ¡Pero no! Eso no es verdad. Yo no he aceptado un amante; simplemente me he acostado con un individuo. No es lo mismo; tú sabes muy bien que puedes acostarte con quien quieras.

—Tú me bastas —respondió él, amargamente.

Su mirada extrañó a May: todos los sentimientos se mezclaban en ella. Y —el más conturbado de todos—, sobre su rostro, la inquietante expresión de una voluptuosidad ignorada por él mismo.

—En este momento, como hace quince días —continuó—, no es de copular de lo que tengo deseo. No digo que tú hayas hecho mal; lo que digo es que quiero salir solo. La libertad que tú me reconoces es la tuya. La libertad de hacer lo que *te* plazca. La libertad no es un cambio; es la libertad.

—Es un abandono...

Silencio.

—¿Para qué los seres que se aman se ponen frente a la muerte, Kyo, si no es para arriesgarla juntos?

Adivinó que él iba a salir sin discutir, y se colocó ante la puerta.

—No había para qué concederme esa libertad —dijo—, si ella ha de separarnos ahora.

—Tú no la pediste.

—Tú me la habías reconocido de antemano.

«No haberme creído», pensó él. Era verdad; siempre se la había reconocido. Pero que discutiese en aquel momento sobre tales derechos, la separaba más aún de él.

—Hay derechos que no se conceden —dijo May, con amargura—, sino con la única finalidad de que no sean empleados.

—Si yo no los hubiera reconocido sino para que pudieses acogerte a ellos en este momento, no te parecería tan mal...

Aquellos segundos los separaban más que la muerte: párpados, boca, sienes, el lugar de todas las ternuras es visible en el rostro de una muerta, y aquellos pómulos altos y aquellos largos párpados no pertenecían más que a un mundo extraño. Las heridas del más profundo amor bastan para crear un odio suficientemente grande. ¿Retrocedía ella, tan cerca de la muerte, en el umbral de aquel mundo de hostilidad que descubriría? Dijo:

—No me aferró a nada, Kyo; digamos que me equivoco, que me he equivocado: lo que tú quieras; pero ahora, en este momento, inmediatamente quiero salir contigo. Te lo pido.

Kyo callaba.

—Si no me amases —continuó May—, te sería indiferente dejar que fuese contigo... Luego... ¿Para qué hacernos sufrir?

«Como si fuese éste el momento», añadió con dejadez.

Kyo sentía agitarse en él ciertos demonios familiares que le disgustaban un tanto. Tenía deseos de pegarle, y precisamente a causa de su amor. Ella tenía razón: si no la hubiera amado, ¿qué le habría

importado que muriese? Quizá fuera que le obligaba a comprender lo que, en aquel momento, le oponía más a ella.

¿Sentía May deseos de llorar? Había cerrado los ojos, y el estremecimiento de sus hombros, constante y silenciosamente, parecía, en oposición con su fisonomía inmóvil, la expresión misma de la tristeza humana. Ya no era sólo su voluntad lo que los separaba, sino el dolor. Y ante el espectáculo del dolor, que aproxima tanto como el dolor mismo separa, de nuevo se lanzaba hacia ella a causa de aquel rostro cuyas cejas iban subiendo poco a poco —como cuando presentaba el aspecto de estar maravillada... —. Por encima de los ojos cerrados, el movimiento de la frente se detuvo, y aquel semblante tenso, cuyos párpados permanecían abatidos, se convirtió, de pronto, en un rostro de muerte.

Muchas expresiones de May no hacían mella en él: las conocía, y le parecía siempre que se copiaba un poco a sí misma. Pero no había visto nunca aquella fisonomía mortuoria —con el dolor, y no el sueño, en los ojos cerrados—, y la muerte estaba tan cerca, que aquella ilusión adquiría la fuerza de una siniestra prefiguración. May volvió a abrir los ojos, sin mirarle: su mirada quedaba perdida en la blanca pared de la habitación; sin que uno solo de sus músculos se moviese, una lágrima resbaló a lo largo de la nariz, y quedó suspendida junto a su boca, traicionando, con su vida sorda, punzante, conmovedora como el dolor de los animales, a aquella fisonomía tan inhumana, tan muerta como antes.

—Abre otra vez los ojos.

Ella le miró.

—Están abiertos.

—He recibido la impresión de que estabas muerta.

—¿Y qué?

Se encogió de hombros, y continuó, con una voz llena de la más triste fatiga.

—Si yo muero, considero que tú puedes morir...

Ahora comprendía Kyo qué verdadero sentimiento le impulsaba: quería consolarla. Pero no podía consolarla sino aceptando que se

fuese con él. May había vuelto a cerrar los ojos. La tomó en sus brazos y la besó en los párpados. Y cuando se apartaron:

—¿Vámonos? —preguntó May.

—No.

Demasiado leal para ocultar su instinto, May volvía a sus deseos con una terquedad de gato que con frecuencia excitaba a Kyo. Se había separado de la puerta, pero él se dio cuenta de que sólo hubiera sentido deseo de pasar cuando tuviese seguridad de que ella no pasaría.

—May, ¿vamos a abandonarnos por sorpresa?

—¿He vivido como una mujer a la que se protege?...

Permanecían frente a frente, sin saber ya qué decir y sin aceptar el silencio, sabiendo ambos que aquel instante, uno de los más graves de su vida, estaba corrompido por el tiempo que pasaba: el puesto de Kyo no estaba allí, sino en el Comité, y, bajo todo cuanto pensaba, se hallaba emboscada la impaciencia.

May mostró la puerta con el semblante.

Él la miró; tomó su cabeza entre las manos, oprimiéndola suavemente, sin besarla, como si hubiera podido poner en aquella opresión del rostro lo que de ternura y de violencia mezcladas tienen todos los gestos viriles del amor. Por fin sus manos se apartaron.

Las dos puertas se volvieron a cerrar. May continuaba escuchando, como si hubiese esperado que se cerrase, a su vez, una tercera puerta que no existía la boca abierta y blanda, borracha de pesadumbre, dando a entender que, si le había hecho señas de que saliese solo, era porque pensaba realizar así el último, el único gesto que pudiera decidirle a llevarla.

Apenas Kyo había andado cien pasos, cuando encontró a Katow.

—¿Chen no está ahí?

Señalaba con el dedo a la casa de Kyo.

—No.

—¿No sabes, en absoluto, dónde está?

—No. ¿Por qué?

Katow parecía tranquilo; pero aquel semblante, como de jaqueca...

—Chiang Kaishek tiene varios autos. Chen no lo sabe. O la policía está prevenida, o desconfía. Si no se le avisa, se va a dejar tomar preso y a arrojar sus bombas para nada. Lo estoy buscando desde hace mucho tiempo, ¿sabes? Las bombas debían ser arrojadas a la una. Nada se ha hecho: lo sabríamos.

—Debía obrar en la avenida de las Dos Repúblicas. Lo más acertado sería pasarse por casa de Hemmelrich.

Katow se fue allá rápidamente.

—¿Llevas el cianuro? —le preguntó Kyo, en el momento en que se volvía.

—Sí.

Los dos, y otros varios jefes revolucionarios, llevaban cianuro en la hebilla plana de su cinturón, que se abría como una caja.

La separación no había tranquilizado a Kyo. Por el contrario, May era más fuerte en la calle desierta —después de haber cedido— que frente a él, oponiéndose a su marcha. Entró en la ciudad china, no sin darse cuenta de ello, aunque con indiferencia. «¿Habré vivido como una mujer a la que se protege?...» ¿Con qué derecho ejercía su lamentable protección sobre la mujer que hasta había accedido a que partiese? ¿En nombre de qué la abandonaba? ¿Estaba seguro de que aquello no constituía una venganza? Sin duda, May estaba aún sentada en el lecho, aplastada por una pena que no necesitaba de psicología...

Volvió sobre sus pasos, corriendo.

La habitación de los fénix estaba vacía: su padre había salido, y May continuaba en la habitación. Antes de abrir, se detuvo, anonadado por la fraternidad de la muerte, descubriendo cuánto, ante aquella comunión, quedaba la carne irrisoria, a pesar de su arrebatado.

Ahora comprendía que acceder a llevar al ser a quien se ama hacia la muerte, constituye, quizá, la forma total del amor, la que no puede ser sobrepasada.

Abrió.

Ella se echó precipitadamente el abrigo sobre los hombros, y le siguió sin decir nada.

3 y media

Desde hacía mucho tiempo, Hemmelrich contemplaba sus discos sin compradores. Llamaron, según la señal convenida.

Abrió. Era Katow.

—¿Has visto a Chen?

—¡Remordimiento ambulante! —gruñó Hemmelrich.

—¿Qué?

—Nada. Sí; lo he visto. De una a dos. ¿Por qué?

—Tengo absoluta necesidad de verlo. ¿Qué es lo que ha dicho?

Desde otra habitación, un grito del chico llegó hasta ellos, seguido de unas confusas palabras de la madre, que se esforzaba por acallararlo.

—Ha venido con dos compañeros. Uno de ellos es Suen. Al otro no lo conozco. Un tipo con gafas, como todo el mundo. De aspecto noble. Con carteras bajo el brazo, ¿comprendes?

—Por eso necesito encontrarlo, ¿ves?

—Me preguntó si podía permanecer aquí durante tres horas.

—¡Ah, bueno! ¿Dónde está?

—¡Cierra el pico! Escucha lo que se te dice. Me preguntó si podía quedarse aquí. Yo no he accedido. ¿Entiendes?

Silencio.

—Te he dicho que no he accedido.

—¿Adónde puede haber ido?

—No ha dicho nada. Como tú. El silencio se prodiga hoy...

Hemmelrich estaba de pie, en medio de la habitación, con el cuerpo encogido y la mirada casi de odio. Katow dijo, tranquilamente, sin mirarle:

—Te insultas demasiado a ti mismo. Por eso tratas de, que te insulten para poder defenderte.

—¿Qué es lo que puedes comprender tú? ¿Y qué diablos puede importarte? No me mires así, con los pelos como de cresta de gallo y las manos abiertas, como Jesucristo, para que se te introduzcan en ellas los clavos...

Sin cerrar las manos, Katow las dejó caer en el hombro de Hemmelrich.

—¿Sigue mal eso, allá arriba?

—Menos. Pero ya es demasiado. ¡Pobre chico!... Con su delgadez y su enorme cabeza, parece un conejo desollado... Suelta...

El belga se desasí brutalmente, se detuvo y luego se dirigió al extremo de la habitación, con un movimiento extrañamente pueril, como si se enojase.

—Y lo peor —dijo— no es sólo eso. No; no adoptes la actitud de un sujeto que siente picazón y que se retuerce con movimientos torpes: no he denunciado a Chen a la policía. ¡Vamos! Todavía no, al menos...

Katow se encogió de hombros, con tristeza.

—Más valiera que te explicases.

—Yo quería ir con él.

—¿Con Chen?

Katow estaba seguro ahora de que no lo encontraría.

Hablaba con la voz tranquila y cansada de los que han sido golpeados. Chiang Kaishek no volvía hasta la noche, y Chen ya no podía intentar nada antes.

Hemmelrich señaló con el pulgar por encima de su hombro, en la dirección en que había venido el grito del niño.

—Ahí está. Ahí está. ¿Qué mierda quieres que haga yo?

—Esperar...

—A que el chico se muera, ¿no? Óyelo bien: durante la mitad del día, lo deseo. Y, si ocurre, desearé que continúe, *que no se muera*, aunque siga enfermo, incurable...

—Ya sé...

—¿Qué? —pronunció Hemmelrich, indignado—. ¿Qué es lo que sabes? Tú que ni siquiera estás casado.

—He estado casado.

—Hubiera querido verlo. Con tu tipo... No; no son para nosotros, todos esos pequeños baños para coitos ambulantes, que se ven pasar por la calle...

Comprendió que Katow pensaba en la mujer que velaba al niño, allá arriba.

—Abnegación, sí. Hace todo lo que puede. Lo demás, lo que no tiene, es precisamente para los ricos. Cuando veo a algunos que tienen el aspecto de amarse, me dan ganas de romperles la cara.

—La abnegación es mucho... La única cosa necesaria es no estar solo.

—Y por eso es por lo que te quedas aquí, ¿no? ¿Para ayudarme?

—Sí.

—¿Por lástima?

Pero Katow no encontraba la palabra. Quizá no existiese. Trató de explicarse de una manera indirecta.

—He conocido eso, o algo semejante. Y también tu especie de... rabia... ¿Cómo quieres que se comprendan las cosas, como no sea por medio de los recuerdos?... Por eso no puede ofenderme.

Se había aproximado, y hablaba con la cabeza hundida entre los hombros, con su voz que omitía algunas sílabas, mirándole con el rabillo del ojo. Ambos, así, con la cabeza baja, presentaban el aspecto de prepararse para un combate, en medio de los discos. Pero Katow sabía que él era el más fuerte, aunque ignoraba cómo. ¿Acaso eran su voz, su calma, su amistad misma las que obraban?

—Un hombre a quien no se le da un pito de nada, si encuentra realmente la abnegación, el sacrificio o cualquiera de esos trucos, está perdido.

—¡Sin bromas! ¿Qué es lo que hace entonces?

—Sadismo —respondió Katow, mirándole tranquilamente.

El grillo. Unos pasos, en la calle, se perdían poco a poco.

—El sadismo con alfileres —continuó— es raro; con las palabras está lejos de serlo. Pero si la mujer lo acepta de un modo absoluto; si es capaz de ir más allá... Conocí a un sujeto que cogió y se jugó el dinero que su compañera había economizado durante algunos años para ir a un sanatorio. Cuestión de vida o muerte. Lo perdió. (En estos casos se pierde siempre.) Volvió hecho pedazos, absolutamente aplastado, como tú en este momento. Ella le vio acercarse al lecho. Lo comprendió todo en seguida, ¿sabes? ¿Y luego, qué? Trató de consolarle...

—Más fácil es —dijo Hemmelrich, con lentitud— consolar a los demás que consolarse uno a sí mismo.

Y levantando los ojos, de pronto:

—¿Eras tú, ese sujeto?

—¡Basta! —Katow golpeó con el puño en el mostrador—. Si hubiera sido yo, habría dicho que era yo, y no otra cosa. —Pero su ira se extinguió inmediatamente—. Yo no he hecho tanto, si es necesario hacer tanto... Si no se cree en nada, *sobre todo* porque no se cree en nada, está uno obligado a creer en las cualidades del corazón, cuando se las encuentra: eso se cae de su peso. Y eso es lo que tú haces. Sin la mujer y el chico, habrías partido; estoy seguro de ello. Y...

—Y como no existimos más que para esas cualidades cardíacas, nos comen. Puesto que no hay más remedio que ser devorado... Pero todo eso son puñeterías. No se trata de tener razón. No puedo soportar el haber echado a Chen a la calle, ni tampoco hubiera podido soportar el retenerlo.

—No hay que pedir a los camaradas más que lo que pueden hacer. Quiero camaradas, y no santos. No tengo confianza en los santos...

—¿Es verdad que tú acompañaste voluntariamente a aquellos sujetos a las minas de plomo?

—Yo estaba en el campo —dijo Katow, cohibido—. Las minas y el campo, por allá se iban...

—Por allá se iban... No es verdad.

—¿Tú qué sabes?

—¡No es verdad! Y tú hubieras admitido a Chen.

—Yo no tengo hijos...

—Me parece que me sería menos... difícil hasta la idea de que me lo matasen si no estuviera enfermo... Yo soy muy bruto. La verdad es que yo soy muy bruto. Y quizá no sea siquiera trabajador. Además... Me hago el efecto de un farol de gas en el que se mease todo el mundo.

Señaló de nuevo el piso de encima con un movimiento de su rostro aplastado, porque el niño gritaba otra vez, Katow no se atrevía a decir: «La muerte te va a dejar libre.» Había sido la muerte la que le había libertado a él. Desde que Hemmelrich había comenzado a hablar, el recuerdo de su mujer se hallaba entre ellos. Cuando había vuelto de Siberia sin esperanzas, vencido, con sus estudios de medicina truncados, convertido en obrero de una fábrica y seguro de que moriría antes de ver la revolución, se había justificado tristemente un resto de existencia, haciendo sufrir a una obrerita que le amaba. Pero apenas ésta había aceptado los dolores que él le infligía cuando, seducido por cuanto de conmovedor tiene el cariño del ser que sufre hacia el que le hace sufrir, no había vivido más que para ella, continuando, por costumbre, la acción revolucionaria, pero llevando a ella la obsesión del cariño sin límites oculta en el corazón de aquella oleada idiota. Durante horas y horas le acariciaba los cabellos y permanecían acostados juntos durante todo el día. Ella había muerto, y, luego... Aquello, sin embargo, quedaba entre Hemmelrich y él. No era bastante.

Con las palabras, no podía hacer casi nada; pero, más allá de las palabras, estaba lo que expresan los gestos, las miradas, la misma presencia. Sabía, por experiencia, que el peor sufrimiento está en la soledad que lo acompaña. Expresarlo también libera; pero pocas palabras son menos conocidas por los hombres que las de sus dolores profundos. Expresarse mal o mentir proporcionaría a Hemmelrich un nuevo impulso para desprenderse: sufría, sobre todo, a causa de sí mismo. Katow le miró sin fijar en él la mirada, con tristeza —conmovido, una vez más, al comprobar cuan poco numerosos y torpes son los gestos del aféelo viril.

—Es preciso que lo comprendas sin que yo te diga nada — pronunció—. No hay nada que decir.

Hemmelrich levantó la mano y la dejó caer de nuevo, pesadamente, como si no hubiera podido elegir más que entre la tristeza y la absurdidad de su vida. Pero permanecía enfrente de Katow, absor-to.

«Bien pronto podré salir otra vez en busca de Chen», pensaba Katow.

Las seis

—El dinero fue remitido ayer —dijo Ferral al coronel, vestido de uniforme, esta vez—. ¿Dónde estamos?

—El gobernador militar ha enviado al general Chiang Kaishek una nota muy larga para que le diga lo que debe hacer en caso de su-blevación.

—¿Quiere estar a cubierto?

El coronel miró a Ferral por encima de la nube del ojo y respondió, solamente:

—Aquí está la traducción.

Ferral leyó el documento.

—Hasta tengo la respuesta —dijo el coronel.

Le tendió una foto: por encima de la firma de Chiang Kaishek, había dos caracteres.

—¿Eso qué quiere decir?

—*Fusilad.*

Ferral contempló, en la pared, el mapa de Shanghai, con grandes manchas rojas que indicaban las masas de obreros y de miserables —las mismas—. «Tres mil hombres de las guardias sindicales — pensaba—, y quizá trescientos mil detrás; pero, ¿se atreverá a mo-verse? Al otro lado, Chiang Kaishek y el ejército...»

—¿Va a comenzar a fusilar a los jefes comunistas, antes de toda sublevación? —preguntó.

—Seguramente. No habrá sublevación: los comunistas están casi desarmados, y Chiang Kaishek tiene sus tropas. La 1.^a división está en el frente: era la única peligrosa.

—Gracias. Adiós.

Ferral iba a casa de Valeria. Un *boy* le esperaba al lado del chófer, con un mirlo dentro de una gran jaula dorada sobre las rodillas. Valeria le había rogado a Ferral que le llevase aquel pájaro. En cuanto su auto estuvo en marcha, sacó del bolsillo una carta y la releyó. Lo que temía desde hacía un mes se producía: sus créditos americanos iban a ser cortados.

Los pedidos del Gobierno General de la Indochina no bastaban ya a la actividad de las fábricas creadas para un mercado que debía extenderse de mes en mes y que disminuía de día en día: las empresas industriales del Consorcio tenían déficit. Los precios de las acciones, mantenidos en París por los bancos de Ferral y por los grupos financieros franceses que le eran adictos, y, sobre todo, por la inflación, desde la estabilización del franco, descendían sin cesar. Pero los bancos del Consorcio sólo eran fuertes por los beneficios de sus plantaciones —esencialmente de las sociedades de caucho—. El plan Stevenson⁴ había elevado de 16 a 112 el precio del caucho. Ferral, productor por medio de sus *haveas* de Indochina, se había beneficiado con el alza sin tener que restringir su producción, puesto que sus negocios no eran ingleses. Así, pues, los bancos americanos, sabiendo, por experiencia, cuánto costaba aquel plan a América, principal consumidor, habían abierto de buen grado unos créditos, garantizados con las plantaciones. Pero la producción indígena de las Indias Neerlandesas y la amenaza de plantaciones americanas en Filipinas, en el Brasil y en Liberia producían, a la sazón, el desmoronamiento de los precios del caucho; los bancos americanos cesaban, pues, en sus créditos por las mismas razones por las cuales antes los habían concedido. Ferral quedaba

⁴ Restricción de la producción de caucho en todo el Imperio británico (principal productor del mundo), destinada a aumentar su precio, que había llegado a ser inferior al costo de fábrica.

afectado a la vez por el crac de la única materia prima que le hubiera sostenido —si se hubiese hecho abrir unos créditos, habría especulado, no con el valor de su producción, sino con el de las plantaciones mismas—; por la estabilización del franco, que hacía bajar a todos sus títulos (una cantidad de los cuales pertenecía a sus bancos, resueltos a fiscalizar el mercado), y por la supresión de sus créditos americanos. Y no ignoraba que, en cuanto esta suspensión fuese conocida, todos los compradores provincianos de París y de Nueva York tomarían posiciones ante la baja de sus títulos; posiciones demasiado seguras... No podía ser salvado más que por razones morales; en consecuencia, sólo por el gobierno francés.

La proximidad de la quiebra trae a los grupos financieros una conciencia intensa de la nación a la cual pertenecen. Acostumbrados a ver «despojar el ahorro», los gobiernos no gustan de verse despojar de sus esperanzas: un ahorro que, con la tenaz esperanza del jugador, piensa recuperar algún día su dinero perdido, es un ahorro consolado a medias. Érale, pues, difícil a Francia abandonar el Consorcio y después el Banco Industrial de China. Pero para que Ferral pudiese pedirle ayuda, era necesario que no estuviese sin esperanza; era preciso, ante todo, que fuese aniquilado el comunismo en China. Dueño Chiang Kaishek de las provincias, se llevaría a efecto la construcción del ferrocarril chino; el empréstito previsto era de tres mil millones de francos, lo que suponía muchos millones de francos papel. Seguramente, no recibiría sólo el pedido de material, si bien tampoco defendía ahora sólo a Chiang Kaishek; pero ello supondría un bonito juego. Además, los bancos americanos temían el triunfo del comunismo; su caída modificaría su política. Como francés, Ferral disponía en China de privilegios: «no era cosa de que el Consorcio no participase en la construcción del ferrocarril». A fin de conseguirlo, estaba autorizado para pedir al gobierno una ayuda que éste prefería a un nuevo crac: sus créditos eran americanos; sus depósitos y sus acciones eran franceses. Sus cartas no podían ganar todas durante un período de crisis china aguda; pero, del mismo modo que el plan Stevenson había asegurado a tiempo la vida del Consorcio, así la victoria del Kuomintang

debía asegurarlo hoy. La estabilización del franco había jugado contra él; la caída del comunismo chino jugaría para él...

¿No haría durante toda su vida más que esperar al paso, para aprovecharse de su fuerza, aquellos empujones de la economía mundial que comenzaban como ofrendas y acababan como cabezazos en el vientre? Aquella noche, cualquiera que fuese la resistencia, la victoria o la derrota, se sentía dependiente de todas las fuerzas del mundo. Pero tenía a aquella mujer, de la que no dependía, sino que dependería ahora mismo de él; la confesión de sumisión de aquel rostro poseído, como una mano aplicada sobre sus ojos, le ocultaría las enrevesadas sujeciones sobre las cuales buscaba su vida. Había vuelto a verla en algunos salones (hacía sólo tres días que había regresado a Kioto), retenido e irritado siempre ante la repulsa de toda sumisión con que ella estimulaba su deseo, si bien había accedido a dormir con él aquella noche. En su necesidad limitada de ser preferido —se admira más fácilmente y más totalmente de un sexo al otro—, si la admiración se hacía insegura, recurría al erotismo para reanimarla. Por eso había observado a Valeria mientras copulaba con ella: hay mucha certidumbre en los labios hinchados por el placer. Detestaba la coquetería, sin la cual Valeria ni siquiera hubiera existido ante sus ojos: lo que en ella se oponía a él, irritaba más su sensualidad. Todo ello muy turbio, pues necesitaba imaginarse en su puesto, en cuanto comenzaba a tocar su cuerpo, que excitaba su sensación aguda de posesión. Pero un cuerpo conquistado tenía de antemano para él más atractivo que un cuerpo entregado —más atractivo que cualquier otro cuerpo.

Abandonó su coche y entró en el *Astor*, seguido del *boy*, que llevaba su jaula en la extremidad del brazo, con dignidad. Había sobre el suelo millares de sombras: las mujeres cuyo amor no le interesaba —y un adversario vivo: la mujer por quien quería ser amado—. La idea de posesión total se había fijado en él, y su orgullo llamaba a un orgullo enemigo, como el jugador apasionado llama a otro jugador para el combate, y no la paz. Al menos la partida aquella noche estaba bien formada, puesto que, desde luego, iban a acostarse juntos.

Desde el hall, un empleado europeo se aproximó a él y le dijo:

—La señora Serge ha encargado se diga al señor Ferral que no volverá esta noche, pero que ese caballero le explicará.

Desconcertado, Ferral contempló a «aquel caballero», sentado de espaldas, junto a un biombo. El hombre se volvió: era el director de uno de los bancos ingleses, que, desde hacía un mes, cortejaba a Valeria. A su lado, detrás del biombo, un *boy* sostenía, no menos dignamente que el de Ferral, un mirlo en una jaula. El inglés se levantó, aturdido, y estrechó la mano de Ferral, diciéndole:

—Debería usted explicarme caballero...

Comprendieron ambos que habían sido burlados. Se contemplaban, entre la sonrisa burlona de los *boys* y la gravedad, demasiado grande para ser natural, de los empleados blancos. Era la hora del cocktail, y todo Shanghai estaba allí... Ferral se sentía en el mayor de los ridículos: el inglés era casi un muchacho.

Un desprecio tan intenso como la cólera que lo inspiraba compensó instantáneamente la inferioridad que le era impuesta. Se sintió rodeado de la verdadera estupidez humana, la que se adhiere y pesa sobre las espaldas; los seres que le contemplaban eran los más odiosos cretinos de la tierra. Sin embargo, ignorando lo que sabían, los suponía al corriente de todo, y, frente a su ironía, se sentía aplastado por una parálisis de intenso odio.

—¿Es para un concurso? —preguntaba su *boy* al otro.

—No sé.

—El mío es un macho.

—Sí. El mío, una hembra.

—Debe ser para eso.

El inglés se inclinó ante Ferral y se dirigió al portero. Éste le entregó la carta. La leyó, llamó a su *boy*, sacó de su cartera una tarjeta de visita, la colocó en la jaula, dijo al portero: «Para la señora Serge», y salió.

Ferral se esforzaba por reflexionar y por defenderse. Ella le había herido en su punto más sensible, como si le hubiese saltado los ojos durante el sueño: le negaba. Lo que podía pensar, hacer, o querer, no existía. Aquella escena era ridícula, y nada haría que no

lo fuese. Él sólo existía en el mundo de los fantasmas, y era él, precisamente él, quien resultaba befofo. Y, para colmo —porque no pensaba en una consecuencia, sino en una sucesión de derrotas, como si la rabia le hubiese vuelto un masoquista—: para colmo, no se acostaría con ella. Cada vez más ávido de vengarse en aquel cuerpo irónico, permanecía allí, solo, frente a aquellos brutos y ante su *boy* indiferente, con la jaula en el extremo del brazo. Aquel pájaro era un constante insulto. Pero era preciso, ante todo, quedarse. Pidió un cocktail, encendió un cigarrillo; luego, permaneció inmóvil, ocupado en quebrar, dentro del bolsillo de la americana, la cerilla entre los dedos. Su mirada descubrió una pareja. El hombre tenía el encanto que ofrece la unión de los cabellos grises y un semblante juvenil; la mujer, gentil, un poco de *almacén*, lo contemplaba con un reconocimiento amoroso, hecho de ternura o de sensualidad. «Lo ama —pensó Ferral, con envidia—. Y, sin duda, será cualquier oscuro cretino, que quizá dependa de uno de mis negocios...» Mandó llamar al portero.

—Tiene usted una carta para mí. Démela.

El portero, asombrado, aunque siempre respetuoso, le alargó la carta.

¿Sabe usted, querido, que las mujeres persas, cuando son atacadas por la ira, zurren a sus maridos con sus babuchas erizadas de clavos? Son irresponsables. Y luego, ¿no es así?, vuelven a la vida ordinaria, a aquella en la que llorar con un hombre no las compromete, sino en la que acostarse con él las liberta —¿cree usted?—; la vida en la que se «tiene» a las mujeres. Yo no soy una mujer que se tiene, un cuerpo imbécil en el que usted encuentre su placer, mintiéndole como a los niños y a los enfermos. Usted sabe muchas cosas, querido, pero quizá se muera sin haberse dado cuenta de que una mujer es también un ser humano. Siempre he encontrado (quizá no encuentre nunca más que a ellos, pero tanto peor; ¡no puede usted suponerse cuántas veces digo tanto peor!) hombres que han hallado encantos en mí, que se han tomado un trabajo harto conmovedor por poner en práctica mis locuras; pero que sabían muy bien unirse a sus amigos en cuanto se trataba de

verdaderas cosas humanas (salvo, naturalmente, para ser consolados). Mis caprichos los necesito, no sólo para agradarle, sino incluso para que usted me entienda, cuando hablo; mi encantadora locura, sepa usted lo que vale: se parece a su ternura. Si el dolor hubiera podido nacer de la presa que quería usted hacer de mí, ni siquiera lo habría usted reconocido...

He conocido a bastantes hombres para saber lo que hay que pensar de los caprichos: ninguna cosa deja de tener importancia para un hombre, en cuanto compromete su orgullo, y el placer es una palabra que permite hartarse de ella lo más pronto y con la mayor frecuencia. Me niego, por tanto, a ser un cuerpo, como usted a ser un talonario de cheques. Usted obra conmigo como las prostitutas con usted: «Habla, pero paga...» Soy también ese cuerpo que usted quiere que sea solamente: lo sé. No siempre me es fácil defenderme contra la idea que se tiene de mí. Su presencia me aproxima a mi cuerpo con disgusto, como la primavera me aproxima a él con júbilo. A propósito de la primavera, que se divierta usted mucho con los pájaros.

Y, desde luego, la próxima vez, deje usted tranquilos a los interruptores de la luz.

Se afirmaba que Ferral había construido carreteras, transformado un país y arrancado a los *paillottes* de los campos de millares de campesinos cobijados en chozas de palastro ondulado alrededor de sus fábricas —como los feudales, como los delegados de imperio—; en su jaula, el mirlo parecía reírse de él. La fuerza de Ferral, su lucidez, la audacia que había transformado la Indochina y cuyo peso abrumador acababa de hacerle sentir la carta de América, se reflejaban en aquel pájaro ridículo, como el universo entero que se mofase incontestablemente de él. «Tanta importancia concedida a una mujer.» No era de la mujer de lo que se trataba. Ella no era más que una venda arrancada: él se había lanzado con toda su fuerza contra los límites de su voluntad. Hecha vana su excitación sexual, alimentaba su cólera y le arrojaba en la hipnosis asfixiante donde el ridículo invoca a la sangre. Nadie se venga con rapidez más que en los cuerpos. Clappique le había referido la historia sal-

vaje de un jefe afgano, cuya mujer había vuelto, violada por un jefe vecino, con esta inscripción: «Te devuelvo a tu mujer; no está tan bien como dicen», y el cual, habiendo cogido al violador, le había atado delante de la mujer desnuda para arrancarle los ojos, diciéndole: «Tú la has visto y la has despreciado; pero puedes jurar que no volverás a verla nunca.» Se imaginó en la habitación de Valeria, ésta atada sobre el lecho, gritando hasta llegar a los sollozos tan próximos a los gritos de placer, fuertemente amarrada, retorciéndose bajo la posesión del sufrimiento, puesto que no lo hacía bajo la posesión del sexo... El portero esperaba. «Se trata de permanecer impasible, como ese idiota, a quien, sin embargo, me dan ganas de propinarle un par de bofetadas.» El idiota no sonreía por nada del mundo. Sería para más tarde. Ferral dijo: «Vuelvo dentro de un instante.» No pagó su cocktail, dejó su sombrero y salió.

—A casa del mejor vendedor de pájaros —dijo al chófer.

Estaba muy cerca. Pero el almacén se hallaba cerrado.

—En la ciudad china —dijo el chófer—, haber calles vendedores de pájaros.

—Ve.

Mientras el auto avanzaba, se instalaba en la imaginación de Ferral la confesión leída en cualquier libro viejo de medicina, de una mujer loca por el deseo de ser flagelada, citándose por carta con un desconocido y descubriendo con espanto que quería huir en el instante mismo en que, echada sobre la cama del hotel, el hombre, armado de un látigo, paralizaba totalmente su brazo bajo sus faldas levantadas. El rostro era invisible; pero se lo atribuía a Valeria. ¿Detenerse en el primer burdel chino que encontrase? No; ninguna carne le libraría del orgullo sexual escarnecido, que le desolaba.

El auto tuvo que detenerse ante las alambradas. Enfrente, la ciudad china, muy oscura, muy poco segura. Tanto mejor. Ferral abandonó el auto e hizo pasar su revólver al bolsillo de la americana, esperando cualquier ataque: se mata lo que se puede.

La calle de los vendedores de animales estaba dormida; tranquilamente, el *boy* llamó en el primer postigo gritando «Comprador»; los comerciantes temían a los soldados. Cinco minutos después, abrían; en la magnífica sombra roja de las tiendas chinas, alrededor de una linterna, algunos saltos ahogados de gatos o de monos, y luego unas sacudidas de alas anunciaron el despertar de los animales. En la sombra, unas manchas alargadas, de un rosa sordo: papagayos atados a unas estacas.

—¿Cuánto valen todos esos pájaros?

—¿Los pájaros solamente? Ochocientos dólares.

Era un comerciante modesto, que no poseía pájaros raros. Ferral sacó su talonario de cheques, vaciló: el comerciante querría dinero. El *boy* comprendió: «Es el señor Ferral —dijo—; el auto está allá.» El comerciante salió, vio los faros del auto, arañados por las alambradas.

—Bueno.

Aquella confianza, prueba de su autoridad, exasperaba a Ferral; su fuerza, evidente hasta en el conocimiento de su nombre por aquel vendedor, era absurda, puesto que no podía recurrir a ella. Sin embargo, el orgullo, ayudado por la acción en que se enfrascaba y por el aire frío de la noche, volvía en su ayuda: cólera o imaginaciones sádicas se disgregaban en náuseas, aunque sabía que no había acabado con ellas.

—Tengo también un canguro —dijo el comerciante.

Ferral se encogió de hombros. Pero ya llegaba un muchacho, despertado también, con el canguro en brazos. Era un animal muy pequeño, velludo, que contempló a Ferral con ojos de cierva espantada.

—Bueno.

Nuevo cheque.

Ferral volvió con lentitud hacia el auto. Ante todo, era preciso que si Valeria refería la historia de las jaulas —no dejaría de hacerlo— bastara que refiriera el final para escapar al ridículo. El comerciante, el muchacho, el *boy* llevaban las pequeñas jaulas, las colocaban

en el auto y volvían en busca de otras; por fin, llevaron los últimos animales, el canguro y los papagayos, encerrados en unas jaulas redondas. Más allá de la ciudad china sonaron algunos disparos. Muy bien: cuanto más se batieran, más valdría aquello. El auto regresó, bajo los ojos estupefactos del puesto de guardia.

En el *Astor*, Ferral mandó llamar al director.

—Haga el favor de subir conmigo a la habitación de la señora Serge. Está ausente, y quiero prepararle una sorpresa.

El director disimuló su asombro y más aún su reprobación: el *Astor* dependía del Consorcio. La única presencia de un blanco, a quien hablaba Ferral, le redimía de su universo humillado, le ayudaba a volver entre «los otros»; el comerciante chino y la noche le habían dejado en su obsesión; no se había librado totalmente de ella ahora; pero por lo menos, ya no le dominaba ella sola.

Cinco minutos después, mandaba colocar las jaulas en la habitación. Todos los objetos preciosos se hallaban alineados en los armarios, uno de los cuales no estaba cerrado. Cogió de encima de la cama un pijama, para echarlo en el armario; pero apenas hubo tocado la seda tibia, le pareció que aquella tibieza, a través de su brazo, se comunicaba a todo su cuerpo, y que la tela que estrujaba había recubierto exactamente los senos: los vestidos, los pijamas, colgados en el armario entreabierto, retenían en sí algo más sensual, quizá, que el cuerpo mismo de Valeria. Estuvo a punto de hundir su rostro en aquel pijama y oprimir o desgarrar, como si los hubiese penetrado, aquellos vestidos, saturados aún de su presencia. Si hubiera podido llevarse el pijama, lo habría hecho. En el instante mismo en que el pijama abandonaba la mano, la leyenda de Hércules y de Onfalia invadió su imaginación —Hércules, vestido de mujer, con telas arrugadas y tibias como aquéllas, humillado y satisfecho de su humillación—. En vano invocó las escenas sádicas que hacía poco se le habían impuesto: el hombre golpeado por Onfalia y por Deyanira pesaba sobre todos sus pensamientos y le anegaba en un goce humillado. Dio un paso hacia adelante. Tocó su revólver en el bolsillo: si ella hubiera entrado en aquel momento, sin duda la habría matado. Sus pasos se debilitaron más allá de la puerta: la mano de Ferral cambió de bolsillo y sacó nervio-

samente el pañuelo. Necesitaba obrar, no importaba cómo, para reponerse. Hizo soltar los papagayos; pero los pájaros, temerosos, se refugiaron en los rincones y entre las cortinas. El canguro había saltado sobre el lecho, y allí permanecía. Ferral apagó la lámpara principal y no dejó más que la del velador: rosados, blancos, con los magníficos movimientos de alas curvas y suntuosas de los fénix de la Compañía de Indias, los papagayos comenzaron a volar, con un ruido de vuelo torpe e inquieto.

Aquellas cajas llenas de pajaritos agitados, atravesadas sobre todos los muebles, por el suelo y en la chimenea, le molestaban. Indagó por qué, y no lo adivinó. Salió. Volvió a entrar y lo comprendió en seguida: la habitación parecía devastada. ¿Escaparía a la idiotez aquella noche? A pesar suyo, había dejado allí la imagen esplendente de su ira.

—Abre las jaulas —dijo al *boy*.

—La habitación se ensuciará, señor Ferral.

—La señora Serge se mudará. Esté usted tranquilo, que no será esta noche. Ya me enviará usted la cuenta.

—¿Flores, señor Ferral?

—Nada más que pájaros. Y que nadie entre aquí; ni siquiera los criados.

Las ventanas estaban protegidas, contra los mosquitos, por una tela metálica. Los pájaros no se escaparían. El director abrió los cristales para que la habitación no oliese.

Entonces, sobre los muebles y las cortinas y en los rincones del techo, los pájaros de las islas revoloteaban, mates en aquella débil luz, como los de los frescos chinos. Había ofrecido por odio a Valeria su más lindo regalo... Apagó; volvió a encender; apagó; volvió a encender. Empleaba para ello el interruptor de la lámpara del lecho: recordó, de pronto, la última noche pasada en su casa con Valeria. Sintió deseos de arrancar el interruptor para que ella no pudiese emplearlo nunca —con cualquiera que fuese—. Pero no quería dejar allí ninguna huella de su cólera.

—Llévate las jaulas vacías —dijo al *boy*—. Mándalas quemar.

—Si la señora Serge pregunta quién ha enviado los pájaros — pronunció el director, que contemplaba a Ferral con admiración—, ¿debemos decírselo?

—No preguntará. Está firmado.

Salió. Era preciso que se acostase con una mujer aquella noche. Sin embargo, no tenía ganas de ir inmediatamente al restaurante chino. Estar seguro de que unos cuerpos se hallaban a su disposición, le bastaba —provisionalmente—. Con frecuencia, cuando una pesadilla le despertaba sobresaltado, se sentía presa del deseo de reanudar el sueño, a pesar de la pesadilla que volvería a encontrar en él, y, al mismo tiempo, del de librarse de ella, despertándose por completo; el sueño era la pesadilla, pero era *él*; el despertar era la paz, pero era el mundo. El erotismo, aquella noche, era la pesadilla. Se decidió, por fin, a despertarse, y se hizo conducir al Círculo francés: hablar, restablecer las relaciones con un ser, aunque no fuese más que las de una conversación, constituían el más seguro despertar.

El bar estaba lleno: época de desórdenes. Muy cerca de la puerta entreabierta, con una esclavina de lana cruda sobre los hombros, solo y casi aislado, Gisors se hallaba sentado ante un cocktail dulce; Kyo había telefoneado que todo marchaba bien, y su padre había ido al bar en busca de las noticias del día, con frecuencia absurdas, pero, a veces, significativas: no lo eran entonces. Ferral se dirigió hacia él, por entre los saludos. Conocía la naturaleza de sus enseñanzas, pero no les concedía importancia alguna. Ignoraba que Kyo estuviese entonces en Shanghai. Consideraba humillante interrogar a Martial acerca de las personas, y el papel de Kyo no tenía ningún carácter público.

Todos aquellos idiotas que le miraban con una tímida reprobación creían que estaba unido al viejo por el opio. Error. Ferral fingía fumar —una o dos pipas—, y siempre menos de las que hubiera necesitado para experimentar la acción del opio—, porque veía en la atmósfera del fumar y en la pipa que pasa de una boca a otra un medio de acción sobre las mujeres. Como tenía horror a la corte que debía hacer y al cambio con que pagaba su importancia conce-

did a una mujer lo que ésta le proporcionaba en placer, se enfrascaba en todo cuanto le dispensaba de ello.

Era un gusto más complejo el que le había impulsado algunas veces a acudir a Pekín, al lado del viejo Gisors. El placer del escándalo, en primer término. Además, no quería ser sólo el presidente del Consorcio; quería ser distinto de su acción —medio de creerse superior a ella—. Su afición casi agresiva al arte, al pensamiento y al cinismo, que él llamaba lucidez, constituía una defensa: Ferral no procedía ni de las «familias» de los grandes establecimientos de créditos, ni del Movimiento General de Fondos, ni de la Inspección de hacienda. La dinastía de Ferral estaba demasiado unida a la historia de la República, para que pudiese considerársele como un provinciano; pero no dejaba de ser un aficionado, cualquiera que fuese su autoridad. Demasiado hábil para tratar de colmar el foso que le rodeaba, lo ensanchaba. La gran cultura de Gisors; su inteligencia, siempre al servicio de su interlocutor; su desdén hacia los convencionalismos; sus «puntos de vista», casi siempre singulares, que Ferral no tenía inconveniente en atribuirse cuando lo había abandonado, le aproximaban, más aún que todo aquello cuanto los separaba: con Ferral, Gisors no hablaba de política más que en el plano de la filosofía. Ferral decía que tenía necesidad de la inteligencia, y, cuando no la encontraba, era verdad.

Miró a su alrededor: en el momento mismo en que se sentó, casi todas las miradas se volvieron. Aquella noche, de buena gana se hubiera casado con su cocinera, aunque no hubiera sido más que para imponérsela a aquella multitud.

Que todos aquellos idiotas juzgasen lo que él hacía, le exasperaba; cuanto menos los viera, mejor: propuso a Gisors irse a beber a la terraza, frente al jardín. A pesar del fresco, los *boys* habían sacado fuera algunas mesas.

—¿Cree usted que se puede conocer (conocer) a un ser vivo? —preguntó a Gisors.

Se instalaban cerca de una lamparita cuyo halo se perdía en la oscuridad, que llenaba poco a poco la bruma.

Gisors lo miró. «No tendría afición a la psicología, si pudiera imponer su voluntad.»

—¿Una mujer? —preguntó.

—¿Qué importa?

—El pensamiento que se dedica a elucidar a una mujer tiene algo de erótico... Querer conocer a una mujer, ¿no es cierto?, siempre supone una manera de poseerla o de vengarse de ella...

Una mujer pública, en la mesa próxima, decía a otra:

—No se me hace eso tan fácilmente. Voy a decirte: es una mujer que está celosa de mi perro.

—Creo —continuó Gisors— que el recurrir al espíritu intenta compensar esto: el conocimiento de un ser es un sentimiento negativo; el sentimiento positivo, la realidad, es la angustia de permanecer siempre extraño para aquel a quien se ama.

—¿Se ama alguna vez?

—El tiempo hace desaparecer, a veces, esa angustia; sólo el tiempo. No se conoce nunca a un ser; pero, a veces, se deja de sentir que se le ignora (pienso en mi hijo, ¿verdad?, y también en... otro muchacho). Conocer por medio de la inteligencia constituye la tentación vana de prescindir del tiempo...

—La función de la inteligencia no consiste en prescindir de las cosas.

Gisors le miró.

—¿Qué entiende usted por inteligencia?

—¿En general?

—Sí.

Ferral reflexionó.

—La posesión de los medios de dominar a las cosas o a los hombres.

Gisors sonrió imperceptiblemente. Cada vez que formulaba aquella pregunta, su interlocutor, cualquiera que fuese, respondía con el retrato de su deseo. Pero la mirada de Ferral tornóse de pronto más intensa.

—¿Sabe usted cuál era el suplicio infligido por la ofensa de la mujer al amo, aquí, bajo los primeros imperios? —preguntó.

—Pues bien: había varios, ¿no es eso? Parece ser que el principal consistía en atarla sobre una armadía, con las manos y las muñecas cortadas y los ojos saltados, y...

Mientras hablaba, Gisors observaba la atención creciente y quizá la satisfacción con que Ferral le escuchaba.

—... dejarlas descender a lo largo de aquellos interminables ríos, hasta que se morían de hambre o de agotamiento, con sus amantes amarrados a su lado, sobre la misma armadía...

—¿Sus amantes?

¿Cómo tal distracción podía conciliarse con aquella atención, con aquella mirada? Gisors no podía adivinar que, en el espíritu de Ferral, no existía el amante; pero ya éste se había recobrado.

—Lo más curioso —continuó— es que aquellos códigos feroces parecen haber sido redactados, hacia el siglo iv, por unos sabios que eran humanos y buenos, según lo que conocemos acerca de sus vidas privadas...

—Sí; sin duda, eran unos sabios.

Gisors contempló aquel rostro anguloso, con los ojos cerrados, iluminados desde abajo por la lamparita, con un efecto de luz sobre el bigote. Disparos a lo lejos. ¿Cuántas vidas se decidirían en la bruma nocturna? Contemplaba aquella faz, ásperamente distendida sobre una humillación procedente del fondo del cuerpo y del espíritu, defendiéndose contra ella con esa fuerza irrisoria que es el rencor humano; el odio de los sexos estaba por encima de ella, como si, de la sangre que continuaba corriendo sobre aquella tierra, ya saciada, hubieran debido renacer los más antiguos odios.

Nuevos disparos, muy próximos esta vez, hicieron temblar los vasos sobre la mesa.

Gisors estaba acostumbrado a los disparos, que todos los días llegaban de la ciudad china. A pesar del aviso telefónico de Kyo, éstos, de pronto, le inquietaron. Ignoraba la extensión del papel político desempeñado por Ferral; pero aquel papel no podía ser

ejercido más que al servicio de Chiang Kaishek. Consideró natural estar sentado a su lado —él no se encontraba nunca «comprometido», ni siquiera con respecto a sí mismo—; pero cesó de desear el acudir en su ayuda. Nuevos disparos, más lejanos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No sé. Los jefes azules y rojos han llevado a efecto juntos una gran proclamación de unión. Esto parece que va a arreglarse.

«Miente —pensó Gisors—; está, por lo menos, tan bien informado como yo.»

—Con rojos o azules —decía Ferral—, los *coolies* no dejarán de ser *coolies*; a menos que queden muertos. ¿No considera usted como una estupidez característica de la especie humana que un hombre que no tiene más que una vida se arriesgue a perderla tan sólo por una idea?

—Es muy raro que un hombre pueda soportar (¿cómo diré yo?) su condición de hombre...

Pensó en una de las ideas de Kyo: todo aquello por lo cual los hombres aceptan dejarse matar, más allá del interés, tiende, más o menos confusamente, a justificar esa condición, fundiéndola en dignidad: cristianismo para el esclavo, nación para el ciudadano, comunismo para el obrero. Pero no tenía gana de discutir las ideas de Kyo con Ferral. Volvió a éste:

—Siempre hay que intoxicarse: este país tiene el opio; el Islam, el haschich; el Occidente, la mujer... Quizá el amor sea, sobre todo, el medio que emplea el occidental para emanciparse de su condición de hombre...

Bajo sus palabras, se deslizaba una contracorriente confusa y oculta de figuras: Chen y el crimen; Clappique y su locura; Katow y la revolución; May y el amor; él mismo 1 y el opio... Sólo Kyo, para él, se resistía a aquellos dominios.

—Muchas menos mujeres se acostarían —respondió Ferral—, si pudiesen obtener en la posición vertical las frases de admiración de que tienen necesidad y que exigen en el lecho.

—¡Y cuántos hombres!

—Pero el hombre puede y debe negar a la mujer: el acto, sólo el acto justifica la vida y satisface al hombre blanco. ¿Qué pensaríamos si se nos hablase de un gran pintor que no hiciera cuadros? Un hombre es la suma de sus actos, de los que ha *hecho* y de los que puede hacer. Yo no soy lo que tal hombre o cual mujer considera como modelo de mi vida; yo soy mis carreteras, mis...

—Sería preciso que las carreteras fuesen hechas.

Desde los últimos disparos, Gisors se había propuesto no fingirse el justificador.

—Si no por usted, ¿verdad?, por otro. Es como si un general dijese: con mis soldados, puedo ametrallar la ciudad. Pero si fuese capaz de ametrallarla, no sería general... no se hace uno general más que saliendo de Saint-Cyr. Además, los hombres son, quizá, indiferentes al poder... Lo que los fascina ante esa idea, ya ve usted, no es el poder real; es la ilusión del buen placer. El poder del rey es gobernar, ¿no es cierto? Pero el hombre no tiene deseo de gobernar: siente el deseo de dominar; usted lo ha dicho. De ser más que hombre, en un mundo de hombres. Escapar a la condición humana, le decía yo. No poderoso, sino todopoderoso. La enfermedad quimérica cuya justificación intelectual no es más que la voluntad de potencia, es la voluntad de deidad: todo hombre sueña con ser un dios.

Lo que decía Gisors confundía a Ferral; pero su inteligencia no estaba preparada para acogerle. Si el viejo no le justificaba, no le libraría ya de su obsesión.

—En su opinión, ¿por qué los dioses no poseen a los mortales más que bajo formas humanas o bestiales?

Como si la hubiese visto, Gisors sintió que una sombra se instalaba al lado de ellos. Ferral se había levantado.

—Tiene usted necesidad de comprometer lo esencial de usted mismo para sentir más violentamente su existencia —dijo Gisors, sin mirarle.

Ferral no adivinaba que la penetración de Gisors procedía de que reconocía en sus interlocutores fragmentos de su propia persona, y

que su retrato más sutil se hubiera hecho reuniendo sus ejemplos de perspicacia.

—Un dios puede poseer —continuó el viejo, con una sonrisa de convencimiento—, pero no puede conquistar. El ideal de un dios, ¿verdad?, es convertirse en hombre sabiendo que volverá a encontrar su poder; y el sueño del hombre, convertirse en dios sin perder su personalidad...

Decididamente, tenía que acostarse con una mujer. Ferral se marchó.

«Curioso caso de engaño por añadidos —pensaba Gisors—. En el orden erótico, se diría que se concibe, esta noche, como la concebiría un pequeño burgués romántico.» Cuando, poco después de la guerra, Gisors había entrado en contacto con las potencias económicas de Shanghai, no poco se había asombrado de ver que la idea que se formaba acerca del capitalista no correspondía a nada. Casi todos los que encontró entonces habían fijado su vida sentimental, bajo una u otra forma —y casi siempre bajo la del matrimonio—; la obsesión que hace el gran hombre de negocios, cuando no es un intercambiable heredero, se acomoda mal a la dispersión erótica. «El capitalismo moderno —explicaba a sus discípulos— es mucho más voluntad de organización que de poderío...»

Ferral, en el auto, pensaba que sus relaciones con las mujeres eran siempre las mismas y absurdas. Quizá hubiera amado en otro tiempo. En otro tiempo. ¿Qué psicólogo, borracho perdido, había tenido la ocurrencia de llamar amor al sentimiento que ahora envenenaba su vida? El amor es una obsesión exaltada; sus mujeres le obsesionaban, sí —como un deseo de venganza—. Iba a hacerse juzgar entre las mujeres, él, que no aceptaba ningún juicio. La mujer que le hubiese admirado en la entrega de sí misma, a la que él no hubiese combatido, no habría existido para él. Condenado a las coquetas o a las putas. Poseía los cuerpos. Afortunadamente. Si no... «Morirá usted, querido, sin haberse dado cuenta de que una mujer es un ser humano...» Para ella, quizá; para él, no. ¡Una mujer, un ser humano! Es un descanso, un viaje, un enemigo.

Tomó, al pasar, una cortesana, en una de las casas de Nanking Road: una muchacha de semblante gracioso y dulce. A su lado en

el auto, con las manos prudentemente apoyadas en su cítara, tenía el aspecto de una estatuilla Tang. Llegaron, por fin, a su casa. Subió las escaleras delante de ella, haciéndose pesado su paso, de ordinario apresurado. «Vamos a dormir», pensaba... El sueño era la paz. Había vivido, combatido y creado; bajo todas aquellas apariencias, en lo más profundo, encontraba esa sola realidad, ese goce de abandonarse a sí mismo, de dejarse en la playa como el cuerpo de un compañero ahogado, a aquel ser —él mismo— cuya vida había que inventar de nuevo todos los días. «Dormir es la única cosa que he deseado siempre, en el fondo, desde hace tantos años.»

¿Qué esperar, mejor que un soporífero, de la joven cuyas babuchas, detrás de él, sonaban, a cada paso que daba en un peldaño de la escalera? Entraron en el salón de fumar; una pequeña habitación con divanes cubiertos por un tapiz de Mongolia, hecho más bien para la sensualidad que para el sueño. En las paredes, una gran aguada del primer período de Kama, un estandarte tibetano. La mujer dejó su cítara sobre un diván. En la bandeja, los instrumentos antiguos, con mangos de jade ornamentales y poco prácticos, propios del que no los emplea. La joven tendió la mano hacia ellos: él la detuvo con un gesto. Un disparo lejano hizo temblar las agujas sobre la bandeja.

—¿Quiere usted que cante?

—Ahora no.

Contemplaba su cuerpo, manifiesto y oculto, a la vez, por el vestido de seda malva con que iba vestida. La sabía estupefacta; no era costumbre acostarse con una cortesana sin que hubiese cantado, hablado y servido la mesa o preparado las pipas. ¿Para qué, si no, dirigirse a las prostitutas?

—¿No quiere usted tampoco fumar?

—No. Desnúdate.

Negaba su dignidad, lo sabía. Sintió deseos de exigirle que se quedase completamente desnuda; pero ella se habría negado. No había dejado encendida más que una lamparilla. «El erotismo —pensó— es la humillación en uno mismo o en el otro, y quizá en ambos. *Unaidea*, con toda evidencia...» Además, estaba excitante así, con

la ajustada camisa china; pero apenas se hallaba excitado, o quizá no lo estaba más que por la sumisión de aquel cuerpo que Se esperaba, en tanto que él no se movía. Su placer brotaba de que se pudiese en el puesto de la otra, estaba claro: de la otra, dominada; dominada por él. En definitiva, no copulaba nunca más que consigo mismo, pero no podía lograrlo más que con la condición de no estar solo. Ahora comprendía lo que Gisors no había hecho más que sospechar: sí; su voluntad de potencia no alcanzaba jamás su objeto, no vivía más que de renovarlo; pero si nunca en su vida había poseído, poseería, a través de aquella china que le esperaba, la única cosa de la cual estaba ávido: él mismo. Necesitaba los ojos de los demás para verse, los sentidos de otro para sentirse. Contempló la pintura tibetana, fija allí, sin que supiese demasiado por qué: sobre su campo descolorido, por donde erraban unos viajeros, dos esqueletos exactamente iguales se estrechaban con ansia.

Se aproximó a la mujer.

10 y media

«Con tal que el auto no tarde...», pensó Chen. En la oscuridad completa, no habría sido tan seguro su golpe, y los últimos reverberos iban muy pronto a apagarse. La noche desolada de la China de los arrozales y de los pantanos había ganado la avenida, casi abandonada. Las luces turbias de las *villas* de bruma pasaban por las rendijas de los postigos entreabiertos, a través de los cristales tapados, e iban apagándose una a una. Los últimos reflejos se adherían a los rieles mojados y a los aisladores telegráficos; se debilitaban de minuto en minuto; bien pronto Chen ya no los vio más que en los carteles verticales cubiertos de caracteres dorados. Aquella noche de bruma era su última noche y se hallaba satisfecho de ello. Iba a saltar con el coche, en un relámpago circular que iluminaría por un segundo un haz de sangre. La leyenda china más antigua se impuso en él: los hombres son los gusanos de la tierra. Era preciso que el terrorismo se volviese místico. Soledad, desde luego: que el terrorismo decidiese por sí solo y ejecutase solo; toda

la fuerza de la policía está en la delación; el criminal que obra solo no corre el riesgo de denunciarse a sí mismo. Soledad última, porque le es difícil al que vive fuera del mundo encontrar a los suyos. Chen conocía las objeciones opuestas al terrorismo: represión policiaca contra los obreros y llamamiento al fascismo. La represión no podía ser más violenta, ni el fascismo más evidente. Y acaso Kyo y él no pensasen para los mismos hombres. No se trataba de mantener en su clase, para emanciparlos, a los mejores hombres aniquilados, sino de dar un sentido a su mismo aniquilamiento, que cada uno se instituyese responsable y juez: de la vida de su amo. Dar un sentido inmediato al individuo sin esperanza y multiplicar los atentados, no por una organización, sino por una idea: hacer que renaciesen los mártires. Pei, escritor, sería escuchado, porque él, Chen, iba a morir: sabía con qué fuerza pesa sobre todo pensamiento la sangre vertida por él. Todo lo que no fuese su gesto resuelto, se descomponía en la noche, tras de la cual permanecía emboscado aquel automóvil que llegaría bien pronto. La bruma, alimentada por el vapor de los navíos, destruía poco a poco, en el fondo de la avenida, las aceras, aún no vacías: algunos transeúntes atareados marchaban por ellas uno detrás de otro, sobrepasándose rara vez, como si la guerra hubiese impuesto a la ciudad un orden todopoderoso. El silencio general de su marcha hacía su agitación casi fantástica. No llevaban paquetes ni canasta, ni empujaban los cochecitos; aquella noche, parecía que su actividad no tuviese finalidad alguna. Chen contemplaba todas aquellas sombras que se deslizaban, sin hacer ruido, hacia el río, con un movimiento inexplicable y constante. ¿No era el Destino mismo aquella fuerza que le impulsaba hacia el fondo de la avenida, donde el arco encendido de muestras, apenas visibles frente a las tinieblas del río, parecía la puerta misma de la muerte? Hundidos en perspectivas turbias, los enormes caracteres se perdían en aquel mundo trágico y suave como en los siglos, y, del mismo modo que si hubiera llegado, no del estado mayor, sino de los tiempos búdicos, la bocina militar del auto de Chiang Kaishek comenzó a resonar sordamente en el fondo de la calzada, casi desierta. Chen oprimió la bomba bajo el brazo, con gratitud. Sólo los faros salían de la bruma. Casi inmediatamente, precedido por el Ford de la guardia, apareció el coche

entero; una vez más pareció a Chen que avanzaba extraordinariamente de prisa. Tres *pousses* obstruyeron, de pronto, la calle, y los dos autos aminoraron la marcha. Trató de recuperar el control de su respiración. Ya el obstáculo se había dispersado. El Ford pasó, y el auto llegaba: un hermoso coche americano, flanqueado por dos policías amarrados a los estribos; daba tal impresión de fuerza, que Chen sintió que, si no avanzaba, si esperaba, se apartaría a pesar suyo. Cogió la bomba por el asa, como una botella de leche. El auto del general estaba a veinte metros, enorme. Corrió hacia él, con un júbilo de extático, y se arrojó encima con los ojos cerrados.

Volvió en sí algunos segundos más tarde: no había sentido ni oído el crujir de los huesos que esperaba; había zozobrado en un globo deslumbrador. No tenía chaqueta. En su mano derecha sustentaba un trozo del capote, lleno de barro o de sangre. A algunos metros, un montón de restos rojos, una superficie donde brillaba un último reflejo de luz de vidrios acumulados, unos... ya no distinguía más: adquiriría la conciencia del dolor, que en menos de un segundo, fue más allá de la conciencia. Ya no veía claro. Sentía, sin embargo, que aquel lugar estaba desierto. ¿Temerían los policías una segunda bomba? Sufría con toda su carne, con un sufrimiento ni siquiera localizable: ya no era más que sufrimiento. Se acercaban. Recordó que debía coger su revólver. Intentó alcanzar el bolsillo de su pantalón. No tenía bolsillo, ni pantalón, ni pierna, sino carne triturada. El otro revólver estaba en el bolsillo de la camisa. El botón había saltado. Asió el arma por el cañón, la volvió sin saber cómo y soltó, por instinto, el seguro con el pulgar. Abrió por fin los ojos. Todo daba vueltas, de una manera lenta e inconcebible, en un círculo muy grande; y, sin embargo, sólo existía el dolor. Un policía estaba muy cerca. Chen quiso preguntar si Chiang Kaishek había muerto, pero quería enterarse de ello en el otro mundo: en este mundo, aquella misma muerte le era indiferente.

Con toda su fuerza, el policía le volvió, de un puntapié en las costillas. Chen aulló, disparó hacia adelante, al azar, y la sacudida hizo más intenso aún aquel dolor que creía sin fondo. Iba a desvanecerse o a morir. Hizo el más terrible esfuerzo de su vida, y llegó a introducir en la boca el cañón del revólver. Previendo la nueva sacudida, más dolorosa aún que la precedente, no se movía ya.

Con una furiosa patada, otro policía crispó todos sus músculos: disparó, sin darse cuenta.

PARTE QUINTA

Las 11 y 15

A través de la bruma, el auto se introdujo en la larga avenida enarenada que conducía a una casa de juego. «Tengo tiempo de subir —pensó Clappique—, antes de ir al *Black-Cat*.» Se había propuesto no faltar a la cita de Kyo, a causa del dinero que esperaba de él, y porque quizá aquella vez no iba a prevenirle, sino a salvarle. Había obtenido sin trabajo los informes que Kyo le había pedido: los indicadores sabían que para las once estaba previsto un movimiento de tropas especiales de Chiang Kaishek, y que todos los comités comunistas quedarían cercados. Ya no se trataba de decir: «La reacción es inminente», sino: «No piense usted esta noche en ningún comité.» No había olvidado que Kyo tenía que marcharse antes de las once y media. Aquella noche, pues, tendría alguna reunión comunista, que Chiang Kaishek pretendería impedir. Lo que sabían los policías era algunas veces falso; pero la coincidencia resultaba demasiado evidente. Una vez prevenido, Kyo podía hacer que se suspendiera la reunión, o, si ya fuese demasiado tarde, no acudir a ella. «Si me da cien dólares, quizá tenga bastante dinero: cien y los ciento diecisiete adquiridos esta tarde por las vías simpáticas y uniformemente ilegales, doscientos diecisiete... Pero tal vez no tenga nada: esta vez no hay armas a la vista. Tratemos, primero, de desenvolvernos solos.» El auto se detuvo. Clappique, vestido de smoking, entregó dos dólares. El chófer, descubriéndose, le dio las gracias, con una ancha sonrisa; la carrera costaba un dólar.

—Esta liberalidad va encaminada a que te puedas comprar un sombrero hongo.

Y, con el índice levantado, anunciador de verdad:

—He dicho: hongo. El chófer partía de nuevo.

—Porque, desde el punto de vista plástico, que es el de todos los buenos espíritus —continuaba Clappique, plantado en medio de la grava—, este personaje exige un buen sombrero *hongo*.

El auto había partido. No se dirigía más que a la noche, y, como si ésta le hubiese respondido, el perfume de los bojés y de los evónimos subió del jardín. Aquel perfume amargo era Europa. El barón se palpó el bolsillo derecho, y, en lugar de su cartera, sintió su revólver: la cartera estaba en el bolsillo izquierdo. Miró las ventanas, no iluminadas, apenas distintas. «Reflexionemos...» Sabía que sólo se esforzaba por prolongar aquel instante, en el que el juego no estaba aún entablado, en el que la huida era aún posible. «Pasado mañana, si ha llovido, habrá aquí este olor, y tal vez esté yo muerto... ¿Muerto? ¿Qué digo? ¡Qué locura! ¡Ni una palabra! Yo soy inmortal.» Entró y subió al primer piso. Un ruido de fichas y la voz del *croupier* parecían elevarse y descender de nuevo, con los extractos de humo. Los *boys* dormían; pero los detectives de la policía privada, con las manos en los bolsillos de la americana (la derecha extendida sobre el Colt), adosados a los umbrales de las puertas o paseando con indolencia, no dormían. Clappique llegó al gran salón; en una bruma de tabaco, donde brillaban confusamente las rocallas del muro, unas manchas alternas —negro de smokings y blanco de espaldas— se inclinaban sobre el tapete verde.

—*Hello*, Toto! —gritaron unas voces.

El barón era con frecuencia Toto, en Shanghai. Sólo había ido al acaso, por acompañar a los amigos: no era jugador. Con los brazos abiertos tenía el aspecto de un buen padre que vuelve a encontrar con júbilo a sus hijos.

—¡Bravo! Estoy emocionado al poder agregarme a esta pequeña fiesta de familia...

Pero el *croupier* lanzó su bola; la atención abandonó a Clappique. Allí perdía su valor: los concurrentes no tenían necesidad de ser distraídos. Sus rostros estaban fijados por la mirada en aquella bola, sujetos a una disciplina absoluta.

Poseía ciento diecisiete dólares. Jugar sobre los números hubiera sido demasiado peligroso. Había elegido, de antemano, pares o impares.

—Unas simpáticas fichitas —dijo al distribuidor.

—¿De cuánto?

—De veinte.

Decidió jugar una ficha cada vez; siempre a los pares. Tenía que ganar, por lo menos, trescientos dólares.

Apuntó. Salió el 5. Había perdido. Aquello no tenía importancia ni interés. Apuntó de nuevo, también a los pares. El 2: había ganado. De nuevo. El 7: perdido. Luego, el 9: perdido. El 4: ganado. El 3: perdido. El 7, el 1: perdido. Perdía ochenta dólares. No le quedaba más que una ficha.

Su última jugada.

La lanzó con la mano derecha; ya no movía la izquierda, como si la inmovilidad de la bola estuviese fija en aquella mano, unida a ella. Y, sin embargo, aquella mano le atraía hacia sí mismo. Se acordó, de pronto: no era la mano lo que le estorbaba, era el reloj, que llevaba en la muñeca. Las once y veinticinco. Le quedaban cinco minutos para encontrar a Kyo.

Durante la antepenúltima jugada, había estado seguro de ganar; y, aunque debiera perder, no podía perder tan de prisa. Había hecho mal en no conceder importancia a su primera pérdida: era, seguramente, de mal agüero. Pero casi siempre se gana en la última jugada, y los impares acaban de salir tres veces seguidas. Desde su llegada, no obstante, los impares salían con más frecuencia que los pares, puesto que perdía... ¿Qué resolver? ¿Cambiar y jugar a los impares? Pero algo le impulsaba ahora a permanecer pasivo, a soportar: le pareció que había ido tan sólo para eso. Todo gesto hubiera sido un sacrilegio. Dejó su puesta en los pares.

El *croupier* lanzó la bola. Partió blandamente, como siempre, y pareció vacilar. Desde el comienzo, Clappique no había visto salir todavía ni rojo ni negro. Aquellas casillas tenían entonces las mayores probabilidades. La bola continuaba su paseo. ¿Que no había

jugado rojo? La bola iba más despacio. Se detuvo en el 2. Había ganado.

Había que trasladar los cuarenta dólares al 7 y jugar el número. Era evidente: para lo sucesivo, debía abandonar la banda. Puso sus dos fichas, y ganó. Cuando el *croupier* arrojó hacia él catorce fichas y cuando él las tocó, descubrió con estupefacción que podía ganar; no era aquello una imaginación, una lotería fantástica de ganadores desconocidos. Le pareció, de pronto, que la banca le debía dinero; no porque había apuntado al número que ganaba, ni porque primeramente había perdido, sino desde toda la eternidad, a causa de la fantasía y de la libertad de su espíritu; porque aquella bola ponía a la casualidad a su favor para pagar todas las deudas de la suerte. Sin embargo, si jugaba de nuevo un número, perdería. Dejó doscientos dólares en los impares —y perdió.

Indignado, abandonó la mesa un instante y se aproximó a la ventana.

Fuera, la noche. Bajo los árboles, las luces rojas de las linternas en las traseras de los autos. A pesar de los cristales, oyó una gran confusión de voces y de risas, y, de pronto, sin distinguir las palabras, una frase pronunciada con entonación de cólera. Pasiones... Todos aquellos seres que atravesaban la bruma, ¿de qué vida imbécil y fofa vivían? Ni siquiera unas sombras: unas voces en la noche. Era en aquella sala donde la sangre fluía a la vida. Los que no jugaban no eran hombres. ¿Todo su pasado, no sería más que una prolongada locura? Volvió a la mesa.

Puso sesenta dólares en los pares, de nuevo. Aquella bola, cuyo movimiento iba a debilitarse, era un destino, y, desde luego, *su* destino. No luchaba contra una criatura, sino contra una especie de dios; y aquel dios, al mismo tiempo, era él mismo. La bola volvió a partir.

Recuperó en seguida el desnivel pasivo que buscaba: de nuevo le pareció tomar su vida y suspenderla de aquella bola irrisoria. Gracias a ella, saciaba a un tiempo, por primera vez, a los dos Clappiques que le formaban: el que quería vivir y el que quería ser destruido. ¿Para qué mirar el reloj? Relegaba a Kyo en un mundo de ensueño. Le parecía alimentar a aquella bola, no ya con jugadas,

sino con su propia vida —si no veía a Kyo, perdía toda posibilidad de encontrar dinero— y con la de otro; y, que aquel otro lo ignorase, prestaba a la bola, cuyas curvas se ablandaban, la vida de las conjunciones de los astros, de las enfermedades crónicas, de todo de cuanto los hombres creen pendiente su destino. ¿Qué tenía que ver con el dinero aquella bola, que vacilaba en los bordes de los agujeros, como un hocico, y por medio de la cual estrechaba él su propio destino, único medio que había encontrado para poseerse a sí mismo? ¡Ganar; no ya para irse, sino para quedarse, para arriesgar más, para que la apuesta de su libertad conquistada hiciese el gesto más absurdo aún! Apoyado sobre el antebrazo; sin mirar ya siquiera a la bola, que continuaba su camino, cada vez más lenta; temblándole los músculos de las pantorrillas y de los hombros, descubría el sentido mismo del juego, el frenesí de perder.

Casi todos perdían; el humo llenó la sala, al mismo tiempo que una distensión desolada de los nervios y el sonido de las fichas, recogidas por la raqueta. Clappique sabía que no había acabado. ¿Para qué conservar sus diecisiete dólares? Sacó el billete de diez y lo colocó en los pares.

Estaba de tal modo seguro de que perdería, que no lo había jugado todo —como para poder sentirse perder más tiempo—. En cuanto la bola comenzó a vacilar, su mano derecha la siguió, pero la izquierda permanecía quieta en la mesa. Ahora comprendía la vida intensa de los instrumentos de juego: aquella bola no era una bola como otra cualquiera —como esas que no se emplean para jugar— : la vacilación misma de su movimiento vivía. Aquel movimiento, a la vez ineluctible y blando, temblaba así porque unas vidas influían en él. Mientras la bola daba vueltas, ningún jugador entró en un alvéolo rojo, volvió a salir, erró aún, entró en el del número 9. Con su mano izquierda apoyada sobre la mesa. Clappique esbozó imperceptiblemente el ademán de querer arrancarla. Había perdido una vez más. Cinco dólares a los pares: la última ficha, de nuevo. La bola lanzada recorría grandes circunferencias, no viva todavía. El reloj, sin embargo, desviaba la mirada de Clappique. No lo llevaba sobre la muñeca, sino debajo, en el sitio donde se toma el pulso. Apoyó la mano de plano sobre la mesa, y llegó a no ver nada más que la bola. Descubría que el juego es un suicidio sin

muerte: le bastaba poner allí su dinero, contemplar aquella bola y esperar, como habría esperado después de haber ingerido un veneno; veneno renovado sin cesar, con el orgullo de tomarlo. La bola se detuvo en el 4. Había ganado.

La ganancia le fue casi indiferente. Sin embargo, si hubiera perdido... Ganó una vez más, y perdió otra vez. Le quedaban de nuevo cuarenta dólares; pero quería recuperar el desnivel de la última jugada. Las apuestas se acumulaban sobre el rojo, que no había salido desde hacía mucho tiempo. Aquella casilla, hacia la cual convergían las miradas de casi todos los jugadores, le fascinaba a él también; pero abandonar los pares le parecía abandonar el combate. Conservó los pares y puso los cuarenta dólares. Ninguna jugada valdría nunca lo que aquella. Kyo no se habría ido aún; quizá dentro de diez minutos, ya no podría, seguramente, atraparlo; pero, a la sazón, acaso aún lo consiguiera. Ahora, ahora se jugaba sus últimas monedas, su vida y la del otro: sobre todo, la del otro. Sabía que peligraba Kyo; era Kyo el que estaba encadenado a aquella bola y aquella mesa, y era él, Clappique, quien era aquella bola, dueña de todos y de él mismo —de él, que, sin embargo, la veía, viva como él jamás había vivido, fuera de él, agotado por una vergüenza vertiginosa.

Salió a la una: el «círculo» se cerraba. Le quedaban veinticuatro dólares. El aire de fuera le apaciguó, como el de un bosque. La bruma era mucho más débil que a las once. Quizá hubiera llovido: todo estaba mojado. Aunque no veía, en la oscuridad, los bojes y los evónimos, adivinaba su follaje sombrío por el olor amargo. «Es notable —pensó— que se haya dicho tantas veces que la sensación del jugador nace con la esperanza de la ganancia. Es como si se dijese que los hombres se batían en duelo para hacerse campeones de esgrima...» Pero la serenidad de la noche parecía haber disipado, con la niebla, todas las inquietudes y todos los dolores de los hombres. Sin embargo, sonaban descargas, a lo lejos. «Se ha comenzado a fusilar...»

Abandonó el jardín, esforzándose por no pensar en Kyo, y comenzó a caminar. Ya los árboles eran raros. De pronto, a través de lo que quedaba de bruma, apareció sobre la superficie de las cosas la

luz mate de la luna. Clappique levantó los ojos. La luna acababa de surgir de una playa desgarrada de nubes muertas, y derivaba con lentitud por un agujero inmenso, sombrío y transparente, como un lago con sus profundidades llenas de estrellas. Su luz, cada vez más intensa, prestaba a todas aquellas casas cerradas, en el abandono total de la ciudad, una vida extraterrestre, como si la atmósfera de la luna hubiese ido a instalarse de pronto en aquel gran silencio, con su claridad. Sin embargo, tras aquel decorado de astro muerto, había hombres. Casi todos dormían, y la vida inquietante del sueño armonizaba con aquel abandono de ciudad sumergida, como si recibiese, también ella, la vida de otro planeta. «En *Las mil y una noches*, hay pequeñas ciudades llenas de durmientes abandonadas desde hace muchos siglos, con sus mezquitas bajo la luna, las ciudades del desierto dormido. Lo cual no impediría, quizá, que yo reviente.» La muerte, su muerte misma, no era muy verdadera en aquella atmósfera tan poco humana, en la que se sentía intruso. ¿Y los que no dormían? «Hay los que leen. Los que se corroen. (¡Qué bella expresión!) Los que hacen el amor.» La vida futura vibraba tras todo aquel silencio. ¡Humanidad rabiosa, a la que nada podía librar de sí misma! El olor de los cadáveres de la ciudad china pasó con el viento que de nuevo se levantaba. Clappique tuvo que hacer un esfuerzo para respirar: volvía la angustia. Soportaba con más facilidad la idea de la muerte que su olor. Éste iba tomando posesión poco a poco de aquel decorado que escondía la locura del mundo bajo su apaciguamiento de eternidad, y, soplando siempre el viento, sin el menor silbido, la luna alcanzó la plaza opuesta y todo volvió a caer en las tinieblas. «¿Es un sueño?» Pero el terrible olor le restituía a la vida, a la noche ansiosa, en la que los reverberos, antes empañados por la niebla, ponían grandes redondeles sobre las aceras, donde la lluvia había desvanecido las pisadas.

¿Adónde ir? Vacilaba. No podría olvidar a Kyo, si trataba de dormir. Recorría, ahora, una calle de modestos bares, burdeles minúsculos con los letreros redactados en las lenguas de todas las naciones. Entró en el primero.

Se sentó junto a las vidrieras. Las tres camareras —una mestiza y dos blancas— estaban sentadas con unos clientes, uno de los cua-

les se disponía a marcharse. Clappique esperó y miró hacia afuera: nada; ni siquiera un marino. A lo lejos, unos tiros de fusil. Se sobresaltó, ex profeso: una sólida camarera rubia, liberada, iba a sentarse a su lado. «Un Rubens —pensó—; pero no perfecto: debe de ser de Jordaens. Ni una palabra...» Comenzó a dar vueltas a su sombrero con el índice, a toda velocidad, lo hizo saltar, volvió a cogerlo por los bordes con delicadeza y lo colocó sobre las rodillas de la mujer.

—Ten cuidado, querida amiga, de este sombrerito. Es único en Shanghai. Además, está domesticado...

La mujer se regocijó: era un bromista. Y la alegría prestó una vida súbita a su semblante, hasta entonces inexpresivo.

—¿Se bebe o se sube? —preguntó.

—Las dos cosas.

Trajo *Schiedam*. Constituía «una especialidad de la casa».

—¿Sin bromas? —preguntó Clappique.

Ella se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que me importe a mí eso?

—¿Te aburres?

Ella le miró. De los bromistas había que desconfiar. Sin embargo, pensándolo bien, iba solo, y no había nadie que pudiera reírse; verdaderamente, no parecía burlarse de ella.

—¿Qué otra cosa quieres que haga una, con una vida como ésta?

—¿Fumas?

—El opio es demasiado caro. Se puede mandar picar, desde luego; pero tengo miedo: con las agujas sucias se atrapan abscesos; y, si tiene una abscesos, la casa nos pone en la calle. Hay diez mujeres esperando una plaza. Además... «Flamenca», pensó... Le cortó la palabra.

—Se puede obtener opio que no sea demasiado caro. Yo pago del de dos dólares setenta y cinco.

—¿Tú eres del Norte, también?

Le dio una caja, sin responder. Ella estaba reconocida de encontrar a un compatriota y de aquel obsequio.

—Todavía es demasiado caro para mí... Pero éste no me habrá costado caro. Comeré esta noche.

—¿No te gusta fumar?

—¿Tú crees que tengo pipa? ¿Qué es lo que te imaginas?

Sonrió con amargura, satisfecha, no obstante. Pero la desconfianza habitual volvió.

—¿Por qué me la das?

—Déjalo... Eso me causa placer. He estado en «el centro»...

En efecto: no tenía el aspecto de «miché». Pero ya no estaba en «el centro», desde hacía mucho tiempo. (A veces, tenía necesidad de inventarse biografías completas, aunque pocas, cuando la sexualidad entraba en juego.) La mujer se acercó a él, sobre la banqueta.

—Sencillamente, procura ser amable: ésta será la última vez que me acueste con una mujer.

—¿Por qué?

Era de inteligencia lenta, pero no estúpida. Después de haber preguntado, comprendió.

—¿Te quieres matar?

No era el primero. Tomó entre sus manos la de Clappique, que estaba apoyada sobre la mesa, y se la besó, con un ademán torpe y casi maternal.

—Es una lástima...

—¿Y quieres subir?

Había oído decir que aquel deseo se les presentaba algunas veces a los hombres antes de la muerte. Pero no se atrevía a levantarse la primera: hubiera creído que le hacía su suicidio más cercano. Había conservado la mano entre las suyas. Aferrado a la banqueta, con las piernas cruzadas y los brazos pegados al cuerpo, como un insecto friolento, con la nariz hacia adelante, Clappique la contemplaba desde muy lejos, a pesar del contacto de los cuerpos. Aunque apenas había bebido, estaba ebrio de aquella mentira, de aquel ca-

lor, del universo ficticio que creaba. Cuando decía que iba a matarse, no se creía; pero puesto que ella lo creía, entraba en un mundo donde la verdad ya no existía. Aquello no era ni verdadero ni falso, sino vivido. Y, puesto que no existían en su pasado, que acababa de inventar, el gesto elemental y que se suponía tan próximo, en el cual se fundaban sus relaciones con aquella mujer, nada existía. El mundo había dejado de pesar sobre él. Libertado, ya no vivía más que en el universo novelesco que acababa de crear, fuerte por la unión que establece toda piedad humana ante la muerte. La sensación de embriaguez era tal, que su mano tembló. La mujer lo notó, y creyó que aquélla era la angustia.

—¿No hay medio de arreglar... eso?

—No.

El sombrero, colocado en una esquina de la mesa, parecía contemplarle con ironía. Lo trasladó a la banqueta, para no verlo.

—¿Historia de amor? —preguntó ella de nuevo.

Una descarga crepitó a lo lejos. «Como si no hubiera habido bastante con los que tenían que morir aquella noche», pensó.

Clappique se levantó sin haber respondido. Ella creyó que su pregunta le despertaba recuerdos. A pesar de su curiosidad, le dieron ganas de pedirle perdón; pero no se atrevió. Se levantó también. Deslizando la mano por debajo del mostrador, sacó un paquete (un inyector y unos paños) de entre dos frascos. Subieron.

Cuando salió —no se volvía, pero sabía que ella le seguía con la mirada, a través de las vidrieras—, ni su espíritu ni su sensualidad estaban saciados. Había vuelto la bruma. Después de un cuarto de hora de marcha (el aire fresco de la noche no le calmaba), se detuvo delante de un bar portugués. Los vidrios no estaban esmerilados. Separada de los clientes, una morena delgada, de ojos muy grandes, con las manos sobre los senos, como para protegerlos, contemplaba la noche. Clappique la miró sin moverse. «Soy como las mujeres, que no saben lo que un nuevo amante exigirá de ellas... Vamos a suicidarnos con ésta.»

En la baraúnda del *Black-Cat*, Kyo y May habían estado esperando.

Los últimos cinco minutos. Ya debieran haberse ido. A Kyo le extrañaba que no hubiera acudido Clappique (había reunido para él cerca de doscientos dólares), aunque no del todo: cada vez que Clappique obraba así, se parecía a sí mismo hasta tal punto, que sólo sorprendía a medias a los que le conocían. Kyo le había considerado en un principio como un extravagante bastante pintoresco; pero le estaba agradecido de que le hubiera avisado, e iba sintiendo poco a poco hacia él una simpatía real. Sin embargo, comenzaba a dudar del valor de la noticia que el barón le había transmitido, y el haber faltado a aquella cita le hacía dudar más aún.

Aunque el fox-trot no se había terminado, se produjo gran revuelo hacia un oficial de Chiang Kaishek, que acababa de entrar: unas parejas abandonaron el baile, se acercaron y, aunque Kyo no oyó nada, adivinó que se trataba de un acontecimiento capital. May se dirigía ya hacia el grupo. En el *Black-Cat*, una mujer era sospechosa de todo, y, por consiguiente, de nada. Volvió muy pronto.

—Una bomba ha sido arrojada al coche de Chiang Kaishek —le dijo, en voz baja—. Él no iba en el coche.

—¿Y el asesino? —preguntó Kyo.

May volvió al grupo, seguida de un sujeto que quería a toda costa que bailase con él, pero que la abandonó en cuanto vio que no estaba sola.

—Ha escapado —dijo.

—Deseémoslo...

Kyo sabía cuan inexactas eran casi siempre aquellas informaciones. Pero era poco probable que Chiang Kaishek hubiese sido muerto: la importancia de aquella muerte hubiera sido tal, que el oficial no la habría ignorado. «Nos enteraremos en el comité militar —dijo Kyo—. Vamos allá en seguida.»

Deseaba demasiado que Chen se hubiera evadido para dudarle plenamente. Que Chiang Kaishek estuviese aún en Shanghai o que ya hubiese salido para Nankín, el atentado frustrado daba una importancia capital a la reunión del comité militar. Sin embargo, ¿qué esperar de ella? Había transmitido la afirmación de Clappique, aquella tarde, a su Comité Central escéptico, que se esforzaba por serlo: aquel golpe confirmaba demasiado las tesis de Kyo para que su confirmación por él no perdiese su valor. Además, el comité representaba la unión, y no la lucha. Algunos días antes, el jefe político de los rojos y uno de los jefes de los azules habían pronunciado en Shanghai sendos discursos conmovedores. Y el fracaso de la toma de la concesión japonesa por la multitud, en Han-Kow, comenzaba a mostrar que los rojos estaban paralizados en la China central misma; las tropas manchúes marchaban sobre Han-Kow, que debería combatir las antes de que las de Chiang Kaishek... Kyo avanzaba entre la niebla, con May a su lado, sin hablar. Si los comunistas tenían que luchar aquella noche, apenas podrían defenderse. Entregadas o no sus últimas armas, ¿cómo combatirían, uno contra diez, en desacuerdo con las instrucciones del Partido Comunista chino, contra un ejército que les opondría sus cuerpos de voluntarios burgueses, armados a la europea y disponiendo de las ventajas del ataque? El mes anterior, toda la ciudad estaba unida por el ejército revolucionario: el dictador había representado al extranjero, y la ciudad era xenófoba; la inmensa burguesía modesta era demócrata, pero no comunista: el ejército, esta vez, estaba allí, amenazador, y no en fuga hacia Nankín; Chiang Kaishek no era el verdugo de febrero, sino un héroe nacional, salvo para los comunistas. Todos contra la policía, el mes anterior; los comunistas, contra el ejército, ahora. La ciudad permanecería neutral, y más bien favorable al general. Apenas podrían defender los barrios obreros; ¿Chapei, quizá? ¿Y luego?... Si Clappique se había equivocado; si la reacción tardaba un mes, el comité militar, Kyo y Katow organizarían doscientos mil hombres. Los nuevos grupos de encuentro, formados con comunistas convencidos, se encargaban de las uniones: pero se necesitaría, por lo menos, un mes para crear una organización lo bastante precisa para manejar las masas.

Y el problema de las armas continuaba en pie. Habría que saber, no si dos o tres mil fusiles deberían ser devueltos, sino cómo se armarían las masas, en el caso de un esfuerzo por parte de Chiang Kaishek. Mientras se discutiera, los hombres serían desarmados. Y, si el comité militar, de cualquier modo que fuese, exigía armas, el Comité Central, sabiendo que las tesis trotskistas atacaban a la unión con el Kuomintang, se espantaría ante toda actitud que pudiera parecer, con razón o sin ella, unida a la de la oposición rusa. Kyo comenzaba a ver en la bruma, todavía no disuelta —que le obligaba a caminar por la acera, por temor a los autos—, la luz turbia de la casa donde se reunía el comité militar. Bruma y noche opacas: tuvo que recurrir a su encendedor para conocer la hora. Llevaba algunos minutos de retraso. Resuelto a apresurarse, pasó el brazo de May por debajo del suyo. May se estrechó suavemente contra él. Después de haber dado algunos pasos, sintió en el cuerpo de May una sacudida y una flojedad súbitas: caía, resbalando, delante de él. «¡May!» Tropezó y cayó a cuatro pies, y, en el instante en que volvía a levantarse, recibió un mazazo dado con gran fuerza sobre la nuca. Volvió a caer hacia adelante, sobre ella, cuan largo era.

Tres policías que habían salido de una casa se unieron al que había golpeado. Un auto vacío estaba parado un poco; más lejos. Introdujeron en él a Kyo, y partieron, comenzando después a atarlo por el camino.

Cuando May volvió en sí (lo que Kyo había tomado por una sacudida, era un mazazo en la parte baja de la espalda), un piquete de soldados de Chiang Kaishek guardaba la entrada del comité militar; a causa de la bruma, no los distinguió hasta que estuvo muy cerca de ellos. Continuó andando en la misma dirección (apenas podía respirar y le dolía el golpe), y volvió lo más de prisa que pudo a casa de Gisors.

En cuanto supo que había sido arrojada una bomba contra Chiang Kaishek, Hemmelrich corrió en busca de noticias. Le habían dicho que el general había muerto y que el criminal había huido; pero, delante del auto retorcido, con la capota arrancada, vio el cadáver de Chen sobre la acera —pequeño y ensangrentado, todo mojado ya por la bruma—, guardado por un soldado sentado a su lado; y se enteró de que el general no iba dentro del auto. Absurdamente, le pareció que el haber negado asilo a Chen era una de las causas de su muerte; corrió a la Permanencia comunista de su barrio, desesperado, y se pasó allí una hora, discutiendo en vano acerca del atentado. Entró un camarada.

—La Unión de los hilanderos de Chapei, acaba de ser cerrada por los soldados de Chiang Kaishek.

—¿Los camaradas no se han resistido?

—Todos los que han protestado han sido fusilados inmediatamente. En Chapei se fusila también a los militantes o se prende fuego a sus casas... El Gobierno Municipal acaba de ser dispersado. Se cierran las uniones.

No había instrucciones del Comité Central. Los camaradas casados habían huido inmediatamente, para salvar a sus mujeres y a sus hijos.

En cuanto Hemmelrich hubo salido, oyó una descarga; corría el riesgo de ser reconocido; pero, ante todo, había que llevarse al chico y a la mujer. Por delante de él, pasaron entre la niebla dos autos blindados y camiones llenos de soldados de Chiang Kaishek. A lo lejos, continuaban las descargas; y otras, muy cerca.

No había soldados en la avenida de las Dos Repúblicas ni en la calle a la que su tienda hacía esquina. No: *no había* soldados. La puerta del almacén estaba abierta. Corrió hacia ella: en el suelo, había unos trozos de discos esparcidos, entre grandes manchas de sangre. La tienda había sido «barrida» por una granada, como una trinchera. La mujer estaba abatida sobre el mostrador, casi acurrucada, con el pecho del color de la herida. En un rincón, un brazo

del niño; la mano, así aislada, parecía aún más pequeña. «¡Con tal que hayan muerto!...», pensó Hemmelrich. Sentía miedo, ante todo, por una agonía a la cual tendría que asistir, impotente, bueno sólo para sufrir, como de costumbre —más por miedo mismo que por la presencia de aquellos anaqueles, acribillados de manchas rojas y de cascos de granada—. A través de la suela, sintió el suelo pegajoso. «Su sangre.» Permanecía inmóvil, sin atreverse ya a moverse, mirando, mirando... Descubrió, por fin, el cuerpo del niño, junto a la puerta que lo ocultaba. A lo lejos, explotaron dos granadas. Hemmelrich apenas respiraba, asfixiado por el olor de la sangre vertida. «No es cosa de enterrarlos...» Cerró la puerta con llave, y se quedó allí. «Si vienen y me reconocen, me matarán.» Pero no podía irse.

Sabía que sufría; pero un halo de indiferencia rodeaba su dolor, de esa indiferencia que sigue a las enfermedades y a los golpes recibidos en la cabeza. Ningún dolor le habría sorprendido: en definitiva, la suerte había realizado contra él, aquella vez, un golpe mejor que los otros. La muerte no le asombraba: era igual que la vida. La única cosa que le inquietaba era pensar que detrás de aquella puerta había tenido tanto sufrimiento como sangre había ahora. Sin embargo, aquella vez, el destino había obrado mal: arrancándole todo cuanto poseía aún, le libertaba.

Volvió a entrar y cerró la puerta. A pesar de su desolación, de aquella sensación de bastonazo bajo la nuca y de aquellos hombros sin fuerza, no podía apartar de su atención el júbilo atroz, pesado, profundo, de la liberación. Con horror y satisfacción, la oía subir dentro de sí, como un río interior, y aproximarse; los cadáveres estaban allí; sus pies, que se adherían al suelo, estaban empapados en su sangre; nada podía ser más irrisorio que aquellos asesinatos —sobre todo, el del niño enfermo: éste le parecía aún más inocente que la muerta—; pero, ahora, ya no era impotente. Ahora, podía matar, él también. Le había sido revelado, de pronto, que la vida no era el único medio de contacto entre los seres; que no era, siquiera, el mejor; que los conocía, los amaba y los poseía más en la venganza que en la vida. Sintió, una vez más, adherirse sus suelas, y vaciló: los músculos no eran ayudados por el pensamiento. Pero una exaltación intensa sacudía su espíritu, la más poderosa que

jamás había conocido; se abandonaba a aquella espantosa embriaguez con un entero consentimiento. «Se puede matar con amor. ¡Con amor, Dios mío!», repitió, golpeando en el mostrador con el puño, contra el universo quizá... Retiró inmediatamente la mano, con la garganta oprimida, en el límite de los sollozos; el mostrador también estaba ensangrentado. Miró la mancha, ya oscura, sobre su mano, que temblaba, sacudida como por un ataque de nervios: unas escamillas caían de ella. Reír, llorar, escapar a aquel pecho anudado, retorcido... Nada se movía, y la inmensa indiferencia del mundo se establecía con la luz inmóvil sobre los discos, sobre los muertos, sobre la sangre. La frase «Se arrancaban los miembros de los condenados con tenazas enrojecidas» subía y bajaba por su cerebro; no la conocía ya, desde que había salido de la escuela; pero presentía que significaba confusamente que debía partir, que debía arrancarse, él también.

Por fin, sin que supiese cómo, la marcha se hizo posible. Pudo salir, y comenzó a caminar con una euforia abrumada que ocultaba entre remolinos de un odio sin límites. A unos treinta metros, se detuvo. «He dejado la puerta abierta ante ellos.» Volvió sobre sus pasos. A medida que se aproximaba, sentía formársele los sollozos, anudársele más abajo de la garganta, en el pecho, y quedarse allí. Cerró los ojos y tiró de la puerta. La cerradura crujió: estaba cerrada. Reanudó su marcha. «Esto no ha terminado —gruñó mientras caminaba—. Empieza. Empieza...» Con los hombros hacia adelante, avanzaba, como un sirgador, hacia un país confuso, del cual sólo sabía que allí se mataba, llevando sobre sus hombros y en el cerebro el peso de todos sus muertos, que —¡por fin!— no le impedirían ya avanzar.

Con las manos temblorosas, castañeteándole los dientes, transportado por su terrible libertad, estuvo en diez minutos en la Permanencia. Era una casa de un solo piso. Detrás de las ventanas, habían sido colocados, sin duda, unos colchones: a pesar de la ausencia de persianas, no se veían los rectángulos luminosos en la niebla, sino sólo unas rayas verticales. La calma de la calle, casi una callejuela, era absoluta, y aquellas rayas luminosas adquirían la intensidad, a la vez mínima y aguda, de los puntos de ignición. Llamó. Se entreabrió la puerta: no le conocían. Detrás, cuatro mili-

tantes, con el máuser en la mano, le miraron al pasar. Como en las sociedades de insectos, el vasto corredor vivía con una vida de sentido confuso, pero de movimiento claro: todo procedía de la cueva; el piso estaba muerto. Aislados, los obreros instalaban en lo alto de la escalera una ametralladora que dominaba el corredor. No brillaba siquiera; pero llamaba la atención, como el tabernáculo en una iglesia. Unos estudiantes, y unos obreros corrían. Pasó por delante de las marañas de las alambradas (¿para qué podría servir aquello?); subió, rodeó la ametralladora y llegó al rellano. Katow salía de un despacho y le miró interrogativamente. Sin hablar, Hemmelrich extendió su mano ensangrentada.

—¿Herido? Hay vendajes abajo. ¿El chico está oculto?

Hemmelrich no podía hablar. Mostraba obstinadamente su mano, con un aspecto idiota. «Es sangre», pensaba. Pero no podía decirlo.

—Tengo un cuchillo —dijo, por fin—. Dame un fusil.

—No hay muchos fusiles.

—Unas granadas.

Katow vacilaba.

—¿Crees que tengo miedo, grandísimo idiota?

—Baja: granadas, hay en las cajas ¿Sabes dónde está Kyo?

—No lo he visto. He visto a Chen: está muerto.

—Ya lo sé.

Hemmelrich bajó. Con los brazos hundidos hasta los hombros, unos camaradas hurgaban en una caja abierta. La provisión, por tanto, tocaba a su fin. Los hombres, revueltos, se agitaban hacia la plena luz de las lámparas —no había tragaluces—, y el volumen de aquellos cuerpos abultados alrededor de la caja, encontrado después de las sombras que desfilaban bajo las bombillas veladas del corredor, le sorprendió, como si, ante la muerte, aquellos hombres tuviesen derecho, de pronto, a una vida más intensa que la de los demás. Se llenó los bolsillos y volvió a subir. Los otros, las sombras, habían terminado la instalación de la ametralladora y habían colocado las alambradas detrás de la puerta, un poco hacia atrás, para que pudiera abrirse: los campanillazos se repetían minu-

to a minuto. Miró por el ventanillo: la calle brumosa continuaba tranquila y vacía: los camaradas llegaban, informes en la niebla, como peces en el agua turbia, bajo la línea de sombra que proyectaban los tejados. Se volvía para ir en busca de Katow: a la vez, dos campanillazos precipitados, un disparo y el ruido de un ahogo; luego, la caída de un cuerpo.

—«¡Aquí están!» —gritaron, a la vez, varios guardianes de la puerta. El silencio cayó sobre el corredor, batido en sordina por las voces y por el ruido de las armas que subían desde la cueva. Los hombres llegaron a los puestos de combate.

Una y media

Clappique, cociendo su mentira, como otros su borrachera, avanzaba por el corredor de su hotel chino, donde los *boys*, adosados a una mesa redonda, debajo del cuadro de llamada, escupían granos de girasol alrededor de las salivaderas. Sabía que no dormiría. Abrió melancólicamente la puerta, arrojó su americana sobre el ejemplar familiar de los *Cuentos de Hoffmann* y se escanció whisky: solía ocurrir que el alcohol disipaba la angustia que algunas veces caía sobre él. Algo había cambiado en aquella habitación. Se esforzó por no pensar en ello: la ausencia inexplicable de ciertos objetos hubiera sido demasiado inquietante. Había conseguido escapar a casi todo aquello sobre lo que los hombres fundan su vida: amor, familia, trabajo; no al miedo. Éste surgía en él, como una conciencia aguda de su soledad; para rehuirlo, iba de ordinario al *Black-Cat*, el sitio más próximo, y se refugiaba en las que abren las piernas y el corazón, pensando en otra cosa. Era imposible, aquella noche; excedido, harto de mentira y de fraternidades provisionales... Se vio en el espejo, se acercó.

«Sin embargo, amigo mío —dijo al Clappique del espejo—, ¿para qué escapar, en el fondo? ¿Cuánto tiempo irá a durar todo eso aún? Has tenido una mujer: ¡bueno, bueno! Unas queridas, por el dinero; siempre podrás pensar en ello cuando tengas necesidad de unos

fantasmas para burlarte de ti. ¡Ni una palabra! Tienes unos dones, como dicen, de fantasía y todas las cualidades necesarias para ser un parásito: siempre podrás ser ayuda de cámara en casa de Ferral, cuando la edad te haya conducido a la perfección. También existe la profesión de gentilhombre alcahuete, la policía y el suicidio. ¿*Souteneur*?⁵ Todavía la manía de grandeza. Queda el suicidio, te digo. Pero tú no quieres morir. ¡Tú no quieres morir, marrano! Mira, en cambio, cómo tienes una de esas preciosas caras que tienen los muertos...»

Se acercó más aún, casi tocando con la nariz en el espejo; deformó su máscara, abriendo la boca, con una mueca de gárgola; y, como si la máscara le hubiese respondido:

«¿No puede morir cada uno de nosotros? Evidentemente: de todo tiene que haber en el mundo. ¡Bah! Cuando hayas muerto, irás al Paraíso. Pues sí que el buen Dios tendrá una compañía agradable con un tipo como el tuyo.»

Transformó su semblante, con la boca cerrada y estirada hacia el mentón y los ojos entreabiertos, como un samurai de carnaval. E inmediatamente, como si la angustia que las palabras no bastaban para traducir se hubiese expresado directamente en toda su potencia, comenzó a gesticular, transformándose en mono, en idiota, en espantado, en un individuo con un flemón, en todo lo grotesco que puede expresar el semblante humano. Aquello no bastaba; se sirvió de sus dedos, tirándose de los ángulos de los ojos, agrandándose la boca con la expresión de sapo, del hombre que ríe, aplastándose la nariz, tirándose de las orejas. Cada uno de aquellos semblantes le hablaba, le revelaba, de sí mismo, una parte oculta de la vida; aquel exceso de lo grotesco en la habitación solitaria, con la bruma de la noche amontonada en la ventana, tomaba la comicidad atroz y terrorífica de la locura. Oyó su risa —un solo sonido de voz, lo mismo que el de su madre—; y, descubriendo, de pronto, su semblante, retrocedió con terror, y se sentó, anhelante. Había un block de papel blanco y un lápiz sobre la butaca. Si continuaba así, acabaría, realmente, por volverse loco. Para defenderse del espantoso espejo, comenzó a escribir:

⁵ Chulo, en Madrid; canfinflero, en Buenos Aires.

«Acabarás siendo rey, mi buen Toto, Rey: bien caliente, en un confortable asilo de locos, gracias al delirium tremens, tu único amigo, si continúas bebiendo. Pero en este momento, ¿estás borracho, o no?... Tú, que te imaginas tan bien tantas cosas, ¿qué esperas para imaginarte que eres feliz? ¿Crees?...»

Llamaron.

Rodó a la realidad. Libertado, pero aturdido.

Llamaron de nuevo.

—Adelante.

Una capa de lana, un fieltro negro y unos cabellos blancos: el padre de Gisors.

—Pero yo... yo —murmuró Clappique.

—Kyo acaba de ser detenido —dijo Gisors—. Conoce usted a König, ¿verdad?

—Yo... Pero si yo no sirvo para nada...

Gisors le miró con cuidado. «Con tal de que no esté demasiado borracho...», pensó.

—¿Usted conoce a König? —repitió.

—Sí; yo, yo... lo conozco. Le he hecho... un favor. Un gran favor.

—¿Puede usted pedirle uno?

—¿Por qué no? ¿Pero, cuál?

—Mientras sea jefe de seguridad de Chiang Kaishek, König puede hacer que se ponga en libertad a Kyo. O por lo menos, impedir que sea fusilado: eso es lo más urgente, ¿verdad?

—Enten... Entendido...

Tenía, sin embargo, tan poca confianza en el agradecimiento de König, que había considerado inútil y quizá imprudente ir a verle, incluso después de las indicaciones de Chpilewski. Se sentó en la cama, con la nariz hacia el suelo. No se atrevía a hablar. La entonación de la voz de Gisors le demostraba que éste no sospechaba, en absoluto, su complicidad en la detención: Gisors veía en él al amigo que había ido a prevenirle aquella tarde, y no al hombre que se ponía a jugar a la hora de la cita. Pero Clappique no podía con-

vencerse de ello. No se atrevía a mirarle ni se tranquilizaba. Gisors se preguntaba de qué drama o de qué extravagancia saldría, sin adivinar que su propia presencia era una de las causas de aquella respiración anhelante. Parecíale a Clappique que Gisors le acusaba.

—Sepa usted, amigo mío, que no soy... En fin, que no soy tan loco como todo eso; yo, yo...

No podía cesar de balbucear; unas veces, le parecía que Gisors era el único hombre que le comprendía; otras veces, que le tenía por un bufón. El viejo le miraba, sin decir nada.

—Yo... ¿Qué es lo que piensa de mí?

Gisors sentía más deseos de agarrarle de los hombros y conducirlo a casa de König que de hablar con él; pero tal trastorno aparecía bajo la embriaguez que le atribuía, que no se atrevió a negarse a seguirle la corriente.

—Existen los que tienen necesidad de escribir, los que tienen necesidad de soñar y los que tienen necesidad de hablar... Es la misma cosa. El teatro no es serio; las corridas de toros lo son en cambio, las novelas no son serias y la mitomanía sí lo es.

Clappique se levantó.

—¿Tiene usted algo en el brazo? —le preguntó Gisors.

—Agujetas. Ni una palabra...

Clappique acababa de retorcerse torpemente el brazo para ocultar su reloj de pulsera a las miradas de Gisors, como si le traicionase aquel reloj que le había señalado la hora en la casa de juego. Por la pregunta de Gisors, se dio cuenta de que aquello era del género idiota.

—¿Cuándo irá usted a ver a König?

—¿Mañana por la mañana?

—¿Por qué no ahora? La policía vela esta noche —dijo Gisors, con amargura—, y todo puede suceder...

Clappique no deseaba otra cosa mejor. No por remordimiento: si de nuevo estuviese en la casa de juego, de nuevo se habría quedado, sino por comprensión.

—Corramos, amigo mío.

El cambio que había comprobado al entrar le inquietó de nuevo. Miró con toda atención, y quedó estupefacto de no haberlo visto antes: una de sus pinturas taoístas «como un ensueño» y sus dos estatuas más bellas habían desaparecido. Encima de la mesa, una carta. Letra de Chpilewski. Lo adivinó. Pero no se atrevió a leer la carta. Chpilewski le había prevenido que Kyo estaba amenazado: si cometía la imprudencia de hablar de él, no podría por menos de contarle todo. Cogió la carta y se la echó al bolsillo.

En cuanto hubieron salido, encontraron los autos blindados y los camiones llenos de soldados.

Clappique casi había recobrado su calma; para ocultar su turbación, a la cual no podía sustraerse aún, se hizo el loco, como de costumbre.

—Quisiera ser encantador y enviar al califa un unicornio (un unicornio, le digo) que apareciese del color del sol, en el palacio, gritando: «¡Sabes, califa, que la primera sultana te engaña! ¡Ni una palabra!» ¡Yo mismo, de unicornio, estaría asombroso, con mi nariz! Y, por supuesto, no sería verdad. Diríase que nadie sabe cuan voluptuoso es vivir, con los ojos de un ser, otra vida distinta de la suya. De una mujer, sobre todo...

—¿Qué mujer no está dotada de una falsa vida, por lo menos para cada uno de los hombres que se le han acercado en la calle?

—¿Usted... cree que todos los seres son mitómanos?

Los párpados de Clappique pestañeaban nerviosamente; anduvo menos de prisa.

—No; escuche usted; hábleme con franqueza: ¿por qué cree usted que no lo son?

Sentía ahora un deseo, raramente extraño a él mismo, aunque muy fuerte, de preguntarle a Gisors qué pensaba acerca del juego; y, sin embargo, seguramente, si hablara del juego, le confesaría todo. ¿Iba a hablar? El silencio le hubiera obligado a ello. Por fortuna, Gisors respondió:

—Quizá sea yo el ser menos a propósito para responder... El opio no enseña más que una cosa, y es que, fuera del sufrimiento físico, no hay nada real.

—El sufrimiento, sí... Y... el miedo.

—¿El miedo?

—¿No ha tenido usted nunca miedo, bajo la acción del o... del opio?

—No. ¿Por qué?

—¡Ah!...

A decir verdad, Gisors pensaba que si el mundo no tenía realidad, los hombres, aun aquellos mismos que se hallan más opuestos al mundo, tienen una realidad muy fuerte; y que Clappique, precisamente, era uno de los muy raros seres que no tenían ninguna. Y lo comprobaba con angustia, porque era entre aquellas manos de niebla entre las que ponía el destino de Kyo. Bajo las actitudes de todos los hombres, hay un fondo que puede ser tocado, y pensar en su sufrimiento deja presentir su naturaleza. El sufrimiento de Clappique era independiente de él, como el de un niño: Clappique no era responsable de tal sufrimiento; éste hubiera podido destruirle, pero no podía modificarle. Podía dejar de existir, desaparecer en un vicio o en una monomanía; no podía convertirse en un hombre. «Un corazón de oro, pero hueco.» Gisors se daba cuenta de que, en el fondo de Clappique, no existían ni el dolor ni la soledad, como en los demás hombres, sino la sensación. Gisors juzgaba, a veces, a los hombres suponiendo su vejez: Clappique no podía envejecer: la edad no le conducía a la experiencia humana, sino a la intoxicación —erotismo o droga— donde se conjugarían, al fin, todos sus medios de ignorar la vida. «Quizá —pensaba el barón— si yo le contase todo lo encontrara completamente normal...» Disparaban, a la sazón, por todas partes, en la ciudad china. Clappique rogó a Gisors que le abandonase en el límite de la concesión: König no le habría recibido. Gisors se detuvo y vio desaparecer en la bruma su silueta delgada y desordenada.

La sección especial de policía de Chiang Kaishek estaba instalada en una modesta *villa* construida hacia 1920: estilo Bécon-les-

Bruyères, pero con ventanas encuadradas en extravagantes ornamentos portugueses, amarillos y azulados. Dos empleados, y más ordenanzas de los precisos; todos los hombres armados: eso era todo. En la papeleta que un secretario le tendió, Clappique escribió: «Toto»; dejó en blanco el motivo de la visita, y esperó. Era la primera vez que se encontraba en un lugar iluminado, desde que había dejado su habitación: sacó del bolsillo la carta de Chpilewski:

Mi querido amigo:

He cedido a su insistencia. Mis escrúpulos eran fundados; pero he reflexionado; así, pues, me permitirá usted volver a la tranquilidad, y los beneficios que promete mi negocio, en este momento, son tan importantes y tan seguros que indudablemente podré, antes de un año, ofrecerle, en testimonio de agradecimiento, otros objetos de la misma naturaleza y más bonitos. El comercio de la alimentación en esta ciudad...

Seguían cuatro carillas de explicaciones.

«Esto no va mejor —pensó Clappique—; ni mucho menos...» Pero un funcionario llegaba en su busca.

König le esperaba, sentado ante su mesa, enfrente de la puerta. Rechoncho, moreno, con la nariz torcida en su rostro cuadrado, llegó hacia él y le estrechó la mano de una manera rápida y vigorosa, que más bien los separaba en lugar de acercarlos.

—¿Qué tal? Bueno. Sabía que le vería a usted hoy. He tenido la dicha de poder serle útil, a mi vez.

—Es usted formidable —respondió Clappique, bromeando a medias—. Sólo me pregunto si habrá algún error: ya sabe usted que yo no hago política...

—No ha habido error.

«Tiene un agradecimiento más bien condescendiente», pensó Clappique.

—Dispone usted de dos días para largarse. Me hizo usted un favor en otro tiempo: hoy he hecho que le avisen.

—¿CÓ... cómo? ¿Usted ha sido el que ha encargado que me avisen?

—¿Cree usted que Chpilewski se habría atrevido? Tiene usted un asunto con la policía de seguridad china; pero ya no son los chinos quienes la dirigen. Basta de pavadas.

Clappique comenzaba a admirar a Chpilewski, pero no sin indignación.

—Pues bien; puesto que ha tenido a bien acordarse de mí, permítame que le pida otra cosa.

—¿Qué?

Clappique no abrigaba ya una gran esperanza: cada nueva réplica de König le demostraba que la camaradería con que contaba no había existido o no existía ya. Si König le había prevenido, ya no le debía nada.

Fue más por escrúpulo de conciencia que por esperanza por lo que dijo:

—¿No se podría hacer nada por el joven Gisors? Supongo que a usted no le importará nada ese asunto.

—¿Qué es?

—Comunista. Importante, según creo.

—En primer término, ¿por qué es comunista, ése? ¿Y su padre? ¿Mestizo? ¿No ha encontrado puesto? Que un obrero sea comunista, ya es idiota; ¡pero él!... En fin, ¿qué?

—Eso no es muy fácil resumirlo.

Clappique reflexionaba.

—Mestizo, quizá... Pero hubiera podido arreglarse: su madre era japonesa. No lo ha procurado. Dijo algo como por voluntad de dignidad...

—¡Por dignidad!

Clappique quedó estupefacto; König le remedaba. No esperaba tanto efecto de aquella palabra. «¿Habré metido la pata?», se preguntó.

—En primer término, ¿qué es lo que quiere decir eso? —preguntó König, agitando el índice, como si hubiese continuado hablando sin que se le oyera—. Por dignidad —repetía.

Clappique no podía sustraerse al tono de su voz: era el del odio. Se hallaba a la derecha de Clappique, y su nariz, que así parecía muy aguileña, acentuaba enérgicamente su semblante.

—Dígame, mi buen Toto, ¿usted cree en la dignidad?

—En los demás...

—¿En los demás? Clappique se calló.

—¿Sabe usted lo que los rojos hacían con los oficiales prisioneros?

Clappique se guardaba muy bien de responder. Aquello se ponía serio. Y presentía que aquella frase era una preparación, una ayuda que König se facilitaba a sí mismo: no esperaba respuesta.

—En Siberia, yo era intérprete en un campo de prisioneros. Pude salir de allí sirviendo en el ejército blanco, con Semenoff. Blancos o rojos, a mí lo mismo me daba: lo que quería era volver a Alemania. Fui apresado por los rojos. Me dieron de puñetazos, llamándome «mi capitán» (era teniente), hasta que caí al suelo. Me levantaron. No llevaba ya el uniforme de Semenoff, con las calaveritas. Tenía una estrella en cada hombrera.

Se detuvo. «Podía rehusar, sin contar tantas historias», pensó Clappique. Jadeante, pesado, la voz implicaba una necesidad, que él trataba, no obstante, de comprender.

—Me clavaron un clavo en cada hombro, por encima de cada estrella. Como un dedo de largo. Escúcheme bien, mi buen Toto.

Le cogió de un brazo, con los ojos fijos en los suyos, con una mirada de hombre enamorado:

—Lloré como una mujer, como un ternero... Lloré delante de ellos. ¿Comprende usted? ¿Sí? Pues dejémoslo. Nadie perderá nada.

Aquella mirada de hombre que desea iluminó a Clappique. La confianza no era sorprendente: no era una confianza, era una venganza. Seguramente, relataba aquella historia —o se la relataba— cada vez que podía matar, como si aquel relato hubiera podido arañar, hasta hacer sangre, en la humillación sin límites que le torturaba.

—Amigo mío, más valdría que no me hablase demasiado de dignidad... Mi dignidad, para mí, consiste en matarlos. ¿Qué quiere usted que a mí me importe China? ¿Eh? ¡ La China, sin bromas! No estoy en el Kuomintang nada más que para mandar matar. No vivo como en otro tiempo, como un hombre, como cualquiera, como el último de los brutos que pasan por delante de esta ventana, sino cuando se mata. Pasa como a los fumadores con sus pipas. ¡Cómo! Un pingajo. ¿Venía usted a pedirme su piel? Aunque me hubiera usted salvado tres veces la vida...

Se encogió de hombros, y continuó, rabiosamente:

—¿Sabe usted, siquiera, mi buen Toto, lo que es ver que la vida de uno adquiere un sentido, un sentido absoluto: repugnarse uno a sí mismo?

Acabó su frase entre dientes, pero sin moverse, con las manos en los bolsillos, con los cabellos sacudidos por las palabras arrancadas.

—El olvido... —dijo Clappique a media voz.

—¡Hace más de un año que no me he acostado con una mujer! ¿Le basta eso? Y...

Se detuvo, de pronto, y continuó, más bajo:

—Pero, dígame, mi buen Toto: el joven Gisors; el joven Gisors... Hablaba usted de un error. ¿Quiere saber por qué ha sido usted condenado? Voy a decírselo: ¿fue usted el que trató el asunto de los fusiles del *Shang-Tung*? ¿Sabe usted a quiénes estaban destinados esos fusiles?

—No se hacen preguntas en semejante oficio. ¡Ni una palabra!

Acercó el índice a su boca, según sus más puras tradiciones. Y quedó, en seguida, cohibido.

—A los comunistas. Y como arriesgaba usted en ello su piel, hubiera podido decírselo. Y aquello era una estafa. Se sirvieron de usted para adelantar tiempo: aquella misma noche, robaron el buque. Si no me equivoco, su protegido actual fue quien le embarcó en aquel asunto.

Clappique estuvo a punto de responder: «Sin embargo, yo cobré mi comisión.» Pero la revelación que su interlocutor acababa de hacerle ponía tal satisfacción en el semblante de éste, que el barón no deseaba ya más que irse. Aunque Kyo había cumplido su promesa, le había hecho que se jugase la vida sin decírselo. ¿Se la hubiese jugado? No. Kyo se había servido de él en favor de su causa: él aprovechaba la ocasión para desinteresarse de Kyo. Tanto más, cuanto que, en realidad, no podía hacer nada. Se encogió de hombros, simplemente.

—¿Entonces tengo cuarenta y ocho horas para largarme?

—Sí. No insista usted. Tiene usted razón. Adiós.

«Dice que hace un año que no se ha acostado con una mujer — pensaba Clappique, mientras bajaba la escalera—. ¿Impotencia? ¿O qué? Yo creía que esa clase de... dramas le harían a uno erotómano. Debe de hacer tales confidencias, de ordinario, a los que van a morir: de todas maneras, es preferible que me escape.» No se libraba del tono con que König había dicho: «Para vivir como un hombre, como cualquiera...» Continuaba aturdido, ante aquella intoxicación total, que sólo saciaba la sangre: había visto bastantes desechos de las guerras civiles de China y de Siberia para saber a qué negación del mundo conduce la humillación intensa: sólo la sangre, obstinadamente vertida, las drogas y la neurosis alimentaban tales soledades. Ahora comprendía por qué a König le había agradado su compañía, no ignorando cuánto se debilitaba a su lado toda realidad. Caminaba con lentitud, espantado de volver a encontrar a Gisors, que le esperaba al otro lado de las alambradas. ¿Qué decirle?... Demasiado tarde, impulsado por la impaciencia, Gisors, que había salido a su encuentro, acababa de destacarse en la bruma, a dos metros de él. Le miraba con la intensidad huraña de los locos.

Clappique tuvo miedo y se detuvo. Gisors le cogía ya del brazo.

—¿No se puede hacer nada? —preguntó con voz triste, aunque no alterada.

Sin hablar, Clappique sacudió negativamente la cabeza.

—Vámonos. Voy a pedir ayuda a otro amigo. Cuando había visto a Clappique salir de la bruma, había tenido la revelación de su propia locura. Todo el diálogo que había imaginado entre ellos, al regresar el barón, era absurdo. Clappique no era un intérprete ni un mensajero: era una carta. Jugada la carta —y perdida, como lo demostraba el rostro de Clappique—, había que buscar otra. Colmado de angustia, de desesperación, se conservaba lúcido, en el fondo de su desolación. Había pensado en Ferral; pero Ferral no intervendría en un conflicto de aquel orden. Intentaría la intervención de dos amigos...

König había llamado a un secretario:

—Mañana traiga aquí al joven Gisors, en cuanto los consejos hayan terminado.

Las cinco

Por encima de los breves relámpagos de los disparos, amarillentos en el final de la noche, Katow y Hemmelrich veían, desde las ventanas del primer piso, la débil luz del alba, que nacía con reflejos plúmbeos sobre los tejados vecinos, al mismo tiempo que el perfil de las casas se hacía más claro. Con los cabellos llenos de lluvia, pálidos, cada uno comenzaba de nuevo a distinguir el semblante del otro y sabía lo que pensaba. El último día. Casi no había más municiones. Ningún movimiento popular había llegado en su socorro. Unas descargas, hacia Chapei: unos camaradas, sitiados, como ellos. Katow había explicado a Hemmelrich por qué estaban perdidos: en cualquier momento, los hombres de Chiang Kaishek llevarían los cañones de pequeño calibre de que disponía la guardia del general: en cuanto uno de los cañones pudiera ser introducido en la casa de enfrente de la Permanencia los colchones y los muros caerían como barracas de feria. La ametralladora de los comunistas dominaba aún la puerta de aquella casa; cuando ya no hubiera ba-

las, cesaría de dominarla. Lo cual no tardaría mucho. Desde hacía una hora, disparaban rabiosamente, impulsados por una venganza anticipada: una vez condenados, matar constituía el único sentido que podían dar a sus últimas horas. Pero comenzaban a cansarse de eso, también. Los adversarios, cada vez mejor protegidos, sólo aparecían ya muy raras veces. Parecía que el combate se debilitaba con la noche —y era absurdo que aquel día naciente, que no ponía de manifiesto una sola sombra enemiga, les trajera la liberación, como la noche les había traído el encarcelamiento—. El reflejo del día, sobre los tejados, se tornaba gris pálido; por encima del combate detenido, la luz parecía aspirar grandes trozos de noche, no dejando delante de la casa más que unos rectángulos negros. Las sombras se iban encogiendo poco a poco; contemplarlas permitía no pensar en los hombres que iban a morir allí. Se contraían como todos los días, con su movimiento eterno, de una salvaje majestad aquel día, porque ellos no volverían a verlo nunca. De pronto, todas las ventanas de enfrente se iluminaron, y las balas golpearon alrededor de la puerta, como una nube de guijarros: uno de los suyos había colgado una americana del extremo de un bastón. El enemigo se contentaba con estar en acecho.

—Once, doce, trece, catorce... —dijo Hemmelrich.

Contaba los cadáveres, visibles en la calle ahora.

—Todo eso no es más que para distraerse —respondió Katow, en voz casi imperceptible—. No tienen más que esperar. El día es para ellos.

No había más que cinco heridos, tendidos en la habitación; no se quejaban: dos de ellos fumaban, mirando cómo aparecía la luz del día por entre el muro y los colchones. Más lejos, Suen y otro combatiente guardaban la segunda ventana. Ya casi no se oían descargas. ¿Esperarían en todas partes las tropas de Chiang Kaishek? El mes anterior, vencedores los comunistas, conocían sus progresos de hora en hora; a la sazón, no sabían nada, como entonces los vencidos.

Como para confirmar lo que Katow acababa de decir, la puerta de la casa enemiga se abrió (los dos corredores estaban el uno enfren-

te del otro); inmediatamente, la crepitación de una ametralladora avisó a los comunistas. «Viene por los tejados», pensó Katow.

—¡Por aquí!

Eran sus ametralladoras las que avisaban. Hemmelrich y él salieron corriendo y lo comprobaron: la ametralladora enemiga, sin duda protegida por un blindaje, disparaba sin interrupción. No había comunistas en el corredor de la Permanencia, puesto que se encontraba bajo los disparos de su propia ametralladora, que, desde lo más alto de la escalera, la dominaba, impidiendo la entrada a sus adversarios. Pero el blindaje, entonces, protegía a éstos. Era preciso, no obstante, ante todo, mantener el fuego. El apuntador había caído a un lado, muerto sin duda; era el artillero quien había gritado. Vigilaba y apuntaba, aunque con lentitud. Las balas hacían saltar los trozos de maderas de las escaleras, el yeso de las paredes, y, con sonidos sordos, entre silencios de una rapidez desconocida, indicaban que algunas entraban en la carne del vivo y del muerto. Hemmelrich y Katow se adelantaron. «¡Tú no!», aulló el belga. De un puñetazo en la barbilla, hizo rodar a Katow por el corredor, y saltó al puesto del apuntador. El enemigo disparaba ahora un poco más bajo. No por mucho tiempo. «¿Hay todavía vendas?», preguntó Hemmelrich. En lugar de responder, el ayudante cayó de cabeza y rodó toda la escalera. Y Hemmelrich se dio cuenta de que no sabía manejar una ametralladora.

Volvió a subir de un salto: se sintió herido en un ojo y en una pantorrilla. En el corredor, por encima del ángulo del tiroteo enemigo, se detuvo: su ojo sólo había sido alcanzado por un trozo de yeso arrancado por una bala; la pantorrilla sangraba —otra bala, en la superficie—. Ya estaba en la habitación donde Katow, resistiéndose, atraía con una mano hacia sí el colchón (no para protegerse, sino para ocultarse) y sostenía en la otra un paquete de granadas: sólo éstas, si estallaban muy cerca, obrarían contra el blindaje.

Había que lanzarlas por la ventana al corredor enemigo. Katow había colocado otro paquete detrás de él; Hemmelrich lo cogió y lo lanzó, al mismo tiempo que Katow, por encima del colchón. Katow se encontró de nuevo en el suelo, derribado por las balas, como si lo hubiese sido por sus propias granadas: cuando las cabezas

y los brazos habían aparecido por encima del colchón, habían disparado sobre ellos desde todas las ventanas —aquel crujido como de cerillas, tan próximo, ¿no procedía de sus piernas?—, se preguntaba Hemmelrich, que se había agachado a tiempo. Las balas continuaban entrando, pero el muro protegía a los dos hombres, ahora que habían caído: la ventana no se abría más que a sesenta centímetros del suelo. A pesar de los tiros de fusil, Hemmelrich tenía una sensación de silencio, pues las dos ametralladoras estaban muertas. Avanzó sobre los codos hacia Katow, que no se movía; le tiró de los hombros. Fuera del campo de tiro, ambos se contemplaron en silencio: a pesar del colchón y de las defensas que cubrían las ventanas, la luz del día invadía ahora la habitación. Katow se desvanecía, con el muslo agujereado, con una mancha roja que aumentaba sobre la baldosa como sobre un papel secante. Hemmelrich oyó todavía a Suen, que gritaba: «¡El cañón!» Luego, una detonación enorme, sorda, y, en el instante en que levantaba la cabeza, un choque en la base de la nariz. Se desvaneció, a su vez.

Hemmelrich volvió en sí poco a poco, ascendiendo de las profundidades hacia aquella superficie de silencio, tan extraña, que le pareció que le reanimaba: el cañón no disparaba ya. El muro había sido demolido oblicuamente. En el suelo cubierto de escombros y de restos, Katow y los otros estaban desvanecidos o muertos. Tenía mucha sed y fiebre. Su herida de la pantorrilla no era grave. Arrastrándose, llegó hasta la puerta, y, en el corredor, se levantó, pesadamente, apoyado en la pared. Salvo en la cabeza, donde le había alcanzado un trozo de mampostería, su dolor era difuso; agarrado a la rampa, descendió, no por la escalera de la calle, donde, sin duda, continuaba esperando el enemigo, sino por la del patio. Ya no disparaban. Las paredes del corredor de entrada tenían unos huecos donde estaban colocadas antes unas mesas. Se escondió en el primero y miró al patio.

A la derecha de una casa que parecía abandonada (aunque tenía la seguridad de que no lo estaba), había un cobertizo de hierro; a lo lejos, una casa de cuernos y una hilera de postes que se perdían, repitiéndose, en el campo que no volvería a ver más. Las alambradas, enmarañadas a través de la puerta, rayaban de negro aquel espectáculo muerto y el día gris, como grietas en la loza. Una

sombra apareció detrás, una especie de oso: un hombre, de frente, con la espalda encorvada, comenzó a agarrarse a los alambres.

Hemmelrich no tenía ya balas. Contemplaba a aquella masa que pasaba de un alambre a otro antes de que él pudiera prever su movimiento (los alambres aparecían con claridad en la luz, aunque sin perspectiva). Se agarraba: volvía a caer: se agarraba de nuevo, como un insecto enorme. Hemmelrich se acercó, a lo largo del muro. Estaba claro que el hombre iba a pasar; en aquel momento, no obstante, entorpecido, trataba de desenredarse la alambrada, prendida a sus ropas, con un gruñido extraño; le parecía a Hemmelrich que aquel monstruoso insecto podía quedarse allí para siempre, enorme y encogido, suspendido en aquel día gris. Pero la mano se irguió, destacada y negra, abierta, con los dedos separados, para agarrar otro alambre y el cuerpo reanudó su movimiento.

Aquello era el final. Detrás, la calle y la ametralladora. Arriba, Katow y sus hombres, por el suelo. Aquella casa desierta, enfrente, con toda seguridad estaba ocupada, sin duda, por algunos ametralladores que todavía tenían balas. Si salía, los enemigos le dispararían a las rodillas para cogerle prisionero (sintió, de pronto, la fragilidad de aquellos huesecillos, las rótulas...). Al menos, quizá matase a aquél.

El monstruo, mixto de oso, hombre y araña, continuaba desenredándose de los alambres. Al lado de su masa negra, una línea de luz marcaba la arista de su pistola. Hemmelrich se sentía, en el fondo de un agujero, menos fascinado por aquel ser que con tanta lentitud se aproximaba como la muerte misma, que por todo cuanto le seguía, todo lo que iba una vez más a aplastarle, como la tapa de un ataúd cerrado sobre un ser vivo; aquello era todo lo que había ahogado su vida de todos los días, que volvía allí para aplastarle de un golpe. «Me han apisonado durante treinta años, y ahora me van a matar.» No era sólo su propio sufrimiento el que se aproximaba; era el de su mujer despedazada, el de su hijo enfermo asesinado; todo se entremezclaba en una niebla de sed, de fiebre, de odio. De nuevo, sin mirarla, vio la mancha de sangre de su mano izquierda. No como una quemadura, ni como una molestia: sencillamente, sabía que estaba allí y que el hombre iba a salir, por fin,

de las alambradas. Aquel hombre que pasaba el primero no era por el dinero por lo que acababa de matar a los que se arrastraban allá arriba, sino por una idea, por una fe: a aquella sombra, detenida ahora ante la maraña de alambres, Hemmelrich la odiaba hasta en su pensamiento: no era bastante que aquella raza de afortunados le asesinasen; era preciso, además, que creyesen tener razón. La silueta, con el cuerpo ahora erguido, estaba prodigiosamente empinada hacia el patio gris, sobre los hilos telegráficos que se sumergían en la paz ilimitada de la mañana lluviosa de primavera. Desde una ventana, se elevó un grito de llamada, al cual respondió el hombre; su respuesta llenó el corredor y rodeó a Hemmelrich. La línea de luz de la pistola desapareció dentro de la funda y fue sustituida por una barra plana, casi blanca en aquella oscuridad: el hombre sacaba su bayoneta. Ya no era un hombre, era todo aquello por lo cual había sufrido Hemmelrich hasta entonces. En el corredor oscuro, con aquellas ametralladoras emboscadas más allá de la puerta y aquel enemigo que se aproximaba, el belga se volvía loco de odio. «Ellos nos habrán estado reventando durante toda nuestra vida; pero éste lo pagará, lo pagará...» El hombre se acercaba, paso a paso, con la bayoneta hacia adelante. Hemmelrich se acurrucó, y vio en seguida agrandarse la silueta y disminuir el torso por encima de las piernas, fuertes como estacas. En el instante en que la bayoneta llegaba por encima de su cabeza, se levantó, se agarró con la mano derecha al cuello del hombre, y apretó. A causa del encuentro, la bayoneta había caído. El cuello era demasiado grueso para una sola mano; el pulgar y las yemas de los otros dedos se hundían convulsivamente en la carne, más bien que detener la respiración; pero la otra mano, impulsada por la locura, frotaba con furor en el rostro anhelante. «¡Tú la borrarás! ¡Tú la borrarás!» El hombre se tambaleaba. Por instinto, se agarró al muro. Hemmelrich le golpeó la cabeza contra aquel muro, con toda su fuerza, y se agachó un segundo; el chino sintió que un cuerpo enorme entraba en él y le desgarraba los intestinos; la bayoneta. Abrió las dos manos, se las llevó al vientre, con un gemido agudo, y cayó, con los brazos hacia adelante, entre las piernas de Hemmelrich; luego, se aflojó de pronto. Sobre su mano abierta, cayó una gota de sangre de la bayoneta y luego otra. Como si aquella mano, manchada de

segundo en segundo, le hubiese vengado, Hemmelrich se atrevió, por fin, a mirar la suya, y comprendió que la mancha de sangre se había borrado desde hacía dos horas.

Descubrió que quizá no fuese a morir. Desnudó precipitadamente al oficial, lleno, a la vez, de afecto hacia aquel hombre, que había llegado hasta él para llevarle su libertad, y de rabia, porque las ropas no se desprendían con bastante rapidez del cuerpo, como si éste las hubiese retenido. Sacudía aquel cuerpo salvador, como si lo mantease. Por fin, vestido con su uniforme, se asomó a la ventana de la calle, con el rostro inclinado, oculto por la visera de la gorra. Los enemigos, enfrente, abrieron sus ventanas, gritando. «Es preciso que huya, antes de que estén aquí.» Salió por el lado de la calle, torció hacia la izquierda, como lo hubiera hecho el que había matado para ir a reunirse con su grupo.

—¿Prisioneros? —gritaron los hombres, desde las ventanas.

Hizo un gesto al azar hacia aquellos con quienes aparentaba que se iba a reunir. Que no se disparase sobre él, era a la vez estúpido y natural. Ya no quedaba en él asombro. Volvió otra vez hacia la izquierda, y salió en dirección a las concesiones: estaban guardadas; pero él conocía todas las casas con doble entrada en la calle de las Dos Repúblicas.

Uno tras otro, los Kuomintang salieron.

PARTE SEXTA

Las diez

—Provisional —dijo el guardia.

Kyo comprendió que se le encarcelaría en la prisión de derecho común.

Desde que entró en la cárcel, aun antes de poder ver, quedó aturrido por el espantoso olor: matadero, exposición canina, excrementos. La puerta que acababa de franquear, se abría hacia un corredor, semejante al que abandonaba; a derecha e izquierda, hasta todo lo alto, enormes barrotes de madera. En las jaulas de madera, hombres. En el centro, el guardián, sentado ante una mesita, sobre la cual había un látigo: mango corto y correa de la anchura de la mano, de un dedo de gruesa —un arma.

—Quédate ahí, hijo de chanco —dijo.

El hombre, habituado a la sombra, escribía su filiación. A Kyo le dolía aún la cabeza, y la inmovilidad le produjo la sensación de que iba a desmayarse. Se adosó a los barrotes.

—¿Cómo, cómo, cómo le va? —gritaron, detrás de él.

Voz inquietadora, como la de un papagayo, pero voz de hombre. El lugar estaba demasiado sombrío para que Kyo distinguiese un rostro; no veía más que unos dedos enormes crispados alrededor de los barrotes —no muy lejos de su cuello—. Detrás, acostados en unos compartimentos o de pie, se agitaban unas sombras, demasiado largas: unos hombres, como gusanos.

—Podría irme mejor —respondió, apartándose.

—Cierra el pico, hijo de tortuga, si no quieres que te dé con la mano en la jeta —dijo el guardián.

Kyo había oído varias veces la palabra «provisional»; sabía, pues, que no permanecería allí durante mucho tiempo. Estaba decidido a no oír los insultos, a soportar todo lo que pudiera ser soportado; lo

importante era salir de allí y reanudar la lucha. Sin embargo, experimentaba, hasta producirle náuseas, la humillación que siente todo hombre ante un hombre del cual depende: era impotente contra aquella inmundada sombra de látigo —despojada de sí mismo.

—¿Cómo, cómo, cómo le va? —volvió a gritar la voz.

El guardián abrió una puerta, afortunadamente en los barrotes de la izquierda: Kyo entró en el establo. En el fondo, había un prolongado compartimiento, donde estaba acostado un solo hombre. La puerta se volvió a cerrar.

—¿Político? —preguntó el hombre.

—Sí. ¿Y usted?

—No. Bajo el imperio, yo era mandarín...

Kyo empezaba a acostumbrarse a la oscuridad. En efecto: era un hombre de edad; un viejo blanco, chato, casi sin nariz, con bigote ralo y orejas puntiagudas.

—... vendo mujeres. Cuando la cosa marcha bien, doy dinero a la policía y me deja en paz. Cuando marcha mal, creen que me guardo el dinero y me encierran en la cárcel. Pero, desde el momento en que la cosa no va bien, prefiero estar alimentado en la cárcel a morir de hambre en libertad...

—¡Aquí!

—Se acostumbra uno, ¿sabe usted?... Fuera, no se está tampoco muy bien, cuando se está viejo, como yo, y débil...

—¿Cómo no está usted con los demás?

—Algunas veces, doy dinero al escribiente de la entrada. Así, cada vez que vengo aquí, me tiene bajo el régimen de los «provisionales».

El guardián llevaba el alimento. Pasó por entre los barrotes dos tazas llenas de un magma color de barro, con un olor tan fétido como el de la atmósfera. Lo sacaba de una marmita con un cucharón, arrojaba la compacta papilla en la taza, donde caía con un «ploc», y se la pasaba después a los presos de la otra jaula, uno a uno.

—No merece la pena —dijo una voz—: eso es para mañana.

(-Su ejecución —dijo el mandarín a Kyo.)

—Para mí también —dijo otra voz—. Podrías darme doble ración: a mí eso me produce hambre.

—¿Quieres un puñetazo en la cara? —preguntó el guardián.

Entró un soldado y le formuló una pregunta. Pasó después a la jaula de la derecha y golpeó blandamente un cuerpo.

—Se mueve —dijo—. Sin duda, todavía vive...

El soldado salió.

Kyo miraba con toda atención, y procuraba ver a cuáles de aquellas sombras pertenecían aquellas voces, tan próximas a la muerte —como él, quizá—. Era imposible distinguirlos: aquellos hombres morirían antes de haber sido para él otra cosa que voces.

—¿No come usted? —le preguntó su compañero.

—No.

—Al principio, siempre se hace eso...

Cogió la taza de Kyo. Entró el guardián, con paso mecánico; abofeteó al hombre con todas sus fuerzas, y volvió a salir, llevándose la taza sin pronunciar una palabra.

—¿Por qué no me habrá tocado a mí? —preguntó Kyo en voz baja.

—Yo era el único culpable; pero no es por eso: usted es político, provisional, y va bien vestido. Tratará de sacarle dinero, a usted y a los suyos. Pero no importa... Espere...

«El dinero me persigue hasta en esta mazmorra», pensó Kyo. Conforme a las leyendas, la abyección del guardián no le parecía plenamente real; y, al mismo tiempo, le parecía una inmundicia fatalidad, como si el poder hubiese bastado para cambiar a todo hombre en una bestia. Aquellos seres oscuros, que bullían detrás de los barrotes, inquietantes, como los crustáceos y los insectos colosales de los sueños de su infancia, no eran más hombres que los otros. Soledad y humillación totales. «Cuidado», pensó, porque ya se sentía más débil. Le pareció que, si no hubiese sido dueño de su

muerte, habría vuelto a encontrar allí el espanto. Abrió la hebilla de su cinturón y trasladó el cianuro a su bolsillo.

—¿Cómo, cómo, cómo le va?

—¡Basta! —gritaron, a un tiempo, los presos de la otra jaula. Kyo estaba ya acostumbrado a la oscuridad, y el conjunto de voces no le extrañó: había más de diez cuerpos echados en el compartimiento, detrás de los barrotes.

—¿Vas a callarte? —gritó el guardián.

—¿Cómo, cómo, cómo le va? El guardián se levantó.

—¿Bromista o testarudo? —preguntó Kyo, en voz baja.

—Ni lo uno ni lo otro —respondió el mandarín—: loco.

—¿Y por qué?

Kyo dejó de preguntar: su vecino acababa de taparse los oídos. Un grito agudo y ronco, de sufrimiento y espanto a la vez, llenó toda la sombra: mientras Kyo miraba al mandarín, el guardián había entrado en la otra jaula con su látigo. La correa crujió, y el mismo grito se elevó de nuevo. Kyo no se atrevió a taparse los oídos, y esperaba, agarrado a los barrotes, el grito terrible que, una vez más, iba a recorrerle hasta las uñas.

—¡Déjalo tendido de una vez —pronunció una voz—, que nos deje en paz!

—¡Que termine ya —dijeron cuatro o cinco voces— y se pueda dormir tranquilo!

El mandarín, que continuaba tapándose los oídos con las manos, se inclinó hacia Kyo.

—Me parece que es la undécima vez que le pega, desde hace siete días. Yo estoy aquí desde hace dos días, y ésta es la cuarta vez. Y, a pesar de todo, se comprende un poco... No puedo cerrar los ojos, ya ve usted: me parece que, mirándole, acudo en su ayuda; que no le abandono...

Kyo miraba también, casi sin ver nada... «¿Compasión o crueldad?», se preguntaba, con espanto. Cuanto hay de bajo, y también de fascinable, en cada ser, era invocado allí, con la más salvaje

vehemencia, y Kyo se debatía con todo su pensamiento contra la ignominia humana: se acordó del esfuerzo que siempre le había sido necesario para eludir los cuerpos de los supliciados, vistos al azar: necesitaba, literalmente, arrancarse a ellos. Que unos hombres pudiesen ver golpear a un loco, ni siquiera malo, viejo, sin duda, a juzgar por la voz, y aprobar su suplicio, producía en él el mismo terror que las confidencias de Chen la noche de Han-Kow: «Los pulpos...» Katow le había referido el esfuerzo que tiene que realizar el estudiante de medicina la primera vez que un vientre abierto en su presencia deja aparecer los órganos vivos. Era aquél el mismo horror paralizador, muy diferente al miedo; un horror todopoderoso, aun antes de que el espíritu lo hubiese juzgado, y tanto más perturbador, cuanto que Kyo experimentaba hasta el colmo su propia dependencia. Y sin embargo, sus ojos, menos habituados a la oscuridad que los de sus compañeros, no distinguían más que el destello del cuero, que arrancaba los aullidos como un garfio. Desde el primer golpe, no había hecho un gesto: permanecía agarrado a los barrotes, con las manos a la altura del rostro.

—¡Guardián! —gritó.

—¿Quieres un golpe?

—Tengo que hablarte.

—¿Sí?

Mientras el guardián volvía a correr con rabia el enorme cerrojo, los condenados a quienes abandonaba se retorcían. Odiaban a los «políticos», que no estaban mezclados con ellos.

—¡Ve! ¡Ve, guardián, pronto, que allí están de broma!

El hombre estaba enfrente de Kyo, con el cuerpo cortado verticalmente por un barrote. Su rostro expresaba la más abyecta ira: la del imbécil que cree discutido su poder; sus facciones, no obstante, no eran bajas: regulares, anónimas.

—Escucha —dijo Kyo.

Se miraron a los ojos, el guardián más alto que Kyo, cuyas manos veía crispadas sobre los barrotes, a cada lado de la cabeza. Antes de que Kyo se hubiera dado cuenta de lo que ocurría, creyó que su mano izquierda estallaba: el látigo, levantado tras de la espalda del

guardián, había vuelto a caer. Kyo no había podido por menos de gritar.

—¡Muy bien! —aullaban los presos de enfrente—. Siempre no va a ser a los mismos.

Las dos manos de Kyo habían vuelto a caer a lo largo de su cuerpo, presas de un miedo autónomo, sin que siquiera se hubiera dado cuenta de ello.

—¿Todavía tienes alguna cosa que decir? —preguntó el guardián.

El látigo estaba ahora entre ellos.

Kyo apretó los dientes con toda su fuerza, y, con el mismo esfuerzo que hubiera hecho para levantar un peso enorme, sin quitar los ojos del guardián, dirigió de nuevo las manos hacia los barrotes. Mientras las levantaba con lentitud, el hombre retrocedía lentamente, para ganar terreno. El látigo crujió, sobre los barrotes esta vez. El reflejo había sido más fuerte que Kyo: había retirado las manos. Pero ya las conducía de nuevo, con una tensión extenuante de los hombros, y el guardián comprendía, por su mirada, que esta vez no las retiraría. Le escupió a la cara, y levantó con lentitud el látigo.

—Si... dejas de golpear a ese loco —dijo Kyo—, cuando salga, te... daré cincuenta dólares.

El guardián vaciló.

—Bien —dijo, por fin.

Su mirada se apartó y Kyo se sintió presa de tal tensión que creyó desvanecerse. La mano izquierda de Kyo estaba tan dolorida, que no podía cerrarla. La había levantado al mismo tiempo que la otra hasta la altura de los hombros y continuaba así, con ella extendida. Nuevas carcajadas.

—¿Me tiendes la mano? —preguntó el guardián, bromeando también.

Se la estrechó. Kyo comprendió que en su vida olvidaría aquella opresión, no a causa del dolor, sino porque la vida no le había impuesto nada más odioso. Retiró la mano, y cayó, sentado, en el

compartimiento. El guardián vaciló y sacudió la cabeza, que se rascó con el mango del látigo. Volvió a su mesa. El loco sollozaba. Dos horas de uniforme abyección. Por fin, unos soldados fueron a buscar a Kyo para conducirlo a la policía especial. Sin duda, caminaba hacia la muerte; y, sin embargo, salió con un júbilo cuya violencia le sorprendió: le parecía que dejaba allí una parte inmunda de sí mismo.

* * *

—¡Adelante!

Uno de los guardias chinos empujó a Kyo en un hombro, aunque apenas; desde el momento en que se trataba de un extranjero —y, para un chino, Kyo era un japonés o europeo, pero, desde luego, extranjero—, los guardias tenían miedo a la brutalidad a que se creían obligados. A una seña de König, se quedaron fuera. Kyo avanzó hacia la mesa, ocultando en el bolsillo su mano izquierda tumefacta, y mirando a aquel hombre que, a su vez, buscaba sus ojos: rostro anguloso, afeitado, nariz atravesada y cabellos hirsutos. «Un hombre que, sin duda, nos va a hacer matar, decididamente, se parece a otro cualquiera.» König tendió la mano hacia su revólver, colocado sobre la mesa: no; cogía una caja de cigarrillos. Se la tendió a Kyo.

—Gracias. No fumo.

—Lo ordinario de la cárcel es detestable, como conviene. ¿Quiere usted desayunar conmigo?

Encima de la mesa: café, leche, dos tazas y unas rebanadas de pan.

—Pan solamente. Gracias. König sonrió.

—Es la misma cafetera para usted y para mí, ¿sabe?...

Kyo estaba decidido a la prudencia; por otra parte, König no insistía. Kyo permaneció de pie (no había silla), delante de la mesa, mordiendo su pan como un niño. Después de la abyección de la cárcel, todo era para él de una ligereza irreal. Sabía que su vida estaba en peligro; pero hasta morir era sencillo para quien volvía de donde él volvía. La humanidad de un jefe de policía le inspiraba

poca confianza, y König continuaba alejado de él, como si hubiese sido separado de su cordialidad: está, un poco hacia adelante; él, un poco hacia atrás. Sin embargo, no era imposible que aquel hombre fuese cortés por indiferencia: de raza blanca, acaso hubiera sido conducido a aquel oficio por accidente o por codicia. Lo que deseaba Kyo, que no experimentaba hacia él ninguna simpatía, aunque hubiera querido contenerse, era librarse de la tensión con que le había extenuado la cárcel; acababa de descubrir que estar obligado a refugiarse por completo en sí mismo es casi atroz.

Sonó el teléfono.

—¡Hola! —pronunció König—. Sí, Gisors, Kyoshi.⁶ Perfectamente. Está conmigo. —Dijo a Kyo—: Preguntan si está usted todavía vivo.

—¿Para qué me ha hecho usted venir?

—Creo que vamos a entendernos.

El teléfono, de nuevo.

—¡Hola! No. Precisamente me dispongo a decirle que, de seguro, nos entenderemos. ¿Fusilado? Recuérdemelo. Vamos a ver.

Desde que Kyo había entrado, la mirada de König no se había apartado de la suya.

—¿Qué piensa usted acerca de esto? —preguntó, volviendo a colgar el receptor.

—Nada.

König bajó los ojos y los volvió a levantar.

—¿Quiere usted seguir viviendo?

—Según cómo.

—Se puede morir también de distintas maneras.

—Por lo menos, no le queda a uno la elección...

—¿Usted cree que se elige siempre la manera de vivir?

⁶ Kyo es una abreviatura.

König pensaba en sí mismo. Kyo estaba decidido a no ceder en nada que fuese esencial; pero, de ningún modo deseaba exasperarle.

—No sé. ¿Y usted?

—Me han dicho que es usted comunista por dignidad. ¿Es cierto?

Kyo no comprendió, al principio. Intrigado por la espera del teléfono, se preguntaba qué significaba aquel singular interrogatorio. Al fin:

—¿Le interesa a usted eso, realmente? —preguntó.

—Más de lo que usted pudiera creer.

No había amenaza en la entonación, sino en la frase. Kyo respondió:

—Creo que el comunismo proporcionará la dignidad posible a aquellos con quienes combato. Los que están contra él, en todo caso, los obligan a no tenerla, a menos que posean una sabiduría, tan rara en ellos como en los otros; más quizá, precisamente porque son pobres y porque su trabajo los separa de la vida. ¿Por qué haberme formulado esa pregunta, puesto que no escucha mi respuesta?

—¿A qué llama usted dignidad? Eso no quiere decir nada.

Sonó el teléfono. «Mi vida», pensó Kyo. König no lo descolgó.

—A lo contrario de la humillación —dijo Kyo—. Cuando se viene de donde yo vengo eso quiere decir algo.

La llamada del teléfono sonaba en el silencio. König puso la mano en el aparato.

—¿Dónde están ocultas las armas? —preguntó.

—Puede usted dejar el teléfono tranquilo. Al fin he comprendido: esa comunicación es una pura comedia representada para mí.

Kyo se agachó con rapidez: König hizo un ademán de arrojarle a la cabeza uno de los dos revólveres, vacíos sin duda; pero volvió a dejarlo encima de la mesa.

—Tengo otra cosa mejor —dijo—. En cuanto al teléfono, bien pronto verá usted si es un truco, amigo mío. ¿Ha visto usted ya torturar?

En su bolsillo, Kyo trataba de oprimir sus dedos tumefactos. El cianuro estaba en aquel bolsillo izquierdo, y temía dejarlo caer, si debía llevárselo a la boca.

—Al menos, he visto a algunas personas torturadas: he hecho la guerra civil. Lo que me intriga es por qué me ha preguntado usted dónde están las armas. Usted lo sabe o lo sabrá. ¿Entonces?

—Los comunistas están aplastados en todas partes.

—Es posible.

—Lo están. Reflexione bien: si trabaja usted para nosotros, está salvado y nadie lo sabrá. Le facilito la evasión...

«Debería haber comenzado por ahí», pensó Kyo. La nerviosidad le prestaba ingenio, aunque no lo deseaba. Pero sabía que la policía no se contenta con promesas inseguras. Sin embargo, la proposición le sorprendió, como si, por ser convencional, hubiera dejado de ser verdadera.

—Yo solo —prosiguió König— lo sabré. Eso basta...

«¿Por qué —se preguntaba Kyo— esa complacencia en él: “Eso basta”?»

—No entraré a su servicio —dijo, casi distraídamente.

—Atención: puedo agregarlo en secreto a una docena de inocentes, diciéndole que su suerte depende de usted; que se quedarán en la cárcel, si usted no habla, y que son libres para elegir sus medios...

—Los verdugos; es más sencillo.

—La alternativa de las súplicas y de las crueldades es peor. No hable usted de lo que no conoce (todavía al menos).

—Acabo de ver, desde muy cerca, torturar a un loco. Un loco. ¿Comprende?

—¿Se da usted cuenta bien a lo que se expone?

—He hecho la guerra civil, le digo. Lo sé. Los nuestros también han torturado: les harán falta muchos goces a los hombres para compensar eso. Dejemos esa cuestión. No le serviré.

König creía que, a pesar de lo que le decía Kyo, su amenaza se le escapaba. «Su juventud le ayuda», pensaba. Dos horas antes, había interrogado a un *chekista* prisionero; al cabo de diez minutos, lo había encontrado fraternal: el mundo de ambos no era el de los hombres; en lo sucesivo, estarían en otra parte. Si Kyo escapaba al miedo por falta de imaginación, paciencia...

—¿No se pregunta usted por qué no le he atravesado ya el rostro con este revólver?

—Creo que estoy muy próximo a la muerte: eso extingue la curiosidad. Y usted ha dicho: «Tengo otra cosa mejor...»

König llamó.

—Quizá vaya esta noche a preguntarle qué piensa usted acerca de la dignidad humana. Al patio, serie A —dijo a los guardianes, que entraban.

Las cuatro

Clappique se unió al movimiento que impulsaba a la multitud de las concesiones hacia las alambradas: por la avenida de las Dos Repúblicas, pasaba el verdugo, con su sable curvo al hombro, seguido de su escolta de mauseristas. Clappique se volvió inmediatamente y se introdujo en la concesión. Kyo, detenido; la defensiva comunista, aniquilada; numerosos simpatizantes, asesinados, en la ciudad europea misma... König le había concedido de plazo hasta la noche: ya no sería protegido por mucho tiempo. Unos cuantos disparos por todas partes. Transportados por el viento, le parecía que se aproximaban a él y la muerte con ellos. «Yo no quiero morir —decía entre dientes—; yo no quiero morir...» Se dio cuenta de que corría. Llegó a los muelles.

No tenía pasaporte ni bastante dinero para tomar un billete.

Tres paquebotes, uno de ellos francés. Clappique dejó de correr. ¿Ocultarse en las canoas de salvamento, recubiertas con unas lonas? Hubiera tenido que subir a bordo, y el hombre del saltillo no le dejaría pasar. Aquello era idiota, además. ¿Los pañoles? Idiota, idiota, idiota. ¿Ir en busca del capitán, de la autoridad? Él ya había salido bien de otros casos semejantes; pero, esta vez, el capitán le creería comunista y se negaría a embarcarlo. El barco salía dentro de dos horas: mal momento para importunar al capitán. Descubier-to a bordo, cuando el barco se hubiera hecho a la mar, todo se arreglaría; pero había que subir a él.

Se veía oculto en cualquier rincón, agazapado dentro de un tonel; pero la fantasía, esta vez, no le salvaba. Le parecía ofrecerse, como a los intercesores de un dios desconocido, a aquellos paquebotes enormes, erizados, cargados de destino, indiferentes ante él hasta el odio. Se había detenido delante del barco francés. No pensaba en nada; contemplaba, fascinado por la pasarela, a los hombres que subían y bajaban (ninguno de los cuales pensaba en él ni adivinaba su angustia, y a todos los cuales hubiera querido matar por eso), que enseñarían su billete al pasar el saltillo. ¿Hacer un billete falso? Absurdo.

Un mosquito le picó. Lo espantó y se tocó la mejilla: su barba comenzaba a brotarle. Como si todo atavío hubiese sido propicio a los viajes, decidió ir a afeitarse, aunque sin alejarse del barco. Más allá de unos cobertizos, entre los cafetines y los comerciantes de curiosidades, vio una peluquería china. El propietario de ésta poseía también un café miserable, y sus dos comercios no estaban separados más que por una estera extendida. Mientras esperaba su turno, Clappique se sentó al lado de la estera, y continuó vigilando el saltillo del paquebote. Al otro lado, unas cuantas personas hablaban.

—Es el tercero —dijo una voz de hombre.

—Con el pequeño, nadie nos admitirá. ¿Y si probáramos en uno de los hoteles ricos?

Era una mujer la que respondía.

—¿Vestidos como estamos? El tipo de los galones nos dará con la puerta en las narices antes de que la toquemos.

—Allí, los niños tienen derecho a gritar... Probaremos, dondequiera que sea.

—En cuanto los propietarios vean al chico, se negarán. Sólo los hoteles chinos pueden aceptarnos; pero el chico no tardará en caer enfermo, a causa del mal alimento.

—En un hotel europeo pobre, si llegásemos a introducir al pequeño, cuando estuviéramos dentro, quizá no se atrevieran a echarnos... En todo caso, siempre se ganaría una noche. Convendría empaquetar al pequeño, para que lo tomaran por un envoltorio de ropa.

—La ropa no grita.

—Con el biberón en la boca, no gritará.

—Quizá. Yo me las arreglaría con este tipo, y tú vendrías después. Al pasar, no tendrías que estar más que un segundo delante de él.

Silencio. Clappique miraba al saltillo. Ruido de papel.

—No puedes imaginarte el trabajo que me cuesta llevarlo así... Tengo la impresión de que va a ser de mal agüero para toda su vida... Y tengo miedo de que le siente mal...

Silencio, de nuevo. ¿Se habían ido? El cliente abandonó su sillón. El peluquero hizo señas a Clappique, que ocupó el asiento, sin quitar la mirada del paquebote. La escala estaba vacía; pero, apenas el rostro de Clappique estuvo cubierto de jabón, cuando subió un marinero, con dos cubos nuevos (que acaso acabase de comprar) en la mano y unas escobas al hombro. Clappique le seguía con la mirada, peldaño por peldaño: se hubiera identificado con un perro, con tal de que el perro subiese aquella escala y partiese. El marinero pasó por delante del hombre del saltillo, sin decir nada.

Clappique pagó, arrojando las monedas en el lavabo, se quitó el paño y salió, con la cara llena de jabón. Sabía dónde encontraría a los ropavejeros. Todo el mundo le miraba. Después de haber dado diez pasos, volvió, se lavó la cara y tornó a salir.

Encontró sin trabajo unos trajes azules de marinero en la primera trapería que halló. Volvió lo más pronto que pudo a su hotel y se cambió de ropa, «Necesitaré, también, escobas, o algo así... ¿comprarle a los *boys* unas escobas viejas, para tener mejor aspecto? Completamente idiota. Si pasaba el saltillo con unas escobas, sería porque acabase de comprarlas en tierra. Entonces, tenían que ser nuevas... Vamos a comprarlas...»

Entró en el almacén, con su habitual actitud de Clappique. Ante la mirada de desdén del vendedor inglés, exclamó: «¡En mis brazos!» Se echó las escobas al hombro, se volvió, dejando caer una lámpara de cobre, y salió.

«En mis brazos», a pesar de su extravagancia voluntaria, expresaba lo que experimentaba. Hasta entonces, había representado una comedia inquietante, por tranquilidad de conciencia y por miedo, pero sin escapar a la idea desvanecida de que fracasaría; el desdén del vendedor —aunque Clappique, en el abandono de sus ropas no hubiese adquirido el aspecto de un marino—, le demostraba que podría triunfar. Con las escobas al hombro caminaba hacia el paquebote, mirando, al pasar, a todos los ojos, para encontrar en ellos la confirmación de su nuevo estado. Como cuando se había detenido delante del saltillo, se hallaba estupefacto al comprobar cuan indiferente era su destino a los demás seres, hasta qué punto no existía más que para él; los viajeros, entonces, subían, sin mirar a aquel hombre, que permanecía en el muelle, quizá para morir allí; los transeúntes, ahora, miraban con indiferencia a aquel marinero; nadie se destacaba de la multitud para asombrarse o reconocerle; ni siquiera un semblante intrigado... No era que se hubiese hecho una falsa vida para sorprenderla, sino que aquella vez le era impuesta, y su verdadera vida dependía de ella, quizá. Tenía sed. Se detuvo en un bar chino y dejó sus escobas. En cuanto hubo bebido, comprendió que no tenía sed ninguna; que había querido intentar una prueba más. La manera cómo el patrón le devolvía su moneda le bastó para informarle. Desde que había cambiado de traje, la gente a su alrededor, se había transformado. Indagó en qué: eran las miradas las que ya no eran las mismas. El habitual interlocutor de su mitomanía se había convertido en multitud.

Al mismo tiempo, por instinto de defensa o por placer, la aceptación general de su nuevo estado civil le invadía a él mismo. Encontraba, de pronto, por accidente, el éxito más espléndido de su vida. No; los hombres no existían, puesto que bastaba un traje para que escapase uno a sí mismo, para encontrar otra vida en los ojos de los demás. En el fondo, encontraba la misma desorientación y la misma felicidad que le habían invadido la primera vez que había entrado entre la multitud china. «¡Decir que hacer una historia, en francés, quiere decir escribirla, y no vivirla!» Con sus escobas, transportadas como fusiles, subió por la pasarela; pasó, con las piernas vacilantes, por delante del hombre del saltillo, y se encontró sobre la cruzía. Se escabulló hacia adelante, por entre los pasajeros del puente, y dejó sus escobas sobre un rollo de cuerdas. Se hallaba, no obstante, lejos de la tranquilidad. Un pasajero del puente, ruso, con la cabeza en forma de haba, se acercó a él.

—¿Es usted de a bordo? —Y, sin esperar la respuesta—: ¿Es agradable la vida a bordo?

—Chico, de eso ya puedes hacerte una idea. Al francés le gusta viajar; es un hecho: nada de hablar. Los oficiales son unos mierdas, aunque no más que los patronos, y se duerme mal (a mí me gustan las hamacas: cuestión de gustos); pero se come bien. Cuando yo estaba en la América del Sur, los misioneros habían hecho aprenderse de memoria a los salvajes, durante días y días, unos cánticos breves en latín. Llega el obispo; el misionero marca el compás. Silencio: los salvajes quedan paralizados, de respeto. ¡Pero, ni una palabra! El cántico se produce solo: los papagayos del bosque, amigo mío, que no habían oído más que aquello, lo cantan con recogimiento... Y ten en cuenta que, a lo largo de las Célebes, encontré, hace diez años, carabelas árabes a la deriva, esculpidas como nueces de coco y llenas de apestados muertos, colgándoles los brazos así, a lo largo del empalletado, bajo una tromba de gaviotas... Perfectamente...

—Cuestión de suerte. Yo viajo desde hace siete años, y no he visto nada de eso.

—Hay que introducir los medios del arte en la vida, amigo mío; no para hacer arte, ¡ah, no, por Dios!, sino para hacer más vida. ¡Ni una palabra!

Le golpeó en el vientre y se volvió con prudencia: un auto que conocía se detenía al pie de la pasarela: Ferral volvía a Francia.

Un muchacho comenzó a recorrer el puente de primera clase, agitando la campana de salida. Cada golpe resonaba en el pecho de Clappique.

«Europa —pensó—; la fiesta ha terminado. Ahora. Europa.» Parecía que llegaba hasta él, con la campana que se aproximaba, no ya como la de una liberación, sino como la de una cárcel. Sin la amenaza de la muerte, hubiera vuelto a bajar.

—¿El bar de tercera está abierto? —preguntó el ruso.

—Desde hace una hora. Todo el mundo puede ir allá, hasta que nos hayamos hecho a la mar.

Clappique le cogió del brazo.

—Vamos a emborracharnos...

Las seis

En el gran salón —antiguo patio de escuela—, doscientos heridos comunistas esperaban que fuesen a rematarlos. Apoyado en un codo, Katow, entre los últimos conducidos, miraba. Todos estaban alineados en el suelo. Muchos gemían de una manera extraordinariamente regular; algunos fumaban, como lo habían hecho los de la Permanencia, y las espirales del humo se perdían en el techo, ya oscuro, a pesar de las grandes ventanas europeas ensombrecidas por el anochecer y la niebla de fuera. Parecía estar muy elevada, por encima de todos aquellos hombres acostados. Aunque el día no había desaparecido aún, la atmósfera era una atmósfera nocturna. «¿Es a causa de las heridas —se preguntaba Katow—, o porque estamos todos acostados, como en una estación? Esto es una estación. Saldremos hacia ninguna parte, y nada más...»

Cuatro funcionarios chinos se paseaban por entre los heridos, con la bayoneta calada, y sus bayonetas reflejaban de un modo extraño la luz del día sin fuerza, claras y rectas por encima de todos aquellos cuerpos informes. Fuera, en el fondo de la bruma, unas luces amarillentas —los mecheros de gas, sin duda— parecían velar también sobre ellos; como si hubiera llegado de ellas (porque llegaba también él, del fondo de la bruma), ascendió un silbido y dominó los gemidos y los murmullos: el de una locomotora; estaban próximos a la estación de Chapei. En aquel vasto salón había algo atrozmente tenso, que no era sino la espera de la muerte. Katow fue informado de ello por su propia garganta: era la sed —y el hambre—. Adosado al muro, miraba a la izquierda y a la derecha: había muchas cabezas conocidas, pues un gran número de los heridos era de los combatientes de los *tchons*. A todo lo largo de uno de los angostos lados de la sala, estaba reservado un espacio libre de tres metros de ancho. «¿Por qué los heridos permanecen unos sobre otros —preguntó, en voz alta—, en lugar de ir hacia abajo?» Estaba entre los últimos que habían llevado. Apoyado en la pared, se levantó: aunque sus heridas le hacían sufrir, le pareció que se podría tener en pie; pero se detuvo, todavía encorvado: sin que hubiese sido pronunciada una sola palabra, sintió a su alrededor un espanto tan sobrecogedor, que quedó inmovilizado. ¿En las miradas? Apenas las distinguía. ¿En las actitudes? Todos tenían, desde luego, las actitudes de heridos que sufrían por su propia cuenta. Sin embargo, de cualquier manera que fuese transmitido, el espanto estaba allí —no el miedo, el terror, el de las bestias—: sólo el de los hombres, ante lo inhumano. Katow, sin dejar de apoyarse en la pared, saltó por encima del cuerpo de su vecino.

—¿Estás loco? —preguntó una voz, a ras del suelo.

—¿Por qué?

Pregunta y orden a la vez. Pero nadie respondía. Y uno de los guardianes, a cinco metros, en lugar de volverle a echar al suelo, le miraba con estupefacción.

—¿Por qué? —preguntó de nuevo, más rudamente.

«No sé», dijo otra voz, también a ras del suelo: y, al mismo tiempo, otra, más baja: «Ya llegará...»

Había formulado en voz muy alta su segunda pregunta. La vacilación de toda aquella multitud tenía algo de terrible, en sí, y también porque casi todos aquellos hombres le conocían: la amenaza suspendida de aquel muro pesaba a la vez sobre todos, y, particularmente, sobre él.

—Vuélvete a acostar —dijo uno de los heridos.

¿Por qué ninguno de ellos le llamaba por su nombre? ¿Y por qué el guardián no intervenía? Había visto derribar de un culatazo, hacia poco, a un herido que había querido cambiar de puesto... Se acercó a su interlocutor y se tendió junto a él.

—Ahí ponen a los que van a ser torturados —dijo el hombre, en voz baja.

Katow comprendió. Todos lo sabían pero no se habían atrevido a decirlo, bien porque tuviesen miedo de hablar, bien porque ninguno se atreviese a hablarle a *él*. Una voz había dicho: «Ya llegará...»

La puerta se abrió. Entraban soldados con faroles, rodeando a camilleros, que echaron a rodar a unos heridos, como si fueran paquetes, muy cerca de Katow. Llegaba la noche: ascendía del suelo, por donde los gemidos se entrecruzaban como ratas, unidos a un olor espantoso: la mayor parte de los hombres no podían moverse. La puerta se volvió a cerrar.

Pasó el tiempo. Nada más que los pasos de los centinelas y la última claridad de las bayonetas por encima de los mil rumores del dolor. De pronto, como si la oscuridad hubiese hecho la niebla más espesa, desde muy lejos, volvió a sonar el silbido de la locomotora, más apagado. Uno de los recién llegados, acostado sobre el vientre, crispó las manos sobre los oídos y aulló. Los otros no gritaban: pero de nuevo el terror estaba allí, a ras del suelo.

El hombre volvió a levantar la cabeza y se irguió sobre los codos.

—¡Crápulas! —aulló—. ¡Asesinos!

Uno de los centinelas se adelantó y, de un puntapié en las costillas, le hizo dar vuelta. Se calló. El centinela se alejó. El herido comenzó a refunfuñar. Había ahora demasiada oscuridad para que Katow pudiese distinguir su mirada; pero oía su voz, y comprendía que

iba a articular. En efecto: «... no fusilan: los echan vivos en la caldera de la locomotora —decía—. Y ahora silban...» Volvía el centinela. Silencio, salvo el dolor.

La puerta se abrió de nuevo. Otra vez las bayonetas, iluminadas ahora de abajo arriba por el farol, pero sin heridos. Un oficial Kuomintang entró solo. Aunque no veía más que la masa de los cuerpos, Katow sintió que todos los hombres se erguían. El oficial, a lo lejos, sin volumen, sombra que el farol iluminaba mal contra la última luz del día daba órdenes a un centinela. Éste se acercó, buscó a Katow y lo encontró. Sin tocarlo, sin decir nada, con respeto, sólo le hizo seña de que se levantase. Llegó con trabajo frente a la puerta, allá donde el oficial continuaba dando órdenes. El soldado, con el fusil en un brazo, el farol en el otro, se colocó a la izquierda. A su derecha, no había más que el espacio libre y la pared blanca. El soldado señaló el espacio con el fusil. Katow sonrió amargamente, con un orgullo desesperado. Pero nadie veía su rostro: el centinela, a propósito, no le miraba, y todos los heridos que se hallaban en trance de muerte, empinados sobre una pierna, sobre un brazo o sobre el mentón, seguían con la mirada su sombra, todavía no muy negra, que se agrandaba sobre el muro de los torturados.

El oficial salió. La puerta quedó abierta.

Los centinelas presentaron las armas: entró un civil. «Sección A», gritó, desde fuera, una voz, tras de la cual se cerró la puerta. Uno de los centinelas acompañó al paisano hasta el muro, sin cesar de gruñir: muy cerca, Katow, estupefacto, reconoció a Kyo. Como no estaba herido, los centinelas, al verle llegar entre dos oficiales, le habían tomado por uno de los consejeros extranjeros de Chiang Kaishek: reconociendo ahora su error, le hacían gestos desde lejos. Se acostó en la sombra, al lado de Katow.

—¿Sabes lo que nos espera? —preguntó éste.

—Se ha tenido cuidado en advertírmelo: pero no me importa: llevo conmigo mi cianuro. ¿Tienes tú el tuyo?

—Sí.

—¿Estás herido?

—En las piernas. Pero puedo andar.

—¿Estás ahí desde hace mucho tiempo?

—No. ¿Cuándo te prendieron?

—Anoche. ¿No hay medio de escaparse, aquí?

—Nada que hacer. Casi todos están gravemente heridos. Fuera, hay soldados por todas partes. ¿Has visto las ametralladoras delante de la puerta?

—Sí. ¿Dónde te han prendido?

Ambos tenían necesidad de escapar a aquella velada fúnebre; de hablar, de hablar: Katow, de la toma de la Permanencia; Kyo, de la cárcel, de la entrevista con König, de lo que había sabido después; aun antes de la prisión provisional, había sabido que May no estaba detenida.

Katow estaba echado de lado, muy cerca de él, separado por toda la extensión del sufrimiento: con la boca entreabierta, los labios hinchados bajo su nariz jovial, los ojos casi cerrados, pero unido a él por esa amistad absoluta, sin reticencias y sin examen, que sólo facilita la muerte: vida condenada, encallada contra la suya, en la sombra plena de amenazas y de heridas, entre todos aquellos hermanos en la orden mendicante de la Revolución: cada uno de aquellos hombres había asido rabiosamente la única grandeza que pudiera ser la suya.

Los guardias condujeron a tres chinos. Separados de la multitud de los heridos, pero también de los hombres del muro. Habían sido detenidos antes del combate, vagamente juzgados, y esperaban ser fusilados.

—¡Katow! —llamó uno de ellos.

Era Lu-Yu-Shuen, el asociado de Hemmelrich.

—¿Qué?

—¿Sabes si se fusila lejos de aquí o cerca?

—No sé. En todo caso, no se oye.

Una voz dijo, un poco más lejos:

—Parece que el ejecutor, después, os arranca vuestros dientes de oro.

Y otra:

—A mí qué me importa: no los tengo.

Los tres chinos fumaban cigarrillos, bocanada tras bocanada, obstinadamente.

—¿Tenéis varias cajas de cerillas? —preguntó un herido, un poco más lejos.

—Sí.

—Mándame una.

Lu le mandó la suya.

—Quisiera que alguien le pudiera decir a mi hijo que he muerto con valor —dijo, a media voz. Y, poco más bajo, aún—: No es fácil morir así.

Katow descubrió en sí un sordo júbilo: ni mujer ni hijos.

La puerta se abrió.

—¡Manda uno! —gritó el centinela.

Los tres se oprimían, el uno contra el otro.

—Vamos, qué —dijo el guardia—. Decidíos...

No se atrevía a elegir. De pronto, uno de los dos chinos desconocidos dio un paso hacia adelante, tiró su cigarrillo, apenas encendido, encendió otro, después de haber quebrado dos cerillas, y se decidió con paso apresurado, hacia la puerta, abrochándose, uno a uno, todos los botones de la americana. La puerta se volvió a cerrar.

Un herido recogía los trozos de las cerillas que habían caído. Sus vecinos y él habían partido en menudos fragmentos las de la caja facilitada por Lu-Yu-Shuen y jugaban a la paja más corta. No habían transcurrido más de cinco minutos, cuando la puerta se volvió a abrir.

—¡Otro!

Lu y su compañero avanzaban juntos, cogidos del brazo. Lu recibía en voz baja y sin entonación la muerte del héroe, de una obra famosa; pero la vieja comunidad china estaba bien destruida: nadie le escuchaba.

—¿Cuál? —preguntó el soldado.

Ellos no respondían.

—¿Quién va a venir?

De un culatazo los separó. Lu quedó más cerca de él que el otro. Le cogió de un hombro.

Lu se desasíó y avanzó. Su compañero volvió a su puesto y se acostó.

Kyo sintió cuánto más fácil le sería morir a aquel que a los que le habían precedido: se quedaba solo. Era tan valeroso como Lu, puesto que había avanzado con él. Pero ahora, en su manera de estar echado en el suelo, como el gatillo de un fusil, con los brazos apretados alrededor del cuerpo, gritaba el miedo. En efecto: cuando el guardia le tocó, fue presa de un ataque de nervios. Dos soldados lo cogieron, uno de los pies y otro de la cabeza, y se lo llevaron.

Extendido sobre la espalda, con los brazos recogidos sobre el pecho, Kyo cerró los ojos: aquélla era, precisamente, la posición de los muertos. Se imaginó tendido, inmóvil, con los ojos cerrados y el rostro apaciguado por la serenidad que dispensa la muerte durante un día a casi todos los cadáveres, como si así debiera ser expresada la dignidad, aun la de los más miserables. Había visto morir a muchos, y, ayudado por su educación japonesa, siempre había pensado que es bueno para uno morir de su muerte, de una muerte que se asemeje a su vida. Y morir es pasividad, pero matarse es acción. En cuanto llegasen a buscar a uno de los suyos, se mataría con plena conciencia. Se acordó —con el corazón detenido— de los discos de fonógrafo. ¡Tiempo en que la esperanza conservaba un sentido! No volvería a ver a May, y el único dolor al cual era vulnerable era el dolor de ella, como si su propia muerte fuese una falta. «El remordimiento de morir», pensó con una ironía crispada. Nada semejante sentía respecto de su padre, quien siempre le había

dado la impresión, no de debilidad, sino de fuerza. Desde hacía más de un año, May lo había sustraído a toda soledad, si no a toda amargura. El lancinante efugio en la ternura de los cuerpos anudados por primera vez, renacía —¡ay!— en cuanto pensaba en ella, ya separado de los vivos... «Ahora, es preciso que ella me olvide...» Escribirle no hubiera hecho más que mortificarla y unirla más a él. «¡Y decir que ame a otro!» (Oh prisión, lugar donde se detiene el tiempo —que continúa en otra parte—... ¡No! Era en ese patio, separado de todos por las ametralladoras de la Revolución, cualquiera que fuese su suerte, cualquiera que fuese el lugar de su resurrección, donde recibiría el golpe de gracia. Por todas partes donde los hombres trabajan en la aflicción, en la absurdidad, en la humillación, se pensaba en unos condenados semejantes a ellos, como los creyentes rezan; y, en la ciudad, se comenzaba a amar a aquellos moribundos, como si ya estuviesen muertos... Entre todo lo que aquella última noche cubría la tierra, aquel lugar de estertores era, sin duda, el más grávido de amor viril. Gemir con aquella multitud acostada; llevar hasta su murmullo de quejas aquel sufrimiento sacrificado... Y un rumor inesperado prolongaba hasta el fondo de la noche aquel cuchicheo de dolor: como Hemmelrich, casi todos aquellos hombres tenían hijos. Sin embargo, la fatalidad aceptada por ellos ascendía con el zumbido de los heridos, como la paz de la noche recubría a Kyo, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre su cuerpo abandonado, con una majestad de canto fúnebre. Hubiera combatido para quien, a su tiempo, estuviera cargado del sentido más fuerte y de la mayor esperanza; moría entre aquellos con quienes hubiera querido vivir; moría, como cada uno de aquellos hombres que estaban acostados, por haber dado un sentido a su vida. ¿Qué hubiera valido una vida por la cual no se hubiera aceptado morir? Es fácil morir, cuando no se muere solo. ¡Muerte saturada de temblor fraternal; conjunto de vencidos en los que las multitudes reconocerían a sus mártires; leyenda sangrienta, con la que se hacen las leyendas doradas! ¿Cómo, contemplado ya por la muerte, no oír aquel murmullo de sacrificio humano que le gritaba que el corazón viril de los hombres es un refugio para los muertos, preferible al espíritu?

A la sazón, tenía el cianuro en su mano.

Con frecuencia se había preguntado si moriría con facilidad. Sabía que, si se decidía a matarse, se mataría; pero, conociendo la salvaje indiferencia con que la vida nos desenmascara ante nosotros mismos, no habría permanecido sin inquietud en el instante en que la muerte aniquilaría el pensamiento de todo su seso sin retorno.

No; morir podía ser un acto exaltado, la suprema expresión de una vida a la que aquella muerte se asemejaba tanto; y era escapar a aquellos dos soldados que se aproximaban, vacilantes. Trituró el veneno entre sus dientes, como si hubiese dado una voz de mando; aún oyó a Katow interrogarle con angustia y tocarle, y, en el momento en que pretendía abrazarse a él, ahogándose, sintió que todas sus fuerzas le abandonaban, arrojadas más allá de sí mismo, contra una convulsión todopoderosa.

* * *

Los soldados llegaban para buscar entre la multitud a dos prisioneros que no podían levantarse. Sin duda, el ser quemado vivo daba derecho a unos honores especiales, aunque limitados: transportados en una sola camilla, casi el uno encima del otro, fueron derribados a la izquierda de Katow; Kyo, muerto, estaba echado a su derecha. En el espacio vacío que los separaba de los que sólo estaban condenados a muerte, los soldados se acurrucaron junto a su farol. Poco a poco, las cabezas y las miradas fueron cayendo en la oscuridad, y ya no volvieron más que de tarde en tarde a aquella luz que, en el fondo del salón, señalaba el sitio de los condenados.

Katow, después de la muerte de Kyo —que había respirado, por lo menos, durante un minuto—, se sentía arrojado a una soledad tanto más fuerte y dolorosa cuanto que estaba rodeado de los suyos. El chino al cual había habido que llevárselo para matarlo, sacudido por un ataque de nervios, le obsesionaba. Y, sin embargo, encontraba en aquel abandono total la sensación del descanso, como si, desde hacía algunos años, hubiese esperado aquello; descanso encontrado, recuperado, en los peores instantes de su vida. ¿Dónde

había leído esto: «No eran los descubrimientos, sino los sufrimientos de los exploradores lo que envidiaba, lo que me atraía...»? Como para responder a su pensamiento, por tercera vez, el silbido lejano llegó hasta el salón. Sus dos vecinos de la izquierda se sobresaltaron. Unos chinos muy jóvenes; uno de ellos era Suen, al que no conocía más que por haber combatido con él en la Permanencia; el segundo le era desconocido. (No era Pei.) ¿Por qué no estaban con los demás?

—¿Organización de grupos de combate? —preguntó.

—Atentado contra Chiang Kaishek —respondió Suen.

—¿Con Chen?

—No. Quiso arrojar su bomba completamente solo. Chiang no iba en el coche. Yo esperé el auto mucho más lejos. Me cogieron con la bomba.

La voz que le respondía era tan ahogada, que Katow miró atentamente los dos rostros: los jóvenes lloraban, sin exhalar un sollozo. «No se puede hacer gran cosa con la palabra», pensó Katow. Suen pretendió mover el hombro y gesticuló de dolor —estaba herido, además, en el brazo.

—Quemado —dijo—. Ser quemado vivo. Los ojos, también; los ojos, ¿comprendes?...

Su camarada sollozaba ahora.

—Se puede serlo por accidente —dijo Katow.

Parecía que hablasen, no el uno al otro, sino a una tercera persona invisible.

—No es lo mismo.

—No: es peor.

—Los ojos también —repetía Suen, en voz baja—; los ojos también.. Y cada uno de los dedos; y el vientre, el vientre...

—¡Cállate! —dijo el otro, con voz de sordo.

Hubiera querido gritar; pero ya no podía. Crispó las manos muy cerca de las heridas de Suen, cuyos músculos se contrajeron.

—La dignidad humana —murmuró Katow, que pensaba en la entrevista de Kyo con König. Ninguno de los condenados hablaba ya. Más allá del farol, en la sombra, a la sazón completa, continuaba el rumor de los heridos... Se acercó más a Suen y a su compañero. Uno de los guardias contaba a los otros una historia: con las cabezas reunidas, se encontraron entre el farol y los condenados; éstos no se veían siquiera ya. A pesar del rumor; a pesar de todos aquellos hombres, que habían combatido como él, Katow estaba solo; solo entre el cuerpo de su amigo muerto y de sus dos compañeros espantados; solo entre aquel muro y aquel silbido perdido en la noche. Pero un hombre podía ser más fuerte que aquella soledad, y hasta quizá que aquel silbido atroz: el miedo luchaba con él contra la más terrible tentación de su vida. Abrió a su vez la hebilla de su cinturón.

Por fin, dijo, en voz muy baja:

—¡Ea! Suen, ponme la mano en el pecho y toma esto: os voy a dar mi cianuro. No hay absolutamente más que para dos.

Había renunciado a todo, salvo a decir que no había más que para dos. Echado de lado, partió el cianuro en dos trozos. Los guardias interceptaban la luz, que los rodeaba de una aureola turbia; pero, ¿no irían a moverse? Imposible ver nada; aquel don superior a su vida, Katow se lo hacía a aquella mano caliente, que descansaba en él; ni siquiera a los cuerpos; ni siquiera a las voces. La mano se crispó, como un animal, y se separó de él, inmediatamente. Esperó, con todo el cuerpo erguido. Y, de pronto, oyó una de las voces:

—Se ha perdido. Se ha caído.

Voz apenas alterada por la angustia, como si semejante catástrofe, tan decisiva, tan trágica, no hubiera sido posible, como si todo hubiera podido arreglarse. Para Katow también era imposible. Una ira sin límites se levantaba en él; pero volvía a aplacarse, combatida por aquella imposibilidad. ¡Y, sin embargo! ¡Haber dado *aquello*, para que aquel idiota lo perdiese!

—¿Cuándo? —preguntó.

—Antes de llegar hasta mí. No lo he podido sujetar, cuando Suen me lo ha alargado: estoy herido en la mano, también.

—Ha dejado caer los dos —dijo Suen.

Los buscaban, sin duda, entre ambos. Buscaron después entre Katow y Suen, sobre quien el otro estaría probablemente casi echado, pues Katow, sin ver nada, sentía muy cerca de sí la masa de los dos cuerpos. Buscaba también él, esforzándose por vencer su nerviosidad, por poner la mano de plano, de diez en diez centímetros, por todas partes donde podía alcanzar. Las manos de ellos rozaban con la suya. Y, de pronto, uno de los dos la cogió, la oprimió y la conservó.

—Si no encontramos nada... —dijo una de las voces.

También Katow oprimía la mano, próximo a las lágrimas, conmovido por aquella pobre fraternidad sin rostro, casi sin verdadera voz (todos los cuchicheos se asemejan), que se le entregaba en aquella oscuridad contra el mayor donativo que había hecho en su vida y que habría sido hecho en vano. Aunque Suen continuaba buscando, las dos manos permanecían unidas. La opresión se convirtió, de pronto, en crispación.

—Aquí está.

¡Oh resurrección!... Pero...

—¿Estás seguro de que no son unos guijarros? —preguntó el otro. Había muchos trozos de yeso por el suelo.

—¡Trae! —dijo Katow.

Con las yemas de los dedos, reconoció las formas.

Las devolvió —¡las devolvió!—; estrechó con más fuerza la mano que buscaba de nuevo la suya, y esperó, temblándole los hombros y castañeteándole los dientes. «Con tal de que el cianuro no esté descompuesto, a pesar del papel de plata...», pensó. La mano que tenía cogida retorció de pronto la suya, y como si hubiese comunicado por su mediación con el cuerpo perdido en la oscuridad, comprendió que éste se distendía. Envidiaba aquella asfixia convulsa. Casi al mismo tiempo, el otro: un grito ahogado, al que no puso atención nadie. Luego, nada.

Katow se sintió abandonado. Se volvió boca abajo, y esperó. El temblor de sus hombros no cesaba.

A medianoche, volvió el oficial. En una baraúnda de armas entrecuchadas, seis soldados se acercaron a los condenados. Todos los prisioneros se despertaron. Tampoco el nuevo farol proyectaba más que prolongadas formas confusas —tumbas en la tierra, revuelta ya— y algunos reflejos sobre los ojos. Katow había llegado a erguirse. El que mandaba la escolta tomó el brazo de Kyo, y, al sentir la rigidez, cogió en seguida a Suen; éste también estaba rígido. Un rumor se propagaba, desde las primeras hileras de prisioneros hasta las últimas. El jefe de escolta cogió por un pie al primero y luego al segundo: volvieron a caer, rígidos. Llamó al oficial. Éste hizo las mismas pruebas. Entre los prisioneros, el rumor aumentaba. El oficial miró a Katow.

—¿Muertos?

¿Para qué responder?

—Aislar a los seis prisioneros más próximos.

—Es inútil —respondió Katow—: he sido yo quien les ha dado el cianuro.

El oficial vaciló.

—¿Y usted? —preguntó, por fin.

—No había más que para dos —respondió Katow, con alegría profunda.

«Voy a recibir un culatazo en la cara», pensó.

El rumor de los prisioneros casi se había convertido en clamor.

—¡Marchen! —pronunció el oficial.

Katow no olvidaba que ya había sido condenado a muerte; que había visto las ametralladoras asestadas contra él, y las había oído disparar... «En cuanto esté fuera, procuraré estrangular a uno y dejarle las manos apretadas durante mucho tiempo, para que se vean obligados a matarme. Me quemarán, pero después de muerto.» En el instante mismo, uno de los soldados le juntó los brazos al cuerpo, mientras otro le llevaba las manos por detrás de la espalda y se las ataba. «Estos chicos han tenido una ocurrencia —pensó—. ¡Vamos! Supongamos que he muerto en un incendio.» Echó a andar. El silencio volvió a caer, como una trampa, a pesar

de los gemidos. Como antes sobre el muro blanco, el farol proyectaba la sombra, a la sazón muy negra, de Katow sobre las grandes ventanas nocturnas; caminaba pesadamente, con una pierna sobre la otra, entorpecido por sus heridas; cuando su balanceo se aproximaba al farol, la silueta de la cabeza se perdía en el techo. Toda la oscuridad del salón estaba viva, y le seguía con la mirada, paso a paso. El silencio era tan grande, que el suelo resonaba, cada vez que lo tocaba con el pie; todas las cabezas, moviéndose de arriba abajo, seguían el ritmo de su marcha con amor, con espanto, con resignación, como si, a pesar de los movimientos semejantes, todos se descubriesen a sí mismos, al seguir aquella marcha desigual. Todos se quedaron con la cabeza levantada: la puerta se volvía a cerrar.

Un ruido de respiraciones profundas, lo mismo que la del sueño, comenzó a ascender del suelo. Respirando por la nariz, con las mandíbulas apretadas por la angustia, inmóviles ahora, todos los que aún no habían muerto esperaban el silbido.

Al día siguiente

Desde hacía más de cinco minutos, Gisors contemplaba su pipa. Delante de él, la lámpara encendida («eso no compromete a nada»); la cajita del opio abierta, y las agujas limpias. Fuera, la noche; en la habitación, la luz de la lamparilla y un gran rectángulo claro, y abierta la puerta de la habitación contigua, adonde se había trasladado el cuerpo de Kyo. El patio había sido vaciado para nuevos condenados y nadie se había opuesto a que los cuerpos que se habían sacado afuera fuesen recogidos. El de Katow no se había recuperado. May había recogido el de Kyo, con las precauciones que hubiera adoptado para trasladar a un herido muy grave. Estaba allí, tendido, no sereno —como Kyo, antes de matarse, había pensado que quedaría—, sino convulsionado por la asfixia, convertido ya en otra cosa distinta de un hombre. May lo miraba, antes de

amortajarlo, hablando con el pensamiento ante la última presencia de aquel semblante, con terribles palabras maternas que no se atrevía a pronunciar, por miedo a oírlas ella misma. «Amor mío», murmuraba, como si hubiese dicho: «carne mía», sabiendo bien que era algo de sí misma, no extraño, lo que se le había arrancado: «vida mía...» Se dio cuenta de que era a un muerto a quien decía aquello. Pero hacía mucho tiempo que ya no tenía lágrimas.

«Todo dolor que ya no ayuda a nadie es absurdo», pensaba Gisors, hipnotizado por su lámpara, refugiado en aquella fascinación. «La paz está ahí. La paz.» Pero no se atrevía a alargar la mano. No creía en ninguna supervivencia; no tenía ningún respeto a los muertos; pero de todos modos no se atrevía a alargar la mano.

May se acercó a él. Boca blanda, vacilante, en aquel rostro de mirada perdida... Le puso con suavidad los dedos en las muñecas.

—Venga —dijo, con voz inquieta, casi imperceptible—. Me parece que se ha calentado un poco...

Buscó los ojos de aquel semblante tan humano, tan doloroso, aunque nunca extraviado. Le miraba sin turbación, menos con esperanza que con súplica. Los efectos del veneno son siempre inseguros; ella era médica. Gisors se levantó y la siguió, defendiéndose contra una esperanza tan fuerte que le parecía que, si se abandonaba a ella, no podría resistir que le fuese retirada. Tocó la frente amoratada de Kyo, aquella frente que nunca ostentaría arrugas: estaba frío, con el frío particular de la muerte. No se atrevía a retirar los dedos, a encontrar de nuevo la mirada de May; dejaba la suya, fija en la mano abierta de Kyo, donde ya las líneas comenzaban a desvanecerse...

—No —dijo, volviendo a la angustia. No le había abandonado. Se dio cuenta de que no había creído a May.

—Tanto peor... —respondió ésta, solamente.

Le vio entrar en la habitación contigua, vacilante. ¿En qué pensaba? Mientras Kyo estuviese allí, todo pensamiento debía ser para él. Aquel muerto esperaba de ella algo, una respuesta que ignoraba, pero que no por eso dejaba de existir. ¡Oh suerte abyecta de los demás, con sus oraciones y sus flores fúnebres! Una respuesta más

allá de la angustia que arrancaba de sus manos las caricias maternas que ningún hijo había recibido de ella, de la espantosa llamada que le hace a uno hablar a los muertos con las formas más afectuosas de la vida. Aquella boca que le había dicho ayer: «He creído que estabas muerta», ya no hablaría nunca; no era con lo que quedaba allí de vida irrisoria —un cuerpo—, con la muerte misma, con lo que había que entrar en comunión.

Ella continuaba allí, inmóvil, arrancando de sus recuerdos tantas agonías contempladas con resignación, llena de pasividad en la vana acogida que ofrecía salvajemente a la nada.

Gisors se había echado de nuevo en el diván. «Y, más tarde, tendré que despertarme...» ¿Cuánto tiempo le concedería de nuevo todas las mañanas aquella muerte? La pipa estaba allí: la paz. Adelantar la mano, y preparar la bolita: después de un cuarto de hora, pensar en la muerte misma con una indulgencia sin límites, como en cualquier paralítico que le hubiese querido mal: cesaría de poder esperarle; perdería toda presa y le deslizaría suavemente en la serenidad universal. La liberación estaba allí, muy cerca. Ninguna ayuda puede facilitarse a los muertos. ¿Para qué sufrir más? ¿El dolor es una ofrenda al amor o al miedo?... No se atrevía a tocar el platillo, y la angustia le oprimía la garganta, al mismo tiempo que el deseo y los sollozos contenidos. Al azar, cogió el primer folleto que encontró. Nunca tocaba los libros de Kyo; pero sabía que no lo leería. Era un número de *La Política de Pekín*, que se había caído allí cuando habían llevado el cuerpo, y donde estaba el discurso por el cual había sido expulsado Gisors de la Universidad. Al margen, con letra de Kyo: «Este discurso es el discurso de *mi padre*.»

Nunca le había dicho siquiera que lo aprobaba. Gisors volvió a cerrar el folleto, con suavidad, y contempló su esperanza muerta.

Abrió la puerta, arrojó el opio a la oscuridad y volvió a sentarse, con los hombros abatidos, esperando el alba, esperando a que se redujese en el silencio, a fuerza de desgastarse, en el diálogo con él mismo, su dolor... A pesar del sufrimiento que entreabría su boca, que cambiaba en semblante aturdido su máscara grave, no perdía todo control. Aquella noche, su vida iba a cambiar: la fuerza del pensamiento no es grande contra la metamorfosis a que la muerte

puede obligar a un hombre. Para lo sucesivo, estaba reducido a sí mismo. El mundo no tenía ya sentido; no existía ya: la inmovilidad sin retomo, allí, al lado de aquel cuerpo que le había unido al universo, era como un suicidio de Dios. No había esperado ni conseguido nada de Kyo, ni siquiera la felicidad; pero que el mundo existiese sin Kyo... «He sido arrojado fuera del tiempo»; el hijo era la sumisión al tiempo, a la sucesión de las cosas; sin duda, en lo más profundo, Gisors era esperanza, como era angustia, esperanza de nada, espera, y era preciso que su amor fuese aniquilado para que descubriese aquello. ¡Y, sin embargo! Todo cuanto lo destruía encontraba en él una acogida árida. «Hay algo de hermoso en estar muerto», pensó. Sentía temblar en sí el sufrimiento fundamental; no el que procede de los seres o de las cosas, sino el que surge del hombre mismo y se esfuerza en arrancarnos a la vida; podía pasarle inadvertido, pero, sólo cesando de pensar en él; y se sumergía en él cada vez más, como si aquella contemplación espantosa hubiese constituido la única voz que pudiera oír la muerte; como si aquel sufrimiento de ser hombre, de que se impregnaba hasta el fondo del corazón, hubiese sido la única oración que pudiese oír el cuerpo de su hijo muerto.

PARTE SÉPTIMA

París, julio

Ferral, abanicándose con el periódico donde el Consorcio era más violentamente atacado, llegó el último al gabinete de espera del ministro de Hacienda; en grupos esperaban el director adjunto del Movimiento General de Fondos —el hermano de Ferral había caído prudentemente enfermo la semana anterior—, el representante del Banco de Francia, el del banco principal de negocios francés y los de los establecimientos de crédito. Ferral los conocía a todos: un hijo, un yerno y antiguos funcionarios de la Inspección de Hacienda y del Movimiento General de Fondos; el lazo entre el Estado y los Establecimientos era demasiado estrecho para que éstos no tuviesen ventaja al agregar funcionarios que encontraban, cerca de sus antiguos colegas, una acogida favorable. Ferral comprobó su sorpresa: parecía natural que hubiese llegado antes que ellos; al no verle allí, habrían pensado que no se le había convocado. Que se permitiese llegar el último, les sorprendía. Todo les separaba: lo que él pensaba acerca de ellos; lo que ellos pensaban acerca de él, y su manera de vestir; casi todos estaban vestidos con una negligencia impersonal, y Ferral llevaba su traje arrugado y chinesco, y la camisa de seda gris, con cuello blando de Shanghai. Dos razas.

Fueron introducidos, casi inmediatamente.

Ferral conocía poco al ministro. Aquella expresión de semblante de otra época, ¿procedía de sus cabellos blancos, espesos como los de las pelucas de la Regencia? Aquel rostro fino de ojos claros, aquella sonrisa tan acogedora —antiguo parlamentario—, armonizaban con la leyenda de cortesía del ministro, leyenda paralela a la de su brusquedad, cuando le picaba una mosca napoleónica. Ferral, mientras cada uno ocupaba su puesto, pensaba en una anécdota

ta famosa: el ministro, entonces ministro de Estado, sacudía por los faldones de su chaquet al enviado de Francia en Marruecos; y, habiéndose descosido el chaquet por la espalda, de pronto, llamó y dijo: «Traiga usted uno de mis chaquets para el señor.» Luego llamando de nuevo, en el momento en que desaparecía el ujier, añadió: «¡El más viejo! ¡No se merece otro!» Su semblante habría parecido muy seductor, si no hubiera sido por una mirada que parecía negar lo que prometía la boca: herido en un accidente, tenía un ojo de vidrio.

Se habían sentado: el director del Movimiento General de Fondos, a la derecha del ministro; Ferral a la izquierda; los representantes, al fondo del despacho, en un canapé.

—Ya saben ustedes, señores —dijo el ministro—, para qué los he convocado. Sin duda, habrán examinado la cuestión. Dejo al señor Ferral el cuidado de resumírsela y de presentarles su punto de vista.

Los representantes esperaron pacientemente a que Ferral, según costumbre, les contase sus embustes.

—Señores —dijo Ferral—, es corriente en una entrevista como ésta, presentar unos balances optimistas. Tienen ustedes ante los ojos el informe de la Inspección de Hacienda. La situación del Consorcio, prácticamente, es peor de lo que deja suponer ese informe. No les someto empleos ostentosos ni créditos inseguros. El pasivo del Consorcio, lo conocen ustedes, con toda evidencia: deseo atraer vuestra atención sobre dos puntos del activo que no puede señalar ningún balance y en cuyo nombre se solicita su ayuda.

»El primero consiste en que el Consorcio representa la única obra francesa de ese orden en el Extremo Oriente. Aunque con déficit, incluso en vísperas de quiebra, su estructura permanece intacta. Su red de agentes; sus puestos de compra o de venta en el interior de la China; las relaciones establecidas entre sus compradores chinos y sus sociedades de producción indochina, todo eso *es* y puede ser mantenido. No exagero al decir que, para la mitad de los comerciantes del Yang-Tsé, Francia es el Consorcio, como el Japón es el *concern* Mitsubishi; nuestra organización, ustedes lo saben, puede

ser comparada, en extensión, a la de la Standard Oil. Ahora bien: la Revolución china no será eterna.

»Segundo punto: gracias a los lazos que unen al Consorcio con una gran parte del comercio chino, he participado de la manera más eficaz en la toma del poder por el general Chiang Kaishek. Desde ahora, está conforme en que la parte de la construcción de los Ferrocarriles chinos, prometida a Francia por los tratados, será confiada al Consorcio. Ya conocen ustedes la importancia de eso. Sobre este elemento, pido a ustedes que se pongan de acuerdo para conceder al Consorcio la ayuda que les solicita; a causa de su presencia, me parecería defendible desear que no desapareciese de Asia la única organización poderosa que representa allí a nuestro país —aunque tuviese que salir de las manos de quienes la fundaron.

Los representantes examinaban cuidadosamente el balance, que conocían de antemano y que ya no les enseñaba nada: todos esperaban que el ministro hablase.

—No es solamente de interés del Estado —dijo éste—, sino también del de los establecimientos, que el crédito no sea perjudicado. La caída de organismos tan importantes como el Banco Industrial de China y el Consorcio no puede ser más que enojosa para todos...

Hablaba con indolencia, apoyado en el respaldo de su sillón con la mirada perdida, golpeando con el extremo del lápiz la carpeta colocada delante de él. Los representantes esperaban que su actitud se hiciese más precisa.

—¿Quiere usted permitirme, señor ministro —dijo el representante del Banco de Francia—, que le someta una opinión un tanto diferente? Sólo he venido aquí para representar a un establecimiento de crédito, y, por tanto, para ser imparcial. Durante algunos meses, los cracs hacen disminuir los depósitos: eso es verdad; pero desde hace seis meses, las sumas retiradas vuelven a entrar, de un modo automático, y, precisamente, en los principales establecimientos, que presentan las mayores garantías. Quizá la caída del Consorcio, lejos de ser perjudicial a los establecimientos que representan esos señores, les fuese, por el contrario, favorable...

—Exceptuando que siempre es imprudente jugar con el crédito: quince quiebras de los bancos de provincias no serían provechosas a los establecimientos; no lo serían más que en razón de las medidas políticas a que dieran lugar.

«Todo eso es hablar por hablar —pensó Ferral—; lo que ocurre es que el Banco de Francia tiene miedo a verse comprometido y a tener que pagar, si los establecimientos pagan.» Silencio. La mirada interrogativa del ministro encontró la de uno de los representantes: rostro de teniente de húsares; mirada insistente, próxima a la reprimenda; voz clara:

—Contrariamente a lo que de ordinario encontramos en entrevistas semejantes a la que celebramos, debo decir que soy algo menos pesimista que el señor Ferral sobre el conjunto de las partidas del balance que se nos ha sometido. La situación de los bancos del grupo es desastrosa: eso es verdad; pero ciertas sociedades pueden ser defendidas, incluso bajo su forma actual.

—Es el conjunto de una obra lo que yo les pido que mantengan —dijo Ferral—. Si el Consorcio queda destruido, sus negocios pierden todo sentido para Francia.

—Por el contrario —dijo otro representante, de rostro enjuto y fino—, el señor Ferral me parece optimista a pesar de todo, en cuanto al activo principal del Consorcio. El empréstito no está aún emitido.

Mientras hablaba, contemplaba la solapa de la americana de Ferral; éste, intrigado, dirigió a ella la mirada y acabó de comprender: sólo él no estaba condecorado. A propósito. Su interlocutor era comendador y contemplaba con hostilidad aquel ojal desdeñoso; Ferral no había esperado nunca otra consideración que la de su fuerza.

—Sabe usted que será emitido —dijo—; emitido y cubierto. Eso incumbe a los bancos americanos, y no a sus clientes, que tomarán lo que se les haga tomar.

—Supongámoslo. Cubierto el empréstito, ¿quién nos asegura que los ferrocarriles serán construidos?

—Pero —dijo Ferral, con cierto asombro (su interlocutor no podía ignorar lo que iba a responder)— no se trata de que la mayor parte de los fondos sea entregada al gobierno chino. Irán, directamente, de los bancos americanos a las empresas encargadas de la fabricación del material, con toda evidencia. Si no, ¿cree usted que los americanos admitirían el empréstito?

—Desde luego. Pero Chiang Kaishek puede ser muerto o destituido; si el bolchevismo reina, el empréstito no será emitido. Por mi parte, no creo que Chiang Kaishek se mantenga en el poder. Nuestras informaciones consideran su caída como inminente.

—Los comunistas están exterminados en todas partes —respondió Ferral—. Borodin acaba de abandonar Han-Kow y de volver a Moscú.

—Los comunistas, sin duda; pero no el comunismo. La China no volverá ya nunca a ser lo que era, y, después del triunfo de Chiang Kaishek, son de temer nuevas oleadas comunistas...

—Mi opinión es la de que todavía continuará en el poder durante diez años; pero no es éste asunto que nos reporte ningún riesgo.

(«No escucháis —pensaba— más que a vuestro valor, que nunca os dice nada. ¿Y cuando Turquía no os devolvía un céntimo y compraba con vuestro dinero los cañones para la guerra? Solos, no habríais hecho nunca un gran negocio. Cuando habéis acabado vuestra cúpula con el Estado, tomáis por prudencia vuestra cobardía y creéis que basta ser manco para convertirse en la Venus de Milo, lo cual es excesivo.»)

—Si Chiang Kaishek se mantiene en el gobierno —dijo con voz suave un representante joven, de cabellos rizados—, la China recobrará su autonomía aduanera. ¿Quién nos dice que, aun concediéndole al señor Ferral todo cuanto supone, su actividad en China no perderá todo valor, el día en que soporte las leyes chinas para reducirla a la nada? Ya sé que a esto pueden oponerse varias respuestas...

—Varias —corroboró Ferral.

—No es menos cierto —respondió el representante de rostro de oficial— que este negocio es inseguro, o, aun admitiendo que no

implique ningún riesgo, implica un crédito a largo plazo, y, en realidad, una participación en la vida de un negocio... Todos sabemos que el señor Germain ha podido conducir a la ruina al Crédit Lyonnais por estar interesado en los Colores de Anilina, uno de los mejores negocios franceses, no obstante. Nuestra función no consiste en participar en los negocios, sino en prestar dinero con garantías y a plazos breves. Fuera de esto, ya no nos corresponde a nosotros la palabra, sino a los bancos de negocios.

Silencio, de nuevo. Prolongado silencio.

Ferral reflexionaba acerca de las razones por las cuales el ministro no intervenía. Todos, y él mismo, hablaban en lenguaje convencional y adornado, como los lenguajes rituales de Asia: por otra parte, no había motivo para que todo aquello no fuese pasablemente chino. Que las garantías del Consorcio fuesen insuficientes, era muy evidente; si no, ¿se habría encontrado él allí? Desde la guerra, las pérdidas experimentadas por el ahorro francés («como dicen los periódicos chantajistas» —pensaba—: la indignación le proporcionaba inspiración), que había suscrito las acciones u obligaciones de los negocios comerciales recomendados por los establecimientos y por los grandes bancos de negocios, ascendían a unos 40 000 millones —sensiblemente más que el tratado de Frankfurt—. Un mal negocio pagaba una comisión mayor que otro bueno, y eso era todo. Pero todavía era preciso que este mal negocio fuese presentado a los establecimientos por uno de los suyos. No pagarían, salvo en el caso en que el ministro interviniera formalmente, porque Ferral no era de los suyos. No estaba casado: historias de mujeres conocidas. Sospechoso de fumar opio. Había desdeñado la Legión de Honor. Demasiado orgulloso para ser, ya un conformista, ya un hipócrita. Acaso el gran individualismo no pudiese desenvolverse plenamente sino en un pudridero de hipocresía: Borgia no fue papa por casualidad... No era a fines del siglo xviii, entre los revolucionarios franceses, ebrios de virtud, cuando se paseaban los grandes individualistas, sino en el Renacimiento, en una estructura social que correspondía evidentemente al cristianismo...

—Señor ministro —dijo el delegado de más edad, comiéndose, a la vez, algunas sílabas y su recortado bigote, blanco como sus cabellos ondulados—, que estamos dispuestos a acudir en ayuda del Estado, por supuesto. De acuerdo. Usted lo sabe.

Se quitó los lentes, y los movimientos de sus manos, de dedos ligeramente separados, se convirtieron en tanteo de ciego.

—Pero, en definitiva, no obstante, habría que saber en qué medida. No digo que cada uno de nosotros no pueda intervenir con cinco millones. Bueno.

El ministro se encogió levemente de hombros.

—Pero no es de eso de lo que se trata, puesto que el Consorcio debe reembolsar, como mínimo, 250 millones de depósitos. ¿Entonces, qué? Si el Estado piensa que un crac de esa importancia es enojoso, puede encontrar él mismo los fondos; para salvar a los depositarios franceses y a los depositarios annamitas, el Banco de Francia y el Gobierno general de la Indochina están más indicados, sin embargo, que nosotros, que tenemos también nuestros depositarios y nuestros accionistas. Cada uno de nosotros está aquí en nombre de su Establecimiento...

(«Bien entendido —pensaba Ferral— que si el ministro diese claramente a entender que exige que el Consorcio sea puesto a flote, ya no habría ni depositarios ni accionistas.»)

—... ¿Quién de nosotros puede afirmar que sus accionistas aprobarían un empréstito que sólo está destinado a mantener un establecimiento vacilante? Lo que piensan esos accionistas, señor ministro (y no ellos, solamente) lo sabemos muy bien: que el mercado debe ser saneado; que los negocios que no son viables deben cesar; que mantenerlos artificialmente es el peor servicio que se puede hacer a todos. ¿En qué se convierte la eficacia de la competencia, que es la vida del comercio francés, si los negocios condenados son automáticamente mantenidos?

(«Amigo mío —pensó Ferral—, tu Establecimiento exigió del Estado, el mes pasado, una rebaja de tarifas aduaneras del 32 %, para facilitar, sin duda, la libre competencia.»)

—... ¿Entonces? Nuestro oficio consiste en prestar dinero con garantías, como se ha dicho muy certeramente. Las garantías que nos propone el señor Ferral... Ya ha oído usted al mismo señor Ferral. ¿El Estado quiere sustituir aquí al señor Ferral y damos garantías, a cambio de las cuales concederemos al Consorcio los fondos que le sean necesarios? En una palabra: ¿el Estado hace, sin compensación, un llamamiento a nuestra abnegación, o nos pide (él y no el señor Ferral) que facilitemos una operación de tesorería, aunque sea a largo plazo? En el primer caso, ¿verdad?, nuestra abnegación la tiene concedida, aunque, en definitiva, hay que tener en cuenta a nuestros accionistas. En el segundo caso, ¿qué garantías nos ofrece?

«Lenguaje cifrado completo —pensaba Ferral—. Si sólo estuviésemos dispuestos a representar una comedia, el ministro respondería: Saboreo lo cómico de la palabra abnegación. Lo esencial de vuestros sacrificios procede de vuestras relaciones con el Estado. Vivís de comisiones, función de la importancia de vuestro Establecimiento, y no de un trabajo ni de una eficacia. El Estado os ha dado este año cien millones, bajo una forma o bajo otra; os retira veinte, bendecid su nombre y romped con él. Pero ello no encierra ningún peligro.» El ministro sacó del cajón de su mesa una caja de caramelos y los fue ofreciendo a todos. Cada uno tomó uno, salvo Ferral. Ahora sabía lo que querían los delegados de los Establecimientos: pagar, puesto que era imposible abandonar aquel despacho sin conceder algo al ministro; pero pagar lo menos posible. En cuanto a éste... Ferral esperaba, seguro de que se hallaba propicio a pensar: «¿Qué hubiera aparentado hacer Choiseul, en mi puesto?» Aparentado: el ministro no pedía a los grandes del reino lecciones de voluntad, sino de aplomo o de ironía.

—El señor director adjunto del Movimiento General de Fondos —dijo, golpeando la mesa ligeramente con el lápiz— les dirá a— ustedes cómo no puedo concederles esas garantías sin un voto del Parlamento. Les he reunido a ustedes, señores, porque la cuestión que debatimos interesa al prestigio de Francia; ¿creen ustedes que sea una manera de defenderla llevar esta cuestión ante la opinión pública?

—Sin duda, sin duda; pero, permita usted, señor ministro...

Silencio; los representantes, masticando sus caramelos, rehuían, en actitud meditativa, el acento auvernés de que se sentían amenazados, de pronto, si abrían la boca. El ministro les contemplaba sin sonreír, a uno después de otro, y Ferral, que le veía de perfil, por el lado de su ojo de vidrio, le veía como un gran guacamayo blanco, inmóvil y amargado, entre unos pájaros.

—Veo, pues, señores —continuó el ministro—, que estamos de acuerdo en ese punto. De cualquier manera que afrontemos el problema, es necesario que sean reembolsados los depósitos. El Gobierno General de la Indochina participaría en la restauración del Consorcio con un quinto. ¿Cuál podría ser la parte de ustedes?

Ahora cada uno se refugiaba en su caramelo. «Breve placer —se dijo Ferral—. Tienen ganas de distraerse; pero el resultado hubiera sido el mismo sin caramelos...» Conocía el valor del argumento anticipado por el ministro. Había sido su hermano, quien había respondido a los que pedían al Movimiento General de Fondos una conversión sin votación del Parlamento: «¿Por qué no dar después, porque me da la gana, doscientos millones a mi amiguita?»

Silencio. Más largo aún que los precedentes. Los representantes cuchicheaban entre ellos.

—Señor ministro —dijo Ferral—, si los negocios sanos del Consorcio son, de una manera o de otra, recuperados; si los depósitos, de cualquier modo, deben ser reembolsados, ¿no cree usted que hay que desear un esfuerzo mayor, del que la conservación del Consorcio no quede excluida? La existencia de un organismo francés tan extenso, ¿no tiene, ante los ojos del Estado, una importancia igual a la de algunas centenas de millones de depósito?

—Cinco millones no es una cifra importante, señores —dijo el ministro—. ¿Debo hacer otro llamamiento, de una manera más apremiante, a la abnegación de que han hablado ustedes? Sé que tienden ustedes, que sus Consejos tienden a evitar el control de los bancos por el Estado ¿Creen que la caída de negocios como el Consorcio no impulsa a la opinión pública a exigir ese control de una manera que podría tornarse imperiosa, y quizá urgente?

«Cada vez más chinos —pensaba Ferral—. Esto quiere decir, únicamente: “Cesad de proponerme cinco millones ridículos.” El control de los bancos supone una amenaza absurda, cuando está hecho por un gobierno cuya política es opuesta a medidas de este género. Y el ministro no desea ya recurrir a ella realmente, como los representantes que tiene en juego la agencia Havas no desean emprender una campaña de prensa contra el ministro. El Estado no puede ya actuar en serio contra los bancos, ni éstos contra él. Todas las complicidades: personal común, intereses, psicología. Lucha entre los jefes de servicio de una misma casa, y de la que la casa vive, además.» Aunque mal. Como antes en el *Astor*, Ferral no se salvaba más que por la necesidad de no debilitar ni manifestar ninguna cólera. Pero estaba abatido: habiendo hecho de la eficacia su valor esencial, nada compensaba que se encontrase frente a aquellos hombres, cuya personalidad y cuyos métodos había despreciado siempre, en aquella posición humillada. Era más débil que ellos, y, por eso, en su sistema mismo, todo lo que pensaba era vano.

—Señor ministro —dijo el delegado de más edad—, queremos demostrar una vez más al Estado nuestra buena voluntad; pero si no hay garantías, no podemos, respecto de nuestros accionistas, afrontar un crédito consorcial más elevado que el total de los depósitos de reembolso, y garantizado por el reintegro que haríamos con los beneficios líquidos del grupo. Dios sabe que no contamos para nada con ese reintegro; que lo haremos por respeto al interés superior del Estado...

«Este personaje —pensaba Ferral— es verdaderamente inaudito, con su aspecto de profesor jubilado convertido en Edipo griego. ¡Y todos los brutos, y Francia misma, que viene a pedir consejos a sus directores de agencias y a quienes se les entregan los fondos del Estado en piel de zapa, cuando hay que construir ferrocarriles estratégicos en Rusia, en Polonia o en el Polo Norte! Desde la guerra, aquella broqueta, sentada sobre el canapé, había costado al ahorro francés, sólo en fondos del Estado, dieciocho mil millones. Muy bien: como decía él hace diez años: “Todo hombre que pide consejos para colocar su fortuna a una persona a la que no conoce íntimamente, queda justamente arruinado.” Dieciocho mil millo-

nes. Sin hablar de los cuarenta mil millones de negocios comerciales. Ni de mí.»

—¿El señor Damiral? —pronunció el ministro.

—No puedo hacer más que asociarme, señor ministro, a las palabras que acaba usted de oír. Como el señor de Morelles, no puedo comprometer al Establecimiento que represento sin las garantías de que ha hablado. No podría hacerlo sin faltar a los principios y a las tradiciones, que han hecho de este Establecimiento uno de los más poderosos de Europa, principios y tradiciones atacados con frecuencia, pero que le permiten poner su abnegación al servicio del Estado, cuando éste recurre a él, como lo hizo hace cinco meses, como lo hace hoy, y como lo hará, quizá, mañana. La frecuencia de estos llamamientos, señor ministro, y la resolución que hemos adoptado de atenderlos me obligan a solicitar las garantías que tales principios y tradiciones exigen para que aseguremos a nuestros depositarios, y gracias a los cuales —me permito decirse-lo, señor ministro— estamos a su disposición. Sin duda, podremos disponer de veinte millones.

Los representantes se miraban con consternación: los depósitos serían reembolsados. Ferral comprendía ahora lo que había pretendido el ministro: dar satisfacción a su hermano sin comprometerse; hacer que se reembolsasen los depósitos; conseguir que pagasen los Establecimientos, aunque lo menos posible; poder redactar un comunicado satisfactorio. El regateo continuaba. El Consorcio sería destruido; pero poco importaba su aniquilamiento, si los depósitos eran reembolsados. Los Establecimientos adquirirían las garantías que habían solicitado (perderían, sin embargo, aunque poco). Algunos negocios, mantenidos, se convertirían en filiales de los Establecimientos; en cuanto a lo demás... Todos los acontecimientos de Shanghai iban a disolverse allí, en un contrasentido total. Hubiera preferido sentirse despojado; ver viva, fuera de sus manos, su obra conquistada o robada. Pero el ministro no vería más que el miedo que tenía a la Cámara; no desgarraría ningún chaquet, ahora. En su lugar, Ferral hubiera comenzado por inhibirse de un Consorcio saneado que después hubiera mantenido a toda costa. En cuanto a los Establecimientos, siempre había afirmado su

incurable avaricia. Recordó, con orgullo, la frase de uno de sus adversarios: «Quiere que un banco sea una casa de juego.»

Sonó el teléfono, muy cerca. Entró uno de los agregados.

—Señor ministro, el señor presidente del Consejo llama por la línea especial.

—Dígale que las cosas se arreglan muy bien... No; voy yo.

Salió, volvió al cabo de un instante e interrogó con la mirada al delegado del principal banco de negocios francés, el único que estaba representado allí. Bigotes erguidos, paralelos a sus lentes, calvicie y cansancio. Aún no había dicho una palabra.

—El mantenimiento del Consorcio no nos interesa en manera alguna —dijo con lentitud—. La participación en la construcción de los ferrocarriles está asegurada en Francia por los tratados. Si el Consorcio cae, otro negocio se formará o se desarrollará y constituirá su sucesión.

—Y esa nueva sociedad —dijo Ferral—, en lugar de haber industrializado la Indochina, distribuirá dividendos. Pero como no habrán hecho nada por Chiang Kaishek, se encontrará en la situación en que se encontrarían ustedes hoy si nunca hubieran hecho nada por el Estado: y los tratados serán modificados por cualquier sociedad americana o británica, con el amparo francés, evidentemente. A la que prestarán ustedes, además, el dinero que a mí me niegan. Nosotros creamos el Consorcio, porque los bancos franceses de Asia hacían tal política de garantías, que hubieran acabado por prestar a los ingleses, para no prestar a los chinos. Hemos soportado una política del riesgo; está...

—Yo no me atrevía a decirlo.

—... claro. Es normal que toquemos las consecuencias. El ahorro será protegido —sonrió con un solo lado de la boca— hasta cincuenta y ocho mil millones de pérdida, y no cincuenta y ocho mil millones y algunas centenas de millones. Vean, pues, a grandes rasgos, cómo el Consorcio dejará de existir.

En plena luz de la primavera, May, demasiado pobre para alquilar un coche, ascendía hacia la casa de Kama. Si el equipaje de Gisors era pesado, habría que pedir prestado algún dinero al anciano pintor para llegar hasta el barco. Al abandonar Shanghai, Gisors le había dicho que se refugiaba en casa de Kama; al llegar, le había enviado su dirección. Luego, nada. Ni siquiera cuando ella le había hecho saber que había sido nombrado profesor en el instituto Sun-Yat-Sen, de Moscú. ¿Por temor a la policía japonesa?

Mientras caminaba, leía una carta de Pei, que le había sido entregada a la llegada del barco a Kobe, cuando había ido a que le visasen su pasaporte.

... y todos los que han podido huir de Shanghai les esperan. He recibido los folletos...

Había publicado, anónimamente, dos relatos de la muerte de Chen; uno de ellos, de acuerdo con su corazón: «El asesinato del dictador constituye el deber del individuo ante sí mismo, y debe ser separado de la acción política determinada por las fuerzas colectivas.» El otro, para los tradicionalistas: «Del mismo modo que el deber final —la influencia que ejercen sobre nosotros nuestros antepasados— nos obliga a buscar nuestra vida más noble, así exige de cada uno el asesinato del usurpador.» Las imprentas clandestinas reimprimían ya aquellos folletos.

... Ayer vi a Hemmelrich, que se acuerda de ustedes. Es montador en la fábrica de electricidad. Me ha dicho: «Antes, comenzaba a vivir cuando salía de la fábrica; ahora, comienzo a vivir cuando entro en ella. Esta es la primera vez en mi vida que trabajo sabiendo para qué, y no esperando pacientemente a que llegue el momento de reventar...» Dígale a Gisors que lo esperamos. Desde

que estoy aquí pienso en el curso en que decía: «Una civilización se transforma, ¿verdad?, cuando su elemento más doloroso — humillación en el esclavo, el trabajo en el obrero moderno— se convierte, de pronto, en un valor; cuando ya no se trata de escapar a esa humillación, sino de esperar de ella la propia salvación; cuando no se trata de escapar de ese trabajo, sino de encontrar en él la propia razón de ser. Es preciso que la fábrica, que no es aún más que una especie de iglesia de catacumbas, se convierta en lo que fue la catedral, y que los hombres vean en ella, en lugar de los dioses, la fuerza humana en lucha contra la Tierra...»

Sí: sin duda, los hombres sólo valían por lo que habían transformado. La Revolución acababa de pasar por una terrible enfermedad, pero no había muerto. Y eran Kyo y los suyos, vivos o no, quienes la habían lanzado al mundo.

Iré de nuevo a China como agitador: nunca seré un comunista puro. Nada ha terminado allá. Quizá allí volvamos a encontrarnos; me dicen que su solicitud está aceptada...

Un recorte de periódico cayó de la carta, doblado. May lo recogió: «El trabajo debe ser el arma principal de la lucha de clases. El plan de industrialización más importante del mundo está actualmente en estudio: se trata de transformar en cinco años toda la U.R.S.S.; de hacer de ella una de las primeras potencias industriales de Europa, luego alcanzar y dejar atrás a América. Esta empresa gigantesca...»

Gisors la esperaba, de pie, junto al marco de la puerta. En quimono. No había equipaje en el corredor.

—¿Ha recibido usted mis cartas? —preguntó May, entrando en una habitación desnuda, estera y papel, cuyos paneles arrancados dejaban ver por completo la bahía.

—Sí.

—Démonos prisa: el barco vuelve a salir dentro de dos horas.

—No me iré, May.

Ella le miró: «Inútil interrogarle —pensó—; ya se explicará.» Pero fue Gisors el que interrogó:

—¿Qué va usted a hacer?

—Procuraré servir en las secciones de agitadoras. Parece que eso está casi arreglado. Llegaré a Vladivostok pasado mañana, y saldré inmediatamente para Moscú. Si eso no se arregla, prestaré servicio como médico en Moscú o aunque sea en Siberia. Con tal de que la primera cosa se consiga... Estoy tan cansada de cuidar... Para vivir siempre con los enfermos, cuando no proceden de un combate, se necesita cierto estado de gracia; ya no hay en mí gracia de ninguna especie. Además, ahora, se me ha hecho casi intolerable el ver morir... En fin, si hay que hacerlo... Es también una manera de vengar a Kyo.

—Ya no se venga uno a mi edad.

En efecto: algo en él había cambiado. Aparecía lejano, separado, como si sólo una parte de sí mismo se encontrase en la habitación con ella. Gisors se echó en el suelo: no había sillas. May se echó también, junto a su platillo de opio.

—¿Y usted qué va a hacer? —preguntó.

Gisors se encogió de hombros, con indiferencia.

—Gracias a Kama, soy aquí profesor libre de historia del arte occidental... Vuelvo a mi primitivo oficio; ya ve usted...

May buscaba sus ojos, estupefacta.

—Aun ahora —dijo—, cuando estamos políticamente vencidos; cuando nuestros hospitales están cerrados, vuelven a formarse los grupos clandestinos en todas las provincias. Los nuestros no olvidarán ya que sufren a causa de otros hombres, y no a causa de sus vidas anteriores. Usted decía: «Han despertado sobresaltados de un sueño de treinta siglos, y ya no se volverán a dormir.» Usted decía, también, que los que han inculcado la conciencia de su sublevación a trescientos millones de miserables no son sombras como los hombres que pasan —ni aun golpeados, martirizados, muertos...

Calló un instante.

—Ahora están muertos —añadió.

—Y sigo pensando así, May. Es otra cosa... La muerte de Kyo no es sólo dolor; no es sólo cambio; es... una metamorfosis. Yo nunca he amado mucho al mundo: era Kyo quien me unía a los hombres; era por él por quien los hombres existían para mí... No deseo ir a Moscú. Allí enseñaría miserablemente. El marxismo ha dejado de vivir en mí. Ante los ojos de Kyo, era una voluntad, ¿no es cierto?, pero, ante los míos, es una fatalidad, y me ponía de acuerdo con él porque mi angustia de la muerte armonizaba con la fatalidad. Ya casi no hay angustia en mí, May; desde que Kyo ha muerto, me es indiferente morir. Estoy a la vez libertado (¡libertado!...) de la muerte y de la vida. ¿Qué iría a hacer allá?

—Cambiar de nuevo, tal vez.

—No tengo otro hijo que perder.

Atrajo hacia sí el platillo de opio y preparó una pipa. Sin decir nada, ella señaló con el dedo a una de las colinas próximas: cogidos de los hombros, un centenar de *coolies* arrastraban un gran peso que no se veía, con el gesto milenario de los esclavos.

—Sí —dijo Gisors—, sí. Sin embargo —prosiguió, después de un instante—, tenga cuidado: éstos están dispuestos a dejarse matar por el Japón.

—¿Por cuánto tiempo, aún?

—Por mucho más tiempo del que yo viva.

Gisors se fumó su pipa de una bocanada. Volvió a abrir los ojos.

—Puede uno errar su vida durante mucho tiempo; pero siempre acaba por convertirse en aquello para lo cual hemos sido hechos. Todo viejo es una confesión, y si hay tantas vejeces vacías es porque otros tantos hombres lo estaban y lo ocultaban. Pero aun esto carece de importancia. Sería preciso que los hombres pudiesen saber que no hay nada real, que hay mundos de contemplación — con o sin opio—, en los que todo es vano...

—¿Dónde se contempla qué?

—Quizá otra cosa distinta de esta vanidad... Ya es mucho.

Kyo había dicho a May: «El opio desempeña un gran papel en la vida de mi padre; pero, a veces, me pregunto si la determina o si justifica determinadas fuerzas que le inquietan a él mismo...»

—Si Chen —prosiguió Gisors— hubiera vivido fuera de la Revolución, piense usted que, sin duda, habría olvidado sus crímenes. Olvidado...

—Los otros no los han olvidado, por cierto; ha habido dos atentados terroristas después de su muerte. No le gustaban las mujeres; apenas le conocí, pero creo que no habría podido vivir fuera de la Revolución ni siquiera un año. No hay dignidad que no se base en el dolor.

Gisors apenas la había escuchado.

—Olvidado... —repitió—. Desde que murió Kyo, he descubierto la música. Sólo la música puede hablar de la muerte. Escucho a Kama, ahora, cuando toca. Y, no obstante, sin esfuerzo por parte mía —hablaba para sí mismo tanto como para May—, ¿de qué me acuerdo aún? Mis deseos y mi angustia, ni siquiera el peso de mi destino, mi vida, no existen...

(«Pero, mientras usted se liberta de su vida —pensaba May—, otros como Katow arden en las calderas, y otros como Kyo...»)

La mirada de Gisors, como si hubiese seguido su gesto de olvido, se perdió fuera: más allá de la carretera, los mil rumores del trabajo del puerto parecían marchar con las olas hacia la mar radiante. Respondía el esplendor de la primavera japonesa con todo el esfuerzo de los hombres, con los navíos, con los elevadores, con los autos, con la multitud activa. May pensaba en la carta de Pei: era en el trabajo, a fuerza de guerra desencadenada sobre toda la tierra rusa; en la voluntad de una multitud para la que aquel trabajo se había convertido en vida, donde se habían refugiado sus muertos. El cielo resplandecía entre los pinos como el sol; el viento, que inclinaba ligeramente las ramas, resbaló sobre los cuerpos tendidos. Le pareció a Gisors que aquel viento pasaba a través de él como un río, como el Tiempo mismo, y, por primera vez, la idea de que se deslizaba en él el tiempo que le aproximaba a la muerte no le separó del mundo, sino que le unió a él en un acorde sereno.

Contemplaba el enredo de las grúas junto a la ciudad, los paquebotes y las barcas en el mar, las tareas humanas en la carretera. «Todos sufren —pensó—, y cada uno sufre porque piensa. En el fondo, el espíritu del hombre no piensa más que en lo eterno, y la conciencia de la vida no puede ser más que angustia. No hay que pensar la vida con la imaginación, sino con el opio. ¡Cuántos sufrimientos, esparcidos en esta luz, desaparecerían, si desapareciese el pensamiento!...» Emancipado de todo, hasta de ser hombre, acariciaba con reconocimiento el tubo de su pipa, mientras contemplaba la agitación de todos aquellos seres desconocidos que caminaban hacia la muerte bajo el esplendor solar, mimando cada uno, en lo más secreto de sí mismo, su paraíso criminal. «Todo hombre es un loco —pensó—; pero, ¿qué es un destino humano, sino una vida de esfuerzo para unir a ese loco con el universo?» Volvió a ver a Ferral, iluminado apenas por la lámpara abatida, en la noche llena de bruma, escuchando: «Todo hombre sueña con ser un dios...»

Cincuenta sirenas a la vez invadieron el aire: aquel día era víspera de fiesta, y el trabajo cesaba. Antes que hubiera cambio alguno en el puerto, unos hombres minúsculos alcanzaron, como exploradores, la carretera recta que conducía a la ciudad, y bien pronto la cubrió la multitud, lejana y negra, en una barahúnda de claxons: patronos y obreros abandonaban juntos el trabajo. Venían como al asalto, con ese gran movimiento inquieto de toda multitud contemplada a distancia. Gisors había visto la huida de los animales hacia los arroyos, a la caída de la tarde: uno, algunos, todos precipitados hacia el agua por una fuerza que descendía con las tinieblas; en su recuerdo, el opio daba a aquella marcha cósmica una armonía salvaje, y los hombres, perdidos en la lejana barahúnda de sus zuecos, parecíanle todos locos, separados del universo cuyo corazón, latiendo en alguna parte, allá arriba, en la luz palpitante los acogía y volvía a arrojarlos a la soledad, como granos de una mies desconocida. Ligeras, muy elevadas, las nubes pasaban por encima de los pisos sombríos y se reabsorbían poco a poco en el cielo; y le pareció que uno de sus grupos, aquél precisamente, expresaba a los hombres a quienes había conocido o amado y que habían muerto. La humanidad era espesa y pesada; pesada de car-

ne, de sangre, de sufrimiento, eternamente adherida a sí misma, como todo lo que muere; pero, aun la sangre, aun la carne, aun el dolor, aun la muerte se reabsorbían allá arriba en la luz, como la música en la noche silenciosa; pensó en la de Kama, y el dolor humano le pareció ascender y perderse como el canto mismo de la tierra; sobre la paz estremecida y oculta en él, como su corazón, el dolor poseído volvía a cerrar con lentitud sus brazos inhumanos.

—¿Fuma usted mucho? —repitió May.

Se lo había preguntado ya, pero él no la había oído. Su mirada volvió a la habitación.

—¿Cree usted que no adivino lo que piensa, y que no lo sé mejor que usted? ¿Cree usted, además, que no me sería fácil preguntarle con qué derecho se permite juzgarme?

La miró.

—¿No tiene usted ningún deseo de un hijo?

May no respondió: aquel deseo, siempre apasionado, le parecía entonces una traición. Pero contemplaba con espanto aquel rostro sereno. Gisors volvía, en verdad, del fondo de la fosa común. En la represión abatida sobre la China agotada; en la angustia o la esperanza de la multitud, la acción de Kyo continuaba incrustada, como las inscripciones de los imperios primitivos en las gargantas de los ríos. Pero hasta la vieja China, a la que aquellos hombres habían arrojado, sin remisión, a las tinieblas, con un gruñido de avalancha, no estaba más borrada del mundo que el sentido de la vida de Kyo del rostro de su padre. Continuó:

—La única cosa que amaba me ha sido arrancada, ¿no es cierto?, y quiere usted que continúe siendo el mismo. ¿Cree que mi amor no ha valido tanto como el suyo, el de usted, cuya vida ni siquiera ha cambiado?

—Como no cambia el cuerpo de un vivo que se convierte en muerto...

Gisors le cogió una mano.

—Ya conoce usted la frase: «Se necesitan nueve meses para hacer un hombre, y un solo día para matarlo.» Lo hemos sabido tanto

como puede saberse, el uno y el otro... May, escúcheme: ¡no se necesitan nueve meses; se necesitan cincuenta años para hacer un hombre; cincuenta años de sacrificio, de voluntad, de... tantas cosas! Y, cuando ese hombre está hecho; cuando ya no queda en él nada de la infancia ni de la adolescencia; cuando, verdaderamente, es un hombre, no sirve más que para morir.

Ella le miraba, aterrada; él contemplaba las nubes.

—He querido a Kyo como pocos hombres quieren a sus hijos: usted lo sabe...

Retenía la mano de May; la atrajo hacia él y la tomó entre las suyas.

—Escúcheme: hay que amar a los vivos, y no a los muertos.

—No voy a Moscú para amar.

Gisors contemplaba la bahía magnífica, saturada de sol. Ella había retirado su mano.

—En el camino de la venganza, mi buena May, se encuentra la vida...

—No es una razón para llamarla.

Se levantó y le dio la mano, en señal de despedida. Pero él le tomó el rostro entre las manos y lo besó. Kyo la había besado así, el último día, exactamente así, y nunca, desde entonces, las manos de nadie habían vuelto a tomar su cabeza.

—Apenas lloro ya —dijo May, con amargo orgullo.

